T. A. WILLIAMS



UN *COZY CRIME* CON ARMSTRONG Y OSCAR DE PROTAGONISTAS

ASESINATO EN LA TOSCANA

LIRA

T. A Williams

Asesinato en la Toscana

Un cozy crime con Armstrong
y Oscar de protagonistas

Traducción de
Isabel Fuentes

LIRA

Para Mariangela y Christina, con cariño, como siempre

Capítulo 1

Domingo por la tarde

Nunca lo he probado y no tengo la menor intención de hacerlo, pero me imagino que hay un momento, justo antes de tu primer salto en paracaídas, en que te encuentras de pie en la puerta abierta de un avión a miles de metros del suelo y lo único que pasa por tu cabeza es «¿Qué demonios hago aquí?».

Así fue como me sentí aquel día.

Había parado el coche justo delante de la verja de hierro oxidado. No es que estuviera cerrada. De hecho, por el aspecto que tenía, casi sepultada bajo la hiedra y unas trepadoras retorcidas, parecía llevar décadas abierta. Me detuve para sopesar mis opciones y eran, simple y llanamente, binarias: quedarme o marcharme.

La calzada de grava blanca ascendía en una ligera curva hacia un gran grupo de cipreses más arriba, en la ladera. Medio escondida en medio de ellos apenas alcanzaba a distinguir la villa, que en la página web se describía como una impresionante muestra de arquitectura renacentista. Era un edificio grande, con lo que parecía una pequeña torre que se alzaba en el centro del tejado. Las paredes tenían un tono ocre tostado por el sol, parecido a la tierra reseca que rodeaba los polvorientos olivos a ambos lados del camino, y desde allí me dio la impresión de que la mayoría de las desvencijadas contraventanas verdes de las ventanas estaban cerradas, presumiblemente para mantener a raya el calor abrasador del sol de julio. No se podía negar que era un paisaje encantador y un edificio precioso, pero, aun así, se me cayó el alma a los pies mientras lo contemplaba.

¿Qué demonios hacía yo aquí?

Todavía me estaba planteando seriamente dar la vuelta y regresar al aeropuerto cuando sonó un estridente bocinazo. Al mirar por el retrovisor vi la silueta larga y estilizada de un coche deportivo

llamativo detrás de mí. Si el toro bravo del capó hubiera sido de verdad, estaría escarbando el suelo de frustración. Metí primera y me apresuré a pasar por la verja y a orillarme para que la bestia roja que venía detrás pudiera adelantar a mi modesto coche de alquiler. Cuando el otro vehículo se puso a mi altura redujo la velocidad y bajó la ventanilla del lado del pasajero. Teniendo en cuenta que llevaba la capota abierta, no parecía especialmente necesario, pero estaba claro que el conductor tenía muchas ganas de hacerse oír. Bajé la ventanilla para saber qué tenía que decirme aquel hombre y me estremecí cuando el aire caliente y seco me golpeó la cara después del frescor del interior con aire acondicionado. En julio, desde luego, la Toscana es muy calurosa.

—¿Puedo ayudarte? —El hombre se dirigió a mí en italiano y una cosa quedó clara de inmediato. Por el tono acerbo y la expresión autoritaria de su rostro bronceado, no parecía un hombre acostumbrado a ayudar a nadie.

Hice acopio de mi mejor italiano, fruto de tener una abuela italiana, de haber cursado italiano en el bachillerato hacía muchos años y de tres años de asistencia intermitente a clases nocturnas en el Dulwich College más recientemente.

—Estoy aquí para el curso de escritura. Ahí arriba, en la villa…

El conductor del Lamborghini adoptó de inmediato una actitud menos agresiva; no llegó ni por asomo a ser amistosa, pero sí mucho menos beligerante.

—Excelente. Sígueme.

Lo dijo en inglés, con el tono recortado de un miembro de las clases altas privilegiadas, y sentí que volvía a gemir por dentro, pero, antes de que pudiera responder, el motor que rugía junto a mí soltó un bramido y el supercoche, que probablemente había costado más de lo que yo he ganado en los últimos cinco años, subió por el camino. El coche y la pista desaparecieron casi por completo en la nube de polvo que levantaron las ruedas al patinar. Me apresuré a subir la ventanilla, aunque no lo bastante deprisa como para impedir que una nube sofocante de polvo toscano entrara en el coche y me hiciera estornudar. Murmurando un par de exabruptos escogidos, me

soné la nariz y esperé a que se disipara la nube antes de aceptar mi destino y subir por el camino.

A medida que la pista ganaba altura, tuve que admitir, aunque a regañadientes, que aquel era un lugar magnífico para pasar dos semanas. Las vistas se abrían sobre las colinas circundantes y, en la lejanía, quizá se distinguiera la propia Florencia, aunque, con la calima, resultaba imposible asegurarlo. Por supuesto, no era el lugar lo que me inquietaba. Era lo que se suponía que iba a hacer allí, y con quién.

Cuando estaba ya casi a la altura de la villa, sonó el móvil. Cuesta mucho erradicar las viejas costumbres, así que orillé el coche y me detuve antes de contestar, aunque el único percance que aquella distracción podía haber provocado era atropellar a uno de los numerosos lagartos que, por algún motivo que solo ellos conocían, se veían obligados a cruzar el camino disparados justo cuando el coche se acercaba. Un vistazo a la pantalla me dijo que era mi hija, Tricia, y el ánimo me subió un poquito.

—Hola, cariño, ¿qué tal el tiempo en Birmingham?

—Hace sol, por una vez, y estoy bien, gracias, papá. ¿Y tú? ¿Has llegado ya?

—Estoy literalmente subiendo ahora mismo a la villa.

—¿Y es tan preciosa como parecía en la web?

—Supongo que es bastante bonita, si te gustan estas cosas…

—Intenta sonar un poco más alegre, anda, papá. No se te van a comer, ¿sabes?

—No estoy tan seguro.

—Te va a encantar, ya lo verás. Solo piensa en eso: tú, escritor, allí, rodeado de otros escritores.

—Hay escritura y escritura, Trish. Tiemblo solo de pensar en la clase de frikis con los que me voy a encontrar.

—Seguramente serán personas perfectamente normales a las que simplemente les gusta… —se estaba esforzando, pero oí cómo la voz se le quebraba mientras intentaba, sin éxito, reprimir una risita— la literatura erótica.

—Ay, Señor…

—Vamos, papá. Según la web, todo tiene muy buena pinta. Patrocinado por un autor superventas, profesores de escritura creativa profesionales… No va a ser solo un grupo de viejos verdes con gabardinas mugrientas, ya lo sabes.

—Esos cabrones…

—Eso no es justo; ni siquiera los conoces todavía.

—No hablaba de ellos. Hablaba de los cabrones, mis supuestos compañeros, a quienes se les ocurrió esta locura. ¡Habría preferido que no me hubieran regalado nada!

—A mí me pareció un detalle precioso como regalo de jubilación. Es perfecto para ti, bueno…, casi. —Le oí otra vez la diversión en la voz—. Lo único que pasó es que no miraron la letra pequeña hasta que fue demasiado tarde. Y se han disculpado, al fin y al cabo.

—Oh, sí, se disculparon, claro. Cuando por fin dejaron de reírse. No sé por qué te dejé que me convencieras para venir. Que los organizadores del curso no les devolvían el dinero, ¿y qué? ¿Por qué tengo que pasar por esto?

—Papá, ya hablamos de todo eso el fin de semana pasado. Seguro que irá bien. Dales un voto de confianza e intenta pasártelo bien. Como te he dicho mil veces, piénsalo como unas vacaciones gratis en un lugar al que siempre has querido ir; porque, al fin y al cabo, es eso.

—Sí, ya lo sé, solo que lo último que necesito es un curso que me enseñe a escribir libros guarros…

Ella tenía razón. Ya habíamos hablado de ello y yo le había prometido que intentaría integrarme, por muy embarazoso que pudiera resultar. El hecho de que fuera gratis y en la Toscana lo hacía más aceptable, pero no disipaba la sensación de temor que llevaba dentro. Intentando sonar más positivo, aunque solo fuera por mi hija, traté de adoptar un tono algo más animado.

—Prometo portarme bien. Además, decían que todas las tardes las tengo libres, de modo que, aunque por las mañanas esté aburrido como una ostra, siempre podré salir a hacer turismo. He alquilado un coche en el aeropuerto de Pisa, así que tengo transporte. Y solo son dos semanas…

—Esa es la actitud. Y estás en el corazón histórico de la Toscana, si no de Italia, al fin y al cabo. Piensa en todas esas iglesias y castillos maravillosos y todo eso en lo que te encanta meterte. ¿No decías que llevabas una lista de sitios que tenías que visitar? Ya verás; lo vas a pasar genial.

—Ojalá compartiera tu optimismo.

—Saldrá bien. En fin, pásatelo bien y seguimos en contacto. —Hubo una breve vacilación antes de sus últimas palabras—. He hablado con mamá antes y te manda recuerdos.

—Adiós, cielo. Gracias por llamar.

Mientras volvía a meter el móvil en el sudado bolsillo de la camisa, sus palabras seguían resonando en mi cabeza. ¿Era eso realmente lo que había dicho Helen o había sido una invención de una hija que deseaba que las cosas volvieran a ser como antes?

No tuve tiempo de seguir dándole vueltas, porque al mirar por el retrovisor vi que una furgoneta Volkswagen subía por el camino unos metros más abajo, así que avancé de nuevo antes de enfrentarme a otra tormenta de polvo. Al llegar a lo alto del olivar, la pista giraba bruscamente a la derecha y se internaba entre los árboles, donde la sombra ofrecía un descanso bienvenido frente al sol implacable. Tras otra ligera curva en el camino, salí a una zona circular de grava destinada a aparcamiento, rodeada de arbustos cubiertos de preciosas flores rojas y rosas. En el centro de la rotonda había una elegante fuente antigua que no funcionaba. Estaba claro que necesitaba un trago tanto como yo.

Aparqué a una distancia prudente del Lamborghini —lo último que necesitaba era una reclamación por daños a un Lambo— y abrí la puerta. Al salir al calor, vi cómo la furgoneta llegaba y se detenía entre mi coche y un BMW llamativo con matrícula británica. Estaba sacando mi bolsa del maletero del pequeño Fiat cuando oí unos pasos sobre la grava a mi espalda y me giré. Una mujer morena, quizá cuatro o cinco años más joven que yo, me dedicó una sonrisa que iluminó su rostro, aunque no borró las arrugas del contorno de sus ojos.

—Hola. —Se dirigió a mí en un inglés impecable, con un ligerísimo acento italiano—. ¿Estás aquí para el curso de escritores?

Me incorporé y le tendí la mano, con la sensación de que me estaban llevando al cadalso.

—Eso es. Me llamo Dan Armstrong.

Todavía se me hacía raro presentarme a los desconocidos como algo diferente de inspector jefe Armstrong.

La mujer me estrechó la mano y se presentó a su vez.

—Soy Maria, Maria Moore. Mi marido es Jonah Moore, el autor. Bienvenido a Villa Volpone. —Señaló al grupo de personas que salía de la furgoneta detrás de ella—. Acabo de ir a recoger a algunos de los otros participantes.

Alzando la voz para captar la atención del grupo, señaló en mi dirección.

—Este es Dan, todo el mundo. Se nos une para el curso.

Ya no había escapatoria posible, así que dejé la bolsa en el suelo y saludé con la mano, con mucha conciencia de mí mismo, mientras me preparaba para enfrentarme a un grupo de frikis, pervertidos y degenerados. Eran cuatro personas y, para mi sorpresa y mi enorme alivio, ninguna parecía encajar de inmediato en ninguna de esas categorías. Había dos señoras mayores que no habrían desentonado en una reunión de un consejo parroquial; una mujer de aspecto muy intenso, con una piel de un ébano impresionante y una melena increíble de rastas negras y grises, que parecía de unos cincuenta años, aunque bien podía tener diez menos; y una mujer pelirroja muy atractiva, pecosa, que probablemente rondaría los cincuenta, pero que hacía un esfuerzo bastante logrado por aparentar diez menos. También me sorprendió para bien descubrir que las participantes del curso eran todas mujeres. Mientras las observaba, sentí una pequeña oleada de alivio. Parecían muy normales y daba la impresión de que varias de ellas estaban tan nerviosas como yo.

—Nos alegramos muchísimo de tener hombres en el curso este año. —Maria Moore me lanzó una mirada evaluadora y las demás la imitaron, lo que me hizo sentir un poco como un toro de exposición (o, en mi caso, más bien un buey viejo y desgarbado) en un concurso de ganado—. Le da un matiz muy diferente a la dinámica. Ahora, déjame enseñarte dónde vas a vivir. Agatha, Elaine, ¿queréis que os eche una mano con las maletas?

Las dos señoras mayores negaron al unísono y estiraron la mano hacia sus maletas.

—Estamos bien, gracias, Maria.

La más alta habló por las dos con la clase de tono preciso y seguro de alguien que tiene muy claras sus ideas. Junto con su frágil compañera se llevaron sus maletas escaleras arriba hasta la entrada principal sin protestar. Pensé en ofrecerme a ayudarlas, pero tuve la sensación de que la señora alta lo habría tomado como una afrenta a su dignidad.

Las dejé avanzar hacia la villa antes de seguirlas. Mientras esperaba, miré a mi alrededor con más detenimiento y un par de detalles me llamaron la atención. Aunque apenas sé nada de supercoches, parecía que el Lamborghini ya no estaba en la flor de la vida, así que rectifiqué mi estimación anterior. Probablemente solo valdría unos cien mil euros o así. No es que aquello lo hiciera mucho mejor: seguía siendo una barbaridad de dinero por un coche. La villa tenía un aspecto muy cuidado y los jardines estaban impecables. O el señor y la señora Moore se pasaban el resto del año trabajando doce horas diarias en el jardín, o contaban con servicio, y el servicio no sale barato.

La puerta principal era un par de hojas de madera tallada con un estilo exquisito, de casi el doble de altura que una puerta normal, y al cruzarla me encontré en un vestíbulo enorme, de suelo de mármol, con las paredes cubiertas de espejos enmarcados en pan de oro que reflejaban la luz de la enorme lámpara de araña que colgaba del centro del techo y nos devolvían unas imágenes desconcertantes de nosotros mismos desde el lateral, el frente y la espalda. Era un poco como estar en un probador gigantesco. Al ver mi reflejo encorvado, enderecé instintivamente los hombros (Helen no dejaba de regañarme por eso) y, claro, me acordé otra vez de ella. Aún estaba pensando en Helen cuando sentí un golpecito en el brazo.

—Hola, ¿Daniel, era? Me llamo Agatha. Yo escribo sexo convencional.

Era la más alta de las dos septuagenarias, y pronunció las palabras sin el menor atisbo de pudor, mientras yo tenía que

esforzarme por evitar que se me subieran los colores. Curiosamente, sus ojos azul grisáceo tenían exactamente el mismo tono que su pelo, y me pregunté si sería intencionado. Aquellos ojos me estudiaban con atención y comprendí que, a pesar de su avanzada edad, era una mujer muy lista.

Me costó encontrar una respuesta inmediata a una presentación así, viniendo de una señora que podría haber sido mi madre, de modo que me limité a tenderle la mano. Me la estrechó con tanta fuerza que no pude evitar preguntarme si se ganaría la vida cascando nueces. Mientras masajeaba la mano dolorida, pensé que, con un nombre como Agatha, le habría ido mejor dedicándose a escribir novelas de misterio en vez de «sexo convencional». Pasando por alto el intento de aplastarme la mano, respondí con educación:

—Encantado de conocerte. Y es solo Dan.

—¿Y cuál es tu género, Dan? —Por si mi educación no estaba a la altura, añadió una traducción—: ¿Qué tipo de cosas escribes? —Seguía estudiándome con atención y, antes de que pudiera contestar, hizo una observación notablemente aguda—. ¿De verdad escribes erótica? Lo dudo. No tienes ojos de eso.

Negué con la cabeza, deseando tener por fin la oportunidad de explicar qué me había llevado hasta allí.

—Has dado en el clavo; la erótica no es lo mío. Escribo, sí, pero voy por la mitad de una novela policíaca histórica… sin sexo.

Me pareció importante dejarlo claro. Me pregunté vagamente qué habría visto en mis ojos y cómo se suponía que eran los ojos de un escritor de erótica. ¿Saltones, quizá? Claro que también podía ser que treinta y tres años en la brigada de homicidios hubieran dejado huella en mi cara, además de en mi matrimonio fallido. Me apresuré a resumirle la cadena de acontecimientos —error o conspiración de mis antiguos compañeros— que me habían llevado hasta allí, y su expresión severa se suavizó a medida que estallaba en una carcajada.

—Elaine, ven a saludar a Dan. Ha venido por error.

La más bajita de las dos se acercó y me estrechó la mano con mucha menos agresividad. Apenas llegaba al hombro de su compañera; el pelo, completamente blanco, y un cárdigan gris a

pesar de los más de treinta grados de temperatura. Solo le faltaban un par de agujas de tejer asomando del bolso para ser la viva imagen de la señorita Marple.

—Tienes que contarme cómo ha pasado eso, Dan. ¿Es tu primera vez?

—¿Mi primera vez?

—Tu primer curso de verano aquí en Montevolpone. Es la primera vez que vengo, aunque Agatha ha estado aquí dos veces antes.

Asentí.

—Sí, todo esto es nuevo para mí.

Tras las presentaciones, Agatha retomó las riendas de la conversación.

—Elaine y yo somos amigas desde hace años. Ella escribe erótica BDSM. —Le lanzó una mirada de admiración a su frágil compañera —. Ha tenido mucho éxito.

Hice todo lo posible para que una expresión de asombro no me invadiera la cara. ¿Qué significaban exactamente esas letras? Si hubiera estado en la brigada antivicio, lo sabría al instante. Sabía que la S y la M eran de sadismo y masoquismo, pero ¿y las otras? B, supuse, de *bondage,* pero ¿la D? Lo que tenía clarísimo era que no iba a preguntar. Las apariencias engañan. O esa tímida y menuda mujer había tenido un pasado muy ajetreado y buena memoria, o su imaginación era extraordinaria. En cualquier caso, parecía que la gente mayor había avanzado mucho desde la época de mi madre.

Volví a repetirme el mantra que siempre había inculcado a mi equipo: no juzgues a la gente solo por las apariencias. A lo largo de los años en el cuerpo me había topado con médicos de aspecto impecable capaces de matar, curas sonrientes capaces de abusar y violar, y abogados encantadores y refinados capaces de engañar y mentir, y hasta entonces había creído que ya lo había oído todo. Ahora parecía que quizá me equivocaba. Miré a la apacible Elaine con renovado interés y me limité a murmurar:

—Bien por ti.

—Dan, esta es Diana. —Maria Moore apareció entre nosotros, conduciendo a la mujer de unos cuarenta o cincuenta años de la impresionante melena—. Diana también es debutante.

—Hola, Diana —le sonreí y le tendí la mano—. ¿Con ganas?

—Hola. —Su apretón de manos fue la proverbial pescadilla muerta, pero logró esbozar una ligera sonrisa. Mi sospecha de que quizá fuera más joven de lo que aparentaba ganó fuerza—. ¿Estás tan nervioso como yo?

Antes de que pudiera contestar, Agatha intervino con su aire imperioso:

—¿Y cuál es tu género, Diana?

Estaba claro que seguía en busca de información. Me pregunté distraídamente si ella también habría estado en la policía. En un interrogatorio de «poli bueno, poli malo», podía imaginarla perfectamente como la interrogadora de mirada acerada. Personalmente, nunca he sido muy partidario de esas tácticas. Siempre he encontrado que, si eliges bien el momento y mantienes a tu sospechoso a la defensiva con las preguntas, obtienes resultados sin necesidad de sacar el potro de tortura.

Diana respondió con naturalidad:

—Erótica histórica. Soy profesora de Historia Antigua en la Universidad de Bristol y estoy terminando mi primera novela, que transcurre en la antigua Roma, ya sabes, orgías y todo eso. —En su voz había un leve y encantador deje jamaicano—. En la antigua Roma no faltaba precisamente ese tipo de cosas.

—Excelente, excelente.

No pude evitar notar que Agatha, además de parecerse a Marge Simpson, tenía cierta tendencia a sonar como el señor Burns de la serie.

—Dan ha venido por error —añadió con una risita—. Él también es histórico.

—No tanto, Agatha, soy más joven de lo que parezco.

Mi débil intento de humor incluso arrancó una sonrisa a las demás, y empecé a relajarme un poco. Quizá el grupo no iba a ser tan insoportable como pensaba.

Les conté que mi campo de interés era el Renacimiento y acababa de explicar por enésima vez lo de mi regalo de jubilación y el malentendido cuando la última de las recién llegadas se unió al grupo. De cerca confirmé mi primera impresión: aquella mujer era

muy guapa. Tenía un pelirrojo precioso —natural o de bote, no soy precisamente experto en el tema— y, de no ser por las mismas líneas de expresión que había visto en la cara de Maria Moore, probablemente podría haber pasado por una mujer de cuarenta en lugar de cincuenta. Claro que, me recordé, yo era el menos indicado para criticar que alguien quisiera frenar el paso del tiempo. A pesar de haberme jubilado a la madura edad de cincuenta y cinco años, la mera idea de hablar de mí como un jubilado me resultaba aborrecible y había empezado a definirme como autor, aunque aún no hubiera terminado mi primer libro.

—Esta es Charlotte.

Maria, la esposa de nuestro ilustre director de curso, nos la presentó y, cuando le estreché la mano, sus ojos se encontraron con los míos una fracción de segundo y me sorprendió sentir una pequeña sacudida de algo que podría ser, incluso, atracción. Eso me chocó, porque durante los últimos treinta años solo había habido una mujer para mí, y quizá aún la hubiera, a pesar de que ahora viviera sola en la casa familiar de Dulwich con nuestros dos gatos viejos y gruñones, mientras yo me apretujaba en un minúsculo piso en Bromley.

—¡Atención, por favor!

Una voz femenina estridente interrumpió toda posible conversación y todas las miradas se volvieron hacia la espléndida escalera de mármol que conducía a las plantas superiores. En el primer peldaño estaba plantada una mujer diminuta, aún más baja que Elaine, que ya pasaría de los sesenta, vestida con la clase de blusa de encaje de cuello alto y falda larga que no habría desentonado en *Una habitación con vistas.* Al darse cuenta de que tenía nuestra atención, habló. Y no pude evitar notar la similitud entre su acento inglés patricio y el del conductor del Lambo.

—Bienvenidos a Villa Volpone. —Pese a sus palabras, no parecía especialmente acogedora, y me recordó a mi antiguo director, el caraculo de Burgess, que lograba infundir miedo incluso a los matones más recalcitrantes. A pesar de su estatura diminuta, casi me dieron ganas de cuadrarme—. Me llamo Millicent. Mi hermano es el autor Jonah Moore, que, por supuesto, no necesita presentación.

La forma en que se refería a él era extraña. Aunque había reverencia en su tono al mencionar su nombre, se adivinaba un trasfondo de otra cosa, quizá desaprobación. Miré de reojo a Maria Moore mientras observaba a Millicent y, durante uno o dos segundos, me pareció distinguir en su expresión algo parecido a la antipatía, o peor. Estaba claro que la cuñada y la esposa no se llevaban precisamente bien.

—Seguidme, os enseñaré vuestras habitaciones.

Claramente no era una sugerencia: era una orden, y todos obedientes cogimos el equipaje y nos pusimos en marcha. Antes de echar a andar, Millicent señaló un pasillo a la izquierda.

—Las bebidas se sirven en el salón a las seis y media. La cena, en el comedor, a las siete y media. Vestimenta informal. Espero que todos nos hayáis informado de cualquier alergia. No podemos hacernos responsables si no lo habéis hecho. Bueno, vamos.

«Brusca», esa era la palabra. Me vino a la cabeza mientras la seguía escaleras arriba con los demás. Sí, su manera era decididamente brusca. Cinco sobre diez en atención al cliente. Debe esforzarse más. No podía hablar por los demás, pero yo esperaba unas vacaciones relajadas, no un campo de trabajos forzados, y confiaba en que el resto de los responsables del curso se parecieran más a Maria que a aquella pequeña tirana. Mi sensación de inquietud, que había empezado a remitir, volvió de golpe y recé para que aquello no fuera un mal presagio.

Nos alojaron a todos en la segunda planta. Era de suponer que la primera quedaba reservada para la familia. De lo alto de la escalera partían pasillos a ambos lados y, a simple vista, conté que habría una docena de habitaciones de invitados. Millicent me miró y señaló a la derecha.

—Estás ahí, en Dante. La tercera a la izquierda. Nos vemos abajo a las seis y media. Intenta ser puntual.

Su tono seguía siendo autoritario y estuve tentado de dedicarle un saludo irónico pero, recordando mi promesa a Tricia, me limité a musitar un agradecimiento, y vi cómo las cuatro invitadas se dirigían en dirección contraria. Ya vería si aquello era simple casualidad o una segregación deliberada.

Pasé por delante de las habitaciones rotuladas «Botticelli» y «Michelangelo» antes de llegar a la puerta con el letrero «Dante». Al girar el pomo, entré en una habitación enorme, de techos altísimos, bastante más grande que todo el piso que alquilaba entonces en Bromley, con un cuarto de baño revestido de mármol del tamaño de mi dormitorio inglés. Dejé la bolsa en el suelo, me acerqué a las ventanas y las abrí, empujando las contraventanas de lamas para descubrir la vista, y era espectacular. La habitación se abría sobre unos anexos de tejados de tejas rojas y unos jardines formales y, más allá, hacia las colinas toscanas. Claramente ésa era la parte trasera de la casa y los jardines de allí estaban muy cuidados y eran extensos, con una piscina de aspecto tentador medio oculta tras un seto perfectamente recortado al fondo.

Al cabo de unos momentos allí plantado, empecé poco a poco a relajarme. De momento, las otras personas del curso parecían bastante normales —según el grado de tolerancia que uno tenga hacia el sadomasoquismo— y estaba casi seguro de haber podido explicar con claridad el error que había motivado mi presencia allí. Siendo objetivo, tuve que reconocer para mis adentros que mi miedo no se debía tanto a la posibilidad de encontrarme rodeado de degenerados como a que la gente pudiera pensar que yo era igual de depravado. De hecho, empezaba a parecer que la escritura erótica no era patrimonio de hombres dudosos en desvanes mugrientos rodeados de pornografía, sino un género literario en sí mismo y, por lo que había visto hasta entonces, elegido mayoritariamente por mujeres y no por hombres. Aun así, me pareció prudente reservar mi juicio hasta conocer al resto de los participantes.

Un vistazo al reloj me dijo que eran casi las cinco. Millicent había dejado muy claro que se esperaba que estuviéramos formados a las seis y media, así que tenía tiempo para dar una vuelta rápida por los jardines primero, orientarme un poco y respirar aire fresco. Salí al pasillo, cerré la puerta y dudé un momento si echar la llave antes de decidir dejarla abierta. Al fin y al cabo, era la casa particular de alguien y lo único de valor que tenía allí dentro era mi viejo portátil, que probablemente valía bastante menos que cualquiera de los

sucesivos cuadros que cubrían las paredes, sobre todo aquellos retratos de hombres severos con bigotes y patillas descomunales.

En el amplio rellano lo que me llamó la atención fue una puertecita estrecha en la pared de enfrente. Siempre he sido curioso, así que, como estaba solo y no se oía a nadie cerca, la abrí. Dentro vi una escalera de caracol de piedra que, presumiblemente, subía hasta la pequeña torre que había visto al llegar por el camino. No se oía a nadie, así que mi curiosidad natural pudo conmigo y subí para ver qué había. Los peldaños eran empinados y estrechos, pero la habitación de arriba resultó fascinante: un cuadrado perfecto inundado de luz. Tardé unos instantes en darme cuenta de cuál debía ser su función original, aunque ahora era claramente un mirador. Las numerosas oquedades en las paredes, con un diámetro apenas mayor que una botella de vino, me dieron la pista. Ahora estaban enmascaradas por fuera o sustituidas por ventanas, pero en su día habrían estado abiertas a la intemperie. Estaba en un palomar.

Me quedé un rato mirando por una ventana y otra, disfrutando de la vista panorámica de trescientos sesenta grados. La ciudad a lo lejos, hacia el este, tenía que ser casi con toda seguridad Florencia, y a su alrededor se veían olivares y viñedos, las vides plantadas con precisión matemática. En el jardín de abajo vi a una pareja que salía de la villa y se dirigía hacia la piscina. Él era alto y, incluso desde allí arriba, se distinguía que la mujer, de larga melena rubia y piernas aún más largas, era atractiva. Hacía un calor sofocante allí y la idea de un baño empezó de pronto a resultar muy tentadora. Los dos caminaban cogidos de la mano, parecían contentos de estar juntos, como Helen y yo en los viejos tiempos. Y entonces, de repente, la mujer se paró y dio media vuelta, dejando al hombre solo; igual que Helen y yo.

Sacudí aquellas reflexiones y decidí que más me valía desaparecer de allí. Al fin y al cabo, como acababa de recordarme, era la casa privada de alguien, así que renuncié al mirador y bajé las escaleras. Estuve a punto de volver a mi habitación para ponerme el bañador, pero decidí posponer la exposición de mis pálidas rodillas inglesas

hasta asegurarme de que no hubiera un grupo de señoras dispuesto a reírse de ellas.

No me crucé con nadie en el camino de vuelta y el vestíbulo estaba vacío. Fuera seguía haciendo calor, pero, eligiendo un trayecto que alternaba las sombras de árboles, arbustos y la propia casa, conseguí evitar lo peor. Rodeé la villa y bajé por una suave pendiente hasta una zona llana de césped segado al milímetro. El verde intenso denotaba que allí había un sistema de riego muy eficaz. Los aros clavados en el césped indicaban que se utilizaba para jugar al cróquet, un juego al que nunca he jugado, y me vino a la mente una imagen súbita de cómo debió de ser la *belle époque,* cuando la aristocracia inglesa descubrió la Toscana. Imaginé a damas con falda larga protegiendo su piel nívea con sombrillas mientras los hombres, con chistera, jugaban al cróquet, fumaban puros y mantenían conversaciones refinadas sobre el imperio. Aunque hoy habría agradecido un sombrero de algún tipo bajo el sol aún abrasador de media tarde, el resto de aquellas aficiones no eran lo mío, así que no sentí que me estuviera perdiendo nada.

Un sendero de grava bordeaba el césped y pasaba bajo un arco metálico oxidado, cubierto de rosas fragantes, hacia una zona con siete u ocho olivos centenarios a un lado y un huerto al otro. Entre los limoneros, cargados de fruta, crecían alcachoferas de enormes hojas. Bancales de lechugas, tomateras y frambuesas competían por el espacio con melocotoneros y albaricoqueros, también llenos de fruta madura. El aire estaba lleno del zumbido constante de las abejas y vi cuatro colmenas un poco más allá, justo antes del seto que rodeaba la piscina. Un cóctel delicioso de aromas me golpeó los sentidos y tuve que admitir que aquel lugar tenía muy pocos rivales. Puede que, al final, no fuera tan terrible estar allí.

Empujé una entrañable puerta de mimbre y atravesé lo que casi era un túnel de romeros perfumados hasta que salí a la zona de la piscina y me llevé un susto. En medio del agua, flotando boca abajo, había un cuerpo.

Instintivamente corrí al borde y estuve a punto de tirarme para intentar rescatar al hombre con la esperanza de que aún pudiera reanimarse cuando el cuerpo empezó a moverse y a nadar

perezosamente hacia el borde. Me relajé y me eché una bronca mental. Aquello era otro ejemplo de lo que Helen llamaba mi obsesión con la muerte. Según ella, cualquier persona normal habría aceptado la escena tal como era: un hombre que se refrescaba en el agua en un día caluroso. Yo, según sus palabras, me empeñaba en seguir viendo la vida a través de un deprimente y pesimista filtro de sufrimiento y muerte, aunque ya hubiera dejado el trabajo. ¿Tenía razón? Puede. A ver quién es el guapo que pasa treinta años en la brigada de homicidios y sale indemne. Aunque a mi mujer le habría horrorizado pensarlo, no se podía negar la evidencia: todavía echaba de menos ese trabajo, cadáveres incluidos.

Cuando el hombre me vio, salió de la piscina y se acercó a mí descalzo, tendiéndome la mano en señal de saludo.

—Hola, soy Gavin. ¿Eres otro cordero camino del matadero?

—Si te refieres al curso de escritura, sí.

Lo evalué mientras me contestaba. Es algo que siempre he hecho y otra de esas cosas que Helen incluía en su lista de mis manías irritantes. Era joven, probablemente no llegaría a los treinta. Alto y delgado. Tenía una melena espesa de pelo oscuro que se abría en una raya natural en medio. Lo envidié. El mío siempre ha sido rebelde y, ahora que empieza a encanecer en las sienes, cada vez parezco más un espantapájaros. Llevaba un Rolex Submariner de acero en la muñeca y estaba bastante seguro de que no era una falsificación barata. El reloj, como su dueño, parecía auténtico. Incluso sin su acento pijo, casi con seguridad era otro miembro de las clases privilegiadas. Claro que, me recordé, mis propios compañeros habían tenido que apoquinar varios miles de libras por este curso residencial de dos semanas, así que era inevitable que estuviera reservado a gente con posibles. Aun con todo, el tipo parecía lo bastante simpático, así que le robé una de las preguntas de Agatha y se la solté.

—Me llamo Dan. Encantado. ¿Cuál es tu género? Estoy escribiendo una novela histórica.

—La verdad es que no lo tengo muy claro. He estado probando con el terror gótico, ya sabes, sangre, vísceras y todo eso. Por lo visto, tiene salida, pero es bastante duro escribir sobre torturas

espantosas, mutilaciones, gente descuartizada sirviendo de alimento para cerdos y ese tipo de cosas.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Había llevado un caso, hacía años, en el que a la víctima descuartizada la habían echado a los perros de un capo de la droga del East End, y el recuerdo sigue dándome náuseas. Curiosamente, a los perros, por lo visto, no les gustó demasiado su sabor, porque quedaron suficientes restos para hacer posible la identificación, no fácil, pero posible.

—¿Así que no te gusta ese tipo de cosas?

Gavin sonrió y negó con la cabeza.

—Dios, no. Lo he intentado, pero no funciona. Necesito otro rumbo. —La expresión se le volvió más seria—. La verdad es que por eso he dejado que Emily me arrastre a este curso. A ver si me ayuda a encontrar algo que me vaya más.

—Bueno, te deseo…

No pude terminar la frase porque una mancha negra cruzó como un rayo por el rabillo del ojo, pero ya era tarde. La bestia bajó disparada por el camino entre los romeros, rebotó en las piernas de Gavin y se me enganchó a la altura de las rodillas. Con perspectiva, probablemente estaba demasiado cerca del borde de la piscina y no tuve ninguna opción. Mientras el perro resbalaba a mi lado y se lanzaba, exultante, al agua, yo perdí el equilibrio. Agité los brazos como un molino y casi conseguí estabilizarme, pero acabé cayendo de lado a la piscina. Alcancé a percibir un chapuzón espectacular justo delante de mí al impactar el perro en el agua y desaparecer bajo la superficie. Una fracción de segundo después, lo seguí. Cuando emergí, tosiendo y escupiendo, me encontré cara a cara con un labrador eufórico, con una amplia sonrisa perruna en el morro. Desde arriba llegaron carcajadas histéricas y alcé la vista para ver a Gavin doblado de risa.

Intenté adoptar una actitud adulta y, mientras me mantenía a flote a base de manotazos, opté por fingir indiferencia.

—El agua es de lo más refrescante.

Gavin se recompuso y se inclinó para darme la mano y ayudarme a salir. Por lo menos tuvo la decencia de dejar de reírse. La cuestión que me rondaba la cabeza era si mi nuevo móvil sería realmente tan

resistente al agua como anunciaban. Me quedé allí plantado, con el agua escurriéndose sobre las baldosas calientes, mientras Gavin explicaba lo que había pasado y resultó que la culpa había sido mía.

—Has dejado la puerta abierta, ¿a que sí? —Al ver que asentía, prosiguió—. Antonio me ha dicho que no deje que el perro se acerque a la piscina. Es un labrador y son famosos por su obsesión con el agua, pero esta piscina es para humanos. —Sonrió—. A ser posible, sin ropa.

—Desde luego. ¿Y quién es Antonio?

—¿Todavía no lo has conocido? —La sonrisa de Gavin se ensanchó—. Pues ya verás. No tengo muy claro cuál es exactamente su cargo, pero parece el conde Drácula sin capa. Ya sabes, el pelo negro azabache peinado hacia atrás, cara cadavérica y una nariz aguileña de esas que podrían servir para abrir latas. Estaba aquí para recibirnos cuando Emily y yo llegamos hace unas horas. A ella le ha dado un miedo horroroso, por cierto. Es italiano, pero habla inglés bastante bien; menos mal, porque mi italiano no pasa de *espresso* y *gelato.* Me imagino que es el mayordomo o factótum.

Entendí el uso de un término tan anticuado como *factótum* como otra prueba de que aquel chaval venía de familia privilegiada.

—Estoy deseando conocer a ese personaje.

Podía notar el agua fría corriéndome por la espalda, bajando hasta los calzoncillos y escurriéndose por las perneras del pantalón, y no era una sensación precisamente cómoda. Di un par de pasos, me descalcé y volqué los zapatos, que, como era de esperar, estaban llenos de agua.

—¿Y Emily? ¿Es tu mujer?

Gavin negó con la cabeza.

—Mi novia, desde hace unos meses.

—¿Y no le apetecía acompañarte a la piscina?

—Iba a hacerlo, pero ha tenido que volver a la habitación a buscar el móvil. Para mí, la duda estaba entre un baño o una siesta. Hemos pasado el día entero en el coche y, con este calor, cuesta mantener los ojos abiertos, sobre todo a mí. Siempre he sido capaz de quedarme dormido en cuestión de segundos. De hecho, creo que voy a tumbarme un rato ahora.

—¿Habéis venido en coche desde Inglaterra? —Suponía que el BMW elegante del aparcamiento sería suyo.

—Sí, pero nos lo hemos tomado con calma. Hicimos parada en París y en un pueblecito de Borgoña de camino y anoche dormimos en Ginebra. ¿Y tú?

—He venido en avión desde Londres hoy y he alquilado un coche. —Miré al labrador, que seguía avanzando encantado a braza perruna por la piscina, jadeando—. Supongo que debería intentar sacarlo del agua, ya que es culpa mía que se haya tirado. ¿Sabes cómo se llama?

—Creo que Oscar. Espera, voy a probar.

Gavin levantó la voz.

—Oscar, ven aquí, chico. Vamos, Oscar.

Me impresionó ver cómo el perro giraba la cabeza hacia nosotros y empezaba a nadar en nuestra dirección. Como vi claramente el problema logístico de sacar del agua a un animal grande y empapado, miré alrededor y vi unas escaleras en el extremo opuesto de la piscina. Llamándolo por su nombre y con ruiditos de ánimo, fui en esa dirección, con los calcetines chorreando y soltando ruiditos indecorosos a cada paso sobre el pavimento. El labrador nadó obediente a mi lado hasta que llegó al extremo poco profundo y pudo salir de la piscina por los peldaños. Y entonces, ya fuera del agua, decidió, con menos buena voluntad, sacudirse, lanzando a su alrededor una ducha de agua maloliente, buena parte de la cual acabó sobre mí, aunque a esas alturas poco importaba. Apartándome el pelo de los ojos, lo miré con fingida severidad.

—¡Eres un bicho horrible!

No lo decía de verdad y el perro lo notó. Siempre me han encantado los perros, pero Helen es de gatos, así que nunca tuvimos ninguno. Me agaché a su lado y le froté las orejas.

—¿Tenías un poco de calor, eh? No te culpo por querer darte un baño, pero tendrás que tener más cuidado.

El perro seguía absolutamente impenitente y me dio un lametón cariñoso en los dedos. Apenas me había incorporado cuando apareció por el camino de romero la misma rubia muy guapa que había visto desde el palomar. Llevaba unos pantalones cortos y una

camiseta ajustada, y no cabía duda: ella y Gavin formaban una pareja muy vistosa. Ella se puso de puntillas y lo besó con cariño antes de que los dos se alejaran, seguramente, hacia su habitación. Justo antes de desaparecer, Gavin me dedicó un gesto perezoso con la mano y le devolví el saludo con la mía, aún chorreando.

Esperé unos segundos a una distancia prudente de Oscar, que decidió volver a sacudirse, y saqué el móvil. Ver que seguía funcionando me devolvió el alma al cuerpo. Tras pelearme con la camisa mojada y escurrirle el exceso de agua, pensé en hacer lo mismo con los pantalones, pero desestimé la idea por si alguno de los otros huéspedes aparecía de repente y me encontraba en ropa interior empapada. No era esa la primera impresión que quería causar.

Volví a ponerme la camisa, me calcé con esfuerzo y agarré al perro por el collar, para dirigirme a la puerta con él bien sujeto, no fuera a decidir lanzarse de nuevo a la piscina. Una vez fuera los dos, eché el pestillo. ¿Cómo era aquel dicho sobre cerrar la puerta del establo…?

Me detuve a recapitular. Aunque iba empapado, no tenía frío, y notaba cómo el sol empezaba ya a evaporar el agua, así que no hacía falta volver de inmediato a la habitación; sobre todo porque un rastro de huellas mojadas y charcos a través de los suelos de mármol y escaleras arriba hasta mi puerta habría sido bastante embarazoso. En lugar de eso, decidí dar un paseo, que el perro y yo nos fuéramos secando al aire.

Un sendero se internaba en un bosquecillo al otro lado del huerto, así que tiré en esa dirección. El perro trotó a mi lado, feliz, y agradecí su compañía. Entre los árboles hacía algo de fresco y flotaba un intenso olor a resina. El camino serpenteaba por el bosque hasta llegar a una alambrada alta con un portón peatonal cerrado con candado. Claramente, allí terminaba la finca. Al lado había un banco de madera y, sentada en él, estaba Charlotte, la de cincuenta que parecía cuarenta, fácilmente reconocible por su pelo rojo. Me miró de arriba abajo y abrió mucho los ojos.

—Madre mía, ¿te has bañado con la ropa puesta?

—¡Cuidado!

Mi aviso llegó tarde. El perro sociable ya la había visto y se había lanzado hacia ella para saludarla. El saludo incluía un intento de subirse a su regazo y, en cuestión de segundos, tenía la falda empapada. Me acerqué haciendo ruiditos con las suelas mojadas y señalé el hueco libre del banco.

—¿Te importa que me siente?

—Siéntate, claro.

Me dejé caer y la miré de reojo. Había logrado calmar al perro y este se revolcaba ahora en la hierba seca a sus pies. La falda mojada se le pegaba a los muslos y ella tenía las manos entrelazadas sobre el regazo. Como soy observador, me fijé en la alianza en su mano izquierda y me pregunté un instante por qué su marido no la habría acompañado a la Toscana antes de recordarme que el hombre probablemente tendría las mismas reservas sobre los frikis que yo. Levantó la vista del labrador y me alivió ver que sonreía.

Me apresuré a disculparme mientras Oscar se sentaba, jadeando, con la lengua fuera.

—Lo siento. Es un perro muy efusivo. Me acaba de empujar a la piscina, de ahí la ropa mojada. Por desgracia, no te he visto hasta que era demasiado tarde.

—No te preocupes, ya se secará. Es un perro precioso. ¿Es tuyo?

Le acariciaba la cabeza mientras él la apoyaba, cariñoso, en su regazo.

—No, creo que es de la casa. Por cierto, soy Dan.

—Me acuerdo. Yo soy Charlotte.

Nuestros ojos se encontraron un segundo y sentí de nuevo ese pequeño relámpago de atracción que me dejó momentáneamente sin palabras. Al final recurrí a la pregunta de rigor.

—¿Qué tipo de cosas escribes?

Negó con cierta tristeza.

—Soy una novata, me temo. Llevo años pensando en escribir y solo ahora he decidido ver si un curso de escritura consigue darme el empujón que necesito.

—¿Y has decidido escribir erótica?

—Me ha parecido tan buen género como cualquier otro. Fíjate en el dinero que habrá ganado esa mujer que escribió todos los libros de *Cincuenta sombras.*

—¿Cómo diste con este curso?

Por un momento pareció dudar antes de que la expresión se le aclarara.

—Alguien me lo recomendó, pero, sinceramente, no recuerdo quién. ¿Y tú? ¿Has escrito mucho? No es muy habitual encontrar hombres que escriban erótica.

—¿Ah, no? Yo no escribo erótica; he venido por error.

Le conté que mis antiguos compañeros me habían regalado el curso como despedida de jubilación pero no habían leído la letra pequeña, o eso decían. Charlotte soltó una risita.

—Apuesto a que no fue un error. Seguro que lo hicieron por reírse, como eso de encadenar al novio a una farola en calzoncillos en las despedidas de soltero y esas cosas. Siempre estáis con las bromas.

—Puede que tengas razón, pero hay que admitir que este sitio es una pasada. Al señor Jonah Moore no debe de irle nada mal.

La sonrisa se le apagó un momento, sustituida por una expresión de envidia, o algo más.

—¡Cómo vive la otra mitad! —Luego hizo un esfuerzo visible y volvió a serenarse—. Bueno, bien por él. Ojalá tuviera yo un sitio así…

Charlamos unos cinco minutos, hasta que el calzoncillo mojado empezó a apretarme con saña en las partes bajas como si fuera un torniquete, así que me levanté con cuidado y me despedí. Al ver que me levantaba, el labrador hizo lo mismo y, acto seguido, decidió sacudirse otra vez, esparciendo gotas de agua por todas partes.

—Será mejor que vuelva a mi habitación a cambiarme antes de las copas. Nos vemos luego. Ven, Oscar, alguien tendrá que secarte.

Justo cuando llegábamos a la villa, el móvil pitó anunciando la llegada de un mensaje. Miré la pantalla y, al ver que era de Helen, noté un pequeño salto involuntario en el corazón. Optimismo prematuro, como pronto comprobé.

Espero que lo pases bien. Yo también me voy unos días, así que, si me necesitas, llámame al móvil.

Ni besos ni firma. Nada.

Capítulo 2

Domingo por la tarde

Ahora, ya con ropa limpia y seca, bajé de nuevo a las seis y media pasadas y tuve mi primer vistazo a Antonio (alias Drácula). Gavin no había bromeado. El factótum vestía un chaleco negro formal y una camisa blanca impecable, y podría haber salido directamente de *La familia Addams.* Cuando me vio, inclinó su enclenque cuerpo en una reverencia formal y, al hacerlo, la luz llegó a reflejarse en su pelo aceitado. Tenía una palidez llamativa y, de no haber sabido por Gavin que aquel hombre había estado moviéndose por la casa antes, bien podría haber suscrito la teoría de que Antonio pasaba las horas de luz tendido en un ataúd abierto en alguna cripta subterránea. Reprimiendo una sonrisa, me acerqué a él y le tendí la mano.

—*Buona sera.*

Antonio miró mi mano con incertidumbre antes de estrechármela.

—Buenas tardes, señor. ¿Habla italiano?

—Más o menos. Estoy un poco oxidado —me sentí bastante orgulloso de haber rescatado aquella palabra de algún recoveco de la memoria.

Asintió y continuó en italiano:

—Las bebidas son ahí abajo, en el salón. —Extendió un brazo muy largo hacia el pasillo de la derecha—. Primera puerta a la izquierda.

El tono era tan sepulcral como su aspecto, pero me sorprendió agradablemente ver cómo algo que bien podía interpretarse como una sonrisa se materializaba en su rostro enjuto. Su dicción italiana era clara y me alegré de entenderlo con bastante facilidad. Le devolví la sonrisa y seguí en su idioma:

—Soy Dan. Tú debes de ser Antonio.

—Así es, señor. Habla usted bien italiano.

—Gavin me ha dicho que tú hablas mucho mejor inglés, pero me viene bien practicar el italiano, si no te importa. Como oyes, sigo cometiendo muchos errores.

—Estaré encantado de hablar italiano con usted siempre que quiera, señor.

—Gracias, eres muy amable, y llámame Dan.

—Sí, señor.

En ese momento, el sonido de unos tacones en la escalera de mármol llamó nuestra atención. Nos volvimos y vimos que era Charlotte, ya sin la falda empapada, y desde luego se había arreglado mucho. Había elegido un elegante vestido azul claro que dejaba bastante piel a la vista y se había hecho algo en el pelo —como ya había quedado claro, no soy experto en cuestiones capilares femeninas— que le daba un marcado toque de glamur. Eché una mirada furtiva a mis vaqueros, mi polo y mis zapatillas. Quizá debería haber optado por algo más elegante a pesar de las indicaciones de estilo informal de Millicent, pero solo había traído dos pares de zapatos y los buenos, los de piel, seguían boca abajo sobre el alféizar de mi ventana, con suerte secándose al sol del atardecer. Ya veríamos en qué estado quedaban una vez secos.

Antonio le dedicó una reverencia respetuosa y le habló en inglés:

—Buenas tardes, *signora.* Las bebidas se sirven ahí mismo, primera sala a la izquierda.

Realmente lo hablaba muy bien, mejor que mi italiano.

Si a ella le impresionó la apariencia de Antonio, no lo demostró.

—Gracias. —Le sonrió apenas y se volvió hacia mí, con una expresión de aprensión en el rostro. Claramente, no era el único que sufría de nervios—. Hola otra vez, Dan. —Me guiñó un ojo—. Me alegro de ver que te has puesto ropa seca. ¿Vas también a las bebidas?

—Así es.

Entramos juntos en el salón, donde estaban Agatha, alta y desgarbada, conocida por sus novelas de sexo convencional, y Elaine, de cabello blanco, cuya literatura era considerablemente más atrevida. Ya empuñaban sendas copas de *prosecco* y conversaban con Maria y quien solo podía ser su marido, el famoso autor. Era el

mismo hombre bronceado al que había visto conduciendo el Lambo. Tenía más o menos mi edad y mi altura —uno ochenta y pico— y probablemente había sido un hombre atractivo años atrás. Ahora tenía las mejillas algo caídas y una barriga tal que parecía estar de siete u ocho meses, pero seguía teniendo el aire de un hombre seguro —probablemente demasiado seguro— de sí mismo. Cuando nos vio, nos llamó con un gesto.

—*Buona sera* a los dos. Encantado de conoceros. Venid, uníos a nosotros.

Parecía realmente complacido de vernos, pero no hacía falta ser un antiguo inspector jefe para ver que su atención estaba claramente dirigida a Charlotte, o más concretamente a su escote. Ella, por su parte, me sorprendió al sonrojarse como una colegiala. Bajo aquella fachada de *femme fatale,* quedaba claro que era una criatura sensible. Una mirada rápida a nuestra anfitriona reveló que Maria también había registrado la orientación de los ojos de su marido, y durante un segundo creí ver auténtica ira en ella. Se desvaneció enseguida, sustituida por una expresión de resignación, y tuve la sensación de que no era la primera vez que su esposo demostraba interés por otra mujer.

Ajeno a la desaprobación de su esposa, nuestro anfitrión seguía dirigiéndose a Charlotte.

—Jonah Moore —se presentó con un exceso de gravedad y le tendió la mano—. ¿Y tú eres…?

Charlotte seguía sonrojada y con aire inquieto.

—Soy Charlotte. Te vi en una firma de libros en Bristol el año pasado.

Él esbozó una sonrisa con un toque de modestia que no terminó de funcionar.

—Siempre es un placer conocer a mis fans.

Finalmente, reconociendo que yo también estaba allí, se volvió hacia mí y me tendió la mano.

—Buenas tardes. Nos vimos fuera, ¿verdad?

—Dan Armstrong. Y sí, casi me asfixiaste con la nube de polvo que levantó tu coche.

Al darme cuenta de que a Tricia no le habría gustado mi tono, me apresuré a cambiar de tema:

—Tienes una casa preciosa. ¿Has vivido aquí siempre?

—He vivido en la Toscana la mayor parte de mi vida. Desde mi primer gran superventas.

Su elección de palabras insinuaba que había tenido muchos superventas, pero yo sabía que no era así. Aunque uno de los primeros libros de Jonah Moore sí había vendido bien, ninguna de sus obras posteriores había alcanzado cotas similares —al menos eso decía Wikipedia—, y eso probablemente explicaba que impartiera aquel curso estival para escritores noveles, para ayudar a costear el mantenimiento del lugar. Que yo sepa, ni J. K. Rowling ni Dan Brown suelen alojar huéspedes de pago.

Después de saludar al «gran hombre», me volví hacia Maria:

—Me temo que debo disculparme. Sin querer he sido el responsable de que vuestro perro se metiera en la piscina antes. No sabía que debía cerrar la puerta. Prometo que no volverá a ocurrir.

Me dedicó una sonrisa amable. Se había puesto un vestido veraniego elegante y estaba muy guapa, salvo por las líneas de preocupación alrededor de los ojos.

—No pasa nada. Antonio lo ha secado. —Negó con tristeza—. Yo no puedo acercarme a Oscar; soy alérgica al pelo de perro. Una pena, porque es tan bueno…

¿Y entonces por qué demonios tenían un perro?

—Dan y Oscar ya son grandes amigos —intervino Charlotte, que por fin había logrado apartar la mirada de Jonah, aunque él todavía parecía a punto de lanzarse de cabeza a su escote—. Se han bañado juntos.

Ante las cejas alzadas de Maria, expliqué lo ocurrido y concluí:

—Pero fue culpa mía, no suya. Es un perro encantador.

En ese momento apareció un rostro nuevo en la puerta y Jonah logró dejar de babear sobre Charlotte; levantó la vista y esbozó una amplia sonrisa.

—Serena, cariño, has llegado. Qué maravilla tenerte aquí.

Abrió los brazos y avanzó para besar con efusividad a la recién llegada en ambas mejillas antes de cogerla de la mano y conducirla

al grupo. Mientras lo hacía, vi claramente cómo su mano libre se deslizaba por su trasero y ella se encogía. En su expresión percibí que no le había sentado nada bien el contacto, aunque lo disimuló. Jonah, por su parte, no pareció registrar aquella reacción, aunque no dudaba de que su esposa sí había visto la escena.

—Todos, esta es Serena, aunque probablemente la conozcáis por su *nom de plume:* Sabrina Butterfly.

Serena (alias Sabrina Butterfly) debía de rondar la treintena avanzada, así que unos veinte años menos que Jonah y que yo. Era atractiva de una forma discreta. Llevaba el pelo corto, sin maquillaje, pero no lo necesitaba. Iba envuelta en un vestido estilo caftán con un estampado azul y verde muy vivo, y lucía unos pendientes largos, varias pulseras de aire étnico y un collar de pequeñas conchas. Para mi sorpresa, Maria no pareció en absoluto afectada por el saludo íntimo que su marido le había dispensado; ella misma besó a Serena con afecto, sin ningún atisbo de la desaprobación que había mostrado ante la reacción de Jonah hacia Charlotte. La explicación a esa tolerancia la proporcionó el propio Jonah: a diferencia de otras mujeres, Serena no representaba una amenaza para su matrimonio.

—Serena escribe novela romántica lésbica de lo más picante, ¿verdad, querida? ¿Vienes sola esta vez o has traído a la encantadora…, cómo se llamaba?

El rostro de Serena se ensombreció.

—Lihini. Se llamaba Lihini. Este año he venido sola, Jonah. Ya no la veo.

Sonaba correcta, pero desde luego no cariñosa.

—Lo siento. Era una chica preciosa. —Jonah agitó la mano para llamar la atención de todos—. Serena es experta en autoedición además de en erótica, y viene todos los años a ayudarnos en el curso junto a mi hermana y a mí.

Agatha (alias Marge Simpson), que era de suponer que conocía a Serena de años anteriores, se apresuró a presentarle a su amiga Elaine, que estaba allí de pie, muy tímida, vestida con un sayo que, aunque sin duda fresquito y adecuado para el calor, no aparecería jamás en ninguna colección de moda veraniega.

—Serena, hola. Qué alegría verte otra vez. Tienes que conocer a Elaine. Ella también escribe erótica. Cuéntale, Elaine.

Prácticamente la empujó hacia Serena y tuve que reprimir una sonrisa.

Elaine se sonrojó tímidamente.

—Hola, Serena. He leído todos tus libros y me hace mucha ilusión conocerte. Tienes muchísimo talento.

Mientras todo el mundo charlaba y se servían las bebidas, nos alcanzaron Gavin y su novia. La aparición de la joven rubia volvió a dibujar una sonrisa en la cara de Jonah y, mientras avanzaba para saludarlos, vi de nuevo en el rostro de Maria aquella chispa de resentimiento. Incluso Charlotte parecía desaprobarlo, pero lo más revelador fue el gesto de mal humor que apareció en la cara de la rubia cuando el famoso escritor la recorrió con la mirada. Era una mujer atractiva y probablemente estaba acostumbrada a esa atención no deseada. No estoy acostumbrado a recibir miradas lujuriosas, pero imagino que, cuando tienes veintitantos y un cincuentón barrigón te examina como un trozo de carne en un mostrador, debe de resultar bastante desagradable.

Durante la hora siguiente llegaron los demás participantes del curso y todos fuimos presentados. Diana, la profesora de Historia Antigua, estaba más relajada y no tardé en encontrar la manera de hacerla hablar. Un par de copas de un *prosecco* sorprendentemente bueno debieron de ayudar.

—¿Te apetece contarme algo de tu novela histórica? ¿Es pura imaginación o se basa en hechos reales?

Aquello era la clave para que se abriera. Pronto estaba lanzada, explicando las intrigas y luchas internas en Roma en los años posteriores a la muerte de Cristo y cómo había estructurado su novela en torno a ello. Su conocimiento del periodo romano era enciclopédico y estaba seguro de que debía de ser una excelente profesora. Empecé a sentirme menos cómodo cuando pasó a describir con detalle lo que los patricios licenciosos hacían en sus orgías y fue un alivio cuando por fin me devolvió la pregunta. Le hablé de mi novela policíaca, basada de forma muy libre en la todopoderosa familia Médici, que dominó la Toscana desde principios

del siglo xv durante casi trescientos años. También insistí en recordar a todos que no había erotismo de ningún tipo —por si acaso.

Aún estaba hablando cuando se unieron a nosotros dos recién llegados, que escucharon con atención. Cuando terminé de enumerar a Diana algunos de los lugares que pensaba visitar para documentarme, nos centramos en los recién llegados. Eran un hombre y una mujer de aspecto serio, de unos cuarenta años, y en cuanto el hombre habló quedó claro que venían del otro lado del Atlántico.

—Soy Will Gordon. Ésta es mi hermana, Rachel. Venimos de Vancouver, Canadá.

Como por arte de magia, Agatha apareció junto a ellos y los sometió a un bombardeo de preguntas. Respondieron con facilidad y explicaron que ambos eran autores en ciernes, aunque ninguno de los dos parecía haber escrito aún una sola palabra. Will explicó su situación:

—Llevamos tiempo intentando decidir sobre qué escribir. A Rach le atrae la idea de la erótica, así que quizá tiremos por ahí, pero estamos aquí para aprender de todos vosotros antes de empezar.

Intenté apartar la idea de qué pasaría si yo sugiriera a mi propia hermana que escribiéramos un libro erótico y negué con la cabeza.

—No todos somos expertos. Yo también he venido a aprender.

Cualquier otra conversación quedó interrumpida por el tintineo de una campanilla y la ratonil hermana de Jonah, Millicent, apareció, todavía vestida como Maggie Smith en *Downton Abbey.* Como siempre, su anuncio sonó con toda la delicadeza de un sargento mayor de regimiento.

—¡La cena está lista en el comedor! Síganme. —Hubo una pausa antes de añadir, como si fuera un pensamiento tardío—: Por favor.

De camino al comedor, aproveché que Agatha era veterana y seguramente conocía bien la dinámica doméstica. Bajando la voz, le pregunté por Millicent, y la respuesta fue muy reveladora.

—Es cinco años mayor que Jonah, pero ha pasado toda la vida a su sombra. Lo idolatra y, la verdad, ella y Serena llevan todo el peso del curso, con algo de ayuda de Maria.

—¿Así que el gran hombre no participa en su propio curso?

Negó con la cabeza y chasqueó la lengua, desaprobadora.

—Demasiado trabajo para nuestro Jonah. Tiene otras formas de pasar el tiempo. —Alzó la mano como si sostuviera una copa de vino y echó la cabeza hacia atrás—. Un poco demasiado de gluglú, si sabes a lo que me refiero.

—¿Es muy bebedor?

No me gustó nada —no por él, sino por el efecto que pudiera tener en su esposa—. Maria me caía bien y había visto con mis propios ojos el daño que el alcohol puede causar en la vida de la gente. Seguro que Jonah no estaba acumulando demasiados puntos positivos en mi opinión.

—Oh, sí —Agatha no dejaba lugar a dudas—. Bebe como un cosaco.

—¿Y Millicent, su hermana? ¿Está jubilada o qué? —Me esperaba oír que había vivido entre lujos y ociosidades como miembro de aquella familia acaudalada, pero la respuesta me sorprendió.

—Me dijo que ha pasado treinta y cinco años dando clases de inglés en algún lugar de Midlands. Estas son sus vacaciones de verano.

—¿Sigue trabajando? Pensé que estaría jubilada.

Agatha se tocó el lateral de la nariz con gesto de complicidad.

—Es más joven de lo que parece. —Y bajó aún más la voz—. Y tener a Jonah como hermano seguramente la ha hecho envejecer antes de tiempo.

—¿Por la bebida o por algo más?

—Por la bebida, seguro, aunque he oído que estuvo al borde de la bancarrota cuando conoció a Maria.

—¿De veras? Pero esta casa…

—Es de Maria. Procede de una antigua familia italiana y la heredó de sus padres. Si no fuera por ella, puedes apostar que Jonah no estaría conduciendo un deportivo de lujo.

—Vaya, vaya… ¿Y cuánto llevan casados?

—Diez años, más o menos.

Aquello me recordó mi breve conversación con Jonah. Cuando le pregunté si había vivido allí toda su vida, su respuesta había sido

vaga: que vivía en la Toscana desde su superventas. Así que debía de haber conocido y casado con Maria viviendo ya en algún otro lugar de la región, seguro que mucho menos magnífico que Villa Volpone. Su aparición en la vida de Jonah debió de ser providencial si, como decía Agatha, estaba arruinado. Y, por lo que había visto de su evidente interés por otras mujeres, más le valdría frenar sus instintos si quería conservar a la gallina de los huevos de oro. Y, si Agatha tenía razón, reducir la ingesta de alcohol tampoco le vendría mal.

En ese momento llegamos al comedor y tuvimos que separarnos para tomar asiento según las tarjetas con nuestros nombres, escritas con una caligrafía impecable —sin duda obra de Millicent—. Yo quedé cerca de la cabecera, entre Maria Moore y Rachel, la canadiense.

Había dos sillas vacías al fondo de la mesa, y Maria explicó que pertenecían a la última participante del curso y a su acompañante, que habían sufrido un retraso y llegarían muy tarde. Venían de Estados Unidos y, al parecer, había habido un problema con su vuelo. Por lo que se veía, aparte del estadounidense retrasado, solo éramos tres hombres en el curso, y ya había conocido a los otros dos: Will, de Canadá, y Gavin, el del BMW. Los dos parecían sorprendentemente normales. Me dispuse a cenar con renovado optimismo. Quizá no estaría tan mal después de todo.

La cena fue excelente. Empezó con una selección de *antipasti* toscanos tradicionales, incluyendo *bruschetta:* rebanadas de pan blanco cubiertas de tomates en dados y bañadas en un aceite de oliva verde espeso y fragante. Había también jamón curado cortado a mano y melón anaranjado del propio jardín. De pronto me di cuenta de que tenía mucha hambre, después de haber tomado solo una taza de té y un Kit Kat en el avión, y ataqué con ganas. Después sirvieron *panzanella:* una ensalada de tomates, pepino, cebolla y —según me explicó Maria— pan duro, todo empapado en aceite de oliva y vinagre de vino. Servida bien fría, resultaba de lo más refrescante. El plato principal era cordero asado acompañado de pequeños dados de patata asados con romero. Por último, Antonio nos presentó una macedonia de melocotones, albaricoques, fresas y

otras frutas del propio jardín, junto con merenguitos y un helado de vainilla exquisito que sabía a casero. Fue una comida magnífica, y tuve que admitir que, aunque el curso resultara un desastre, las dos semanas siguientes iban a ser, gastronómicamente, una experiencia muy satisfactoria.

Nota mental: si voy a comer así cada día, necesito volver a correr cuanto antes.

Para beber había vino blanco y tinto de la zona. Probé ambos —me dije que era mera cortesía— y me gustaron los dos, pero decidí quedarme con el tinto. A medida que avanzaba la cena, vi que Jonah consumía una cantidad considerable de vino y se volvía cada vez más locuaz. Supimos por él que el vino espumoso que habíamos tomado antes no era *prosecco,* sino un espumoso local elaborado por un «hombrecillo» que vivía «más allá de la colina». Y pronto quedó claro que casi todo lo que había en la mesa procedía del jardín o de algún lugar muy cercano a la villa. A Tricia le habría encantado —está muy metida en el tema de la alimentación sostenible—, aunque como vegana no habría disfrutado mucho del cordero.

Conversé con Maria y con Rachel. Maria era encantadora y una anfitriona atentísima, y me puso al corriente de los orígenes de la finca. Al oír que estaba escribiendo un libro ambientado en el Renacimiento, tuvo la amabilidad de ofrecerme una visita guiada por la villa para enseñarme los restos medievales y posmedievales que aún se conservaban allí. Rachel, la canadiense, era mucho más callada, pero una copa de tinto la animó y pronto empezó a contarnos cómo era la vida en Vancouver, donde ella y Will vivían y trabajaban. Su empleo diurno era de funcionaria, en alguna oficina estatal, mientras que su aspiración era hacerse un nombre como escritora. Por la forma en que hablaba, daba la impresión de que tenía muchas ganas de aprender a escribir erótica, y le deseé suerte.

Al final de la cena, Jonah se puso en pie —con ayuda del borde de la mesa— y agitó su copa de tinto medio vacía en un gesto benevolente hacia sus invitados. No tenía la mano muy firme y recé para que no derramara vino sobre Maria o Agatha, sentadas a cada lado.

—Amigos míos, quiero daros las gracias por venir y desearos mucho éxito. Espero que este curso os ayude en vuestros esfuerzos y que pronto esté leyendo superventas escritos por vosotros. —Reprimió un eructo—. No hay nada como escribir un superventas, os lo aseguro. Las recompensas son considerables si lo haces bien. Ganar premios prestigiosos como el Silver Dagger…

Agitó su copa hacia la repisa de la chimenea y Agatha y Maria se echaron hacia atrás con aprensión cuando la copa pasó peligrosamente cerca. Dominando la repisa había una daga ceremonial montada sobre una base de madera.

—Ganar un premio internacional puede cambiarte la vida. A mí me la cambió.

La copa describió entonces un arco impreciso por la estancia, como indicando que la villa era la recompensa, aunque, tras hablar con Agatha, yo sabía ya que no era así.

Jonah devolvió la copa a sus labios —milagrosamente sin volcarla —, apuró el resto del vino y se dispuso a recorrer la mesa dando las buenas noches a sus invitados. Aquel recorrido incluyó toqueteos excesivamente cariñosos a cualquier piel descubierta de las mujeres más jóvenes y, cuando regresó junto a su esposa, vi cómo ella se encogía para evitarlo. Al mismo tiempo, detecté una expresión en el rostro del mayordomo que distaba de la impasibilidad esperable en un sirviente. Me dio la impresión de que podía añadir a Antonio a la lista de personas para quienes Jonah Moore no era precisamente el favorito de la velada. Ajeno a la desaprobación, Jonah se volvió hacia su hermana, que lo seguía de cerca con aire nervioso.

—Y ahora, Millicent, creo que voy a retirarme.

Se alejó dando tumbos y me quedé pensando en lo extraño que resultaba que anunciara sus intenciones a su hermana y no a su esposa. La manera en que ella había casi retrocedido ante él me hizo preguntarme si el exceso de alcohol podía estar derivando en malos tratos físicos. Ojalá no. Había visto demasiadas mujeres maltratadas en mis años como para no odiar visceralmente a cualquier hombre capaz de algo así. Como familia, aquella no era precisamente un remanso de paz —disfuncional, era la palabra que me venía a la mente.

Cualquier reflexión quedó interrumpida por Millicent, en un tono estentóreo de Duce total. Elevando su metro y medio con toda la dignidad posible, nos arengó como si fuéramos un grupo de escolares díscolos:

—El desayuno es de ocho a nueve. El curso se imparte en la sala de seminarios, siguiendo este pasillo. Las sesiones empiezan a las nueve y media ¡en punto! Buenas noches.

No añadió «¡Rompan filas!», pero bien podría haberlo hecho.

Todos nos levantamos y me reuní con un par de personas junto a la chimenea para observar el «prestigioso premio». La empuñadura parecía de plata, mientras que la hoja, de casi treinta centímetros, era de acero reluciente y estaba claro que se pulía con regularidad —muy probablemente por el propio Jonah—. Una placa metálica en la base de madera indicaba que había sido concedido a Jonah Moore por la Confederación Internacional de Escritores de Novela Negra hacía quince años. Nunca había oído hablar de esa organización y pensé en investigar, pero Agatha me ahorró el esfuerzo.

—Antes de que te hagas ilusiones, esto no es lo que crees. No es una daga de la Asociación de Escritores de Novela Negra. Esos sí son premios prestigiosos. Esta organización es de tercera división en comparación.

No me sorprendió. Cuanto más sabía de Jonah, más convencido estaba de que la carrera gloriosa del hombre era tan inventada como las tramas de sus libros.

Cuando la reunión se disolvió, miré el reloj: eran pasadas las diez —solo las nueve, hora británica—, así que decidí dar un paseo por el jardín antes de acostarme. Me despedí de todos y me dirigí a la puerta principal. Al llegar dudé un instante, preguntándome si la encontraría cerrada al volver. Decidí que sería buena idea consultarlo con Antonio antes. Sería muy embarazoso quedarme fuera.

—¿Puedo ayudarle, señor?

—¡Jesús!

Di un giro y me encontré con el rostro cadavérico de Antonio a menos de treinta centímetros.

—Me has dado un susto de muerte. No he oído nada.

—Siento haberle sobresaltado, señor.

Me recompuse.

—Está bien, gracias, Antonio… y mi nombre es Dan.

—Sí, señor.

Decidí que era inútil insistir.

—Quería saber si puedo salir a pasear un rato. No me vas a dejar encerrado, ¿verdad?

—Por supuesto que no, señor. Todavía esperamos a los dos últimos participantes del curso, pero si necesita ayuda, puede llamarme.

Me recitó su número y lo guardé en el móvil, procurando no sonreír. No pude evitar pensar lo extraño que era ver a Drácula con un teléfono. Una llamada rápida a la cripta diciendo «Perdone, conde Drácula, pero hay una turba con antorchas fuera» habría cambiado drásticamente muchas de las películas de terror que había visto.

Afuera ya había caído la noche y la temperatura había bajado varios grados. Soplaba una ligera brisa que hacía el aire más agradable. Respiré hondo, agradeciendo estar al aire libre. Apenas había bajado al aparcamiento cuando oí crujir la grava y una silueta negra apareció a mi lado moviendo la cola. Me agaché y rasqué las orejas del labrador, que estaban totalmente secas ya.

—Hola, Oscar. ¿Tú también sales de paseo?

En respuesta, recibí un empujón con un hocico frío y húmedo, y los dos nos encaminamos entre los árboles hacia el olivar. Aunque la luna aún no había salido, el cielo estaba despejado y el brillo de millones de estrellas se reflejaba en la grava blanca del camino lo suficiente para avanzar sin dificultad. Más abajo brillaban las luces del pequeño pueblo de Montevolpone y, en la lejanía, un resplandor anaranjado marcaba la presencia de la gran ciudad que ahora sabía que era Florencia. La noche era encantadora y disfruté del paseo en compañía del perro, que parecía encantado de adelantarse por el camino, aunque de vez en cuando volvía para empujar mi mano con el hocico. Era agradable, por una vez, tener una compañía afectuosa a mi lado.

Mientras caminábamos, digería no solo la cena, sino también las primeras impresiones sobre mis compañeros en la villa. Para mi gusto, nuestro ilustre líder parecía ser un marido poco modélico y

sobrado de vanidad —y de vino tinto—. Nada nuevo, en realidad: ya me había topado con muchos como Jonah, empezando por O'Flaherty, mi antiguo superintendente en la Met. Él, como nuestro mentor literario, tenía un sentido exagerado de su importancia y un profundo desdén por los demás. Y luego estaba lo de Jonah y la bebida. Si Agatha tenía razón y estaba camino del alcoholismo —si no había llegado ya—, eso no auguraba nada bueno ni para él ni para su matrimonio.

Por lo demás, el resto del grupo parecía bastante agradable, e incluso el mayordomo siniestro había conseguido esbozar una sonrisa, aunque estaba claro que desaprobaba el comportamiento de su amo hacia su esposa. La hermana de Jonah, Millicent, desde luego no era la alegría de la huerta. Maria Moore era muy simpática, considerando lo difícil que debía de ser vivir con Jonah, y las demás mujeres resultaban agradables. Sobre todo, me sentía enormemente aliviado al comprobar que mis compañeras de curso resultaban ser sorprendentemente normales.

Agatha parecía haberse erigido en líder del grupo y yo estaba encantado de dejárselo. Charlotte, en particular, había conseguido incluso atraerme físicamente, lo cual requeriría un período de adaptación. Pensar en ella me llevó, otra vez, a Helen, y me sorprendí preguntándome adónde iba mi esposa en los días siguientes… y con quién. Desde que nos separamos, yo no había estado con ninguna otra mujer, pero no tenía ni idea de qué había hecho ella. ¿Habría encontrado otro hombre? Tricia quizá lo sabría, pero no iba a preguntarle a mi hija por la vida amorosa de su madre, claro.

Mis reflexiones se vieron interrumpidas por el sonido de un motor y el destello de unos faros que subían por la grava hacia nosotros. Llamé a Oscar, que vino trotando, y nos apartamos por un sendero estrecho entre los olivos para dejar pasar el coche. Pasó de largo sin aminorar la velocidad, probablemente sin habernos visto, y como era inevitable, el perro y yo quedamos envueltos en una nube de polvo.

Ávidos de alejarnos de la polvareda, Oscar y yo empezamos a trotar por el sendero, y pronto me encontré de nuevo entre los cipreses que rodeaban la villa. Nos acercábamos al aparcamiento

cuando oí un portazo y sujeté instintivamente el collar de Oscar por si el coche iba a arrancar de nuevo. Entonces oí la voz de una mujer americana.

—Mikey, no encuentro mis gafas de sol. —Sonaba un poco quejica.

—Déjalas, Jen. Mañana venimos a buscarlas. —Él sonaba cansado e irritable—. Y por el amor de Dios, recuerda que aquí no soy Mikey, soy Martin. Martin, ¿entendido?

—Vale, Mi… Martin, entendido.

—Más te vale.

Sus pasos crujieron sobre la grava mientras avanzaban por el sendero hacia la villa, pero yo esperé con el perro hasta que llegaron a la puerta y desaparecieron en el interior antes de soltar el collar de Oscar.

¿Mikey? ¿Martin? Parecía que los recién llegados traían secretos consigo. Solté el collar del perro y lo miré.

—Parece que las próximas dos semanas pueden resultar más interesantes de lo que pensaba.

Recibí un lametón en la mano como respuesta.

Capítulo 3

Lunes

Dormí como un tronco. Había sido una noche calurosa y dormí solo con una sábana ligera y la ventana abierta. El lunes por la mañana me desperté aliviado al comprobar que no me habían molestado los mosquitos ni otros insectos irritantes. Cuando miré el reloj, vi que aún era temprano, así que decidí salir a correr antes del desayuno. Siempre he intentado mantenerme en forma y, desde que dejé el cuerpo, había ido bastante al gimnasio; en buena parte por la compañía, para ser sincero.

Justo cuando salía de la habitación, oí el sonido de una puerta que se cerraba un poco más allá, en el pasillo, y miré para ver a Will, el canadiense. Por su ropa, parecía que había tenido la misma idea. Me saludó con un leve movimiento de la mano.

—Hola, Dan. ¿También pensabas salir a correr? ¿Te apetece compañía?

Will parecía ser por lo menos quince, quizá veinte años más joven que yo, así que decidí dar mis excusas cuanto antes.

—Encantado, pero hoy en día soy más bien de trote cochinero, así que si quieres salir disparado, no dejes que te frene.

—Trotar está bien. Solo necesito un poco de aire fresco después de haber estado siete horas encerrado en un avión.

—¿Y tu hermana? ¿No viene?

—Lo dudo, aunque no lo sé. Si se parece a mí, debe de tener un *jet lag* de mil demonios y necesita dormir todo lo que pueda.

Abajo, el vestíbulo estaba vacío, pero la puerta principal no estaba cerrada con llave, así que salimos y nos pusimos en marcha. No había rastro del labrador aquella mañana y me sentí bastante decepcionado. Will dijo que le daba igual ir a donde fuera, así que lo llevé por el camino de acceso, pero esta vez, al salir de la arboleda, giré a la izquierda por un sendero que había visto la noche anterior y

enseguida estábamos trotando entre dos buenos muros de piedra seca, con olivos a un lado y un viñedo bien cuidado al otro. El camino subía de forma constante, pero no demasiado pronunciada, y me sentí satisfecho —y en secreto aliviado— al comprobar que era capaz de seguirle el ritmo a Will y mantener una conversación sin ir jadeando.

Will me preguntó a qué me dedicaba y me limité a decirle que estaba jubilado. A lo largo de los años había descubierto que revelar que era policía podía dar lugar a conversaciones incómodas. Will fue igual de ambiguo y se limitó a decir que era funcionario del Gobierno canadiense, y a mí me pareció bien. De mutuo acuerdo, enseguida pasamos a hablar del tiempo, de la villa y de lo que esperábamos sacar del curso. Muy pronto quedó claro que Will no compartía el interés de su hermana por escribir erótica y admitió que solo había venido para hacerle compañía. Me sentí bastante aliviado al oírlo. La idea de unos hermanos escribiendo guarrerías juntos me tenía intranquilo.

Tardamos veinte minutos en llegar a la cima de la colina, desde donde veíamos directamente, hacia abajo, la villa y sus jardines, el pueblo de Montevolpone y las colinas del fondo. Nos detuvimos allí para recuperar el aliento y admirar las vistas. Con el frescor relativo de la mañana, el aire era mucho más limpio y Florencia, a lo lejos, era una maravilla. La enorme cúpula del Duomo y el Campanile de Giotto junto a ella eran inconfundibles. Más allá se extendían las laderas oscuras y arboladas de los Apeninos, mientras que, hacia la izquierda, en dirección oeste, hacia el mar lejano, se distinguían las aguas pardas del río Arno. Como vistas, pocas podían superar aquella.

Miré de reojo a Will, que apenas sudaba, mientras yo chorreaba. Estaba claro que el tío estaba en forma. Claro que, me recordé a mí mismo, él era un chaval y yo me estaba haciendo viejo. La constatación de que los hombres más jóvenes podían hacer ciertas cosas mejor y más deprisa que yo había sido una de las razones por las que había pedido la jubilación anticipada; eso y las ganas de alejarme del superintendente O'Flaherty. Aunque, siendo totalmente sincero, la razón principal había sido la esperanza de que ese cambio

en mi vida hiciera que Helen se replanteara su decisión de separarse. Había apostado a que quizá, cuando se diera cuenta de que ya no estaría casada con un policía, cambiara de idea sobre nosotros, pero de momento no había funcionado. Por cómo pintaban las cosas, el siguiente paso iba a ser el divorcio, y tenía miedo de algo tan definitivo. Los primeros veinte años de nuestro matrimonio habían sido tan buenos, pero lenta e inexorablemente ella había cambiado, o quizá había cambiado yo; todo por culpa de mi trabajo. Ahora parecía que no solo había perdido un trabajo que me encantaba, sino que además estaba perdiendo a la mujer a la que había querido durante treinta años. Sacudiendo la imagen de Helen de mi cabeza, miré al canadiense.

—¿Habías estado antes en la Toscana?

Will negó con la cabeza.

—No, todo esto es nuevo para mí. Eso de ahí tiene que ser Florencia, ¿no?

—Yo tampoco había venido nunca, pero sí, tiene que ser Florencia. Maria me lo dijo anoche.

Recité de carrerilla los nombres de algunos de los monumentos que teníamos ante nosotros, que me había aprendido durante la documentación para mi libro.

—Un día de estos pienso bajar a la ciudad y verla por mí mismo.

—Agatha me ha dicho que hay una excursión a Florencia una tarde de esta semana como parte del curso. Por lo visto, Maria es una experta en historia toscana y hace una visita guiada. Yo me apunto fijo.

A mí también me pareció buena idea, aunque ya había decidido ir por mi cuenta la mayoría del tiempo. De hecho, como le había dicho a Tricia, pensaba incluso hacer una escapada a la ciudad yo solo tan pronto como mañana o pasado. Así podría husmear por todos los lugares de mi lista de investigación, desde nombres grandes como el Ponte Vecchio hasta iglesias, museos y otros edificios muy poco conocidos que necesitaba para el libro. Hasta entonces había estado escribiendo con la ayuda de guías y de Google Earth, pero, por supuesto, no hay sustituto para ver las cosas en carne y hueso.

Cuando regresamos a la villa pasaban ya holgadamente de las ocho, así que no perdí el tiempo y me fui directo a la ducha. Me quedé bajo el chorro de agua apenas templada —por elección propia, no por culpa de la fontanería— y dejé que mi mente repasara un par de cosas que me tenían intrigado. Primero, aunque Will decía ser canadiense, no tenía acento canadiense. Diez años atrás había pasado tres meses en comisión de servicio con la Policía Montada y me había acostumbrado a la manera peculiar en que los canadienses pronuncian la letra «o», muy distinta a la de la gente de Estados Unidos. Y segundo, Will había dicho que acababa de bajarse de un vuelo de siete horas, cuando de Vancouver a Londres lo normal son doce horas.

Mientras le daba vueltas a todo aquello, casi podía oír la voz de Helen, con su tono amargamente crítico: «No eres capaz de aceptar a la gente tal como viene, ¿verdad? Siempre estás cuestionando, cuestionando, cuestionando. Y también me lo haces a mí».

Probablemente tenía razón.

Will y yo fuimos los últimos en bajar a desayunar y él se limitó a agarrar una taza de café antes de volver a subir, dejándome a mí en un lado de la mesa con Maria Moore en diagonal, enfrente. Parecía agotada, pero, al notar que la miraba, vi cómo se rehacía.

—¿Has dormido bien, Dan?

—Como un tronco, gracias.

Conseguí contener el impulso de preguntarle por qué tenía pinta de no haber pegado ojo y me concentré en la excelente macedonia de fruta fresca. Antonio apareció por la puerta de la cocina con un plato de tortitas y dejó claro que no se le escapaba casi nada.

—Buenos días, señor. ¿Disfrutó de la carrera?

—Sí, ha estado bien, gracias. ¿Has salido tú también?

Aunque, con esa tez tan mortecina, probablemente habría estallado en combustión espontánea a pleno sol.

—No, señor, pero suelo tener un ojo puesto en las ventanas. Pocas cosas ocurren aquí que yo no vea.

En ese momento nos interrumpió la llegada de Jonah, con los ojos inyectados en sangre y cara de muy pocos amigos. Entró hecho una furia y no pude pasar por alto cómo su mujer volvía a encogerse

instintivamente, pero enseguida quedó claro que Jonah estaba enfadado por otra cosa.

—¿Sabes lo que ha hecho ahora ese maldito perro?

Sin esperar a que ninguno intentara adivinarlo, siguió adelante:

—Se ha comido todo el beicon.

Antonio pareció horrorizado.

—Pero ¿cómo ha ocurrido, señor?

—La cocinera dejó el plato con el beicon recién hecho en la mesa y el condenado perro se ha puesto de pie sobre las patas traseras y se lo ha zampado entero en cuanto ella se ha dado la vuelta.

Soltó un resoplido de rabia.

—No sé en qué demonios estaría pensando cuando decidí traer un perro a casa.

—Es un buen perro, Jonah —Pude oír lo conciliadora que intentaba sonar Maria—. Es solo que el olor del beicon debía de ser demasiado tentador.

—Debería sacarlo y pegarle un tiro.

Aquello me pareció excesivo y decidí intervenir para intentar calmar un poco las aguas.

—Eso quizá es pasarse. Todavía es joven, ¿no? Aprenderá.

Jonah alzó los ojos hacia mí y reconocí el mismo tipo de mirada abiertamente hostil que había visto tantas veces en mi vida en los criminales a los que había llevado ante la justicia.

—¿Te crees que no lo hemos intentado? ¿Por qué no pruebas tú, puñetas, ya que eres tan listo?

—¡Jonah!

Maria alargó la mano y le agarró la manga, intentando recordarle que se comportara. Al sentir su contacto, Jonah trasladó su hostilidad a ella, le arrancó el brazo de un tirón y, al hacerlo, golpeó el plato de tortitas que llevaba Antonio, que salieron volando. Una consiguió incluso enrollarse alrededor de la oreja izquierda de Jonah y su ya de por sí encendido rostro se volvió púrpura.

—¡Por el amor de Dios…!

Y salió de la sala hecho una furia, dando un portazo.

Maria se volvió hacia mí con una sonrisa de disculpa.

—Tienes que perdonar a Jonah, Dan. Ha estado sometido a mucha presión últimamente. Estoy segura de que se calmará pronto y vendrá a disculparse. A Oscar solo lo tenemos desde hace unos meses y todavía está aprendiendo.

—No te preocupes por mí. Me da pena el perro. Jonah no haría realmente algo tan drástico como pegarle un tiro, ¿verdad?

—Estoy segura de que no.

A pesar de sus palabras, Maria no parecía convencida.

—¿Es que tiene una pistola? Podría ser sensato asegurarse de que la tenga bien guardada, si la tiene.

—Claro. Ahora disfruta de tu desayuno. Tengo que hablar con Serena sobre la clase de esta mañana.

Me di cuenta de que no había contestado a mi pregunta sobre el arma. Cuando se marchó de la sala, miré a Antonio, que seguía agachado recogiendo las tortitas desparramadas y los trozos de porcelana rota.

—No le dispararía a Oscar, ¿verdad, Antonio?

—Sinceramente, espero que no.

—¿Tiene una pistola?

Hubo un instante de vacilación.

—Creo que tiene una pistola, señor, pero estoy seguro de que no la usaría.

—¿Una pistola? Dime que la tiene guardada bajo llave.

Me pregunté si Jonah tendría licencia de armas cortas. En el Reino Unido son bastante difíciles de conseguir. La idea de un alcohólico con un arma resultaba muy inquietante y, por un momento, me planteé seriamente hacer algo al respecto, pero entonces me recordé —como sin duda habría hecho mi mujer— que ya no era policía.

Antonio seguía con el mismo gesto imperturbable.

—No sabría decirle, señor, pero supongo que sí.

—Bueno, procura mantener a Oscar alejado de su amo, ¿de acuerdo? Es un buen perro.

—¿Aunque le tirara a usted a la piscina?

Antonio se incorporó y le sorprendí una sombra de sonrisa en el rostro pálido.

—De verdad no se te escapa nada, ¿eh? Sí, sigo pensando que es un buen perro a pesar de nuestro pequeño encontronazo de ayer. Desde luego no me gustaría que le pasara nada.

Le sostuve la mirada al mayordomo.

—Y tampoco me gustaría que le pasara nada a Maria.

La sonrisa se borró de su cara al instante.



La primera sesión no empezaba hasta las diez menos cuarto. Por suerte, se hacía cargo Serena, y Millicent (alias la directora) no estaba allí para ver a los rezagados. Probablemente los habría mandado sacar y fusilar. Hoy Serena llevaba otro vestido exótico y las pulseras de sus muñecas tintineaban cada vez que movía los brazos. Gavin se coló dentro, disculpándose, a las nueve y treinta y cinco, pero Jennifer, la recién llegada americana, no apareció hasta diez minutos más tarde. No había rastro de su acompañante, Martin o Mikey o como quiera que se llamara, pero resultó que él, igual que Emily, la novia de Gavin, no participaba en el curso y solo había venido a hacerle compañía. Así que, por fin, estábamos todos, y ni una gabardina mugrienta a la vista.

Serena nos dio la bienvenida y empezó haciendo que cada uno, por turno, se presentara y hablara de su carrera literaria hasta la fecha. En la mayoría de los casos, era inexistente, aunque Agatha aseguró tener tres libros publicados y Elaine fue algo vaga con sus obras eróticas, aunque Agatha había comentado la noche anterior que tenía bastantes. Los demás estaban o bien en mitad de la escritura de erótica, como Diana, la profesora de historia, o escribiendo algún otro género, como Gavin y yo; o aún sin empezar, como Charlotte, Rachel la canadiense y su hermano, y Jennifer. Para mi sorpresa, a pesar de mis recelos, empecé a pasármelo bien y el tiempo se me fue volando. La pausa del café me pilló de sorpresa y todos salimos por las puertas de cristal a la terraza.

Yo estaba de pie junto a Jennifer —«Llámame Jen»— cuando su acompañante se unió al grupo. Era un hombre corpulento, de quizá

poco más de cincuenta años, lo que lo hacía más o menos el doble de edad que ella. Y cuando digo corpulento no quiero decir gordo. Por la anchura de sus hombros y el tamaño simiesco de sus manos, era un tipo fuerte, duro. Se presentó como Martin y estrechó la mano cordialmente a todo el mundo antes de acercarse a darle a Jen un abrazo cariñoso y un beso. Por su parte, ella parecía igual de contenta de verle, así que mis dudas acerca de la diferencia de edad empezaron a disiparse. Obviamente, a ellos les funcionaba. Helen solo me lleva tres años, y eso no impidió que acabáramos separándonos.

Mientras tomaba el café, lo observé con atención y tuve una sensación de familiaridad; no porque conociera al hombre, sino porque de algún modo me resultaba reconocible el tipo. Era verdad que se estaba comportando, pero tras años en el cuerpo había desarrollado unas antenas bastante sensibles para identificar lo que mis compañeros y yo solíamos llamar «villanos». Algo me decía que Martin/Mikey no estaba tan limpio como quería aparentar.

Con todo, mientras el hombre no se metiera en líos aquí, no era asunto mío. Como tenía que repetirme una y otra vez, ya no era el inspector jefe Armstrong de la Metropolitana. Me gustara o no, estaba jubilado y la tarea de mantener la ley y el orden era problema de otro. No mío. Ese capítulo de mi vida había terminado y, por mucho que secretamente echara de menos la emoción de la caza y el medirme con la delincuencia, sabía que tenía que ser realista. Lo hecho, hecho está, ya no era detective, y más me valía no olvidarlo.

La pausa del café terminó a las once en punto y nos llamaron de vuelta al interior. Yo fui el último en entrar y Maria me cogió del brazo y me retuvo durante unos segundos.

—Ayer, cuando hablábamos, te prometí enseñarte la villa. Hay algunas curiosidades históricas que te podrían servir para tu novela.

—Sería estupendo, gracias. Cuando te venga bien.

—Pues ¿qué te parece esta tarde? Digamos a las tres.

Maria me esperaba en el vestíbulo a las tres, tal como habíamos quedado, y me llevó a la cocina, donde recibí el saludo alborotado de Oscar, que salió disparado de su cesta de mimbre junto a la vieja chimenea, aunque Maria, con su alergia, se mantuvo a distancia. Como estábamos solos en la cocina, decidí preguntarle por qué habían cogido el perro. Maria negó con la cabeza, resignada.

—Me temo que Jonah puede ser algo impulsivo. La perra de un amigo tuvo cachorros y a él le pareció buena idea hacerse con un perro guardián.

—No sabía que los labradores fueran buenos perros de guarda.

Maria sonrió.

—No lo son… o al menos este no lo es. Es demasiado amistoso con casi todo el mundo para servir de perro guardián, aunque sí tiene sus filias y sus fobias. Nuestro cartero es encantador, pero Oscar pone la casa patas arriba a ladridos cada vez que lo ve. Lo mismo con el granjero de al lado y los repartidores, pero puedes apostar lo que quieras a que, si viniera un ladrón, lo lamería de arriba abajo y nada más.

—¿Y para qué necesitáis un perro de guarda, de todos modos? Estas paredes deben de tener medio metro de grosor.

La sonrisa se le borró del rostro y miró alrededor con disimulo antes de contestar.

—Jonah ha estado muy tenso últimamente y, siendo sincera, quizá se esté volviendo un poco paranoico.

Ahora su voz era poco más que un susurro.

—En fin, le quiero con locura, pero no puedo acercarme a él.

Decidí quitar hierro al asunto.

—¿Te refieres a Oscar o a Jonah?

—Al perro, claro, por la alergia.

Vaciló.

—A Jonah también, a veces.

Inmediatamente cambió de tema, pero aquella indiscreción no hizo más que reforzar la impresión que ya empezaba a formarme sobre su relación. Estaba claro que el hogar de los Moore no era precisamente un remanso de paz.

Mientras tanto, Maria me llevó al otro extremo de la amplia estancia de techo alto hasta la chimenea y señaló la fecha grabada en el dintel.

—1564. ¿Sabes qué tiene de importante este año?

Estuve unos segundos estrujándome el cerebro antes de admitir mi derrota.

—¿Alguna batalla, quizá?

—Es el año en que murió Miguel Ángel. Algunos dicen que marcó el final del Renacimiento, aunque otros creen que duró algo más.

—¿Así que esta villa es renacentista?

—Sí, pero se construyó sobre los cimientos de un edificio medieval más antiguo. De eso apenas queda nada hoy, salvo las bodegas. Ven a ver qué te parecen, por aquí.

Maria señaló una puerta baja y abovedada en una esquina de la sala y cogió una llave larga de un clavo en la pared junto a ella. Giró la llave en la cerradura y empujó la puerta, que se abrió con un chirrido de película. Le hizo un gesto al perro con el dedo.

—No, Oscar, tú te quedas arriba. Los perros no bajan a la bodega. Dan, cuidado con la cabeza. Eres bastante más alto que la mayoría de la gente de aquel entonces.

Desde la época medieval alguien había tenido el detalle de instalar luz eléctrica y seguí a Maria por una estrecha escalera de piedra hacia una bodega de techo bajo y abovedado. A lo largo de las paredes de la primera sala había estanterías llenas de botellas de vino, mientras que en el suelo había media docena de enormes damajuanas de vidrio revestidas de mimbre, rebosantes también de vino. Estaba claro que, si no solo Jonah, sino todos los habitantes de la villa decidieran beber hasta matarse, aquí habría más que de sobra para garantizar el éxito de la empresa.

—Hay tres salas más al fondo. —Maria señaló otro arco bajo—. No soy muy fan de las arañas, así que te dejo a ti que eches un vistazo.

A mí tampoco es que las arañas me entusiasmen, pero pudo más la curiosidad. Por suerte, las luces continuaban en las demás salas y pude orientarme sin demasiadas dificultades, aparte de las

inevitables telarañas. Anduve curioseando hasta que oí la voz de Maria a mi espalda.

—A ver si eres capaz de encontrar la entrada del pasadizo secreto.

Intrigado, repasé las paredes con ojo investigador, pero no vi más que mampostería y más arañas. Una de ellas, en particular, era un ejemplar siniestro, a rayas amarillas y marrones, del tamaño de una ciruela, que me miraba con malevolencia con la mayoría de sus ocho ojos. Decidí que, si el pasadizo secreto estaba detrás de ese bicho en concreto, podía quedarse donde estaba.

Al final, volví a la primera bodega y pedí más información.

—No he visto rastro de ningún pasadizo secreto. ¿Dónde está y adónde lleva?

Maria soltó una carcajada.

—No tenemos ni idea. La leyenda dice que hay como mínimo un pasadizo secreto, pero nunca hemos conseguido encontrarlo; aunque, siendo totalmente sinceros, tampoco es que nos hayamos matado buscándolo. Es evidente que estas bodegas son varios siglos anteriores a la villa, así que quizá haya algo de verdad, pero quién sabe. Puede que fueran mazmorras, en su día.

Subimos de nuevo los escalones y salimos con el perro por la puerta trasera a un patio empedrado de ladrillo, con lo que parecían ser antiguas cuadras a un lado. Contra la pared del fondo había una pieza de arte medieval espectacular. A todas luces era una fuente, pero estaba muy lejos de ser meramente funcional. La pila semicircular de mármol esculpido se llenaba a través de un tubo de cobre que salía de la boca abierta de una cabeza de zorro increíblemente realista y, detrás, había un relieve de intrincadas ramas entrelazadas. Era impresionante. El tintineo del agua resonaba en el patio y vi cómo Oscar se acercaba, se ponía en pie sobre las patas traseras —sin duda del mismo modo en que había robado el beicon— y bebía a placer. Volví a centrarme en Maria.

—La cabeza de zorro será por el nombre del pueblo, Montevolpone, el monte del zorro, el zorro grande.

—Exacto, y nunca se ha secado. Hemos mandado analizar el agua y es de excelente calidad para beber. Sabían lo que hacían cuando

construyeron la villa aquí. No pone año en la fuente, pero los expertos la han datado provisionalmente en el siglo xiii porque se parece mucho a la pila bautismal de la iglesia de la plaza mayor de Montevolpone. Podrías ir a verla. Y en una iglesita de Florencia hay otra muy parecida. Recuérdamelo cuando estemos en la excursión pasado mañana y te la enseñaré.

—Gracias, suena genial. Creo que ahora mismo voy a bajar andando a Montevolpone. Me vendrá bien hacer algo de ejercicio.

Miré al perro, que estaba sentado a nuestros pies, rascándose distraídamente una oreja con la pata trasera.

—¿Le apetece venir a Oscar?

—Estoy segura de que le encantará. Espera, voy a por la correa.

Oscar y yo salimos poco después y llegamos al pueblo en menos de media hora. Nada más salir del camino de grava a la carretera, le enganché la correa al collar y siguió una breve lucha por la supremacía hasta que Oscar entendió por fin que no debía intentar arrancarme el brazo de cuajo y estrangularse a la vez. Nos llevó un par de cientos de metros, pero al final llegamos a un acuerdo satisfactorio: mientras le dejara parar de vez en cuando a marcar su territorio, Oscar aceptaba caminar obedientemente a mi lado. Aunque todo se fue al traste cuando vio un gato y estuve a punto de besar el suelo.

Solo al llegar a la plaza central me di cuenta de mi error: por supuesto, no podía entrar en la iglesia con el perro, y Oscar no llevaba nada bien eso de quedarse atado. Lo intenté un par de veces, pero, antes de que pudiera cruzar el umbral, el labrador empezaba a aullar con tal desconsuelo que tuve que renunciar, de momento, a ver la pila bautismal. En lugar de eso, Oscar y yo recorrimos las callejuelas del centro histórico. Se habían construido en forma de círculos concéntricos alrededor de la iglesia, casi como la concha de un caracol. En teoría, se trataba de una disposición defensiva erigida en los turbulentos tiempos medievales en los que los conflictos eran comunes en esta parte de Italia.

Al final, salimos de la concha del caracol a una calle animada, flanqueada por tiendas encantadoramente anticuadas: fruterías, carnicerías, ferreterías, ni un solo supermercado, ni tienda benéfica

ni cadena de comida rápida a la vista. Era realmente como retroceder en el tiempo y el lugar me cayó bien desde el principio. Tricia habría dado su visto bueno sin dudarlo. Un poco más adelante me alegró encontrar una placita con una cafetería con mesas fuera, sobre los adoquines, donde el perro y yo nos sentamos encantados bajo una sombrilla de Fanta descolorida.

A los pocos segundos, un camarero salió a tomar nota del pedido y se detuvo un momento a conversar. Por lo que yo veía, era el único cliente, así que el hombre debía de estar aburrido. Por mi parte, me encantaba tener la oportunidad de practicar mi italiano. Pronto la conversación derivó hacia la villa y el curso de escritura. El barista, que resultó ser el propietario, no sabía nada del curso, y yo no pensaba decirle que era para novelistas de erótica, pero enseguida quedó claro que conocía de sobra la villa y a sus habitantes.

—Ha estado en manos de la familia Campese durante generaciones. Maria era hija única y heredó la fortuna familiar cuando murió su padre. Era un buen hombre y ella ha salido a su padre.

—¿Conoce a su marido?

—¿Al segundo marido, el inglés? Sí, lo conozco.

No pude pasar por alto el desprecio en su voz.

—¿No le cae bien?

—No soy hombre de ir hablando más de la cuenta, pero una cosa es segura: ella podría haber elegido mejor.

—¿Por qué?

Como si se arrepintiera de su comentario, el barista negó con la cabeza.

—Nada, solo chismorreos. Ahora voy a por la cerveza.

Miró hacia abajo.

—Y apuesto a que su perro también querrá beber algo.

Cuando salió de nuevo del bar, traía un cuenco de agua para el perro y dos botellas de cerveza. Dejó una delante de mí y luego se apoyó en la pared, templada por el sol, y le dio un trago a la suya mientras el perro sorbía el agua a nuestros pies. Desde luego, aquel

día hacía bastante calor. La curiosidad me empujó a hacer otra pregunta.

—Ha dicho que el inglés es el segundo marido de Maria. ¿Quién fue el primero? No sabía que se hubiera casado dos veces.

—Enrico Bianchi, el piloto de carreras. Murió en un accidente espantoso en Monza.

Me sonaba vagamente haber oído hablar de aquello años atrás.

—¿Era buena persona?

El barista negó con tristeza.

—Era buen piloto, y ahí se acababa. La trataba muy mal, pero ella nunca se quejó.

—Parece que ha ido de mal en peor con el segundo marido.

Me preocupaba Maria. Me parecía demasiado buena persona para estar atada a un narcisista alcohólico y de verdad esperaba que Jonah, en privado, fuera distinto del hombre que yo había visto. Si no, el futuro de Maria no pintaba nada bien.

El camarero se encogió de hombros y alzó los ojos al cielo.

Seguimos charlando, pero ninguno volvió a sacar el tema de los habitantes de la villa. Supe que se llamaba Tommaso y, gracias a él, descubrí más cosas sobre la historia del pequeño pueblo de Montevolpone y de la zona de alrededor. Me indicó los mejores sitios para comprar vino, aceite y queso, además de recomendarme la trattoria al otro lado de la iglesia, Da Geppo, donde, según él, preparaban la mejor carne a la brasa de toda la Toscana. Aunque en la villa nos daban todas las comidas, decidí seguir el consejo de Tommaso y probar el restaurante antes de irme. Por un momento me planteé incluso invitar a Charlotte, la pelirroja deslumbrante, a cenar conmigo, pero lo descarté, aunque no estaba del todo seguro de por qué. Bueno, supongo que sí lo sabía, pero no quería reconocerlo. En el fondo seguía aferrado a la vana esperanza de que Helen y yo pudiéramos volver a estar juntos.

Cuando Oscar y yo emprendimos de nuevo el camino de vuelta a la villa, ya sabía mucho más de la zona y había recogido varios detalles pintorescos que podría meter en el libro. Además, había hecho un nuevo amigo y prometí a Tommaso que volvería a verle antes de irme.

Llegamos de regreso poco antes de las seis, dejé a Oscar en la cocina y volví a mi habitación. Dudé si ponerme a trabajar en la novela, pero, como todavía hacía mucho calor, me puse un bañador y una camiseta y me fui a la piscina. Asegurándome esta vez de cerrar bien la puertecilla de mimbre tras de mí, salí de entre los romeros hacia una escena de lo más inesperada.

No había nadie, salvo una pareja en el otro lado de la piscina. Llevaban solo el bañador y se estaban duchando juntos, muy juntos. Ella parecía decidida a ahogarlo con la lengua mientras las manos de él parecían estar amasando pan dentro de su biquini. Me quedé clavado y retrocedí poco a poco, de nuevo a cubierto entre los arbustos. No fue tanto lo que estaban haciendo como quiénes eran lo que me dejó helado. La pareja amorosa no eran otros que Will y Rachel, los canadienses.

Y se suponía que eran hermanos.

Decidí que la retirada era la mejor opción y retrocedí con sigilo hasta que pude salir por la puertecilla, que cerré en silencio tras de mí. Sin posibilidad de darme un chapuzón refrescante, seguí el sendero entre los árboles hasta llegar al banco en el que había encontrado a Charlotte el día anterior. Hoy estaba vacío. Las ramas de encima proporcionaban una sombra acogedora; me dejé caer, agradecido, y empecé a abanicarme con la toalla, mientras le daba vueltas y más vueltas en la cabeza a una de las frases favoritas de mi padre: «No hay nada más raro que la gente».

Quizá fueran las largas noches de invierno en Canadá, el frío o alguna especie de endogamia estrafalaria, pero, a mi juicio, lo que acababa de ver no era precisamente lo que deberían estar haciendo unos hermanos. Claro que, enseguida caí en la cuenta; la explicación más verosímil era que no fueran hermanos en absoluto. Si no eran hermanos, ¿qué relación tenían y quiénes eran? ¿Eran siquiera Rachel y Will Gordon? Y si no eran quienes decían ser, ¿qué pintaban allí, en un curso inofensivo —si no contamos al anfitrión— para escritores noveles en mitad de la campiña toscana? En cuanto se me pasó por la cabeza esta idea, recordé el fragmento de conversación de Mikey o Martin y su novia que había oído en la oscuridad la noche

anterior. Todo apuntaba a que dos de las parejas del curso estaban fingiendo ser otras personas.

Y, de ser así, ¿por qué?

Mi debate interior se vio interrumpido por el móvil. Miré quién llamaba y vi que era Paul Wilson, antiguo sargento Wilson, mi lugarteniente de mayor confianza en el cuerpo, y ahora inspector Wilson. Una de las últimas cosas que hice —y de las que estoy orgulloso— antes de jubilarme fue insistir para que le dieran el ascenso que se merecía. Al dirigirme a él ahora tenía que hacer un esfuerzo consciente para llamarle Paul. Después de años de «Wilson», se hacía raro.

—Paul, hola, ¿cómo va eso?

—Muy bien, gracias, señor.

No pude evitar sonreír. Claramente, no era el único que tenía dificultades para adaptarse a la nueva situación.

—Ya hemos pasado por esto: ahora somos Dan y Paul. Bueno, ¿qué noticias hay de la primera línea?

—Las de siempre: miembros de bandas matando a otros miembros de bandas, esposas cortando trozos de sus maridos y políticos portándose mal. Lo de siempre. ¿Y tú qué tal? ¿Qué tal el curso de escritura?

Le escuché contener una risita.

—¿Aprendiendo trucos nuevos?

—No, Paul, ningún truco nuevo. Para ser sincero, puede que al final me resulte útil para la novela. Y no des por hecho que eso significa que vaya a ponerme a escribir libros guarros.

—Me alegra oírlo. ¿Y la gente del curso? ¿No es demasiado rara?

Al pensar en lo que me había estado rondando por la cabeza apenas unos segundos antes, contesté con cautela.

—No demasiado, pero desde luego son interesantes…, de hecho, diría que fascinantes.

—¿Eso significa que son todas ninfómanas?

Me vino de golpe la imagen de Agatha y Elaine.

—Espero que no, desde luego. No, son gente bastante normal.

—Genial. Mira, te llamaba porque acabo de hablar con mi amigo Virgilio. Dice que le encantaría conocerte. ¿Cogiste una botella de

algo en el *duty free,* como te pedí?

—Nada menos que una botella carísima de *single malt* de Arran. Está en mi bolsa. ¿Cuándo quiere quedar?

Antes de salir del Reino Unido, Wilson me había dado el nombre de un buen amigo suyo que trabajaba en la brigada de homicidios de Florencia. Habían coincidido en un curso de forenses en Estados Unidos un par de años atrás y habían hecho buenas migas. Cuando supo adónde venía yo, me dio dos billetes de veinte libras y la instrucción de llevarle una botella de buen *whisky* al italiano y saludarle de su parte.

—Cuando quieras. Te voy a dar su número. Me ha pedido que le llames.

Me dictó el número y, en cuanto colgó, no perdí tiempo y marqué. Me contestaron al segundo tono.

—Pisano.

Sentí de inmediato una especie de afinidad. En el trabajo yo también había contestado siempre al teléfono solo con el apellido. Igual solo te ahorras un segundo o dos cada vez, pero a lo largo de los años probablemente había ganado días de vida. Expliqué quién era en mi mejor italiano y la respuesta fue de lo más acogedora.

—*Ciao,* Daniel. Paul me dijo que venías a la Toscana. Me alegro de oírte y me deja más tranquilo que hables tan bien italiano. Mi inglés es una porquería.

Usó la palabra en inglés para darle más énfasis.

—Bueno, dime, ¿cuándo podemos vernos?

Capítulo 4

Martes por la tarde

Mi pequeño Fiat no era un coche feliz. En el camino cuesta abajo desde las colinas hacia Florencia, el martes por la tarde, empezó a toser y a dar tirones, y de vez en cuando salía una nube de humo azul del tubo de escape cada vez que pisaba el acelerador. Después de comprobar en el móvil dónde estaba la sucursal de la empresa de alquiler en Florencia, decidí conducir directamente hasta allí para que lo arreglasen antes de que se me averiase del todo. La oficina resultó estar en una calle estrecha de sentido único cerca de la estación, y me costó muchísimo encontrar sitio para aparcar. Por fin, tras encajarlo entre un Mercedes con matrícula alemana y un Citroën con matrícula neerlandesa, dejé las llaves y les dije que volvería en un par de horas, cuando su mecánico hubiese tenido ocasión de echarle un vistazo. El empleado del mostrador fue muy atento y me prometió una reparación rápida o un coche de sustitución, así que los dejé trabajar tranquilos. Un vistazo rápido al mapa que había en el mostrador me permitió comprobar que la questura, la jefatura de Policía donde trabajaba Pisano, estaba a menos de cinco minutos a pie, al otro lado de la estación.

Eché a andar por las concurridas calles y me descubrí dándole vueltas a los acontecimientos del curso de escritura de aquella mañana. Para mi sorpresa, casi no se había mencionado la narrativa erótica y se había dedicado mucho tiempo a los aspectos prácticos del oficio de escribir, y tenía que admitir que lo había encontrado a la vez interesante y útil. En lo que respecta a mis compañeros de curso, me di cuenta a lo largo de la mañana de que ninguno de los dos canadienses parecía especialmente interesado, lo que reforzó aún más mi convicción de que quizá no fueran exactamente lo que aparentaban. Aunque al final de la mañana salí con la sensación de que había aprendido muchas cosas que me ayudarían en mi carrera

de escritor, mi curiosidad investigadora se había despertado y decidí vigilar de cerca a todos mis compañeros durante las dos semanas siguientes.

Crucé la Piazza della Stazione, deteniéndome en el centro para admirar el tamaño imponente de la iglesia de Santa Maria Novella, en el lado derecho de la plaza, con sus claustros y su impresionante campanario. Por encima de los tejados, justo enfrente, apenas alcanzaba a distinguir la parte superior de la magnífica cúpula de Brunelleschi coronando el Duomo. Resulta impactante pensar que estos edificios maravillosos ya estaban aquí, exactamente igual, más de veinte años antes de que Cristóbal Colón zarpara en busca de un nuevo mundo, y que siguen siendo imponentes más de cinco siglos después. Para alguien con un interés por la historia como yo, Florencia iba a ser, sin duda, un tesoro por descubrir. Pero antes tenía que entregar una botella, y solo entonces podría empezar a explorar.

Cuando llegué a la jefatura de Policía, hice el registro en la recepción y un agente uniformado me acompañó hasta la tercera planta. Dejando a un lado el idioma, casi podría haber sido Scotland Yard, con la misma mezcla de voces de fondo, teléfonos, pasos que resonaban y puertas que se cerraban de golpe. La principal diferencia entre mi oficina de Londres y la del comisario Virgilio Pisano era la vista desde la ventana: daba a una plaza empedrada frente a los muros de piedra macizos de la rechoncha Fortezza da Basso, construida en el siglo xvi por otro miembro de la todopoderosa familia Médici.

Me hicieron pasar y el inspector se puso en pie de un salto con una sonrisa de bienvenida en el rostro. Salió de detrás de un escritorio absolutamente cargado de montones de papeles y aquello también me resultó muy familiar.

—*Ciao,* Daniel, *come stai?*

Observé que Pisano usaba la forma familiar «tú», lo que me resolvía un problema lingüístico. Los italianos tienen pronombres formales e informales para dirigirse a los demás y siempre me ha puesto nervioso decidir cuál utilizar, por miedo a ofender a alguien por ser demasiado familiar o, por el contrario, demasiado formal.

Nos dimos la mano y, mientras le entregaba la botella de *whisky,* aún en su bolsa de duty free*,* saqué mi mejor italiano.

—*Ciao,* Virgilio. Te traigo un regalo de Paul. Te manda recuerdos. —Incliné la cabeza hacia el escritorio lleno de papeles—. Te agradezco que me dediques un momento. Ya veo que estás ocupado. Conozco muy bien esos montones de papeles.

Virgilio negó con la cabeza, frustrado, y continuó la conversación en italiano.

—¿Por qué, en plena era informática, seguimos teniendo que poner tantas cosas por escrito? Pero nada de esto es urgente. ¿Tomamos un café? Gracias por el *whisky.* No bebo mucho, pero cuando lo hago me gusta lo bueno, y veo que esto es realmente bueno.

Bajamos de nuevo y salimos a la luz del sol. En los escalones de la comisaría, Virgilio se detuvo, estiró los brazos por encima de la cabeza, respiró hondo y sonrió.

—Es la primera vez que salgo de mi despacho desde las siete y media de esta mañana. Sienta bien.

Sabía exactamente a qué se refería. Uno de los muchos problemas de ser agente de policía es que, cuanto más asciendes en el escalafón, más te ves atado a un escritorio. Aunque en la época en que aún trabajaba aquello solía resultarme un fastidio, no pude evitar un pequeño pinchazo de nostalgia por mi vida anterior. Con disimulo, examiné a mi homólogo italiano. Virgilio tendría probablemente cinco o seis años menos que yo —quizá acababa de cumplir los cincuenta— y se le veía en forma. Llevaba la cabeza completamente rapada, pero la barba de dos días, cuidadosamente recortada, en las mejillas mostraba un intento de compensarlo. Vestía una camisa blanca de manga corta y, a menos que llevara un arma escondida dentro de los calzoncillos o una de repuesto atada al tobillo al estilo del FBI, iba desarmado. Nunca me han gustado las armas, aunque hace unos años hice instrucción de tiro, así que me tranquilizó encontrar a un agente que no iba cargado de armas letales.

Había un café a solo unos metros —por mi experiencia, casi siempre hay un café cerca de cualquier comisaría— y lo seguí al

interior climatizado, donde nos colocamos en la barra. Virgilio pidió un espresso doble y un vaso de agua, mientras que yo opté por una cerveza fría, dado que estaba de vacaciones. El personal del bar conocía claramente a Virgilio y se dirigía a él como dottore*,* el apelativo habitual para un italiano con estudios universitarios o un cargo de responsabilidad. No me cabía duda de que el comisario Virgilio Pisano cumplía ambos requisitos. Nos apoyamos en la barra y charlamos; le hablé del curso de escritura que estaba haciendo, omitiendo su verdadera naturaleza hasta que conociera mejor al tipo, y le conté que había sido un regalo de despedida de mis compañeros del cuerpo. Virgilio dijo que conocía Montevolpone, aunque no la villa, y captó enseguida mi referencia a la jubilación.

—¿Y qué tal lo llevas, esto de estar jubilado? Yo he estado pensando si pedir la jubilación anticipada dentro de unos años, pero tengo la sensación de que me aburriría soberanamente.

Di un trago de cerveza antes de responder.

—Desde luego es distinto, eso te lo aseguro. Para empezar, puedo tomarme una cerveza fría un martes por la tarde, y ahora, cuando suena el teléfono, casi me alegro, de lo poco que ocurre. Cuando trabajaba, parecía que no dejaba de sonar nunca.

Justo en ese momento, el teléfono de Virgilio empezó a sonar. Miró la identificación de la llamada y me dedicó una mirada de disculpa.

—Perdona, Daniel, pero tengo que cogerlo.

Seguí bebiendo tranquilamente mientras Virgilio escuchaba con atención al interlocutor, gruñendo a veces o preguntando algo. En torno a un minuto después, concluyó la conversación con las palabras:

—Vengo subito*.*

«Voy enseguida», que quería decir que nuestra charla había terminado, así que me apresuré a acabar la cerveza mientras Virgilio dejaba el teléfono sobre la mesa y apuraba el resto de su café.

—Lo siento, Daniel, tengo que volver al trabajo, pero el fin de semana debería ser más tranquilo. ¿Qué te parecería venir a mi casa a comer el domingo? Haré una barbacoa.

—Suena estupendo, gracias, me encantaría, pero solo si no te causo molestias.

—En absoluto. —Virgilio sacó una servilleta de papel del dispensador de la barra y garabateó algo—. Aquí tienes mi dirección. Está en Scandicci, a las afueras de Florencia, camino de Montevolpone. No deberías tener dificultad en encontrarla y hay aparcamiento justo delante de la casa. —Apuró el vaso de agua y miró la hora—. Ahora tengo que irme. Parece que alguien le ha clavado un puñal en el corazón a un tipo. Ya podían haber tenido la decencia de esperar a que hubiésemos charlado un poco más…

Dejó un billete de cinco euros en la barra, desestimó mis intentos de pagar y se dirigió a la puerta.

Después de estrechar la mano del simpático inspector, me puse en marcha a pie para hacer una primera visita a Florencia, pero no había llegado más que a la Piazza del Duomo y me encontraba entre la multitud frente a la catedral, admirando lo que tiene que ser uno de los edificios más emblemáticos del mundo, cuando mi teléfono empezó a sonar. Para mi sorpresa vi que era Virgilio, pero aún me sorprendió más al escuchar lo que tenía que decir.

—*Ciao,* Daniel. Oye, el sitio donde haces el curso de escritura, ¿no se llama por casualidad Villa Volpone? Es de una tal *signora* Maria Campese.

—Sí, así es. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas del tipo del que te he hablado, al que acaban de apuñalar en el corazón? Pues resulta que es el marido de ella.

—¡Virgen santa…!

Se me escapó el aire de los pulmones. ¿Jonah Moore muerto? ¿Asesinado? Nunca me había caído bien, pero desde luego no esperaba algo así en la tranquilidad del campo toscano. Ya fuera una reacción condicionada al oír la palabra «asesinato» o un reflejo de mi pasado reciente, de inmediato noté cómo la mente empezaba a dar vueltas. ¿Quién podía haber hecho aquello y por qué? Mis pensamientos se vieron interrumpidos por la voz de Virgilio.

—Estaba pensando… Estoy de camino allí ahora mismo y me harías un gran favor si pudieras venir conmigo, o seguirme. Mi inglés

no es muy bueno y mi sargento, que lo habla bien, está de permiso esta semana. ¿Tienes tiempo? ¿Podrías ayudarme?

No dudé.

—Claro, estaré encantado. El coche de alquiler está en el taller, así que será mejor que suba contigo. No recuperaré el coche ni me darán uno de sustitución hasta esta tarde.

—Ningún problema. ¿Dónde estás?

Menos de cinco minutos después sonó el inconfundible aullido de una sirena policial y un Alfa azul y blanco con el indicativo «Polizia» escrito a lo largo del lateral frenó en seco junto al Campanile de Giotto, donde yo esperaba. Todas las cabezas se volvieron cuando subí al asiento trasero al lado de Virgilio; el conductor pisó el acelerador y el coche salió disparado con un chirrido de neumáticos. Miré a mi alrededor y me invadió una extraña sensación de familiaridad. Podía estar jubilado y podía ir en un coche distinto perteneciente a una fuerza policial extranjera, pero aquello era lo que conocía y donde realmente me movía a gusto, aunque Helen nunca hubiese sido capaz de aceptarlo. Jamás soñaría con decírselo, pero me sentó bien.

De camino a Montevolpone, Virgilio me puso al corriente de lo que sabía hasta el momento, que no era mucho.

—El mayordomo encontró a la víctima poco antes de las cuatro. Estaba desplomado en su silla, en el comedor, con una especie de daga ceremonial clavada en el pecho y su perro dormía plácidamente a sus pies. La ventana estaba cerrada con llave y el mayordomo asegura que se habría dado cuenta si alguien hubiera intentado colarse en la villa.

Aunque hablábamos en italiano, la sensación de familiaridad no hacía más que aumentar. Virgilio utilizaba el lenguaje universal de las investigaciones por asesinato en cualquier parte del mundo y yo hice lo posible por ayudarlo.

—El mayordomo es de esos tipos observadores; no creo que se le escape gran cosa. Así que solo Jonah y el perro en la habitación… —Miré a Virgilio y negué con la cabeza, incrédulo—. Jonah, la víctima, amenazó ayer con matar al perro; ironías de la vida. En cuanto al

arma homicida, tengo la sensación de que sé exactamente qué daga puede ser. Estuvo enseñándola la otra noche.

Le conté el discurso que Jonah había dado después de la cena mientras el coche seguía avanzando a toda velocidad por las calles de Florencia, rumbo al oeste, saliendo de la ciudad. Nos habíamos alejado del centro histórico y atravesábamos la zona residencial de Scandicci cuando Virgilio señaló de pronto hacia la izquierda.

—Mi casa está ahí abajo. No tiene pérdida —comentó, antes de volver al asunto que teníamos entre manos—. Así que, si nadie pudo entrar sin que el mayordomo lo viera, entonces parece que el autor tiene que ser o bien uno de los residentes de la villa o bien alguna de las personas de tu curso de escritura. —Me dedicó una leve sonrisa—. Al menos tú estás libre de sospecha. Como coartada, la tuya es bastante sólida.

—Espera a tener el informe del forense —repliqué con una sonrisa parecida—. A lo mejor lo apuñalé antes de bajar aquí.

En cuanto a posibles sospechosos, mi cerebro ya trabajaba a toda marcha. Me di cuenta de que, pese a todos mis años en el cuerpo, ahora me encontraba en una situación completamente nueva: casi con toda seguridad estaba viviendo en la misma casa que un asesino. Lo extraño era que, en lugar de sentir aprensión, me sentía intelectualmente atraído por aquel nuevo desafío. Helen jamás lo habría entendido.

Virgilio asintió.

—Tienes razón, pero no creo que haga falta ponerte las esposas todavía.

El trayecto que a mí me había llevado cuarenta minutos lo completamos en apenas la mitad, y justo daban las cinco en el reloj de la iglesia de Montevolpone cuando atravesamos el pueblo a toda velocidad. Llegamos al aparcamiento situado frente a la villa menos de una hora después de que se hubiese denunciado el asesinato, y me quedé impresionado. No estaba nada mal. Ya había allí dos coches patrulla y una moto, y un agente uniformado se hallaba apostado al final del sendero que conducía a la puerta principal. Al reconocer a Virgilio, se irguió y saludó.

—Buona sera, commissario.

Me lanzó una mirada curiosa, pero, como yo iba con el inspector, me dejó pasar. Junto con el conductor uniformado, subimos hasta la villa y entramos. Antes de hacerlo, Virgilio se volvió hacia su conductor y le dio la orden de registrar los terrenos por si algún huésped seguía por allí, ya fuera porque ignorara lo ocurrido o porque intentara distanciarse del escenario de un crimen que hubiese cometido.

Dentro, la primera persona que vimos fue Antonio, que merodeaba en el vestíbulo. Su cutis, normalmente falto de color, estaba ahora de un blanco fantasmal, y deseé haber pensado en advertir a Virgilio de antemano de que Antonio parecía un personaje de película de terror. Me impresionó ver al inspector encajar la presencia de aquella figura espectral con total naturalidad mientras mostraba su identificación ante el mayordomo y observaba a su alrededor.

—Soy el comisario Pisano. ¿Dónde está todo el mundo?

—Están todos en la sala del seminario, señor. La cocinera les acaba de preparar té y café. Este caballero sabe dónde está. —La curiosidad en los ojos de Antonio era evidente cuando se desviaron un instante hacia mí antes de apartarse. Sin duda no sería el único curioso. Más de uno se iba a llevar una sorpresa al descubrir que ahora yo estaba implicado en la investigación, aunque fuera de forma tangencial.

—¿Y la escena del crimen? ¿Ha entrado alguien? —Virgilio seguía mirando a su alrededor, intentando hacerse una idea del lugar.

—La *signora* y yo mismo, y nadie más hasta que llegó el primer agente. En cuanto vimos lo que había pasado, llamé a la policía y nos dijeron que mantuviéramos la puerta cerrada y la habitación precintada.

Virgilio asintió con aprobación.

—Bien. Ahora, ¿podemos ver el cadáver, por favor?

Al oír la palabra «cadáver», Antonio palideció aún más y por un momento pensé de verdad que iba a desmayarse, pero resultó tener más entereza de la que aparentaba y logró recomponerse.

—Por aquí, señor.

Otro agente uniformado custodiaba la puerta del comedor; saludó con marcialidad y se apartó para dejarnos pasar. Antes de abrir la puerta, Virgilio dio instrucciones a Antonio para que él y la cocinera se unieran a los demás en la sala del seminario y esperaran allí para ser interrogados.

La escena que nos recibió dentro del comedor resultó inesperadamente tranquila. Jonah seguía sentado en la cabecera de la mesa, en la misma silla que ocupaba normalmente. Su cuerpo estaba echado hacia atrás y, a pocos pasos detrás de él, se encontraba la repisa de la chimenea. El soporte de madera donde se exhibía la daga estaba ahora vacío y no cabía duda de que el mango plateado que asomaba del pecho del hombre muerto pertenecía a dicha arma. No había más que una o dos gotas de sangre en el suelo alrededor del cadáver y sorprendentemente poca en la camisa de la víctima. Aquello era muy inusual y no había pasado desapercibido para el inspector.

—Quien haya hecho esto o tuvo mucha suerte o conocía bien la anatomía. Directo al corazón. Sin peleas, sin forcejeo. Muerte instantánea.

—Exacto.

Había estado pensando lo mismo. Miré alrededor de la habitación. La mesa estaba despejada salvo por una carpeta con papeles, un vaso vacío y una botella de vino a medio consumir. Saqué mi bolígrafo y lo usé para levantar la tapa de la carpeta. Parecía estar llena de cartas de admiradores dirigidas a Jonah Moore, a través de una editorial de Londres, y así se lo indiqué a Virgilio. Curiosamente, la carta que estaba arriba del montón tenía fecha de hacía doce años. Sin guantes, no podía examinar el resto, pero sospechaba que todas serían de una antigüedad similar. Tal vez Jonah se había permitido un momento de nostalgia cuando entró el asesino.

La voz de Virgilio interrumpió mis pensamientos.

—La víctima sigue sentada y no hay señales de lucha. Probablemente indica que conocía al autor.

—Coincido. Y Antonio, el mayordomo, dijo que el perro estaba tirado en el suelo, durmiendo plácidamente. Eso también apunta a que el asesino era alguien conocido tanto por la víctima como por su

perro. —Recordé lo que me había dicho Maria el día anterior—. Aunque este perro en particular no sirve mucho como perro guardián, ladra a algunos desconocidos. Al menos eso significa que podemos excluir al cartero de la lista de sospechosos.

Recorrimos la habitación buscando cualquier anomalía, pero solo encontramos una posible pista. Teniendo cuidado de no tocar nada, me incliné para oler la botella a medio vaciar y no percibí nada más que vino, aunque de una cosecha bastante mediocre. Sin embargo, en el vaso vacío, que conservaba apenas un rastro seco de vino tinto en el fondo, creí reconocer un olor familiar. Hice un gesto a Virgilio para que se acercara.

—Ven y huele esto. ¿Qué te parece? El vino no suele oler así. —Estaba casi seguro de lo que era, pero pensé que sería mejor esperar a que el autóctono lo confirmara.

Virgilio se acercó y se agachó, colocando la nariz cerca del vaso. Aspiró una o dos veces antes de incorporarse.

—Creo que tienes razón. —Me lanzó una mirada—. Cianuro. ¿Es lo que piensas?

Asentí. No esperaba tener que usar esa palabra aquí, en la Toscana.

—Cianuro, sin duda. Me ha parecido captar ese olor a almendra amarga.

—Puede que alguien lo drogara antes de matarlo, o que una persona lo drogara y otra lo apuñalara. El forense debería llegar en breve y podrá confirmar nuestras sospechas. Si no, los del laboratorio podrán identificarlo. Claro que, si la víctima estaba inconsciente cuando entró el asesino, eso explicaría que no hubiera lucha, pero, si ya estaba drogada, también abre la posibilidad de que el autor no fuera necesariamente alguien conocido por él.

—Excepto que el perro no ladró… —Aun así, y por irritante que fuese, parecía que esta posible pista podía haber ampliado, en lugar de reducido, el abanico de sospechosos.

Virgilio se dirigió hacia la puerta.

—Bien, si estás listo para ayudar con la traducción, creo que ha llegado el momento de hablar con los habitantes de la villa.

Capítulo 5

Martes por la tarde

Cuando salimos al pasillo, Virgilio dio órdenes al agente de guardia.

—Que alguien registre a fondo la villa, puertas y ventanas, por si hay señales de allanamiento o algo que haya quedado sin cerrar. Estaremos en la sala del seminario. ¿Puedes pedirle al forense que venga con un informe preliminar en cuanto haya examinado el cuerpo? Mientras tanto, que nadie entre en el comedor y que nadie abandone la propiedad. ¿Entendido?

Sin duda era lo correcto. De haber estado en el lugar de Virgilio, habría dado exactamente las mismas órdenes. Le guie hasta el final del pasillo y abrí la puerta de la sala del seminario. Todas las miradas se volvieron hacia nosotros al entrar, y Virgilio me echó un vistazo.

—Quizá quieras explicar lo que está pasando y por qué te he pedido ayuda.

Asentí y me dirigí a la sala.

—Buenas tardes a todos. —Mi mirada se deslizó hasta la figura solitaria de Maria, sentada sola en un rincón—. Maria, mis condolencias por tu pérdida. —Vi a Millicent, también aislada al otro lado de la estancia, y le lancé una mirada de simpatía que no obtuvo respuesta, lo cual no me sorprendió—. Estoy seguro de que todos seguimos conmocionados por lo ocurrido. Será mejor que explique qué hago aquí. Este es un amigo mío, el inspector Virgilio Pisano, de la brigada de homicidios de Florencia. Estaba con él esta tarde por casualidad y me ofrecí a ayudar con cualquier problema de idioma, aunque algunos de vosotros estáis mejor capacitados que yo para traducir. —Atraje la mirada de Antonio y le dediqué una leve sonrisa antes de volverme hacia Virgilio en busca de instrucciones—. ¿Y ahora qué?

Virgilio se dirigió al grupo en un inglés muy acentuado, pero perfectamente comprensible, y no pude evitar preguntarme si su

petición de ayuda no iría más allá de la mera asistencia lingüística.

—Señoras y señores, estoy seguro de que todos queremos llegar a una resolución de esta tragedia, así que les pediría paciencia mientras tomamos declaración a cada uno de ustedes. Intentaremos no retenerlos demasiado, pero necesitamos establecer dónde se encontraba cada cual esta tarde y si vieron algo relevante, y es mejor recoger todos los detalles ahora que los tienen recientes.

Me lanzó una mirada, bajó la voz y regresó al italiano.

—¿Te importaría esperar aquí con los demás mientras empiezo por la viuda de la víctima, con quien no habrá problemas de idioma? Pregunta lo que quieras mientras estoy fuera. Pondré a un agente en la puerta. De momento, me gustaría que todos permanecieran aquí.

—Por supuesto. Maria Campese está allí, en la esquina.

Virgilio siguió la dirección de mi mirada y se acercó a Maria, que permanecía inmóvil, con un pañuelo apretado entre los dedos y los ojos enrojecidos.

—Signora Campese, mis condolencias. ¿Podría venir conmigo? ¿Hay algún lugar donde podamos sentarnos a hablar mientras le hago unas preguntas?

Ella se levantó con dificultad, visiblemente afectada.

—Podemos ir al salón. Está justo por el pasillo. —Su voz estaba controlada, pero la emoción la volvía ronca.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, dudé si explicar a todos que había sido detective, pero decidí guardar mis cartas un poco más. Me acerqué a la mesita donde había una bandeja con cafés y tés, me serví una taza de té y me la llevé conmigo a la mesa, donde me senté entre Elaine, de pelo blanco, y Charlotte, pelirroja. Apenas lo hice, Agatha, nuestra líder autoproclamada, empezó a bombardearme con preguntas desde el otro lado de la mesa.

—¿Es cierto que a Jonah lo apuñalaron? ¿Cómo ocurrió? ¿Quién puede haberlo hecho? ¿Tiene la policía algún sospechoso?

Por el momento, pensé que lo mejor sería alegar ignorancia.

—Tengo entendido que eso es lo que ha pasado. En cuanto a sospechosos, será mejor que se lo preguntéis al inspector, aunque imagino que aún es pronto.

—Pero ¿por qué iba alguien a querer matar a Jonah? —El cerebro de Agatha trabajaba claramente a toda marcha—. Claro que no era un hombre especialmente agradable. —Lanzó una mirada de disculpa a Millicent, cuyo rostro siguió impasible—. Ya sé que no se debe hablar mal de los muertos, pero no lo era, ¿verdad? Pero, vamos, si asesinaran a todas las personas poco agradables del mundo, perderíamos probablemente a la mitad de la población.

—Desde luego. —Tomé un sorbo de té y deseé que fuese una cerveza bien fría—. Esperemos que la policía descubra quién lo hizo cuanto antes.

Noté un golpecito en el brazo y me giré hacia la voz de Charlotte.

—Dan, ¿por qué nos hacen esperar aquí? No pensarán que uno de nosotros lo ha hecho, ¿verdad?

Su rostro pecoso estaba enrojecido por el sol y resultaba bastante atractivo, y sentí de nuevo esa sorpresa de poder encontrarme atraído por otra mujer después de tantos años. Le dediqué una sonrisa tranquilizadora y continué fingiendo ignorancia.

—No tengo ni idea. Imagino que es simplemente rutina interrogar a todos los posibles testigos. Como dijo el inspector, necesita averiguar quién estaba dónde y si quizá alguno de vosotros vio a alguien o algo que no encajaba. —Consciente de que ahora todos me prestaban atención, decidí lanzar la pregunta al grupo para ver qué pasaba—. Yo estaba en Florencia cuando ocurrió, pero para quienes estabais aquí, ¿visteis algo sospechoso?

Hubo un largo silencio antes de que Gavin hablara el primero, con frustración y molestia claramente perceptibles en su voz.

—¿Qué demonios se supone que tendríamos que haber visto? Antonio, ¿no dijiste que había pasado en el comedor? Ninguno de nosotros estuvo cerca de allí a media tarde, ¿verdad?

Su novia se apresuró a secundarlo.

—Estuvimos en la piscina toda la tarde. No vimos nada. —Por el bronceado de su rostro y sus brazos, era evidente que había estado tomando el sol.

—Creo que Charlotte puede tener razón. El verdadero motivo por el que nos retienen aquí y nos interrogan es que creen que uno de nosotros lo ha hecho. —Esta vez fue la profesora Diana, que sonaba

tan desconcertada como los demás. Todas las miradas se volvieron hacia ella y ella bajó los ojos, aunque siguió hablando—. Al fin y al cabo, este es un lugar bastante apartado. No es muy probable que alguien pudiera colarse, matar a Jonah y volver a escabullirse sin ser visto, ¿no?

—Para que haya un asesinato, hace falta un móvil. —La voz trasatlántica de Will Gordon cruzó la mesa—. ¿Por qué demonios iba alguno de nosotros a querer matarlo? Aparte de Maria, Millicent, el mayordomo y la cocinera, el resto acabamos de conocer al tipo.

—Bueno, a decir verdad, este no es mi primer curso aquí, así que sí lo había conocido antes, pero desde luego no lo apuñalé. —Agatha parecía indignada—. Espero que no piensen que soy la asesina. Ahora que lo pienso, Serena, tú también lo conocías, ¿no?

Todas las miradas se dirigieron a Serena, que no tenía nada de serena. Aunque me había dado la impresión de que la relación entre ella y Jonah era tirante, parecía como si hubiera estado llorando. Evidentemente, el asesinato la había afectado, pero la muerte violenta suele provocar eso en casi todo el mundo. Tomó aire antes de hablar.

—Sí, lo conozco desde hace unos años, pero no le he clavado una daga. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Claro que no, querida. —Agatha le alargó la mano y le dio unas palmadas tranquilizadoras en la muñeca—. Y lo mismo se aplica a Antonio y a Annarosa, ¿verdad? Estoy segura de que a ellos tampoco se les pasaría por la cabeza hacer algo así.

La atención de la sala pasó al mayordomo y a la anciana cocinera, que parecía francamente descompuesta. Antonio carraspeó antes de responder en un inglés impecable.

—Por supuesto que no. Annarosa y yo conocemos al señor Jonah desde hace diez años. ¿Por qué iba uno de nosotros a decidir matarlo precisamente ahora? Además, Annarosa se fue a casa a las dos y yo estuve con la signora Maria toda la tarde. En cualquier caso, es impensable que la *signora* haya podido hacerlo. Es la persona más dulce del mundo; no haría daño ni a una mosca.

Al escuchar las palabras del mayordomo, no pude evitar pensar que había oído variaciones de ese comentario una y otra vez a lo

largo de mi carrera, pero demasiadas veces resultaba que las personas «más dulces» eran capaces de hacer las cosas más horrendas. Mientras los demás seguían manifestando su desconcierto e incredulidad, eché un buen vistazo alrededor de la mesa. La mayoría parecían en estado de *shock.* Los únicos que parecían relativamente impasibles eran Martin/Mikey y la pareja de canadienses amantes y hermanos. Por experiencia, aquello me decía que quizá esos tres habían tenido algo que ver o estaban ya familiarizados con la muerte violenta. Esperaba con interés asistir a sus interrogatorios. Por lo demás, estaba Millicent, la hermana de la víctima, cuyo gesto no había cambiado ni un ápice desde que entré, pero era imposible saber qué pasaba por debajo. Podría haber estado tallada en piedra.

Diez minutos después, un agente uniformado apareció en la puerta y pidió que Antonio lo acompañara. Cinco minutos más tarde le tocó el turno a la cocinera y, apenas tres minutos después, el propio Virgilio apareció y me hizo señas.

—Daniel, si quieres traer contigo al primero de los testigos angloparlantes, podemos empezar con las entrevistas iniciales.

Continuó explicando lo que quería que dijera, y todas las cabezas se alzaron cuando traduje.

—El inspector me pide que os diga que, por ahora, lo único que intenta es hacerse una idea de dónde estaba cada uno de vosotros y si visteis algo inusual en el momento del asesinato. Promete hacer lo posible por no manteneros esperando demasiado. Antonio os traerá más refrescos mientras tanto.

Virgilio asintió con gratitud.

—Gracias, Daniel. Empecemos por la hermana de la víctima.

Miré hacia Millicent, que estaba sentada cerca de la puerta.

—Millicent, el inspector quisiera hablar contigo primero.

Como si despertara de un sueño, Millicent se puso en pie, alisó su larga falda con las manos y se dirigió con paso decidido hacia la puerta. La seguí mientras ella y Virgilio cruzaban hacia el salón, y un agente uniformado ocupó nuestro lugar en la sala del seminario. Nunca había estado en el salón y resultaba imponente, aún más grande que el comedor y con una chimenea de mármol

ornamentado en la pared del fondo. Esta no tenía una daga ceremonial sobre la repisa, pero claro, ahora tampoco la tenía la del comedor.

Virgilio tomó asiento e indicó un sillón frente a él, donde Millicent se sentó con rigidez, las manos entrelazadas en el regazo. Otro agente estaba sentado junto a un bonito escritorio antiguo a un lado, con papel y bolígrafo preparados. Yo me acomodé en un taburete junto a Virgilio, listo para traducir, pero para sorpresa de todos, antes de que Virgilio pudiera decir una palabra, resultó que Millicent tenía algo que decir por su cuenta.

—Ha sido ella, ¿sabe? Tiene que haber sido ella. Ella lo ha matado.

Sospechaba de quién hablaba Millicent y, conociéndola ya como la conocía, aquella explosión tan directa no me sorprendió, pero dejé que fuera Virgilio quien preguntara por su comentario.

—¿Quién lo mató? —Virgilio había entendido su inglés y parecía menos sorprendido que yo. Le respondió también en inglés—. ¿A quién se refiere, signora Moore?

—Se dice dottoressa Moore, si no le importa. —Su tono de directora de colegio había vuelto—. Maria, por supuesto. Podía vérselo en los ojos. Llevo semanas temiendo que ocurriera algo así.

—¿Está diciendo que cree que su hermano fue asesinado por su esposa? —El tono de Virgilio seguía siendo mesurado—. ¿Y por qué iba ella a querer hacer eso?

Millicent dedicó al inspector una mirada fulminante.

—¿Por qué? Porque Jonah era un bruto, por eso. Era mi hermano, pero podía ser muy difícil.

Vaciló un instante mientras yo comprobaba si Virgilio necesitaba traducción, pero él negó con la cabeza. Su inglés era bastante bueno, al fin y al cabo. Me pregunté si aquella pausa significaría que Millicent iba a mostrar alguna emoción, pero lo único que hizo fue sonarse antes de continuar con voz más firme:

—Ha estado bebiendo muchísimo y me temo que ha estado maltratando a mi cuñada. ¿Conoce la expresión «la gota que colma el vaso»? Creo que ella simplemente llegó al límite y comprendió que no podía soportar más abusos.

—¿Abusos, dottoressa Moore? ¿Se refiere a abusos verbales o físicos?

—A ambos, me temo. —Ahora parecía menos combativa—. Nunca me ha gustado demasiado Maria, pero no merecía el trato que él le daba. —Alzó la vista—. Si no me cree, pídale que se remangue y le enseñe el brazo, el derecho. Anoche la apretó con tanta fuerza que está llena de moratones.

—Entiendo. Bien, gracias, dottoressa. Ahora, dígame, por favor: ¿cuándo vio a su hermano con vida por última vez?

—En la comida de hoy.

—¿Puede concretar un poco más? ¿A qué hora exactamente dejó de estar con él y cómo pasó el resto de la tarde hasta que se descubrió el cuerpo?

—La comida se sirvió a la una y Jonah seguía en el comedor cuando me fui, quizá hacia las dos menos cuarto. Después asistí a una sesión optativa dirigida por Serena sobre autoedición, junto con Elaine, ya sabe, la señora de pelo blanco, y Jennifer, la estadounidense. Seguíamos trabajando cuando nos enteramos de lo ocurrido. Serían casi las cuatro en punto.

—¿Y esa sesión tuvo lugar dónde?

—En la sala del seminario.

—¿Y fue directamente allí desde el comedor?

Por primera vez, Millicent mostró señales de incomodidad.

—Tuve que pasar por mi habitación antes, por una llamada de la naturaleza, pero solo estuve allí unos minutos.

Virgilio se irguió.

—Gracias, dottoressa. Eso es todo por ahora. La llamaremos si necesitamos una declaración más completa.

Ella se levantó, pero se quedó frente al inspector.

—¿Va a detenerla? A Maria, quiero decir.

—Tenemos que aclarar bien todos los hechos antes de empezar a detener a nadie, pero gracias por la información. —Su tono era conciliador.

Cuando la puerta se cerró tras Millicent, me incliné hacia Virgilio.

—Desde que llegué aquí ha sido evidente que había tensión entre la víctima y su esposa, y me he preguntado si llegaría al extremo de

la violencia física. Seguramente conviene comprobar lo de los moratones.

—Ya lo he hecho. La propia Maria Moore me ha contado exactamente lo mismo hace unos minutos y me ha enseñado las marcas. Se distinguen claramente las huellas de los cinco dedos en la parte superior del brazo. ¡Qué cabrón!

Negué con la cabeza, asqueado. No me sorprendía, pero no lo hacía menos desagradable.

—Entonces, ¿crees que podría haber matado a Jonah, como piensa su cuñada?

Virgilio no parecía convencido.

—La legítima defensa es un poderoso motor, pero ¿por qué hacerlo de una manera tan evidente? Una esposa podría encontrar un modo mucho más sutil de matar a su marido.

—Estoy de acuerdo. Una almohada sobre la cara mientras está ahí tirado, borracho perdido, serviría y dejaría pocas huellas. —Esbocé una sonrisa débil—. En los últimos meses de mi matrimonio me aseguré de no volver nunca borracho a casa, por si acaso.

—¿Estás divorciado? Es duro. Lo siento.

—Ahora mismo, separado, pero imagino que acabará en divorcio. Te contaré toda la triste historia en otro momento, si te interesa. Pero, por ahora, eso nos da una sospechosa, ¿no?

—En realidad nos da tres sospechosos. —Ante mis cejas alzadas, Virgilio se explicó—. Sí, está Maria, pero dice que su marido prácticamente ya no se hablaba con su hermana. Él hacía que Millicent y Serena se ocuparan de todo el trabajo en estos cursos y él se pasaba el día bebiendo. Al parecer, Jonah y Millicent tuvieron una bronca monumental pocas horas antes de que todos vosotros llegarais el otro día. Según Maria, Millicent llegó a coger un cuchillo de trinchar y a amenazarlo. Drácula estaba allí y lo confirma.

No pude evitar sonreír.

—Me alegra ver que no soy el único que nota el parecido. En fin, ¿crees que el que Millicent acuse a su cuñada del asesinato podría ser una manera de encubrir sus propios pasos? ¿O que Maria señalando a Millicent sea su forma de devolvérsela? Interesante.

—Pero la buena noticia, en lo que respecta a Millicent, es que parece tener una coartada muy convincente y, al mismo tiempo, ha proporcionado coartadas para Serena y dos de los participantes del curso que estaban con ella en la sala del seminario.

—Y no son los únicos. Según Antonio, él estuvo con Maria toda la tarde, así que eso proporciona una coartada impecable para los dos, a menos que estuvieran compinchados. Es frustrante. Entonces ¿quién es el tercer sospechoso? Antonio, el mayordomo, aunque afirma que pasó la tarde con su señora.

—Por supuesto. Fue la última persona que afirma haber visto a la víctima con vida, así que tuvo la oportunidad de hacerlo. El caso es que debía de saber que tendría pocas o ninguna posibilidad de salirse con la suya. —Hizo una pausa de unos segundos—. Pero quizá es que simplemente es idiota.

—Los grandes cerebros criminales son muy escasos, de acuerdo. Supongo que podría haber sido Antonio, pero me cuesta encontrarle un motivo y no creo que sea estúpido. De hecho, me parece un tipo inteligente que sabe prácticamente todo lo que ocurre por aquí. Por lo que he visto, parece tener debilidad por Maria, pero no consigo imaginar que eso haya derivado en tendencias homicidas. Además, si eso era lo que quería hacer, tendría que haber tenido un sinfín de oportunidades muchísimo menos evidentes para matar a su jefe. ¿Por qué hacerlo de una manera tan descarada, con la casa llena de posibles testigos, y por qué iba ella a darle una coartada?

Virgilio se encogió de hombros, impotente. Yo conocía esa sensación.

A continuación, Virgilio interrogó a Serena, Elaine y Jennifer, quienes confirmaron que habían estado en la sala del seminario toda la tarde, aunque Serena admitió haber hecho una visita rápida al cuarto de baño a mitad de sesión. Después hablamos con Charlotte, Gavin y su novia, Emily, que confirmaron que habían pasado la tarde en la piscina y podían dar fe de la presencia de los demás allí. La profesora Diana nos contó que había pasado una hora durmiendo la siesta en su habitación antes de reunirse con Agatha y que, juntas, habían bajado luego a la piscina, donde encontraron a los demás. Esto nos dejaba con Mikey/Martin y los dos canadienses. Antes de

hacerlos pasar, le conté a Virgilio lo que había oído en el aparcamiento la primera noche, cuando el grandullón estadounidense había intentado claramente ocultar su identidad. También mencioné la escena de pasión entre los canadienses junto a la piscina el día anterior, y vi cómo a Virgilio se le abrían los ojos de la incredulidad. Empezó por ellos, y los dos esperábamos con interés oír qué tenía que decir Will, el primero en ser llamado.

Will entró y se sentó, y Virgilio comenzó:

—Su nombre es William Gordon y es usted canadiense, ¿correcto?

—No y no.

Ambos alzamos la vista, sorprendidos, mientras él continuaba:

—Antes de explicarle nada, inspector, ¿puedo hacerle una pregunta a Dan? —Giró la cabeza y me miró—. ¿Puedo saber quién eres exactamente, Dan? ¿Cómo es que estás participando en una investigación de asesinato? No es simple curiosidad. Es importante.

Intercambié una mirada con Virgilio, que se encogió de hombros, así que le dije la verdad.

—Es una pregunta legítima. Hasta que me jubilé, hace seis meses, era inspector jefe en la brigada de homicidios de la Policía Metropolitana de Londres. Por lo demás, como les dije a los demás, solo estoy ayudando a un amigo.

Will asintió un par de veces, como si hubiera esperado algo por el estilo.

—Me imaginaba que eras policía. No me preguntes por qué. El caso es que lo que tengo que contaros es muy confidencial. ¿Puedo estar seguro de que no saldrá de aquí? —Desvió la mirada hacia el agente uniformado junto al escritorio—. Y eso va también por ese tipo.

Virgilio respondió por todos nosotros.

—A menos que lo que vaya a contarnos sea una confesión de asesinato, puede estar seguro de que quedará entre nosotros. —Sonrió—. Además, el agente Draghi de ahí no sabe ni una palabra de inglés. Está aquí solo para hacer bulto.

Al oír su nombre, el agente alzó la vista, pero Virgilio le hizo un gesto tranquilizador.

—*Niente,* Draghi, *niente. Ritorna a dormire.* Vuelve a dormirte.

Will esbozó una ligera sonrisa, luego metió la mano en el bolsillo, sacó la cartera y mostró una placa.

—Bien, no soy canadiense. Mi nombre de pila sí es William, pero en realidad es William Cook. Soy agente federal de Estados Unidos, de la DEA. Mi «hermana»… —hizo el gesto de las comillas con los dedos— Rachel es Rachel O'Neill y es mi compañera en la DEA. Pido disculpas por el engaño, pero estamos aquí en una misión encubierta de vigilancia.

De pronto todo cobró sentido. La Administración para el Control de Drogas de Estados Unidos. es un actor importante en el mundo de la inteligencia y comprendí lo que tenía que estar pasando.

—Y la persona a la que estáis siguiendo es el hombre que se hace llamar Martin, o quizá debería decir Mikey.

Ahora fue el turno del agente de la DEA de mostrarse sorprendido.

—¿Sabes quién es? —Parecía impresionado—. ¿Pero cómo? ¿Vosotros también lo estáis siguiendo?

Negué con la cabeza y le expliqué lo que había oído en aquel fragmento de conversación la otra noche.

—Lo único que sé es que su nombre real es Mikey. Ni siquiera conozco su apellido.

Will pareció tranquilizarse.

—Me alegro. Cuanta menos gente sepa quién es, mejor. Su nombre es Michael Martin Cornish y es un pez gordo del mundo de la droga en Nueva York. Además, es muy listo o muy afortunado, seguramente ambas cosas. Llevamos casi un año detrás de él y no hemos conseguido ni endosarle una multa de aparcamiento. Declara ingresos de un negocio de importación respetable. Juguetes de peluche, tiene narices. Y paga sus impuestos. Parece que está limpio, pero estamos seguros de que está detrás de la entrada en Estados Unidos. de drogas por valor de muchos millones de dólares. Rachel y yo estamos aquí vigilándolo por si baja la guardia. —Negó despacio, con gesto resignado—. Pero no tenemos mucha fe.

Virgilio intervino.

—Gracias por ponernos al corriente. Ahora, en lo que respecta a esta investigación de asesinato, mi primera pregunta es sencilla:

¿cree que Michael Martin Cornish podría estar implicado de alguna manera?

Will frunció el ceño, dubitativo.

—Rachel y yo llevamos haciéndonos la misma pregunta desde que supimos lo ocurrido. Supongo que es posible que Jonah Moore viera u oyera algo comprometedor y que hubiera que eliminarlo, pero, conociendo a Cornish como lo conocemos, lo dudo seriamente. Como dije, mantiene las manos escrupulosamente limpias y un asesinato a plena luz del día no es, desde luego, su estilo. Y además, durante casi toda la tarde nosotros somos su coartada.

—¿Lo sois?

—Esta tarde, poco antes de las dos, Cornish dejó a su prometida en la sala del seminario mientras bajaba en coche al pueblo. Lo seguimos durante su paseo por las calles. Entró y salió de la iglesia, visitó algunas tiendas, y Rach incluso se topó con él «por casualidad» y se sentaron a tomar un café juntos. Desde las dos hasta que todos regresamos aquí, poco después de las cuatro, y nos encontramos de lleno con todo el alboroto, no lo perdimos de vista ni un segundo. —Abrió las manos en un gesto impotente—. Lo siento, chicos.

Llamaron a Rachel O'Neill a continuación y confirmó todo lo que había dicho su compañero. Finalmente, Virgilio hizo venir a Martin (alias Mikey, alias Michael Martin Cornish), y el estadounidense describió sus movimientos de esa tarde exactamente tal como los dos agentes de la DEA habían relatado. Fue educado, incluso cordial, y dio la impresión de estar siendo totalmente abierto y sincero. Me había topado antes con tipos así y sabía que son los más peligrosos. Un drogadicto desesperado con «hate» tatuado en la frente y una navaja oxidada en la mano o un chaval de dieciséis años de una barriada marginal blandiendo una pistola de la Segunda Guerra Mundial son poca cosa comparados con la muerte y destrucción que puede dejar a su paso un individuo que aparenta ser razonable. Pero, por ahora, Martin/Mikey parecía inocente, como si nunca hubiera roto un plato. Incluso sacó una cajita del bolsillo con enternecedora sinceridad y enseñó el anillo que acababa de

comprarle a Jennifer. Quizá fuera verdad, pero no había forma de saberlo.

A los pocos instantes de que Martin/Mikey saliera de la habitación, llamaron a la puerta. Era el forense, con noticias interesantes que enturbiaban aún más este caso cada vez más desconcertante.

—Tengo la impresión de que la víctima no era un hombre popular, Virgilio. —Él y Pisano se conocían de toda la vida y le guiñó un ojo con complicidad—. Parece que una o varias personas sin identificar intentaron matarlo por dos métodos distintos.

—¿Crees que realmente es veneno lo del vaso?

—A mí me huele a cianuro. Estoy bastante seguro, pero en el laboratorio podrán analizar el poso del vaso y el vino que queda en la botella para confirmarlo. Haré la autopsia mañana, pero, por lo que veo, fue envenenado y después apuñalado.

Virgilio negó lentamente con la cabeza.

—El asesino, desde luego, quería asegurarse.

—O los asesinos, en plural. —El forense añadió rápidamente la salvedad—. No estoy seguro de que ambas acciones ocurrieran al mismo tiempo.

—¿Me estás diciendo que crees que fue envenenado y que luego alguien se tomó la molestia de clavarle una daga algún tiempo después, por si acaso, aun cuando ya estaba muerto?

—Puede que no supieran si estaba muerto o vivo. Aún no estoy del todo seguro de qué veneno era, pero algunas toxinas pueden dejar a la víctima en un estado parecido al coma, aunque siga teniendo pulso. El asesino quería asegurarse de que estuviera realmente muerto.

—¿Puedes darme al menos la hora de la muerte?

—Lo mejor que puedo decir es entre la una y las tres. Puede que, después de la autopsia, tenga una idea más precisa, pero no te hagas demasiadas ilusiones.

Virgilio suspiró con frustración.

—Dame tu informe en cuanto puedas, ¿quieres, Gianni? Te digo una cosa: no me haces la vida nada fácil, ya lo sabes.

—Solo hago mi trabajo, Virgilio, nada más.

Tras marcharse, Virgilio se dirigió al agente uniformado.

—Ve a recoger todos los pasaportes o documentos de identidad. El equipo de huellas dactilares debería estar aquí ya. Quiero las huellas de todos. Diles que es solo para descartar, pero que nadie abandone la zona hasta que yo lo indique. ¿De acuerdo?

El dedo de la sospecha parecía apuntar cada vez con más fuerza en una dirección, aunque, en lo más profundo, yo no podía imaginar a Antonio como asesino. Intercambié una mirada con Virgilio.

—Esto de pronto coloca al mayordomo en los primeros puestos de la lista de sospechosos, ¿verdad? Presumiblemente fue él quien trajo la botella de vino y el vaso. Solo tenemos su palabra de que no puso veneno en uno o en ambos, aunque, como dijiste antes, debía de saber que lo pillarían.

—Estoy de acuerdo. A menos que sea un completo idiota, tenía que saber que lo atraparían y, en cualquier caso, ¿por qué iba un empleado fiel durante diez años a decidir de repente matar a su jefe? No tiene sentido.

—A menos que sintiera que estaba protegiendo a su señora. Como dije, creo que siente debilidad por Maria.

Para cuando el cadáver fue trasladado al depósito, la escena del crimen quedó clausurada y precintada, los pasaportes recogidos y la policía local despedida. Eran casi las siete y media, y decidí dejar para el día siguiente recoger el coche en Florencia. Antonio me informó de que había un servicio regular de autobuses desde Montevolpone, pero Virgilio dijo que estaría encantado de enviar una patrulla a recogerme por la tarde. Salí con él al exterior y nos quedamos allí de pie, en silencio, contemplando la hermosa villa, cuya fachada se teñía de un rosa etéreo bajo la luz del atardecer, los dos perdidos en nuestros pensamientos.

Al fin me animé a resumir la situación tal como la veía.

—Una víctima, asesinada a plena luz del día por al menos uno, quizá dos autores distintos, y un elenco de personajes que, aparentemente, todos tienen coartada. Y junto a esto tenemos al menos a tres personas que viven aquí, quizá cuatro si incluimos al capo de la droga estadounidense, con un posible motivo. —Miré a Virgilio y sonreí—. Tengo la sensación de que lo llevas crudo.

—Por supuesto, no todas las coartadas son a prueba de balas. —El inspector había estado hojeando su libreta—. Hay un pequeño hueco entre el final de la comida y el inicio del seminario de escritura. Y la señora de color y la alta y bocazas, Agatha no sé qué, aseguran haber estado durmiendo en sus habitaciones de dos a tres, pero nadie puede confirmarlo. —Levantó la vista de la libreta—. Yo apostaría por el mayordomo, pero es una teoría muy endeble. Lo que sí parece claro es que él fue la última persona que vio con vida a la víctima y que dijo haberlo dejado sentado, con una botella de vino, a las dos menos diez.

—Hay un viejo dicho inglés que dice que el mayordomo suele ser el culpable, pero en este caso tengo mis dudas.

—Te entiendo, pero si dejamos de lado al mayordomo como sospechoso por un momento, y dejamos de lado a las señoras que dicen haber echado la siesta, sigue habiendo una ventana de oportunidad de diez minutos entre que el mayordomo dejó solo a la víctima a las dos menos diez y el comienzo del seminario a las dos. Diez minutos bastan para que casi cualquiera de ellos lo hubiera hecho, pero es un margen muy ajustado, demonios. —Cerró de golpe la libreta y abrió la puerta del coche—. Muchas gracias por tu ayuda, Daniel. Espero verte el domingo para comer.

Le tendí la mano.

—Hasta entonces, Virgilio. —Vacilé un instante antes de decidirme. Se suponía que ya estaba jubilado y de vacaciones, pero siempre me había gustado un desafío, y había disfrutado de estas últimas horas más de lo que mi esposa habría podido comprender—. Mira, me gustaría ayudar, si crees que puedo serte útil, pero lo último que quiero es estorbar. Puedo seguir husmeando si quieres y te avisaré si doy con alguna pista. Maria me comentó ayer que Jonah estaba estresado, al parecer, tanto que incluso se compró una pistola y un perro guardián. Intentaré averiguar a qué se debía eso.

—Lo que me estás diciendo es que, si él sentía que tenía que defenderse, puede que haya aún otro sospechoso más… —Virgilio dejó escapar un suspiro teatral—. Me da que la botella de *whisky* de Paul va a abrirse esta noche. Ciao, Daniel, y cualquier ayuda que

puedas prestarme será muy bienvenida. Gracias por la oferta. Voy a necesitar toda la ayuda posible con este caso.



La cena en la villa fue excelente como siempre, pero el ambiente alrededor de la mesa estaba claramente apagado. El comedor estaba ahora fuera de límites, con precintos adhesivos y una cinta policial de «escena del crimen – no pasar» cruzando la entrada, de modo que estábamos cenando en la sala del seminario. Había dos temas principales de conversación; el primero, el futuro inmediato. Inevitablemente, fue Agatha quien lo planteó.

—¿Qué va a ser de nosotros? Mi vuelo de vuelta está reservado para dentro de doce días y no puedo cambiarlo. ¿El curso va a continuar? ¿Qué pasa si tenemos que marcharnos todos de aquí? ¿Adónde iremos?

Diana y Elaine se apresuraron a añadir sus voces al coro de preocupación, pero todas quedaron silenciadas por Millicent, todavía vestida como una gran dama eduardiana. Era comprensible que Maria hubiera optado por cenar sola aquella noche, pero Millicent había tomado su puesto y se había instalado en la cabecera de la mesa.

—El curso seguirá adelante. No lo dudéis. Cumpliremos con nuestras obligaciones. —Su tono era tan inflexible como siempre—. Como Agatha recordará del año pasado, mi hermano tenía poco que ver con el curso y su ausencia apenas supondrá diferencia alguna. Serena y yo seguiremos al pie del cañón. Antonio y Annarosa seguirán ocupándose de vosotros y la doncella seguirá viniendo cada mañana para arreglar las habitaciones. No os preocupéis. El espectáculo debe continuar.

Me uní al gesto general de asentimiento apreciativo e incluso Agatha se calmó. Me di cuenta de que, en realidad, estaba disfrutando del curso, y al menos parte de lo que hacíamos iba a resultarme muy útil. Al fin y al cabo, las sesiones sobre técnica

narrativa podían aplicarse a cualquier género, no solo a la narrativa erótica.

Un instante después, Millicent planteó la segunda cuestión candente de la noche: yo.

—Y ahora, Dan, quizá seas tan amable de explicarnos cómo es que estás involucrado en la investigación policial.

Podía imaginarla usando ese mismo tono ominoso para preguntar a un alumno por qué había cometido el pecado mortal de no entregar una tarea a tiempo. Mi pasado iba a salir a la luz tarde o temprano, así que decidí que era el momento de contarlo todo.

—Me retiré hace poco de la Policía Metropolitana, donde era inspector jefe de homicidios. —Vi levantarse algunas cejas. En particular me pareció captar un destello en los ojos de Mikey/Martin —. Hasta hoy no conocía al inspector Pisano. Es amigo de un antiguo compañero mío y fue pura casualidad que me encontrara visitándolo cuando ocurrió todo esta tarde.

—¿Y vas a participar en la investigación? —Por las expresiones en las caras de los presentes, Agatha daba voz a lo que todos estaban pensando—. ¿Vas a investigarnos a nosotros?

Había en su voz la suficiente indignación para provocar un murmullo de apoyo entre algunos. Le dediqué mi sonrisa más encantadora.

—Ni pensarlo, Agatha. Como os dije, estoy jubilado y solo eché una mano con la traducción, que al final ni siquiera fue realmente necesaria. No tengo la menor intención de involucrarme en la investigación de asesinato de otra persona. —Extendí mi sonrisa por toda la sala—. Especialmente sin cobrar. No, estoy jubilado y estoy aquí en este curso y, como vosotros, me alegro de que vaya a continuar. Mientras nadie intente asesinarme, pienso mantenerme totalmente al margen.

La cena continuó y el ambiente fue relajándose poco a poco. Charlotte resultó más comunicativa que antes y me preguntó por mis años en la Policía, centrándose curiosamente más en el efecto que había tenido en mi vida personal que en mis tareas. Al final me encontré contándole cómo mi trabajo y algunas otras cosas habían llevado a la ruptura de mi matrimonio. Me expresó su simpatía,

mientras Agatha —cuya capacidad auditiva era más propia de un lince que de una septuagenaria— aprovechaba aquello como confirmación de su decisión de hacer que el matrimonio del policía de su última novela terminara en divorcio.

Después de un espresso final, me escabullí al aire nocturno. Apenas eran las nueve y media, pero había pasado tanto que me sentía bastante agotado, aunque quizá fuese por el vino tinto. Me senté en los escalones de piedra, sobre el césped del cróquet, y casi lamenté haber dejado de fumar treinta años atrás. Había caído la noche y, como antes, la luz de las estrellas iluminaba sorprendentemente bien el entorno. Resultaba acogedor y cada vez más familiar. Costaba creer que solo unas horas antes hubiera sido el escenario de una muerte violenta. La otra idea que no conseguía apartar era que, aunque estaba de vacaciones y ya no pertenecía al cuerpo, ahora me encontraba de lleno de vuelta en mi antigua vida, y me encantaba. No había manera de negar que este regreso a un terreno conocido me resultaba bienvenido, aunque mi esposa se habría echado las manos a la cabeza horrorizada. Pero aun así, me recordé, visto cómo iban las cosas, ya no tenía que preocuparme por lo que ella pudiera pensar. Era un agente libre y, como tal, podía involucrarme tanto o tan poco como quisiera en esta investigación.

Apenas llevaba allí un minuto o dos cuando oí el suave correteo de unas patas sobre las piedras a mi espalda y un hocico frío y húmedo empezó a husmearme la oreja. Lo aparté suavemente y me volví para ver sus ojos brillando en verde a la luz de las estrellas.

—*Ciao,* Oscar. Me alegra verte.

El perro hizo todo lo posible por subirse a mi regazo antes de acabar acomodándose a mi lado, apoyando su gran cabeza peluda en mi rodilla. Mientras lo acariciaba, miré su cara.

—¿Quién lo hizo, Oscar? Tú estabas allí. ¿Tuviste que ver lo que pasó?

Lo único que obtuve como respuesta fue un lametón en los dedos, y volví a quedarme en silencio mientras mi cerebro intentaba cribar todas las historias que había escuchado y dar sentido a los acontecimientos de esta tarde en Villa Volpone. Ojalá tuviera mi pizarra. En mi despacho en la Metropolitana tenía un panel grande y

rotuladores de varios colores que utilizaba para reconstruir cada caso: plasmar la escena del crimen, los sospechosos principales y sus antecedentes, además de mapas y fotos. Aquí lo único que tenía era un bloc de tamaño A4 que había traído conmigo y un bolígrafo negro. Aun así, le había dicho a Virgilio que quería participar, así que me dispuse a utilizar los recursos limitados de que disponía para intentar aclararlo todo.

Jonah Moore había sido un individuo desagradable pero, como Agatha había dicho con acierto, hay muchísima gente desagradable en el mundo, y la simple antipatía no basta para justificar que se les asesine. Así que ¿quién podía haber sido? ¿La esposa maltratada tras años de abuso doméstico? ¿La hermana que se sentía utilizada y explotada? ¿El mayordomo con diez años de servicio que de pronto había perdido el juicio o había acudido en defensa de su señora? ¿Un señor de la droga implacable que había actuado para silenciar a un posible testigo de algún negocio turbio? ¿Y a qué se refería Maria cuando hablaba de que su marido estaba estresado y paranoico? ¿Se había ganado enemigos? ¿Lo habían amenazado? ¿Y quién? Lo único seguro era que había que investigar a fondo los antecedentes de Jonah Moore y de quienes lo rodeaban.

Al cabo de un rato, me levanté y mi amigo de cuatro patas y yo dimos un paseo por los jardines de la villa. Era otra noche deliciosa y el aire estaba cargado de una mezcla embriagadora de aromas que iban del madroño a la glicinia, del romero a la lavanda. Las sombras bajo los árboles centelleaban con los diminutos destellos amarillos de las luciérnagas y un búho ululaba desde lo alto de uno de los cipreses. Respiré hondo y decidí que la Toscana me gustaba bastante. Se me ocurrió que a Helen también le habría encantado este lugar, pero, por desgracia, parecía que nunca iba a conocerlo, al menos no conmigo. A pesar del entorno idílico, me sentí desanimado y noté que volvía a caer en la melancolía.

No tuve mucho tiempo para recrearme en la autocompasión. Justo cuando el perro y yo llegamos al extremo del huerto, divisé una silueta oscura que venía por el sendero hacia mí. A medida que se acercaba, se dividió en dos: un bulto grande y otro más pequeño. Era Mikey/Martin y su joven acompañante, Jennifer. El perro trotó

amistosamente hacia ellos para saludar, así que disminuí el paso y me detuve.

—¿También vosotros intentando despejaros tras el drama del día?

—Eh, Dan. Por una vez, tengo la cabeza completamente despejada. —Mikey/Martin sonaba relajado—. De hecho, tú puedes ser el primero en enterarte de lo que acaba de pasar. —Giró la cabeza hacia Jen, que acariciaba al perro con una mano mientras se aferraba a Mikey/Martin con la otra—. ¿Quieres decírselo tú, cielo?

Ella se irguió.

—Martin acaba de pedirme que me case con él y he dicho que sí. —Sonaba exultante y se alzó para besar en la mejilla a su flamante prometido—. Estoy tan emocionada.

—Enhorabuena a los dos. —Pensé que aquello, o confirmaba lo que Mikey/Martin nos había contado antes, o significaba que Jen se había convertido en cómplice para ayudarle a reforzar su tapadera—. Os deseo toda una vida de felicidad juntos.

Delincuente o no, esperaba que lo consiguiera. Como era de esperar, aquello me hizo pensar de nuevo en Helen, pero me sorprendió bastante descubrir que Mikey/Martin también pensaba en ella.

—No he podido evitar oír que tu matrimonio acabó mal, Dan. Lo siento. Me temo que no es la primera vez que oigo que le pasa a policías. ¿Fueron los horarios imposibles?

Parecía sinceramente preocupado, y tuve que recordarme que aquel tipo probablemente figuraba en la lista de los más buscados de Estados Unidos.

—Gracias, Martin. Fueron muchas cosas, pero los turnos chungos con tantas horas fuera de casa no ayudaron.

—Una pena. —Una mano enorme se alargó para darme una palmada en el hombro—. Aun así, eres un tipo listo; encontrarás a otra mujer.

Después de que la pareja feliz se dirigiera de vuelta hacia la villa, Oscar y yo seguimos entre los árboles hasta nuestro banco habitual, donde saqué el móvil y estuve a punto de llamar a Helen solo para oír su voz, antes de acobardarme y llamar a mi hija.

—Hola, cielo, ¿cómo va todo? —Mientras hablaba, me di cuenta de que acababa de usar el mismo apelativo cariñoso que había copiado de un hombre que probablemente era un criminal peligroso.

—Hola, papá. Estoy bien, gracias. Cuéntame cómo va el curso. ¿Premio Booker el año que viene?

Le hablé del curso y de los otros alumnos, pero decidí no contarle lo que le había pasado a Jonah. Eso podía esperar. Tras un rato, por fin hice la pregunta que llevaba quemándome por dentro.

—¿Has hablado con tu madre? Me ha mandado un mensaje diciendo que se iba unos días. ¿Sabes adónde? —Conseguí contenerme y no preguntarle con quién.

—A algún sitio cerca de Bournemouth. A un campo de golf…, quiero decir, va a hacer un curso para aprender a jugar al golf y, naturalmente, tiene lugar en un campo de golf. Ya me entiendes. Creo que está allí con una amiga. No estoy muy segura.

—Ajá, bien… Si te llama, dale recuerdos de mi parte, ¿quieres?

—Ay, papá… —La oí titubear y luego recomponerse—. Claro que se lo diré. Cuídate, ¿vale? Y disfruta del curso.

—Haré lo que pueda. Si te soy sincero, no son mala gente. Excepto por uno o dos asesinos.

Capítulo 6

Miércoles y jueves

Al día siguiente, tras una mañana dedicada a las dificultades y trampas de escribir diálogos convincentes, seguida de un debate fascinante pero insoportable sobre sinónimos aceptables para describir los genitales masculinos y femeninos y el acto del coito, almorcé con los demás y luego me retiré a mi habitación con mi bloc A4. Estaba allí trabajando en mi intento de elaborar una cronología que mostrara dónde afirmaba haber estado cada uno entre la una y las tres del día anterior cuando mi teléfono empezó a sonar. Era Virgilio.

—*Ciao,* Daniel. ¿Qué tal va tu curso? ¿Sigue adelante?

—*Ciao,* Virgilio. Sí, todo continúa con normalidad…, siempre que consiga concentrarme. A decir verdad, estoy más interesado en el asesinato. Acabo de estar sentado aquí intentando poner por escrito todo lo que ocurrió ayer. ¿Alguna novedad?

—Sí, pero no me facilita nada el trabajo. Acabo de recibir el informe toxicológico. ¿Estás sentado? Bien. Mejor así, porque resulta que ayer hubo nada menos que tres intentos de acabar con la vida de Jonah Moore.

—¿Tres? Nunca me he encontrado con un caso así. A lo mejor estaban todos compinchados.

—Tres, eso dice el informe, y empiezo a preguntarme lo mismo. Está la daga en el corazón, justo en el centro, como pensé, y está el residuo del vaso, que es sin duda cianuro potásico, pero, atención: el análisis del vino de la botella revela la presencia de un extracto de oleandrina, que puede provocar convulsiones e incluso la muerte. El informe dice que la concentración de toxinas en la botella no habría sido mortal, aunque habría dejado a la víctima hecha polvo durante unos días.

—¿Oleandrina? No lo había oído nunca. ¿Qué es?

—Créelo o no, se obtiene con bastante facilidad de las plantas de adelfa. Cada centímetro de hojas, tallos y flores es tóxico, y no pude evitar fijarme en que los jardines de la villa están llenos de ellas…, ya sabes, los arbustos que bordean la entrada cubiertos de preciosas flores rosas y rojas.

No soy jardinero, pero sabía perfectamente a qué plantas se refería, y tuve que admitir que las flores eran hermosas, aunque la noticia de que podían ser tan tóxicas me dejó helado. Mientras tanto, empezaban a calarme las implicaciones de lo que acababa de oír.

—A ver si lo entiendo: había una daga en el corazón de Jonah, restos de cianuro en su vaso vacío y una dosis de esta cosa floral en la botella de vino, aunque no necesariamente una dosis mortal. Dios santo, el forense tenía razón: alguien no le tenía ningún aprecio. Entonces, ¿qué fue lo que realmente lo mató? El cianuro, supongo.

—Sí. Era muy concentrado y lo habría paralizado en cuestión de segundos y matado en menos de un minuto, como mucho.

—¿Y la daga…?

—Por la escasa sangre, debieron de clavársela después de que el corazón dejara de latir; pero Gianni, el patólogo, no puede decir todavía si fue inmediatamente después o si incluso pudo ser hasta pasada una hora. Hará la autopsia más tarde y quizá eso aclare un poco más las cosas.

—Así que podríamos estar buscando a dos autores: uno que administró el cianuro que lo mató y otro que llegó después, lo vio en estado comatoso y lo apuñaló sin saber que ya estaba muerto… o simplemente por gusto. —Necesité una pausa para asimilarlo—. O incluso tres personas distintas si lo de la adelfa lo colocó otro aspirante a asesino. Santo Dios…

—Estoy totalmente de acuerdo; un poco de intervención divina vendría de perlas. En fin, mira, estaba pensando… Prometí enviarte un coche para que recogieras tu vehículo de alquiler. ¿No te apetecería pasar antes por aquí media hora para que te ponga al corriente de la investigación hasta ahora? Una perspectiva británica quizá sea justo lo que necesitamos. Ahora mismo siento que estoy en arenas movedizas.

—Estaré encantado de ayudar en lo que pueda.

—Entonces, si te envío el coche hacia las cinco, ¿te viene bien?

Me recogió el mismo agente que había llevado a Virgilio y a mí a la villa el día anterior y, gracias a él, supe que se habían enviado solicitudes a Londres para obtener información sobre los antecedentes del fallecido y de todos los residentes actuales de la villa.

Los resultados se esperaban para el viernes, como muy tarde. Las investigaciones en Italia sobre los ciudadanos italianos ya se habían llevado a cabo y no habían arrojado nada sospechoso. Por lo visto, Maria y Annarosa, la cocinera, habían llevado vidas intachables, y Antonio solo tenía una amonestación de hacía veinticinco años, por su implicación en una pelea tras un partido de fútbol, y nada más. No parecía haber esqueletos en el armario de ninguno de ellos. También se habían hecho comprobaciones sobre la asistenta rumana, que solo trabajaba por las mañanas, y sobre el jardinero, que estaba de vacaciones en Cerdeña con su esposa. Nada allí tampoco.

En el despacho de Virgilio, en la questura, me alegró descubrir una estupenda pizarra blanca, ahora cubierta con los nombres de todos los implicados, tanto reales como los alias. El inspector estaba al teléfono y, mientras esperaba, repasé lo que podía ver escrito. No tardé en darme cuenta de que Virgilio también utilizaba un sistema de semáforo para los sospechosos. Antonio, Maria, Millicent y Mikey/Martin estaban en rojo; yo aparecía en verde, junto con los dos canadienses, y todos los demás estaban en naranja. Solo había una omisión flagrante. Cuando Virgilio colgó y se acercó para darme la mano, sentí la necesidad de señalárselo.

—Te has olvidado de Oscar —le dije en italiano, como de costumbre.

—¿Oscar?

—El perro. Al fin y al cabo, es nuestro único testigo.

—Tal como van las cosas, probablemente sea nuestra mejor esperanza.

Nos dimos la mano y me puso al corriente de las novedades, que eran más bien escasas.

—Era Gianni, el forense. Está bastante seguro de que la puñalada se infligió tiempo después de que el veneno hubiera matado ya a la víctima, hasta una hora después.

—Así que cada vez parece más probable que tengamos varios asesinos entre manos: uno que hizo el trabajo con veneno y luego un segundo que apuñaló un cadáver, pensando que aún estaba vivo, se supone. Y no olvidemos a un tercer individuo que, o bien esperaba matarlo con el veneno de adelfa, o, al menos, dejarlo muy enfermo.

Virgilio asintió.

—Exacto. No nos ayuda mucho, ¿verdad? Hasta que tengamos noticias del Reino Unido, no sabemos casi nada de los participantes del curso ni tampoco del propio fallecido antes de establecerse aquí. Si resulta que todos tienen el expediente inmaculado, ¿por dónde seguimos? No hay forma de armar un caso contra ninguno de los principales sospechosos sin pruebas sólidas. Sorpresa, sorpresa: el mango del cuchillo estaba completamente limpio y las únicas huellas dactilares en el vaso y en la botella eran de la víctima, con un par de parciales del mayordomo, pero él ya nos dijo que fue quien trajo la botella y el vaso. No hay suficiente para acusarlo, aunque para mí sigue siendo el sospechoso número uno.

—Supongo que tengo que estar de acuerdo, pero sin un motivo seguimos a oscuras. No olvides que él afirma tener una coartada bastante sólida. Mi intuición es que no lo hizo, pero necesita que lo vean otra vez. ¿Qué vas a hacer? ¿Llevarlo a comisaría para interrogarlo?

—He pensado subir mañana a la villa y apretarle las tuercas.

La idea me hizo sonreír. Había usado la palabra italiana torchiare, que yo había aprendido hacía poco: la usaban los agricultores para describir el proceso de exprimir hasta la última gota del zumo de las uvas para el vino o de las aceitunas para obtener aceite. No cabía duda de que todas estas conversaciones con Virgilio en italiano estaban haciendo maravillas por mi vocabulario. Virgilio se encogió de hombros.

—Quién sabe. Si fue lo bastante idiota como para hacerlo, quizá también sea lo bastante idiota como para confesar.

—¿Qué opinas de las dos sospechosas, Maria y su cuñada, Millicent, y del grandullón estadounidense? Sinceramente, no veo a ninguno de ellos como el asesino, pero tampoco veo a Antonio. Quizá fuese alguien de fuera, después de todo.

—Yo tampoco lo sé. Después de ver y hablar con Maria ayer, me cuesta creer que pudiera hacerlo…, pero cosas más extrañas se han visto. En cuanto a la hermana del muerto, me creería cualquier cosa de ella, pero, lo mismo, sin pruebas estamos perdiendo el tiempo. —Soltó un suspiro resignado—. No hay más remedio: hay que volver a hablar con las dos. Mañana empezaré con el mayordomo y luego seguiré con las dos mujeres.

—Si necesitas una mano para interpretar a Millicent, avisa. Eso sí: habla alto y claro. Probablemente no me necesites.

—Gracias. Si tengo problemas, te llamo. Tienes clase toda la mañana, ¿no?

—Sí, allí estaré. ¿Y qué hay de Michael Martin Cornish? Personalmente, no creo que esté implicado, pero aun así…

—Ha habido novedades en ese frente. Hace una hora recibí una llamada de Dios en persona, el questore. Ha tenido a los peces gordos del ministerio en Roma dándole la lata. Por lo visto, la Embajada de Estados Unidos. se ha puesto en contacto al más alto nivel diplomático. «Agradecerían enormemente» que dejáramos en paz a Cornish a menos que tengamos algo definitivo contra él. Y por definitivo quieren decir una prueba irrefutable. Quieren que siga creyendo que es libre de moverse y que nadie le sigue la pista. La muerte de un inglés cualquiera es, al parecer, mucho menos importante que la oportunidad de atrapar a un gran traficante de drogas.

—No sé por qué no me sorprende. La política, las drogas y, cómo no, las reputaciones de los ricos y famosos suelen imponerse sobre asuntos más mundanos. Ha pasado antes y los dos sabemos que volverá a pasar.

Este había sido otro de los motivos que habían contribuido a mi decisión de dejar el cuerpo. Quizá sea anticuado, pero sigo creyendo que la justicia debería ser igual para todos.

A la mañana siguiente salí a correr otra vez con Will, y esta vez Rachel vino con nosotros. Lo habíamos acordado la noche anterior, después de otra cena muy buena, aunque lejos de relajada. Una vez más, Maria estuvo ausente y Millicent ocupó la cabecera de la mesa. A nadie le sorprendió oírla anunciar que la excursión prevista a Florencia quedaba aplazada. Puesto que se suponía que Maria iba a ser la guía, todos lo consideraron comprensible. A mí no me importó. Ya había decidido conducir de nuevo hasta Florencia en mi coche de sustitución —y mejor gama— y pasear por mi cuenta para hacer mis investigaciones, aunque me estaba resultando difícil concentrarme en mi novela cuando mi cerebro seguía por completo ocupado intentando dar sentido a los acontecimientos del martes por la tarde.

Empecé a correr junto a los dos agentes de la DEA y, una vez nos alejamos de la villa y de cualquier posible oído indiscreto, los tres hablamos del caso mientras trotábamos. Will y Rachel ya habían sido informados por su embajada de que Mikey/Martin quedaría al margen de la investigación, y se los oía aliviados, aún con la esperanza de pillarlo por algo importante. Ambos repitieron lo que ya le habían dicho a Virgilio: que el asesinato a sangre fría no formaba parte del repertorio de Michael Martin Cornish y que, sinceramente, no creían que pudiera estar implicado. Les conté lo del anuncio de compromiso en el jardín y Rachel confirmó que su nueva prometida, Jennifer, había estado enseñando a todas las señoras el anillo, de un gusto extraordinario. Sería un delincuente, pero Mikey/Martin tenía buen ojo, eso desde luego.

Seguimos el mismo recorrido que el lunes por la mañana y nos detuvimos en lo alto para admirar las vistas. Allí arriba podíamos hablar con total libertad, así que decidí darles un consejo.

—Emm…, hay algo que creo que debería deciros. —Will y Rachel estaban uno al lado del otro, contemplando los olivares y los viñedos hacia Florencia, y volvieron la cabeza hacia mí—. Dado que vuestra tapadera es la de ser hermanos, quizá deberíais mostraros un poco menos cariñosos en público. —Les conté lo de la escena de la ducha

en la piscina y ambos se sonrojaron. Rachel fue la primera en reaccionar.

—Tienes toda la razón, Dan. Gracias por el aviso. El caso es que… —miró de reojo a Will— las relaciones entre compañeros de trabajo están mal vistas en nuestro oficio, pero cada vez estábamos más unidos. Estar aquí seguramente nos ha trastornado un poco. Vamos a contenernos, lo prometo, aunque no sea fácil. —La mirada cariñosa que dirigió a Will me despertó recuerdos dolorosos—. Al menos en público.

Will añadió su agradecimiento.

—Tendremos mucho más cuidado, sin duda. La verdad es que lo nuestro se está poniendo serio. Cuando volvamos a Estados Unidos, tendremos que hacer algo al respecto.

Para entonces ya había logrado apartar los recuerdos de mis primeros tiempos con Helen y les dediqué una sonrisa.

—Quizá deberíais seguir los pasos de Michael Martin Cornish y la joven Jen. Así este viaje a la Toscana no será un fracaso total, aunque no consigáis pillarlo haciendo algo que no deba.

De camino de vuelta a la villa, reflexioné sobre la ironía de que cazadores y presa estuvieran siguiendo trayectorias similares en su vida privada. Esperaba que les fuera bien a ambas parejas.

Mejor que a mí.



Cuando todos los participantes del curso salieron de la sala del seminario para un descanso a media mañana —muy bien recibido tras habernos peleado con la coma de Oxford, el punto y coma y el grado de detalle anatómico necesario para describir el acto del coito —, había tres coches de policía en el aparcamiento. Estábamos tomando nuestros tés y cafés cuando apareció un agente para pedirnos que no volviéramos a nuestras habitaciones, ya que se estaba llevando a cabo un registro completo de la villa. Aparte de unas protestas previsibles de Agatha sobre la vulneración de derechos, todos aceptamos lo inevitable y me pregunté si el registro

daría algún resultado. Presumiblemente buscaban indicios de sustancias tóxicas, guantes desechados o envases vacíos, pero después de casi cuarenta y ocho horas no tenía ninguna duda de que, salvo el más estúpido de los asesinos, cualquiera habría eliminado ya toda prueba incriminatoria.

Aun así, había que hacerlo y me alegraba de no tener nada embarazoso en mi cuarto, salvo una foto mía con Helen en Ibiza en tiempos más felices. Aquel corte de pelo muy corto que llevaba por entonces nunca me había favorecido, pero me empeñé en mantenerlo durante varios años antes de que ella lograra convencerme para cambiarlo.

La segunda mitad de la mañana se convirtió en un debate sobre algo que siempre había considerado corriente, muy del día a día: la ropa interior. Escuché con creciente asombro el interés que despertaba el tema. La primera en sacar el asunto —de forma completamente inocente— fue Charlotte, que sugirió que la denominación correcta para la ropa interior femenina era simplemente pantis. Diana no estuvo de acuerdo.

—En el Reino Unido sí, pero no en Estados Unidos. Allí pantis son lo que nosotros llamamos medias. —Miró a Jennifer para que lo confirmara.

—Sí, así es.

—Entonces, ¿cómo llamáis a lo que nosotros llamamos pantis? —Charlotte parecía desconcertada.

—Bragas. —Jen miró a la mesa—. En Inglaterra también tenéis bragas, ¿no?

Agatha intervino con firmeza:

—Desde luego que no. Bragas es una palabra horrible. —Remarcó la palabra para que no cupiera duda—. Jamás la uso.

—Entonces, ¿qué dices?

—Pantis.

—Ya, pero…

Ya lo estaba disfrutando, así que ofrecí una sugerencia humilde:

—¿Y qué tal braguitas?

Esto provocó un rechazo unánime entre mis compañeras. Amablemente, Elaine intentó explicarlo.

—Braguitas es una palabra tan cursi… Casi tan mala como decir prenda íntima.

Charlotte lo intentó de nuevo.

—¿Sería una opción hacer que todos los personajes lleven tangas? Así podríamos evitar la confusión con los pantis.

Por desgracia, esta sugerencia fue inmediatamente fulminada, esta vez por Serena.

—En Australia, los tangas son lo que en el Reino Unido llamamos chanclas. Los australianos se los ponen en los pies.

—Entonces, ¿cómo llaman a lo que nosotros llamamos tangas? Dios…, qué complicado.

El debate siguió hasta que Elaine me preguntó qué llevaba yo puesto. Para que conste, siempre he llevado bóxers blancos de Marks & Spencer, y Helen me los había comprado durante los últimos treinta años, pero por alguna razón a esas alturas ya había perdido toda seriedad, así que les dije que no llevaba nada, esperando escandalizarlas. En lugar de eso, se produjo un murmullo suave alrededor de la mesa y recibí una mirada de aprobación de Elaine, que murmuró:

—Ah, listo para la acción.

Aún estaba intentando convencerlas —sin bajarme los pantalones — de que solo había sido una broma cuando llegó la hora de comer y la sesión concluyó con las dos partes aceptando sus diferencias. Empezaba a darme cuenta de que escribir una novela erótica tenía más complicaciones de las que imaginaba.

Para sorpresa de todos, Maria apareció en la mesa del almuerzo y ocupó la silla que había sido de su difunto marido, con Millicent a su lado. La comida fue servida por Antonio, de modo que resultaba bastante evidente que las entrevistas de aquella mañana no habían producido ninguna confesión ni prueba concluyente de culpabilidad, y que los registros habitación por habitación no habían revelado ningún secreto. Si acaso, Maria parecía aliviada, aunque los círculos rojos alrededor de los ojos atestiguaban que seguía sumida en su dolor. Teniendo en cuenta cómo la había tratado Jonah, esto resultaba inesperado, pero en mi carrera me había topado con muchos casos de abusos domésticos mucho más brutales en los que

las víctimas seguían, de un modo u otro, emocionalmente ligadas a sus agresores.

¿Cómo era aquello que solía decir mi padre sobre la gente…?

El detective suspicaz que llevo dentro planteó otra posibilidad: ¿y si Maria, por alguna razón, había inventado la historia de la violencia doméstica y Jonah no era el monstruo que creíamos? En cuanto lo pensé, deseché la idea. Entre otras cosas, me pareció que habría sido extremadamente difícil que alguien con unas manos tan pequeñas como las suyas pudiera provocarse moretones de un modo que pareciera un agarre. Además, ¿qué posible motivo podría tener para semejante farsa?

Maria pidió disculpas por el aplazamiento de la excursión a Florencia y anunció que tendría lugar mañana. Casi todos, yo incluido, dijimos que pensábamos unirnos, así que decidí posponer mi plan de conducir esa tarde a Florencia y resolví quedarme por la zona de Montevolpone y quizá hacer algo más de investigación por mi cuenta. Al terminar la comida, me acerqué a preguntarle a Maria si le importaba que sacara a pasear a Oscar y aceptó enseguida.

—Le encantará. Con toda la policía dando vueltas esta mañana, ha estado encerrado en la cocina. Ven a recogerlo cuando quieras.

Los demás ya casi se habían levantado, así que me incliné un poco y bajé la voz.

—¿Cómo lo llevas?

Asintió ligeramente y se llevó un pañuelo a la nariz antes de responder.

—Estoy bien, gracias, Dan. Esta mañana estuve mucho rato con la policía, pero no sé si están más cerca de descubrir lo que pasó. No pude ayudar gran cosa.

—Por lo que he visto, el inspector Pisano es un buen hombre y un detective inteligente. Estoy seguro de que lo resolverá. —Me deslicé hasta ocupar el asiento vacío de Millicent—. ¿Le contaste lo que me dijiste sobre Jonah y su estrés? ¿De qué iba todo eso?

—Le dije lo que pude. —Vi a Maria mirar alrededor, pero la sala estaba ya vacía salvo por nosotros dos—. Jonah empezó a recibir cartas…, ya sabes, cartas anónimas, de esas envenenadas de odio.

—¿Desde cuándo?

—Desde principios de año, más o menos una al mes.

—¿Y qué decían?

—Nunca me enseñó ninguna, pero una noche dejó escapar que al menos una era una amenaza de muerte.

—¿Y estaban en inglés o en italiano?

—En inglés, creo… —La vi esforzarse por recordar—. Estoy casi segura de que debían de estarlo. Vi uno de los sobres antes de que se lo llevara para abrirlo en privado y estoy segura de que tenía un sello británico.

—¿Y dónde están esas cartas ahora?

—No tengo ni idea. He estado buscándolas por todas partes, pero no hay rastro. Solo puedo suponer que las destruyó. El inspector Pisano ordenó esta mañana a sus hombres que las buscasen, pero no he oído si las encontraron.

Mientras me contaba todo aquello, la observé detenidamente, atento por si su lenguaje corporal dejaba entrever alguna señal de culpabilidad, pero no vi nada que no fuera una perpleja frustración. Si estaba fingiendo, era una actuación soberbia.

Reprimí un gruñido de fastidio al oír que las cartas no habían aparecido. Habrían sido una pista vital y habrían servido muchísimo para respaldar la inocencia de Maria. Aun así, mi intuición me decía que decía la verdad y, si era así, la llegada de esas cartas anónimas desde el Reino Unido abría de pronto la posibilidad de que al menos uno de los autores pudiera ser británico, lo cual incluía, por supuesto, a media docena de los residentes actuales de la villa. Quizá el asesino —o asesinos— no pertenecían al círculo cercano de Jonah en Italia después de todo. Pero ¿qué podía haber hecho él para que alguien lo amenazara de muerte… o directamente lo matara? También me sorprendía un poco que aquellas amenazas hubieran llegado por correo ordinario. En los tiempos que corren, habría esperado que llegaran por medios electrónicos. ¿Apuntaba esto quizá a alguien de más edad y poco ducho en informática?

Bajé a la cocina a recoger a mi compañero de paseo y fui recibido con entusiasmo por el labrador. Antonio también estaba allí, sentado a la mesa, ensimismado en lo que parecía ser un álbum de sellos, y aproveché que estábamos solos para hacerle algunas preguntas por

mi cuenta. Empecé intentando ponerlo cómodo. De algún modo, no me sorprendió ver que su afición era la filatelia. Le pegaba a su carácter algo reservado.

—¿Llevas mucho tiempo coleccionando sellos? Mi padre era un gran coleccionista.

Esto le arrancó una leve sonrisa nerviosa.

—Toda mi vida. Me parece una afición muy tranquila y relajante.

—¿Qué tal te fue esta mañana con el inspector?

Las facciones demacradas del mayordomo parecían aún más lastimeras aquella tarde, y la razón de su desdicha quedó de inmediato en evidencia.

—Estoy seguro de que el inspector cree que yo maté al signor Jonah; le faltó poco para decirlo. —Me miró suplicante y empezó incluso a retorcerse las manos, algo que no se ve todos los días—. No lo hice, señor, no lo hice. Se lo dije al inspector, pero estoy seguro de que no me creyó. ¿Y si me arrestan y me mandan a la cárcel? Mi madre se moriría de vergüenza y mi padre probablemente se quitaría la vida.

—Según lo que me ha dicho el inspector, no creo que haya tomado aún una decisión. Tu problema es que fuiste la última persona que vio a Jonah, pero eso no te convierte en asesino. —Hice una pausa, preguntándome cuánto habría revelado Virgilio, antes de decidir avanzar con cautela—. ¿Te dijo cómo murió Jonah?

—Sé cómo murió. Yo fui quien lo encontró con esa horrible daga clavada en el pecho.

Así que, al parecer, el envenenamiento seguía siendo un secreto. Asentí para mis adentros. Era un movimiento inteligente por parte de Virgilio. Solo el asesino sabría la verdad completa de cómo había muerto Jonah, y quizá esa persona acabaría confiándose y cometiendo un error. Intenté una vez más que Antonio se abriera.

—Así que fuiste el último en verlo con vida y el primero en encontrarlo muerto. Estoy de acuerdo en que eso parece sospechoso pero, como digo, no demuestra que seas un asesino. Dime, ¿hace cuánto que empezó Jonah a beber en exceso? Desde que lo conociste por primera vez, hace… ¿diez años?

—Lo conocí unos seis meses antes de que se casara con la *signora,* así que hará algo más de diez años. He trabajado aquí casi treinta años ya. Me contrató primero el padre de la *signora,* mucho antes de que ella se casara con su primer marido, el señor Enrico.

—¿Ese es Enrico Bianchi, el piloto de carreras?

—Sí, señor.

—¿Y qué puedes decirme de Jonah?

—Siempre bebió bastante…, aunque no es algo raro en los ingleses, ¿verdad? —Se detuvo a pensar—. Pero no empezó a beber en exceso hasta hace relativamente poco. Creo que fue a principios de año cuando empezó a emborracharse casi todas las noches.

Esto, por supuesto, encajaba con la historia de Maria sobre las cartas anónimas.

—¿Y desde cuándo había sido violento con Maria?

La expresión de Antonio cambió de la desolación a algo muy distinto: ¿ira, quizá?

—Eso también empezó hace relativamente poco. Hubo momentos en los que casi intervine, pero ella siempre me decía que me mantuviera al margen. Me decía que podía manejarlo.

—Tú y Maria os conocéis desde hace mucho, ¿verdad? Si empezaste aquí hace treinta años, ella debía de tener… ¿veinte?

—Tenía diecinueve, y yo veintitrés.

Me dio que pensar.

—Dime, ¿vosotros dos llegasteis alguna vez a ser… íntimos?

Por primera vez vi cómo un rubor se extendía por las facciones pálidas del mayordomo.

—No, señor, nunca. —Entonces tuve ante mí la insólita visión de aquel sosias del conde Drácula persignándose por superstición—. Dios mío, no. Nunca hubo nada de eso entre nosotros.

—Pero aun así sois muy cercanos.

—Sí, señor, pero solo de un modo puro y decente. Dio buono… Maremma cane…

Su voz se desvaneció en un puñado de tacos toscanos cada vez más pintorescos que no conseguí procesar, aunque el sentido general estaba claro. Antonio jamás había puesto un dedo encima de Maria.

Pero quizá había deseado hacerlo.

Los celos y el deseo, como bien saben los detectives de todo el mundo, son poderosos motivos de asesinato, y el problema del mayordomo era que ahora no solo tenía la oportunidad y los medios, sino también un posible móvil para matar. Las cosas no pintaban bien para él, y eso era un hecho. Me caía bien y me daría pena que resultara ser realmente el asesino. Su expresión era tan desdichada que le di una palmada en el hombro y le dije que se tranquilizara. Dejándolo con sus sellos, crucé hasta la puerta trasera, donde el perro seguía sentado pacientemente, con los ojos clavados en el picaporte.

—Vamos, Oscar. Vamos a dar un paseo.

Cogí la correa del gancho, abrí la puerta y salimos a la cálida luz de la tarde.

Nos dirigimos de nuevo hacia Montevolpone, aunque esta vez por un camino distinto, siguiendo una senda estrecha entre dos viñedos. La tierra bajo nuestros pies estaba compactada, dura y reseca. De hecho, el suelo empezaba a resquebrajarse en pequeños cañones en miniatura y cada paso que daba levantaba una diminuta nube de polvo. Alcé la vista al cielo y, por primera vez, vi nubes grises en el horizonte norte. ¿Traerían por fin la lluvia tan necesaria? No cabía duda de que los agricultores de la zona debían de estar rezando por ello.

Nuestro paseo nos llevó por las calles del pueblo y me detuve en una zapatería para comprar un repuesto para los antiguos, que nunca se habían recuperado del todo de su incursión en la piscina. La señora de la tienda tuvo la amabilidad de permitirme entrar con Oscar y él se portó de maravilla, sentado a mi lado con tal corrección que la mujer incluso fue a traerle una galleta como recompensa. No me sorprendió lo más mínimo ver cómo desaparecía por la garganta del perro en una fracción de segundo.

Con la bolsa de los zapatos nuevos en la mano, volví a la calle y caminamos hasta el bar de Tommaso en la pequeña plaza, donde ambos recibimos una acogida cordial. Muy pronto quedó claro que la muerte de Jonah se había convertido en el tema del día en todo el

pueblo. Esta vez Tommaso no solo salió a charlar: arrimó una silla y se sentó justo enfrente de mí.

—¿Es cierto que le apuñalaron en el corazón?

Parecía absurdo negarlo, así que asentí.

—Me temo que sí.

—Esta mañana había policías por todas partes en el pueblo, preguntando a la gente. ¿Han encontrado ya al asesino?

Decidí mantenerme al margen todo lo posible.

—Que yo sepa, no. Solo soy un visitante, me temo.

—¿Pero sigues alojado en la villa?

Al verme asentir, continuó en voz baja:

—¿Y no te preocupa que puedas ser el siguiente?

—¿Por qué yo? Nadie me conoce por aquí.

—Entonces creen que fue alguien que lo conocía, ¿verdad? Pero ¿no podría haber sido un robo que salió mal?

—No lo sé. La próxima vez que veas a la policía, pregúntales. En cuanto a mí, estoy bastante seguro de que no va a ocurrirme lo mismo.

—Así que si creen que ha sido alguien que lo conocía… —Tommaso estaba claramente pensando en voz alta—. ¿Quién podría ser?

Tras otra pausa, se inclinó hacia mí y bajó aún más el tono hasta un susurro.

—No era un hombre querido, ¿sabes?

—Ya me he dado cuenta, pero eso difícilmente justifica clavarle un puñal.

Asintió.

—Claro, pero, si yo fuera policía, investigaría a Puppo y a Antonio. Ambos lo odiaban.

Se me agudizó el oído, aunque hice todo lo posible por no mostrar excesivo interés.

—¿Ah, sí? ¿Te refieres a Antonio, el mayordomo?

—Sí. ¿Sabes lo que creo? —Tommaso se inclinó hacia delante, apoyándose en los codos, y bajó la voz—. Creo que Antonio está enamorado de la signora Maria desde hace años. Odiaba a su primer marido, me lo dijo él mismo, y odiaba a este, y apuesto a que era

por celos. Me pregunto si habrá sido él. Aunque, eso sí, es un hombre pacífico…, al menos hoy en día.

—¿Hoy en día?

—Solía tener cierta fama en el pueblo por meterse en peleas, pero ahora se ha calmado mucho. —Me miró y esbozó una sonrisa —. Todos nos calmamos al hacernos mayores, ¿no?

—La mayoría, sí. —Di un buen trago a la cerveza fría y reflexioné sobre lo que sonaba como una confirmación clara de mi sospecha: que Antonio podía haber sido un celoso protector de su querida Maria. ¿Pero tanto como para matar? ¿Y empleando dos tipos de veneno y un puñal?—. ¿Y quién es ese otro que has mencionado? Puppo, ¿no?

Asintió.

—Puppo Marinetti; tiene el taller del pueblo.

—¿Y qué motivo podría tener él para matar a Jonah? —Intenté que mi tono no sonara demasiado policial, aunque Tommaso no pareció detectar intrusismo en mis preguntas.

—Dinero.

—¿Jonah le debía dinero? ¿No le pagaba las facturas, quizá?

—Mucho peor que eso. Sabes que Rico, el primer marido de la signora Maria, era piloto de carreras, ¿verdad?

—Enrico Bianchi, sí, me lo comentaste.

—Rico era de aquí, del pueblo, y fue al colegio con todos nosotros; todo el mundo lo conocía. En especial, su mejor amigo, Puppo. Empezaron juntos en los karts y cuando Rico murió en aquel accidente tan horrible, nos afectó a todos, pero a Puppo le destrozó el alma.

—Pero no puede culpar a Jonah por el accidente, ¿no? Además, ¿no habías dicho que era un asunto de dinero?

—Sí, dinero o, para ser más precisos, un coche. Rico sabía que su profesión era peligrosa y siempre decía que, si algún día le pasaba algo, quería que Puppo recibiera su querido Lamborghini en su memoria. El coche tenía apenas un año cuando Rico murió, así que puedes imaginar cuánto valía. Si Puppo lo hubiera recibido y vendido, podría haber reformado por completo su taller y habría cambiado su vida.

—Pero Jonah se quedó con el coche. Le vi conduciéndolo hace unos días. ¿No aparecía en el testamento?

—Ese es el problema: no aparecía. Al parecer, era un testamento sencillísimo, de dos líneas, que lo dejaba todo a su esposa. Pero Maria sabía perfectamente lo que Rico quería, igual que la mayoría de nosotros aquí, porque él solía comentarlo y todos envidiábamos la suerte de Puppo. Pero, como dices, a la hora de la verdad, Jonah se negó a entregar el coche.

—Pero sería cosa de Maria decidir qué hacer con su herencia.

—Ese Jonah era un…, cómo lo llamáis, un controlador. Ya sabes, insistía en tomar todas las decisiones y ella no era capaz de plantarle cara. Cuando la herencia de Rico se cerró por fin, un año o más después de su muerte, Jonah ya se había instalado en casa de Maria y le impidió darle el coche a su legítimo dueño.

—Entiendo por qué Puppo podía estar enfadado con él, pero ¿por qué esperar diez años para vengarse? —Como motivo para un asesinato, era endeble a más no poder.

Cualquier conjetura adicional quedó interrumpida por la aparición de dos rostros familiares. Avanzaban por la carretera hacia mí Agatha y Elaine, que habían salido a dar un paseo por la tarde. Ya era tarde para escabullirme: me habían visto y venían derechas hacia mi mesa.

—Hola, Dan. ¿Tú y Oscar habéis salido a pasear antes de que llegue la tormenta? —Como de costumbre, Agatha hacía de portavoz.

—¿Tormenta? He visto unas nubes. ¿Dicen que va a haber una tormenta fuerte?

—Inusualmente húmeda y ventosa para julio, o eso ha dicho Millicent. Va a ser una noche muy dura, pero despejará por la mañana.

—Ya veo.

Me pregunté si la cortesía exigía invitarlas a sentarse, pero Agatha ya había tomado una decisión. Sin el menor miramiento, sacó una silla, se dejó caer a mi lado y llamó a Elaine con un gesto.

—Anda, vamos a sentarnos con el detective jefe inspector.

Elaine obedeció las indicaciones de su compañera y Tommaso se levantó para preguntarles, en un inglés vacilante, qué querían beber. Inesperadamente, la respuesta no fue té, sino dos *gin-tonics.* Me impresionó: *gin-tonics* a las cuatro de la tarde era empezar fuerte, incluso para estándares británicos. Quizá las copas soltarían la lengua a las señoras. Aunque no tenía razón para sospechar de ninguna de las dos, no me cabía duda de que muy pocas cosas escapaban a Agatha. Tal vez tuviera algún dato útil que ofrecer. No me sorprendió en absoluto que no perdiera el tiempo con rodeos.

—¿Y tú quién crees que lo hizo, Dan?

Respondí con sinceridad.

—La verdad es que no lo sé.

—¿Algún sospechoso?

—Supongo que todos sois sospechosos.

Esto provocó una reacción en la habitualmente taciturna Elaine.

—Seguro que la policía no piensa que pudiéramos hacer algo así, ¿verdad?

—Como solíamos decir en el oficio, imagino que la policía mantiene la mente abierta y no descarta nada por ahora.

Devolví la pregunta de Agatha.

—¿Tenéis alguna idea de quién podría ser nuestro asesino?

Casi añadí «o asesinos», pero me contuve a tiempo. Por ahora, la versión oficial seguía siendo que había muerto acuchillado.

Agatha llevaba claramente tiempo dándole vueltas.

—Bueno, si quieres saber lo que pienso, y sé que suena a tópico, creo que pudo hacerlo el mayordomo. Al fin y al cabo, él seguía en el comedor cuando todos nos habíamos marchado. Elaine y yo lo sabemos porque fuimos las últimas en levantarnos de la mesa y Antonio aún estaba allí, abriendo otra botella de vino para Jonah.

Negó con la cabeza con tristeza.

—Pobre Jonah. Aunque no nos cayera bien, no merecía que lo asesinaran.

—No, supongo que no —concedió Elaine—, pero no era un hombre agradable, ¿verdad?

No parecía especialmente apenada por el fallecimiento de Jonah.

—Nadie lo niega, Elaine, pero matar es un poco extremo, ¿no?

Yo insistí un poco más.

—Así que tú apuestas por Antonio, Agatha. ¿Y tú, Elaine? ¿Crees también que el mayordomo lo hizo?

—No estoy tan segura como Agatha. No conozco a la gente de aquí tan bien como ella, pero incluso yo pude ver que Millicent, y Serena, ya que estamos, tenían una relación tirante con Jonah. Siempre había tensión cuando hablaban con él.

Agatha asintió.

—Cierto. Serena me dijo que no les pagaba gran cosa por dar clase en este curso y que les hacía hacer todo el trabajo. Y, por supuesto, se cuidaba mucho de llevarse él cualquier mérito. Aun así, no es exactamente un motivo para matar, ¿verdad?

Elaine asintió despacio.

—Claro que tienes razón, así que coincido en que el sospechoso más probable tiene que ser el mayordomo, pero el sospechoso más probable no siempre resulta ser el culpable de verdad, ¿no te parece? Además, Antonio es tan amable, tan servicial… y estoy segura de haber oído que estuvo con Maria toda la tarde, así que no pudo hacerlo.

—Oh, claro que pudo. Podría haberlo hecho en los minutos entre servirle el vino a Jonah e ir a reunirse con Maria. No se tarda nada en clavarle un cuchillo a alguien.

Agatha tenía razón, desde luego, pero del mismo modo Millicent había estado desaparecida antes de entrar en la clase de las dos y Serena había admitido haber ido al baño a mitad de la tarde. Cualquiera de ellas podría haberlo hecho, pero yo seguía sin estar convencido.

Decidí que no tenía mucho sentido pedir más teorías sobre la identidad del asesino, y estaba buscando un cambio de tema cuando Tommaso regresó y nos ofreció una interrupción bienvenida. Traía una bandeja con una botella de Gordon’s y dos vasos cargados de hielo, en los que procedió a verter cantidades de ginebra capaces de hacer llorar a un alcohólico. No pude menos que contemplarlo con asombro. Había suficiente alcohol allí para sedar a un caballo y me pregunté cómo iban a lograr Agatha y Elaine subir la colina de vuelta a la villa después. Tras dejar dos botellitas de tónica, Tommaso me

lanzó un guiño y se retiró. Pensé en levantarme e irme también, pero parte de mí sentía curiosidad por ver qué efecto tendría la ginebra en estas señoras inglesas de edad madura, así que me quedé un rato más.

Agatha y Elaine añadieron la tónica y chocaron los vasos antes de dar sendos tragos enormes. Agatha se reclinó sobre el respaldo, se secó los labios y luego la frente con una servilleta de papel del dispensador de la mesa.

—Lo necesitaba. Qué calor y qué bochorno hace hoy, ¿verdad?

Tras un par de minutos más sobre la tormenta anunciada, reconduje la conversación hacia el motivo por el que habíamos venido a la Toscana: la escritura.

—¿Han logrado escribir algo desde que llegaron? Yo no he escrito ni una palabra. —Salvo las innumerables hojas de papel A4 llenas de garabatos sobre el caso de asesinato, pero eso no pensaba mencionarlo.

Agatha negó con la cabeza, pero Elaine asintió.

—He escrito un capítulo nuevo para mi próximo libro. Lo terminé anoche a medianoche.

Agatha pareció sorprendida.

—¿De verdad? Yo estaba en la cama a las diez.

También a mí me sorprendió. Había supuesto que compartían habitación, pero estaba claro que habían elegido dos individuales. Quizá no fueran tan inseparables como había pensado al principio.

—¿Y de qué iba ese nuevo capítulo?

La respuesta me sorprendió bastante más.

—Era una escena lésbica muy subida de tono, con mi protagonista, Simone, y dos miembros de un grupo neonazi femenino. La atan y le hacen de todo.

Lo curioso era que, mientras yo me sentía cada vez más incómodo, la tímida Elaine podía describirlo todo con pelos y señales sin inmutarse, hablando de actos que incluso a un endurecido policía veterano le resultaban bastante difíciles de digerir. Para mi asombro, Agatha tampoco parecía alterarse lo más mínimo. Cuando Elaine terminó su exposición y dio otro trago de ginebra, Agatha añadió una puntualización.

—Comprenderás por qué Elaine y yo escribimos bajo seudónimo, ¿verdad? La echarían del club de *bridge* de Littlehampton si supieran a qué se dedica.

Tomé un trago de cerveza para aclararme la garganta antes de contestar.

—¿A qué se dedica? ¿Significa eso que has publicado muchos libros, Elaine?

—Este será el trigésimo tercero. Llevo escribiendo erótica desde los cincuenta y cinco; eso hace casi veinte años.

—¿Treinta y tres libros? Es increíble; yo ni siquiera he terminado el primero. ¿Y todos…, eh…, pornográficos?

Frunció la nariz con disgusto.

—No me gusta ese adjetivo. Prefiero «erótico». Suena mucho más bonito.

La escena en la mazmorra neonazi me había parecido todo menos «bonita», pero decidí no comentarlo. Aún no lograba asimilar que aquella señora tan tibia y correcta escribiera libros tan subidos de tono, pero allá cada cual.

—¿Y cuál es tu nom de plume*?* No sabía que estaba en presencia de una autora tan prolífica.

Por primera vez, Elaine pareció un poco avergonzada.

—No irás contándolo por ahí, ¿verdad? Verás, fue mi primer editor quien ideó mi seudónimo y es un poco vulgar, así que prefiero no anunciarlo demasiado. —Miró alrededor con aprensión antes de bajar la voz y confesar—. Escribo con el nombre de Fanny Lovesit*.*

Me costó un esfuerzo heroico no soltar la risa, pero con otro buen trago de cerveza logré contenerme. Milagrosamente, incluso fui capaz de continuar la conversación.

—¿Todo erótico o alguno de tus libros es un misterio?

Agatha intervino antes de que Elaine pudiera contestar.

—El misterio es saber por dónde.

Y estalló en carcajadas.

La ginebra sin duda ayudaba, pero quedaba claro que estas dos señoras eran bastante menos estiradas de lo que parecían a primera vista. Elaine dedicó a su amiga una sonrisa indulgente y respondió a mi pregunta.

—Hay mucho sexo en todos, pero escribí uno con un elemento de misterio también: Dying of Love, se llamaba. Se vendió bastante bien.

—¿Y tú, Agatha? ¿Cuál es tu seudónimo?

Agatha parecía haber recuperado ya su compostura.

—El mío es bastante corriente. Escribo bajo el nombre de Felicity Farnborough. —Sonrió—. Mis libros están disponibles en internet, igual que los de Elaine. ¿Por qué no lees algo nuestro y nos dices qué te parece?

—Puede que lo haga.

Aunque si luego iba a ser capaz de volver a mirarlas a los ojos, ya era otro asunto.

Capítulo 7

Viernes

El minibús a Florencia del viernes por la tarde estaba a rebosar, y procuré sentarme atrás del todo, lo más lejos posible de Elaine después de la prosa subida de tono que había leído la noche anterior. La lluvia había empezado con ganas poco después de medianoche, acompañada de una tormenta apocalíptica que hacía imposible volver a dormirse, así que pagué la nada despreciable suma de noventa y nueve peniques y descargué Morir de amor*,* de Fanny Lovesit. Para cuando la tormenta terminó en plena madrugada, había aprendido más sobre sexo estrafalario que en treinta años en la Policía. Una cosa estaba clara: o bien Elaine tenía una imaginación muy muy fértil, o bien sus experiencias dejaban a Christian Grey, de Cincuenta sombras*,* al nivel de un *boy scout.*

Me vi aplastado en el asiento trasero entre Serena y Diana durante la excursión a Florencia. Serena seguía claramente en estado de *shock* tras el asesinato de Jonah y apenas dijo una palabra en todo el trayecto, pero Diana empezó enseguida a hablar con entusiasmo de su trabajo y se explayó sobre escarceos fogosos en la antigua Roma casi sin pausa. La escuché con medio oído y solté algún monosílabo de vez en cuando, pero de repente me espabilé de golpe cuando Diana empezó a hablar del emperador Nerón.

—Envenenaba a sus enemigos continuamente —lo decía como si estuviera describiendo un pasatiempo, como los dardos o el punto—. Se valía de un trío letal de mujeres: Canidia, Martina y Locusta, especialistas en la materia. Hay una larga lista de personas a las que envenenó, incluido su hermanastro.

Intenté sonar lo más despreocupado posible.

—¿Cuál era su veneno predilecto: arsénico?

—Sobre todo venenos vegetales; ya sabes, cosas que uno podía encontrar creciendo en los campos y jardines de Roma. Belladona, cicuta, tejo y un sinfín más. Es sorprendente cuántas de las plantas que seguimos viendo a diario son altamente tóxicas.

—¿Y has incluido algún envenenamiento en tu libro?

—Por supuesto. Uno de mis personajes, Octavia, tiene un cuerpo maravilloso, y sabe cómo usarlo, pero es una mujer muy desagradable y mata a varias personas con cicuta mezclada con miel para disimular el sabor. —Rio con satisfacción—. Pero al final recibirá su merecido cuando, sin darse cuenta, se coma un cuenco de sopa con setas venenosas.

—Increíble. —Intenté seguir sonando tan despreocupado como antes y la presioné un poco más—. ¿Cómo sabes todo esto? ¿Eres científica? ¿Botánica? Yo pensaba que eras historiadora.

Volvió a reír.

—Se llama documentación, Dan. Solo tienes que mirar en internet y puedes encontrar fácilmente cómo producir todo tipo de venenos. —De pronto, con expresión más seria, bajó la voz—. No entiendo por qué alguien decidió apuñalar al pobre Jonah cuando es tan fácil preparar y administrar una dosis letal de veneno y no dejarlo todo perdido.

La conversación se vio interrumpida por la voz de Maria desde la parte delantera.

—Llegaremos a la Piazzale Michelangelo en un minuto. No puedo detenerme mucho, así que os dejaré allí y me iré a aparcar. Esperadme arriba. Debería volver en unos cinco minutos. Las vistas sobre Florencia son maravillosas. Habrá mucha gente, así que cuidad vuestros objetos de valor.

Cuando el minibús se detuvo, bajamos y nos abrimos paso entre la multitud de vendedores de recuerdos y turistas hasta el borde de la amplia plaza en lo alto de la colina al sur de Florencia, pero yo apenas era consciente del panorama de tejados rojos, agujas, torres y cúpulas que se abría a nuestros pies. No conseguía apartar de la cabeza al trío letal de Nerón y sus venenos caseros. Si ellas podían producirlos con ingredientes comunes, casi cualquiera podría hacerlo —entonces y ahora—. El hecho de que Diana hubiera sacado el tema

y me hablara de ello con tanta libertad, sabiendo que yo estaba implicado en la investigación, hacía improbable que ella hubiera envenenado a Jonah, pero, por supuesto, podría tratarse de una maniobra de despiste.

Estaba allí de pie, en apariencia admirando las vistas, que después de la lluvia eran de una claridad cristalina hasta los Apeninos en la lejanía, pero en realidad apenas era consciente del espectacular panorama. De algún modo, me parecía improbable que Diana hubiera tenido algo que ver con el asesinato, aunque ella, a diferencia de la mayoría, no tenía coartada para aquella tarde, ya que afirmaba haber estado tumbada en su habitación, sola. Seguía preguntándome si quizá sí podría estar implicada cuando mi teléfono empezó a sonar. Era Virgilio. Eché un vistazo alrededor para asegurarme de que nadie me oía antes de contestar.

—*Ciao,* Virgilio, ¿cómo va?

—*Ciao,* Dan, las cosas van bien, pero me preguntaba si podría pedirte un poco de ayuda. Han llegado los informes de antecedentes del Reino Unido y hay algunos puntos que me gustaría comentar contigo, si pudieras encontrar un hueco. ¿Te mando un coche para recogerte?

—Sin problema, voy andando. Estoy precisamente ahora en Florencia. Puedo estar contigo en media hora más o menos.

Me acerqué a Serena y le pedí que avisara a Maria de que me iba por mi cuenta. Seguía con la mirada perdida, pero asintió y me dijo que me mandarían un mensaje con la hora y el lugar para el regreso. Según había visto en Google Maps, tenía que pasar por el Duomo para llegar a la *questura,* así que emprendí el camino por una larga escalinata que desembocaba en un callejón estrecho en dirección al centro histórico.

Estaba tan sumido en pensamientos sobre venenos y asesinatos que solo cuando me encontré en el Ponte Vecchio regresó mi mente al presente y me quedé clavado en el sitio. Allí estaba yo, de pie sobre uno de los lugares más emblemáticos de Florencia, si no del mundo. Bajo mis pies, el río Arno se reducía a un hilo de agua fangosa y costaba imaginar las devastadoras inundaciones de 1966,

que habían anegado el centro de esta ciudad Patrimonio de la Humanidad, destruyendo tantas cosas de valor incalculable.

A ambos lados del puente en lomo de asno había diminutas joyerías, con gente que se detenía a contemplar las piezas expuestas. Esto dificultaba que la multitud pudiera avanzar y no me costaba imaginar a Helen pasando allí horas y gastando una fortuna en joyas. Al pensar en ella, durante un instante incluso consideré comprarle un pequeño detalle, pero la idea se desvaneció enseguida. Incluso en los tiempos en que creía que me quería, nunca le entusiasmó mi gusto a la hora de elegir regalos. Jamás olvidaría el destino de la única prenda de ropa que me atreví a comprarle: un vestidito negro recomendado por la dependienta de la sección de moda femenina de John Lewis. Años más tarde lo encontré forrando la cama de los gatos, que casi nunca usaban porque parecían pasarse la vida durmiendo en la nuestra.

Abriéndome paso entre la marea humana, esquivando de vez en cuando para no perder un ojo por culpa de un palo de selfi, pasé frente a la Galería Uffizi y salí a la Piazza della Signoria. Otro gentío —esta vez compuesto sobre todo por mujeres— contemplaba embelesado la enorme estatua del David. Con toda justicia se la considera una de las mayores obras de arte del mundo, pero lo único que puedo decir es que debía de hacer mucho frío el día en que Miguel Ángel esculpió la parte de la anatomía que más acaparaba la atención.

Fui abriéndome camino por la ciudad y, cuando llegué a la jefatura, mi mente estaba de nuevo plenamente centrada en el caso. Virgilio me recibió con un apretón de manos y me indicó una silla al otro lado de su mesa. Como siempre, la mesa estaba cubierta de expedientes. De uno de ellos, el inspector sacó un fajo de papeles y lo agitó. Como de costumbre, hablamos en italiano.

—Han llegado esta mañana. Sé que estás de vacaciones, pero pensé que te interesarían.

—Desde luego. Sigo intentando encontrar a nuestro asesino, pero no es fácil. Supongo que el interrogatorio de Antonio, Maria y Millicent de ayer por la mañana no dio ningún fruto.

—Nada nuevo. Todos sonaron convincentes. El mayordomo, en particular, estuvo muy emotivo defendiendo su inocencia.

—Yo también me di cuenta, pero si no fue él, ¿quién? El único otro candidato posible que tengo para ti es el mecánico del pueblo.

Le resumí lo que Tommaso, del bar, me había contado sobre el Lamborghini y Virgilio prometió que mandaría a uno de sus hombres a interrogar a Puppo Marinetti, aunque compartía mi escepticismo respecto a que el mecánico hubiese esperado diez años para vengarse. También le relaté mis conversaciones con Antonio y Maria, así como con Agatha y Elaine, y le conté lo que Diana acababa de decir sobre los venenos. Virgilio tomó unas cuantas notas en un bloc y luego pasó las páginas que tenía en la mano.

—Gracias por todo eso, Daniel. En fin, empecemos por la víctima: Jonah Christopher Moore, cincuenta y seis años. Profesor de literatura inglesa en la Universidad de Exeter durante diez años, hasta que lo dejó en 1999. Supuestamente creyó que había alcanzado la fama con sus libros y abandonó la docencia. No debió de ganar mucho dinero, o vivía por encima de sus posibilidades, porque se declaró insolvente en el Reino Unido hace quince años, tras lo cual se trasladó a la Toscana. Profesor de inglés a tiempo parcial aquí en Florencia hasta que conoció y se casó con Maria Campese hace diez años. A partir de entonces la vida pareció sonreírle, al menos en lo económico.

—¿Menciona a algún enemigo que pudiera haberse granjeado? ¿Alguien que perdiera mucho cuando se declaró insolvente?

—No consta nada. Aquí hay una nota que dice que la mayoría de sus deudas eran con el fisco. Por lo visto, no podía pagar sus impuestos. Por lo demás, nada que arroje luz sobre por qué habría sido objetivo de alguien.

—Estoy seguro de que Hacienda no siente simpatía por quienes no pagan sus impuestos, pero dudo que manden a un sicario para matarlos. ¿Qué hay de los demás?

—Elaine Daphne Brown, setenta y cuatro años, vive a las afueras de Littlehampton, West Sussex. Soltera. Trabajó como bibliotecaria antes de convertirse en autora a tiempo completo. Sin antecedentes penales.

—O bien la biblioteca en la que trabajaba no se parece a ninguna que yo haya visto, o tiene una imaginación de campeonato. Estoy leyendo uno de sus libros eróticos y consigue poner los pelos de punta. —Teniendo en cuenta su cabeza afeitada, quizá no era la expresión más adecuada, pero Virgilio captó el mensaje—. ¿Y su amiga, Agatha, la del pelo azul?

—Agatha Rosemary Kirby, setenta y seis, viuda desde hace once años, también vive en Littlehampton. Trabajó treinta y cinco años como administrativa en la Policía de West Sussex. Una referencia excelente del propio jefe de policía cuando se jubiló. Tampoco tiene ninguna mancha en su historial.

Esto me hizo preguntarme si quizá habría novelistas de erótica en ciernes escondidos entre mis antiguos compañeros del Met. No se me ocurría ninguno de inmediato, aunque Paul Wilson tenía una facilidad de expresión notable. Y luego estaba la sargento Harris, en atención a las víctimas, con cierta fama de devoradora de hombres…

Mientras tanto, Virgilio seguía revisando los impresos.

—Profesora Diana Forsythe, cuarenta y siete, divorciada hace ocho años, vive en Bristol y enseña historia en la universidad. Otra sin antecedentes penales.

—Nada sorprendente por ahora. ¿Qué más tienes?

—El señor Gavin Mackenzie-Pearce, veintinueve años. Abandonó la universidad y no parece haber hecho gran cosa desde entonces. Su dirección figura en Mayfair, Londres, y hasta yo sé que los pisos allí no son precisamente baratos. Su padre, sir Lionel Mackenzie-Pearce, parece ser dueño de media Inglaterra.

—Así que a Gavin no le falta dinero.

—Desde luego que no, siempre que papá esté dispuesto a seguir soltándole pasta. Desde que dejó la universidad, Gavin ha vagabundeado de aquí para allá, pasó varios años en el Sudeste Asiático siguiendo la ruta *hippy* y, mientras estuvo por allí, debió de toparse con Emily Gardner, veintisiete años. Ella terminó la universidad hace unos años y también lleva dando tumbos desde entonces.

—Parece que están hechos el uno para el otro. ¿Y el resto de los sospechosos?

—Ahora empieza lo interesante. Primero, la profesora del curso, Serena Kempton, treinta y nueve años. Es un caso curioso. Trabajó doce años como miembro de la tripulación de cabina en British Airways antes de pasar dieciocho meses en la prisión de Welikada, en Sri Lanka, por tráfico de drogas. Como es natural, perdió su puesto en BA y, por lo que veo, desde que volvió a Reino Unido a principios del año pasado, ha estado trabajando en un pub de Mánchester.

—Vaya, vaya. —Pensándolo bien, con su aire *hippy,* no era tan sorprendente cierta relación con las drogas, aunque no habría esperado que alguien tan manso y afable tuviera antecedentes penales. Algo me decía que Serena merecía una investigación más a fondo—. Ahora que lo pienso, la primera noche mencionó a su antigua novia, ya lo habían dejado, y el nombre sonaba indio. Me pregunto si se conocieron allí, quizá incluso en la cárcel. —Mi memoria vomitó de pronto la información—. Lihini, creo que dijo. Ya solo nos queda Charlotte. No me digas que también tiene antecedentes.

—No. Charlotte Thompson, cuarenta y nueve años, viuda desde el año pasado. Trabaja para una gran imprenta en Bridgwater, Somerset. Ni siquiera un libro de la biblioteca sin devolver, pero hay otra persona más, y aquí es donde se pone realmente interesante.

El nombre que había pasado por alto me vino a la mente antes de que él terminara de hablar:

—Claro: Millicent.

—En efecto. Millicent Hermione Moore, hermana de la víctima, sesenta y dos años, profesora en la Universidad de Warwick. Soltera, pero hace veinte años estuvo prometida. Él murió. —Levantó la vista del papel y me miró directamente a los ojos—. Pregúntame cómo murió.

—¿Una puñalada al corazón?

—Buen intento, pero no. El informe del forense recoge su muerte como accidental. Murió tras confundir una amanita phalloides con un champiñón silvestre corriente, aun siendo un recolector experimentado. Acabo de buscar la amanita phalloides*:* su nombre común en italiano es angelo della morte y en inglés, death cap*.* Te

interesará saber que mata a numerosas personas en todo el mundo cada año y que incluso pudo haberse usado para matar al emperador Claudio hace dos mil años. Millicent y su prometido cenaron juntos aquella noche, pero, por lo visto, a ella no le gustan las setas. Una suerte, la verdad…

—Vaya, es una buena coincidencia. La entrevistaste ayer, ¿no? ¿Qué impresión te dio?

—No va a ganar premios por su encanto personal, pero respondió a todas mis preguntas sin vacilar de forma evidente. No me gustaría sentarme a su lado en una cena, pero salí de la entrevista bastante convencido de que no tenía nada que ver con la muerte de su hermano. Este informe podría hacer que cambie de opinión. Para eso quería verte: ¿qué te parecería si intentaras sentarte con ella y hacerla hablar? —Al ver mi expresión, alzó la mano para calmarme —. Tranquilo; no te estoy pidiendo que la invites a salir, solo pensé que, si surge la oportunidad, podrías intentarlo.

—Lo intentaré, pero es casi tan accesible como un perro rabioso. También veré si consigo que Serena hable. Parece que debe de tener unas cuantas historias que contar. La cárcel en Sri Lanka no debió de ser precisamente divertida. Algo así puede afectar mucho a una persona. —Otro pensamiento se me ocurrió—. Por cierto, ¿mencionaste a alguno de ellos que Jonah había sido envenenado?

Negó con la cabeza.

—No, pero después de recibir este informe sobre su prometido y las setas, creo que ha llegado el momento de planteárselo a Millicent. Si logras preguntarle tú, hazlo.

—Vale, veré qué tal va. Quién sabe, quizá consiga arrancarle alguna reacción.

Virgilio dejó el fajo de papeles sobre su abarrotado escritorio y se recostó en la silla.

—No es un caso fácil de resolver.

—Desde luego. Para empezar, está el pequeño detalle de que hubo tres intentos de matar a Jonah al mismo tiempo. ¿Eso significa que fue una sola persona asegurándose el tiro o que fueron tres perpetradores distintos? ¿Por quién apostarías tú?

—Parece que tenemos a varias personas con motivo, pero pocas con oportunidad. La oleandrina del interior de la botella no habría tenido un efecto inmediato, así que podría haberse añadido en algún momento anterior; pero el cianuro del vaso tuvo que ser poco después de que el mayordomo se marchara, suponiendo que no lo echara él mismo, y la puñalada en el corazón no mucho después. Hay una breve ventana de oportunidad entre el final de la comida, cuando los demás aseguran haber visto a la víctima aún viva y sola con el mayordomo, y el inicio del seminario para algunos, mientras otros se fueron a la piscina. Agatha y la profesora Diana afirman haber estado en sus habitaciones durante la hora siguiente sin testigos, pero, sinceramente, no veo a ninguna de ellas como la asesina. Si damos por hecho que los cuatro estadounidenses quedan descartados, solo nos quedan la viuda o el mayordomo, o quizá el mecánico del pueblo, aunque no apostaría por él. Supongo que también existe una mínima posibilidad de que una persona desconocida o varias entraran y salieran sin ser vistas, pero, de nuevo, no es muy probable, sobre todo porque no parece que hayan robado nada.

—Y nuestro único testigo es el perro, que lo vio todo.

—Ah, sí, el perro. Lástima que no pueda decirnos quién lo hizo.

En ese momento sonó un zumbido en mi teléfono. Era un mensaje de Maria y decía simplemente:

Fuera del Palazzo Pitti, 5.30.

—Esa es mi vuelta a casa, pero no es hasta las cinco y media. He bajado en el minibús con los demás, todos menos nuestro capo de la droga y su nueva prometida. ¿Tienes tiempo para un café antes de que vaya a ver los monumentos?

Virgilio señaló con desgana la montaña de papeles sobre su mesa.

—Tú vete y diviértete. Yo probablemente estaré aquí atrapado las próximas veinticuatro horas. Nos vemos el domingo a la hora de comer. ¿Te va bien a las doce y media?

Pasé las dos horas siguientes recorriendo las calles de Florencia, esforzándome por concentrarme en lo que veía a mi alrededor en ese momento en lugar de en lo que le había ocurrido a Jonah Moore. Saqué un montón de fotos y visité dos iglesias distintas, además del palacio Médici Riccardi, que esperaba que tuviera un papel destacado en mi libro. Tras su imponente fachada de piedra se abría una encantadora sucesión de estancias de techos altos con frescos y suelos de mármol, además de la célebre capilla de los Magos, cuyas paredes estaban completamente cubiertas de escenas medievales. Para cuando salí de allí, había logrado desterrar de mi mente la misteriosa muerte de Jonah Moore, aunque no por mucho tiempo. En un quiosco de una calle lateral vi un llamativo despliegue de periódicos extranjeros y, entre ellos, estaba el ejemplar de ayer de The Times. Cuando eché un vistazo a la portada, me llamó la atención un pequeño artículo cerca de la parte inferior derecha.

Autor británico asesinado

El autor británico Jonah Moore (56) ha sido hallado apuñalado con resultado de muerte en su lujosa villa de la Toscana. Véase página seis.

Intrigado, entré y compré el periódico. Ya eran casi las cinco, así que regresé por la Via Tornabuoni, con sus carísimas tiendas de diseño, hasta llegar al río. Al otro lado del Ponte Santa Trinità me encontré con una gelateria con mesas a la sombra, donde pedí un gran vaso de agua con gas y un cuenco de helado de fresa, plátano y kiwi. Leí el breve artículo de la página seis mientras disfrutaba de mi muy refrescante tentempié vespertino. Había una foto borrosa de Jonah recogiendo su premio de la daga, junto con una breve biografía que mencionaba su único best seller. En lo referente al asesinato en sí, el artículo se limitaba a decir que la policía italiana seguía investigando. Y nada más.

Una mirada al reloj me indicó que tenía que ponerme en marcha. Tras engullir a toda prisa el último resto del helado, cogí el periódico y me encaminé hacia el punto de encuentro, pensando que Jonah probablemente habría estado orgulloso de aparecer en la portada de

The Times, aunque el periódico apenas hubiera dedicado unas líneas a su vida y su muerte.



La oportunidad de sentarme a hablar con Serena llegó antes de lo que había esperado. A las seis y media de esa tarde salí de mi habitación y vi que ella acababa de subir las escaleras y estaba agarrando el pomo de la pequeña puerta que conducía a la torre en mitad del tejado. Aproveché mi oportunidad.

—Hola, Serena, ¿vas a subir a la torre? No sé si me dejarías subir a echar un vistazo, ¿por casualidad? —No necesitaba saber que yo ya había estado allí.

Parecía como si acabara de salir de un sueño.

—Hola, Dan… Eh…, sí, claro. Sube.

La seguí por la estrecha escalera hasta el palomar e hice como si admirara la estancia y las vistas por primera vez.

—¿Antes era un palomar?

Asintió.

—Muchas de las casas de por aquí tenían uno. Maria dice que servía para proporcionar a la gente un suministro constante de huevos y carne, bien lejos de los zorros y de los cazadores furtivos que rondaban por abajo.

Se había recogido el pelo en una coleta y se había puesto unos pantalones de yoga y un top ajustado, pero aun así seguía con ese aire aturdido, como si todavía no hubiera salido del *shock.* Intenté dirigir la conversación —por escasa que fuera— hacia los acontecimientos del martes. Empecé tratando de que hablara del lugar en el que nos encontrábamos.

—Si tuviera la enorme suerte de poseer una villa como esta, con una habitación en la torre como esta, pasaría todo el tiempo aquí arriba. Las vistas son increíbles.

Y lo eran. Apareció una leve sonrisa en su rostro, y era prácticamente la primera vez que la veía parecer siquiera vagamente feliz.

—Estoy completamente de acuerdo. Subo cuando puedo. Es tan tranquilo y apacible… Es el lugar perfecto para hacer yoga.

Por primera vez reparé en la esterilla de goma enrollada en la esquina.

—¿Haces mucho yoga?

—Todos los días, si puedo. Además de ser un ejercicio estupendo, es relajante y reconfortante, me sienta de maravilla. —Me sostuvo la mirada—. Y esta semana todos necesitamos relajarnos y reconfortarnos, ¿verdad?

—Desde luego. —Se me ocurrió una idea—. ¿Dónde aprendiste yoga? ¿Aquí o mientras estabas en Welikada?

Una expresión casi de pánico se extendió por su cara, sustituida casi de inmediato por otra de resignación. Se dejó caer en el brazo de un sofá antiguo que daba hacia Florencia.

—Te has enterado de eso, ¿verdad?

—Dieciocho meses de cárcel ahí dentro no debieron de ser muy divertidos. —No levantó la mirada ni contestó—. Oye, Serena, eso quedó atrás. Salió cuando la policía hizo una comprobación de antecedentes de todos los huéspedes de la villa. Es el procedimiento habitual. Nadie te está acusando de nada.

Tuve que esperar bastante para obtener respuesta. Cuando llegó, fue en un tono monótono.

—Fue culpa mía por idiota. Una amiga me pidió que llevara un paquete de vuelta al Reino Unido, y en el aeropuerto los agentes de aduanas de Sri Lanka lo abrieron y vieron que contenía drogas. Debería haberlo sabido… Lo sabía, pero aun así lo hice.

—¿Y fue muy duro tu tiempo en prisión?

Por primera vez levantó la mirada.

—El tiempo que estuve en Welikada fue horrible, realmente horrible. No puedo ni empezar a describírtelo. Solo aguanté por el yoga y una amiga muy querida.

El pensamiento que se me había ocurrido en el despacho de Virgilio volvió a surgir.

—¿Y esa amiga podría haber sido Lihini, la que estuvo aquí contigo el año pasado, por casualidad?

Hubo un destello en sus ojos: sorpresa, quizá ira, pero también una profunda tristeza.

—Sí.

—Pero por lo que dijiste, entiendo que vosotras dos lo dejasteis, ¿no?

Ahora en sus ojos solo había tristeza.

—No lo dejamos. Murió el pasado agosto.

—Lo siento. —Lamenté haber añadido más dolor, pero tenía que preguntar—. ¿Qué ocurrió?

Su respuesta tenía algo de inevitable.

—Sobredosis.

—Lo siento. ¿Al menos disfrutó de su estancia en la Toscana contigo aquel verano?

La expresión de su cara lo dijo todo.

—Fue un desastre.

Me habría gustado preguntarle qué pasó, pero veía que apenas se sostenía, así que la dejé respirar.

—Es una pena. Oye, Serena, estas cosas pasan, pero la vida sigue. Quizá nunca lo superes del todo, pero el tiempo es un gran remedio y estas cosas requieren tiempo. —Señalé su esterilla de yoga—. Perdona, te he interrumpido la sesión. Te dejo tranquila.

Me dirigía a la puerta cuando oí mi nombre y volví la vista.

—Dan…, gracias.

Parecía muy vulnerable y, de pronto, pude ver a la joven ingenua cuyo desliz momentáneo había destrozado su vida. Gracias a Dios no era mi hija.

Como aún quedaba tiempo antes de la cena, salí al jardín y me encaminé hacia el ya familiar banco a la sombra; me alegró encontrar allí a mi amigo de cuatro patas entre los árboles, husmeando entre las hojas secas. En cuanto me vio, vino hacia mí a la carrera y casi me tiró de espaldas con la fuerza de su entusiasta saludo. Me senté en el banco y él acabó acomodándose a mi lado mientras lo acariciaba. Una cosa estaba clara: si de verdad lo mío con Helen había terminado, me iba a comprar un perro.

Cuando por fin se tumbó a mis pies, saqué el teléfono y llamé a Tricia. Si el asesinato de Jonah había llegado a la prensa británica, lo

justo era que se enterara por mí.

—Hola, papá, ¿qué tal va todo?

—Hola, cariño, el curso va bien, pero ha pasado algo.

Le conté los acontecimientos de los últimos días y su reacción no me pilló por sorpresa.

—Así que vuelves a ser policía. Ya podía habérmelo imaginado.

Sonaba exasperada, pero en un sentido cariñoso, como cuando yo intentaba regañar a Oscar después de casi tirarme al suelo. Era simplemente nuestra forma de ser, la del perro y la mía, y mi hija lo entiende, aunque su madre nunca lo comprendió del todo.

—Solo dime que no vas a abandonar el curso para ponerte otra vez a hacer de detective.

—No, lo prometo. El curso está resultando realmente útil y he pasado toda la tarde paseando por Florencia, haciendo fotos y recopilando detalles para mi libro.

Decidí omitir que también había pasado media hora en la comisaría.

—¿Y qué hay del asesinato de ese hombre? ¿Están todos muy afectados?

—Algunos más que otros.

También me pareció mejor no decirle que todos mis compañeros de estancia eran posibles sospechosos de asesinato, y repetí lo que acababa de decirle a Serena:

—Pero la vida sigue. Para ser sincero, no supone una gran pérdida para la humanidad.

Charlamos y me contó cosas de su trabajo —acababa de terminar sus prácticas para colegiarse como abogada— y sobre Shaun, su novio estable desde hacía varios años. Le pregunté si había sabido algo de su madre, y percibí claramente una vacilación antes de que respondiera.

—Llamó anoche. Le va bien. Se lo está pasando bien.

—Ah, me alegro. —¿Qué otra cosa podía decir?—. Dale recuerdos de mi parte la próxima vez que hables con ella.

Se limitó a decir:

—Claro.

Y lo dejamos ahí.

Tras colgar, dejé que Oscar siguiera a su aire y entré en la casa a por una cerveza. Había una nevera en la sala de seminarios para los participantes del curso y una hucha para el pago. Dos euros por cerveza o por copa de vino blanco frío me pareció más que razonable, así que dejé caer un par de monedas y me serví la botella de Peroni más fría que encontré. Me bebí la mitad de un trago y oí una voz que venía de las puertas de cristal abiertas.

—Parece que lo necesitabas.

Era Charlotte, tan atractiva como siempre. Me acerqué.

—Ya lo creo. Después de pasar la tarde caminando bajo el sol, sienta de maravilla. ¿Cómo era ese dicho de los perros locos y los ingleses? ¿Te apetece un trago?

Negó con la cabeza.

—No, gracias. Me reservo para la cena. Le he cogido gusto al vino blanco de aquí, pero si empiezo a beber antes de comer, vas a tener que llevarme a rastras a la cama.

Por la forma en que lo dijo tuve la sensación —seguramente infundada— de que no le habría importado que eso ocurriera. Cambié de tema de inmediato. Una vez más, fingí que no sabía por qué evitaba coquetear con ella. Pero lo sabía, claro que lo sabía.

—¿Qué te ha parecido Florencia? —Me pareció más prudente ceñirnos a la realidad.

—Es preciosa, pero ¡qué de gente! Me gustaría volver, aunque no en pleno verano. La próxima vez, fuera de temporada. ¿Y tú? ¿Has encontrado material para tu libro?

Si le decepcionó que no respondiera a lo de llevarla a la cama, no lo demostró. Quizá me lo estaba imaginando.

Charlamos sobre mi libro y sobre sus planes para una novela erótica —que sonaban tan poco convincentes como los pantis, bragas, braguitas o prendas íntimas, o como quiera que se llamaran en los libros de Fanny Lovesit— hasta que se nos unió, de entre todas las personas posibles, Millicent. Ella rara vez se mezclaba con nosotros y me pregunté qué la habría traído aquí. Yo iba ya por mi segunda cerveza, así que le pregunté si le apetecía beber algo. Para mi sorpresa, aceptó una copa de vino blanco. Hice la misma oferta a

Charlotte una vez más, pero negó con la cabeza y dijo que subía a su habitación a cambiarse.

Esto me dejó, de manera muy oportuna, a solas con Millicent, pero, justo cuando le serví la copa y estaba a punto de empezar a interrogarla, apareció Antonio y comenzó a trajinar preparando la mesa para la cena. Ya estaba lamentando la ocasión perdida cuando Millicent señaló las puertas acristaladas.

—¿Salimos y dejamos que Antonio trabaje tranquilo?

No diría que sonó amistosa, ni mucho menos, pero sí parecía que quería hablar, y eso era una novedad. Me pregunté si tendría algo en mente y la seguí a la terraza, donde el volumen de la villa ya ofrecía una agradable sombra, aunque el sol estaba bajo en el cielo occidental. Caminamos hasta el extremo de la terraza, donde se detuvo y dejó su copa sobre la balaustrada antes de volverse hacia mí.

—¿Te importa que te haga una pregunta, Dan?

—No, siempre que después pueda hacerte yo una.

—De acuerdo.

Vaciló, buscando las palabras adecuadas antes de lanzarse por fin.

—¿De verdad crees que uno de nosotros es el asesino?

—Sí, lo creo.

La respuesta salió sola. Ni siquiera tuve que pensarlo.

—Las probabilidades de que alguien entrara desde fuera, matara a tu hermano y luego saliera sin ser visto son de mil a una. No veo alternativa: tiene que ser alguien que está alojado aquí ahora mismo.

Ella se limitó a asentir, tomó la copa y dio un sorbo de vino. Luego guardó un largo silencio. Deliberadamente no la interrumpí. Había sido ella quien había iniciado la conversación, así que le tocaba a ella continuarla. Por fin levantó la vista de la copa.

—Has dicho que tenías una pregunta para mí. ¿Cuál es?

—Si parto de la base de que tengo razón y el culpable está entre nosotros, ¿quién crees tú que es? ¿Sigues pensando que es Maria? Al fin y al cabo, esa fue tu primera reacción.

—Técnicamente son dos preguntas, pero responderé igualmente. Sinceramente, la respuesta es no. Ya no estoy tan segura de que fuera ella. Mucho me temo que empiezo a creer que tiene que ser Antonio. Me duele admitirlo. Siempre me he llevado bien con él, pero no veo cómo podría haber sido nadie más.

—¿Me estás diciendo que crees que el mayordomo lo hizo?

—Te estoy diciendo que creo que podría haberlo hecho. No estoy nada segura.

—Se comenta que amenazaste a tu hermano con un cuchillo justo antes de que todos llegáramos aquí a la villa. ¿Es cierto?

Se irguió y vi cómo tomaba aire.

—Sí, pero como le dije al inspector, fue solo un momento de frustración. Jamás lo habría apuñalado ni en un millón de años. Pese a todo…, es…, era mi hermano.

Me descubrí acercándome a la opinión de Virgilio. Puede que no fuera precisamente la alegría de la huerta, pero no sonaba a asesina. ¿Significaba eso que realmente había sido Antonio (alias conde Drácula)? Seguía sin verlo claro, pero, si no había sido él, ¿quién quedaba? Como último recurso, saqué el tema del veneno.

—¿Sabes algo sobre veneno?

Observé muy de cerca su rostro mientras asimilaba la pregunta.

—¿Veneno? No, claro que no. ¿Por qué veneno? ¿Intentas decirme que fue envenenado? Yo no lo vi; Antonio y Maria dijeron que era demasiado espantoso y no me dejaron entrar en el comedor cuando lo encontraron, pero todo el mundo dice que fue apuñalado. Parecía confundida, asombrada, incluso indignada, pero no sospechosa ni culpable. Me pregunté si debía mencionar lo que le había ocurrido a su prometido con las setas tóxicas, pero no parecía necesario. Si ella era nuestra envenenadora —o una de ellas—, era una actriz magistral y sin duda sería capaz de convencer a cualquier jurado de su inocencia.

Capítulo 8

Sábado

Cuando me desperté el sábado por la mañana, seguía teniendo el veneno en la cabeza, aunque ya no en relación con Millicent. Me había acostado bastante temprano y, como no tenía demasiado sueño, descargué un libro, Fluttering Hearts, de Felicity Farnborough (alias Agatha). Igual que los libros de Elaine, era una novela erótica, aunque bastante menos explícita que las de su tímida compañera y con una generosa dosis de intriga criminal añadida.

A decir verdad, no era un mal libro y había claras similitudes —no físicas— entre su inspectora ninfómana y la propia Agatha: siempre haciendo preguntas, aunque me costaba entender de dónde sacaba energías su detective después de acostarse con casi todos los hombres —y varias mujeres— que se cruzaban en su camino. Lo leí con gusto y me agradó el final sorpresa, en el que el villano caía a su muerte desde un globo aerostático. Sus treinta y cinco años en la policía de West Sussex se dejaban ver en muchos detalles, y estaba claro que dominaba la jerga. Pero lo que de pronto me hizo incorporarme y prestar especial atención fue que el monitor de fitness y traficante de drogas con abdominales de acero (palabras suyas, no mías) moría a manos de Cressida, la encantadora ninfa (sic), mediante nada menos que un veneno obtenido de un destilado de las flores y hojas de la humilde dedalera. Claramente, Agatha, igual que Diana, sabía lo que hacía en materia de venenos. Como había dicho Diana: solo era cuestión de documentación.

Si buscas venenos en Google, como hice yo aquella noche, encontrarás una enorme cantidad de información sobre sustancias mortales —y no tan mortales— que existen a nuestro alrededor en plantas y animales, desde las ranas altamente venenosas del Amazonas hasta nuestro amigo el adelfo justo al otro lado de la puerta principal de la villa. El proceso de convertir este y otros

vegetales tóxicos en un concentrado letal es sorprendentemente sencillo y no podía evitar preguntarme por qué quien adulteró la botella de vino de Jonah no había usado una dosis mortal. O bien no siguió las instrucciones —que no tienen nada de complicadas— o solo pretendía ponerlo muy enfermo, pero no matarlo. Así que esto bien podía significar que debíamos buscar a una o varias personas que sí intentaron matarlo con cianuro y una daga, además de alguien cuyo propósito fuese únicamente causarle un malestar temporal y no cometer un asesinato.

¿Podría esa persona incluso ser Agatha, dado que claramente tenía conocimientos sobre estos temas? Teniendo en cuenta que esta era su tercera visita a la villa, el escenario parecía poco probable. ¿Por qué esperar hasta la tercera visita para envenenar a Jonah? ¿Y por qué hacerlo, en cualquier caso? Aparte de ser un ser humano bastante desagradable, ¿qué podría haberle hecho Jonah a una mujer veinte años mayor que él para incitarla a vengarse de forma tan radical? Nada se me ocurría. Había vivido en la Toscana durante quince años y antes había trabajado en la Universidad de Exeter. Por lo que Virgilio me había contado ayer, Agatha había pasado su vida en West Sussex y era extremadamente improbable que ambos se hubiesen encontrado en cualquier otro sitio. Por supuesto, que fuese improbable no significaba que fuese imposible, pero, si yo estuviera en el lugar de Virgilio, no la encerraría todavía.

Y lo mismo se aplicaba a la profesora Diana. Ella también había dejado claro ayer que sabía de venenos, pero ¿cómo habría podido Jonah agraviar tanto a una profesora universitaria de mediana edad como para que esta viniera a la Toscana con la intención de matarlo o, al menos, ponerlo muy enfermo? Por supuesto, cabía la posibilidad de que ella y Jonah hubiesen cruzado espadas profesionalmente en algún momento del pasado, pero los celos académicos rara vez iban más allá de unos empujones en el claustro u, hoy en día, de un poco de mala propaganda en las redes sociales. Pero, si no había sido Agatha ni había sido Diana, ¿quién había sido?

Este enigma seguía dando vueltas en mi cabeza cuando bajé a desayunar. La sala estaba vacía salvo por Antonio, y supuse que se debía a que era sábado y no había clases, de modo que la gente

habría optado por quedarse durmiendo. El pobre Antonio tenía un aspecto espantoso y, teniendo en cuenta que normalmente ya parecía uno de los no muertos, hoy era realmente una visión lúgubre. Si cabe, estaba aún más flaco y sus facciones pálidas estaban descoloridas y hundidas. El chaleco oscuro que llevaba siempre le colgaba literalmente de los hombros huesudos. Aunque tenía la desagradable sensación de que había muchas posibilidades de que pronto lo acusaran de asesinato, me dio lástima y me acerqué para intentar animarlo un poco.

—Hola, Antonio. Hace otra mañana preciosa. ¿Tienes también hoy el día libre?

Asintió sombrío. A esas alturas, la idea de tener tiempo libre parecía significar poco o nada para él.

—Buenos días, señor. Hoy es mi día libre, pero no voy a hacer nada especial —me miró a los ojos—. ¿Cómo voy a ver un partido o ir a pescar cuando tengo la espada de Damocles colgando sobre mí?

La referencia clásica era impresionante, igual que su evidente desdicha. Como ocurría con Millicent, si estaba fingiendo, lo hacía realmente bien.

—Intenta no preocuparte, Antonio. Por lo que yo sé, el inspector no ha encontrado aún ninguna prueba concluyente contra nadie. Si eres inocente, como me dijiste, no deberías tener nada de qué preocuparte, así que intenta animarte.

Era consciente, mientras lo decía, de que probablemente era como decirle a un zombi que no comiera cerebros humanos, pero sinceramente me daba pena el hombre. Cuanto más lo veía y más lo conocía, menos creíble me resultaba que pudiera ser nuestro asesino. Pero, si no era Antonio, ¿entonces quién?

—¿Su *cappuccino* de siempre, señor? —Pese a sus preocupaciones, seguía siendo un camarero de primera.

—Sí, por favor, y también un zumo de naranja natural.

Se fue a por mis bebidas y yo me serví un par de cruasanes calientes antes de sentarme, mirando por los ventanales hacia el jardín. Vi a Emily, sorprendentemente madrugadora. Por su pelo mojado, supuse que habría ido a nadar temprano. Yo no tenía ganas de correr aquella mañana, pero decidí que un baño más tarde podría

ser buena idea. Ya había usado la piscina un par de veces y la temperatura del agua era perfecta. Claro que había muchos lugares de mi lista de visitas imprescindibles a los que aún no había ido: San Gimignano, Siena, Volterra…

—Buenos días, Dan, ¿puedo sentarme contigo?

Era Charlotte. Por el estado de su pelo, ella también acababa de nadar.

—Sí, claro. Estaba pensando en adónde quiero ir hoy. Ya sabes, para documentarme para mi libro.

—Espero que no vuelvas a Florencia. Un sábado soleado estará hasta los topes.

Se sirvió un cuenco de macedonia y se sentó frente a mí. Llevaba una camiseta ligera que se pegaba a su cuerpo aún húmedo y estaba muy guapa. Con su piel clara y sus pecas, era evidente que había evitado el sol, pero aun así se la veía sana y en forma. Y, si era sincero conmigo mismo, muy deseable.

—Desde luego que no Florencia —tomé una decisión—. Creo que probaré con Lucca. Se supone que es una ciudad muy histórica.

—¿Quieres compañía?

La respuesta sincera habría sido que no. Si iba solo podría curiosear sin obstáculos, detenerme donde quisiera y hacer lo que me diera la gana, pero no me gusta ser descortés. Además, la compañía —y en particular la femenina— era algo que había echado mucho de menos en los últimos meses.

—Sí, claro, si no te importa deambular por las callejuelas y las iglesias viejas.

—Suena encantador. ¿A qué hora pensabas salir?

Nos marchamos a las diez. Mi coche de alquiler mejorado era un Volkswagen Golf recién salido del concesionario. Y lo más importante: el aire acondicionado funcionaba de maravilla, lo cual era una suerte porque el termómetro digital frente a la farmacia de Montevolpone marcaba veintinueve grados cuando pasamos por delante. Iba a hacer un calor de mil demonios. A mi lado, Charlotte había previsto claramente las altas temperaturas, porque se había puesto una falda corta. Tener un par de piernas desnudas junto a mí

era otra de esas cosas que había echado de menos en los últimos meses.

Había estado estudiando el mapa y decidí evitar tanto la *autostrada* como la *superstrada* (creo que la diferencia es que en una se paga y en la otra no, aunque quizá me equivoque) y mantenerme en las carreteras normales. Seguimos un rato el serpenteante río Arno hacia el oeste y, a lo largo de la carretera, pasamos junto a alfarerías que producían inmensas tinajas, macetas y estatuas de terracota. Me pregunté distraídamente cuánto me cobraría EasyJet por sobrepeso si compraba una réplica de la estatua de David. Probablemente varias veces más que el precio total del billete.

La mención de los vuelos me recordó que había pagado un suplemento para poder cambiar mi vuelo de vuelta, reservado para dentro de una semana. La idea era quedarme de vacaciones al terminar el curso, y aún no había decidido qué hacer. Me gustaba mucho esta zona, pero ¿disfrutaría una o dos semanas completamente solo? Aunque, si volvía al piso de Bromley, tampoco es que hubiera nadie esperándome allí, ¿verdad?

Hablamos mientras conducíamos y Charlotte me contó la triste historia de cómo su marido, con quien había estado más de veinte años, había muerto atropellado por un camión mientras iba en bicicleta el verano anterior. Por la forma en que hablaba de él, estaba claro que lo había querido muchísimo, y me descubrí comparando la angustia de perder a un ser querido en un accidente con el dolor de una separación y un divorcio. Sin quererlo, empecé a contarle más sobre por qué las cosas no habían funcionado entre Helen y yo. Ella hizo casi exactamente la misma pregunta que me había hecho Mikey/Martin, el gran americano, la otra noche.

—¿Fue por tu trabajo? ¿Trabajabas a horas intempestivas?

—En parte, pero supongo que, siendo sincero, nos fuimos distanciando después de que nuestra hija se marchara de casa. Helen, mi mujer, probablemente me necesitaba más, pero yo estaba demasiado enfrascado en el trabajo como para darme cuenta hasta que ya fue tarde.

—¿Así que fue ella quien te dejó?

—Indirectamente. Yo me fui de casa, pero fue ella quien quiso que nos separásemos.

—¿Y desearías seguir juntos?

Me tomé mi tiempo antes de responder. No era una pregunta fácil. Vi un desvío a la izquierda hacia San Miniato y giré por una carretera más estrecha que empezaba a ascender lentamente. Había leído sobre San Miniato. Por lo que parecía, era un pueblecito histórico con un buen número de edificios medievales y renacentistas, empezando por su propio duomo.

—Perdona, no debería haberte preguntado —dijo con tono de disculpa.

—No, es una pregunta legítima. La respuesta probablemente sea un sí matizado. Sí, la echo de menos. Sí, desearía que volviésemos a estar juntos y que las cosas fueran como antes, pero en el fondo, creo que nunca volverán a ser como fueron.

—Lo siento.

Me puso brevemente una mano reconfortante sobre la rodilla desnuda, pero la sensación distó mucho de resultar reconfortante. La mano de una mujer sobre mi piel era otra de esas cosas de las que había estado privado durante un tiempo. Sentí alivio al llegar por fin a San Miniato y bajar del coche al sol.

Llevaba hoy los zapatos viejos, en un último intento de ver si recuperaban su forma después del remojón en la piscina. Por algún motivo, desde que se habían secado, las punteras seguían empeñadas en apuntar hacia arriba como zapatos de payaso y, mientras echábamos a andar hacia el centro, noté cómo me rozaban no solo los dedos, sino también los talones. Tenía la sensación de que aquello iba a ser un gran error.

Pasamos una mañana de lo más agradable recorriendo el pueblecito, que bullía de vida en aquel sábado por la mañana, aunque muchas de las personas con las que nos cruzamos parecían ser del lugar, no turistas, y el ambiente era italianísimo, más que cosmopolita, y eso me gustó. Incluso me detuve ante el escaparate de una agencia inmobiliaria para mirar las propiedades en alquiler. Había bastantes y costaban una fracción de lo que yo pagaba en casa. Eché también un vistazo furtivo a algunas propiedades en

venta y vi que también eran muchísimo más baratas que en Londres. Aquello sí que era una idea: quizá debería dejar el piso de Bromley y mudarme aquí. Mi pensión rendiría muchísimo más. Claro que eso me separaría aún más de Helen. Por tentador que sonase, quizá era un paso demasiado grande…, al menos por ahora.

San Miniato era un lugar excepcional. A pesar de tener un tercio del tamaño de Bromley, presumía de una catedral del siglo xii, los restos de un castillo medieval y un palacio episcopal del siglo xi. El pueblo estaba construido sobre una sucesión de colinas y casi no había calles llanas. Paseamos por el centro storico, donde las callejuelas empedradas estaban flanqueadas por nobles edificios históricos pintados casi todos en una gama de ocres que iban del crema, pasando por el *beige* y el marrón, hasta el naranja: los colores naturales de la tierra de la Toscana. Las vistas hacia el valle del Arno se extendían a lo lejos y, hacia el otro lado, el paisaje de colinas toscanas resultaba encantador.

Almorzamos sentados al aire libre bajo una sombrilla en una placita y, a escondidas, me descalcé bajo la mesa para que la ligera brisa aliviara mis ampollas. Había una familia de alemanes en una mesa cercana, pero el resto sonaba inequívocamente italiano. Siempre he pensado que es mejor ir a los sitios donde comen los locales y evitar así el riesgo de que te peguen un sablazo en una trampa para turistas. Mi única visita a Italia antes de esta había sido a Venecia con Helen hacía algunos años. Aunque al final encontramos un restaurante con buena comida a precios más o menos aceptables, nos habían desplumado de lo lindo más de una vez antes de dar con él. Por lo que pude comprobar de los precios allí en San Miniato, era muchísimo más barato que Venecia, o que Londres, puestos a comparar.

El restaurante estaba especializado en pescado y marisco, así que dejamos que el camarero nos convenciera para probar un fritto misto. Resultó ser una elección inspirada. Me encantó aquella mezcla de chanquetes, gambas, pulpo y calamar, apenas pasada por harina y frita ligeramente. A cada uno nos sirvieron un plato rebosante, acompañado de una ensalada refrescante de lechuga, tomate y pepino, aliñada con un aceite de oliva virgen extra magnífico y un

vinagre de vino tinto «de los de antes». Compartimos una botella de agua con gas y una jarra de medio litro de vino tinto frío. Podía casi oír a mi antiguo superintendente —un auténtico snob del vino— bufar de indignación, pero, con más de treinta grados de temperatura, beberlo salido del frigorífico era, sin duda, la opción correcta. Rematamos la comida con panna cotta bañada en mermelada de moras y la acompañamos de dos pequeños cafés espresso, y yo ya estaba pensando cómo podría organizar otra visita a San Miniato antes de marcharme de la Toscana. Una comida así había que repetirla.

—Esa ha sido una de las mejores comidas que he probado en mi vida.

Charlotte insistió en pagar la mitad y sonaba como si lo hubiese disfrutado tanto como yo. Tomé una decisión rápida.

—Completamente de acuerdo. ¿Qué te parece si te traigo otra tarde la semana que viene para repetir lo mismo? Esta vez invito yo.

Me sostuvo la mirada y sonrió.

—¿Me estás invitando a una cita?

—Supongo que sí…, si te apetece.

Una punzada de emoción, rápidamente atemperada por una buena dosis de culpa, me recorrió por dentro. Hacía mucho tiempo que no hacía algo así. Pero ¿y Helen?

Ella me dio un pequeño apretón en la pierna.

—Suena de maravilla. Estoy deseando que llegue.

El trayecto por carreteras secundarias hasta Lucca llevó casi una hora y atravesamos una serie de pueblecitos encantadores por el camino. La carretera discurría por la amplia y llana base del valle del Arno, donde el paisaje dejaba de ser la sucesión de colinas ondulantes propias de la Toscana. Allí abajo resultaba anodino y bastante aburrido; sin embargo, la abundancia de antiguos edificios de piedra en las aldeas del recorrido y la masa imponente de los Apeninos a nuestra derecha le daba, a su manera, un cierto atractivo. No pude evitar fijarme en que por allí los adelfos crecían silvestres en enormes matas rosas, rojas y blancas. Evidentemente, no faltaba materia prima para cualquier aspirante a envenenador.

Mientras conducía, echaba un vistazo de vez en cuando a mi acompañante. Parecía contenta, aunque quizá no del todo relajada. Determinar si aquello se debía simplemente a la incomodidad de encontrarse de nuevo junto a un hombre —teniendo en cuenta que la muerte de su marido había ocurrido solo un año atrás— o al peso de la investigación no era sencillo. Claro que, en teoría, seguía siendo sospechosa de asesinato, aunque, sin móvil y con una coartada a prueba de bombas, yo había decidido que, probablemente, podía descartarla de cualquier otra pesquisa. Por un instante incluso empecé a preguntarme si aquello podría ser el comienzo de algo entre nosotros pero, naturalmente, no podía empezar nada mientras la situación entre Helen y yo no llegara a alguna clase de desenlace.

Lucca estuvo a la altura de su fama. Aparcamos fuera de las enormes murallas de ladrillo rojo del centro storico y entramos —yo más bien renqueando, porque las ampollas se estaban multiplicando — por una puerta imponente hasta llegar a la ciudad vieja. Era una mezcla maravillosa de edificios, algunos probablemente de mil años de antigüedad, y casi conseguí olvidar el dolor de mis pies mientras intentaba asimilarlo todo. El *duomo,* de fachada de mármol blanco y cuya construcción empezó en 1063, con el campanario bicolor rosa y blanco a su lado, era una maravilla, igual que muchas otras iglesias y edificios históricos en nuestro recorrido. Un cartel indicaba que era posible caminar sobre las murallas de la ciudad, pero con el estado de mis pies aquello quedaría para otro día y para otro par de zapatos, si no de pies. Cuando por fin nos sentamos a tomar una bebida fría en la impresionante Piazza dell'Anfiteatro, un óvalo precioso rodeado de edificios color crema que databan de la Edad Media, había hecho montones de fotos y de notas. Lucca iba a aparecer sí o sí en mi libro. Y mis zapatos iban directos a la basura.

Charlotte pidió un té helado mientras yo probaba una cerveza sin alcohol, que resultó ser bastante mejor de lo que había imaginado. Ella me preguntó por mi trabajo y yo por el suyo. Me sorprendía lo relajado que me sentía a su lado, y nos entendíamos de maravilla. Me habló de su empleo en una imprenta que producía muchos libros de bolsillo, aunque dijo no recordar haber visto ninguno de los

autores del curso. Yo le conté que había leído uno de Elaine y otro de Agatha, pero reconocí que la erótica no era precisamente mi género favorito. En un momento dado, incluso sacó el tema del asesinato —que ambos habíamos evitado hasta entonces— y me preguntó si la policía tenía ya un sospechoso. Resté importancia a mi implicación.

—No tengo ni idea. Puede que mañana sepa algo más. Me ha invitado a comer el inspector Pisano.

Le expliqué que solo lo conocía porque era amigo de mi antiguo sargento.

—Pero sabe muy bien lo que hace. Puede que ya le haya echado el ojo a alguien. Claro que puede que prefiera no hablar del tema. Al fin y al cabo, yo también estoy alojado en la villa y podría incluso estar implicado de algún modo.

Ella bufó.

—¿Tú? ¡Nunca!

—No sería la primera vez que un policía se descarría. Vamos, podría estar planeando ahora mismo matarte a botellazos con mi cerveza.

Puse una expresión amenazadora y ella se echó hacia atrás fingiendo miedo.

—Pero no me harías daño, ¿verdad? —Para enfatizarlo, tomó mi mano sobre la mesa y le dio un ligero apretón—. Somos amigos, ¿no?

Tenía razón. Éramos amigos, y quizá pudiéramos llegar a ser algo más.

Capítulo 9

Domingo

El domingo por la mañana no me apetecía salir a correr ni siquiera dar un paseo. Antonio había logrado encontrarme unas tiritas la noche anterior, pero, aun con mis zapatillas de deporte, seguía siendo doloroso caminar. Mis viejos zapatos habían acabado en la basura y sabía que no me daría ninguna pena no volver a verlos jamás. Al bajar a desayunar en chanclas, me encontré completamente solo en la mesa una vez más, y eso me dio tiempo para pensar.

La tarde anterior, cuando regresamos de Lucca, había dejado a Charlotte abajo y me había retirado a mi habitación con la excusa de que los pies me mataban. Aunque era absolutamente cierto —juraría que ya tenía ampollas sobre las ampollas—, sabía que también era un intento de frenar las cosas con ella, ya que seguía siendo un hombre casado. Que mi mujer estuviera comportándose de la misma manera seguía siendo la gran incógnita.

Después de dejar los pies en remojo en agua fría en el bidé —sí, ya sé que no es para eso, pero la necesidad manda— durante diez benditos minutos, me había metido en la cama y había descargado el libro más reciente de Sabrina Butterfly (alias Serena). Resultó ser una historia fascinante, con un aire melancólico y casi de otro mundo. Sí, había algo de sexo, pero, para mi ojo cada vez más experto en literatura erótica —al fin y al cabo, este era el tercero—, me pareció una lectura realmente buena. Relataba la espiral descendente e inexorable hacia la autodestrucción de una joven que solo buscaba amistad, y me descubrí proyectando el rostro agotado de la propia Serena sobre la imagen de la protagonista. Era inquietante lo bien que encajaba. Estaba claro que había mucho de Serena en ese libro, y acabé con mucha pena tanto por el personaje

como por la autora. Alguien capaz de escribir así no debería estar tan triste y me propuse decírselo en cuanto tuviera ocasión.

Después del desayuno bajé a la piscina para hacer algo de ejercicio y conseguí hacer treinta largos antes de dar la mañana por concluida y salir del agua. Me tumbé sintiéndome satisfecho, mirando las ramas de la enorme higuera que sobresalía sobre un extremo de la piscina, y lo único que oía era el zumbido incesante de las avispas, atiborrándose de la fruta madura. Era otra hermosa mañana toscana y, aparte del pequeño asunto de un asesinato sin resolver, me sentía en armonía con el mundo y en paz.

No duró.

Sonó un pitido en mi teléfono y me estiré para cogerlo. Era un correo electrónico de Helen. En los últimos meses solía comunicarse conmigo únicamente mediante mensajes de texto entrecortados, principalmente sobre facturas, así que un correo era una excepción. No era largo, pero su impacto fue demoledor.

> Dan, he encontrado a otra persona. Se llama Timothy y las cosas entre nosotros están yendo muy bien. Creo que ha llegado el momento de que tú y yo nos divorciemos. He hablado con un abogado y cree que deberíamos poner la casa en el mercado. Te sugiero que hables con David.
> Helen.

Corto y no precisamente dulce. David era mi abogado local de confianza. Lo conocía desde hacía años y a menudo jugábamos al tenis juntos. Copié y pegué el correo de Helen en un mensaje para él y añadí simplemente:

> Divorcio, entonces. Por favor, dime qué tengo que hacer ahora. Gracias.

Después de pulsar «Enviar», me tumbé de nuevo y contemplé lo que acababa de suceder: me iba a divorciar. Por supuesto, llevaba meses siendo bastante evidente que nos dirigíamos a ese punto, pero ahora me daba cuenta de que, en el fondo, había estado

esperando que no ocurriera. Pero había ocurrido. ¿Qué significaba esto para mí, para el resto de mi vida? Bueno, me dije, intentando ver el lado positivo, significaba que si las cosas avanzaban entre Charlotte y yo, ya no tendría por qué sentirme culpable. También significaba que, si decidía alquilarme un pequeño lugar por aquí y marcharme de Londres, ya no había nada que me lo impidiera. El lado negativo, por supuesto, era que ya no habría más Helen en mi vida y, después de treinta años, aquello se sentía extraño.

Aún tenía el teléfono en la mano, así que llamé a Tricia.

—Hola, cariño, soy yo.

—Hola, papá. ¿Estás bien?

Por su tono apagado era obvio que ya lo sabía. Intenté suavizar el golpe.

—Estoy bien, gracias. Ella te lo habrá dicho, seguro. Si es lo que le va a hacer feliz, entonces por mí está bien.

—Ay, papá… —Sonaba al borde de las lágrimas.

—No dejes que te afecte, cariño. —Por un momento casi me afectó a mí también, pero conseguí pasarlo—. Los dos sabemos que tu madre y yo llevamos meses dirigiéndonos a esto, aunque yo quizá no haya estado preparado para admitirlo. Al menos ahora todos tenemos algo de claridad. —Busqué desesperadamente algo un poco más alentador antes de que se me ocurriera lo de la Toscana—. ¿Qué te parecería saber que tienes una casa de vacaciones aquí en Italia siempre que quieras venir?

—¿Estás pensando en comprar una casa de vacaciones? —Al menos sonaba algo más animada.

—Comprar o alquilar. Para mí sería simplemente un hogar. ¿Cómo te sentirías si me mudara aquí? Me refiero de forma permanente. He estado mirando vuelos y puedo volar desde aquí a Birmingham más rápido y más barato que coger el tren desde Bromley. Vivir aquí sería muchísimo menos caro que en el Reino Unido y, la verdad, me gusta mucho estar aquí. —Vacilé, esperando una respuesta, y añadí con rapidez—. Pero solo lo haría si a ti no te importa. Sabes que eres lo más importante en mi vida.

—Ay, papá… —La oí sorber un poco, pero luego se recompuso—. Creo que suena como una idea estupenda. ¿Así que te lo estás

pasando bien allí?

—Sí, me lo estoy pasando bien. —Le conté cómo había sido mi día de ayer, aunque omití mencionar a mi acompañante. Ya habría tiempo para eso si alguna vez las cosas avanzaban entre Charlotte y yo. El pensamiento de las parejas, por supuesto, me hizo pensar de nuevo en Helen y no pude resistirme a preguntar—: ¿Conoces a ese tal Timothy? ¿Lo has visto?

—Él y mamá vinieron a Birmingham a comer ayer y lo conocí. Es alguien importante en una gran empresa financiera y aparecieron en un Jaguar nuevo y llamativo: lo habrías odiado. Es un tipo bastante majo, pero no eres tú, papá.

—Eso probablemente sea lo mejor, ya que está claro que no encajo con tu madre. Me alegro de que hicieran eso. Ha sido lo más maduro. Espero que les dieras tu bendición.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Como dices, si la hace feliz, la apoyaré. —Su voz sonaba un poco más firme ahora—. Y a ti también te apoyaré, papá. Te prometo que lo primero que haré, si consigues una casa allí, será ir a ayudarte a instalarte. ¿Qué tipo de sitio tienes en mente? ¿Un ático con vistas al Ponte Vecchio, quizá?

—Aparte de que lugares así deben de costar un ojo de la cara, me atrae más algo en el campo. —Mi idea original volvió a la cabeza y, al decirla en voz alta, ganó fuerza—. Y lo primero que voy a hacer es tener un perro.

Le conté entonces mi incipiente amistad con Oscar y, para cuando terminamos de hablar, su voz sonaba casi alegre otra vez.



A las doce y media conduje hasta la casa de Virgilio, en Scandicci. Vivía en el último adosado de una hilera moderna con vistas a un río turbio. Aunque era un barrio más bien soso a las afueras de Florencia, allí había un aire agradablemente campestre entre los juncos y los pinos redondos como piruletas, y el olor de la barbacoa resultaba de lo más acogedor. Estoy seguro de que a mi nuevo amigo labrador también le habría encantado. Seguí el olor y

encontré a Virgilio en el jardín trasero. Llevaba un delantal con el torso del increíble Hulk impreso y, cada vez que lo miraba, no veía más que una masa verde de pectorales y abdominales marcados. Siguió la dirección de mi mirada y se encogió de hombros, disculpándose.

—Humor de mi hijo. Ciao, Daniel, bienvenido.

La casa tenía unas puertas acristaladas plegables que, abiertas, dejaban la pared entera al aire. Virgilio se giró y gritó hacia dentro:

—Lina, ya está aquí. Ven a ver cómo es un autor inglés.

Apareció una mujer morena, de aspecto amable, secándose las manos con un paño, y salió a saludarme con un apretón de manos.

—Buenas tardes, soy Lina. Encantada de conocerte. —Señaló un asiento bajo el toldo—. Siéntate, por favor.

Tras estrecharle la mano, le entregué el ramo de flores que había comprado de camino a casa desde Lucca la víspera y dejé una botella de tinto de Montevolpone sobre el murete junto a la barbacoa.

—Este sitio es precioso.

Virgilio me dio una cerveza fría de una nevera portátil y brindamos. Como era de esperar, el brindis tenía que ver con el trabajo.

—Salud, Daniel. Por una resolución rápida de nuestro asesinato.

Miré de reojo a Lina y vi su expresión de resignación. Inevitablemente, esto me hizo pensar, otra vez, en Helen, y debió de reflejarse algo en mi cara porque Virgilio demostró, una vez más, que era un tipo muy observador.

—¿Qué te pasa, amigo mío? Tienes mala cara. ¿Ha pasado algo?

Durante todo el camino en coche me había estado repitiendo que debía guardarme para mí la bomba de esta mañana. Era uno de los pocos días libres de Virgilio y no necesitaba que yo se lo aguara. Pero, antes de que pudiera detenerme, ya les estaba contando la separación y el correo de hoy. Su reacción fue de una inmensa simpatía, y me resultó realmente conmovedora. Lina se acercó y me apretó el brazo.

—Probablemente sea lo mejor, Daniel. Así podrás empezar una nueva vida.

Su marido intervino:

—Lina tiene razón; míralo como un nuevo comienzo.

Hice todo lo posible por sonar positivo.

—La verdad es que es justo lo que estoy haciendo. Incluso estoy pensando en buscar un sitio pequeño por aquí, en el campo, y echar raíces en la Toscana.

Lina levantó la vista, interesada.

—¿Quieres decir mudarte aquí a vivir?

—Eso mismo. Me encanta este lugar.

Virgilio se apartó un momento del chuletón enorme que estaba asando y me dio una palmada afectuosa en la espalda antes de mirar a su mujer.

—¿Ves, Lina? Ya te dije que era un chico listo. Ha entendido que la Toscana es el mejor lugar del mundo. Bien hecho, Daniel.

—Gracias, Virgilio. Por cierto, llevaba tiempo queriendo decírtelo: llámame Dan. Todo el mundo lo hace.

—Dan, estoy deseando tenerte de vecino —dijo, volviendo a la barbacoa. Y mientras su mujer regresaba a la cocina, me habló por encima del hombro—. ¿Alguna novedad en lo que respecta al señor Jonah Moore?

Le conté mis conversaciones con Serena y Millicent y repetí mi corazonada de que el mayordomo —a pesar de que todo apuntara en su contra— no era nuestro asesino. Y parecía que Virgilio compartía mi impresión.

—Mi jefe está encima de mí para que lo detenga. Cree que, si lo traemos, lo encerramos y lo hacemos sudar, acabará cantándolo todo.

—Suena como mi antiguo superintendente. Era un firme partidario de encerrar a la gente, culpable o no. Pero la verdad es que yo tampoco creo que Antonio lo hiciera. Ya sé qué vas a decir: si no ha sido él, ¿entonces quién? Quizá haya sido alguien de fuera del grupo familiar, quizá del Reino Unido… —De pronto se me ocurrió una idea—. Cuando tus hombres registraron la villa, en particular la propia escena del crimen, ¿alguien revisó el archivador con las cartas que había sobre la mesa frente a la víctima?

No respondió enseguida: estaba rebobinando mentalmente, intentando acordarse. Por fin contestó:

—Para serte sincero, no lo sé. Yo desde luego no. Mi sargento, el que sabe buen inglés, está de vacaciones y no estoy seguro de hasta qué punto los otros pueden leer y entender el inglés. ¿Por qué…? —Se respondió antes de terminar la pregunta—. Claro, ¡las cartas anónimas! Puede que haya alguna pista ahí. —Se volvió hacia mí—. ¿La sala sigue precintada?

—Sí, esta mañana todavía estaba la cinta y los precintos intactos.

—Perfecto, entonces mañana por la mañana subiré y podremos echar un vistazo juntos, si tienes tiempo. No, tú tienes clases por la mañana, así que mejor más tarde. ¿Qué tal al final de la tarde? ¿Sobre las cinco? Puede esperar unas horas más. Maria creía que las cartas venían del Reino Unido, ¿no? Si pudiéramos comparar la letra con la de alguno de tus compañeros de curso, sería un gran avance. Y, más importante aún, esto me da un motivo perfectamente razonable para no detener al mayordomo todavía.

—Por cierto, ¿alguna novedad con Puppo, el del garaje?

—Nada concreto. Mi hombre, el que lo interrogó, dijo que estaba claro que detestaba a la víctima, pero afirma tener un testigo que puede asegurar que estuvo en el taller todo el día del asesinato, aunque no resultó del todo convincente. Lo comprobaremos, por supuesto, pero parece estar libre de sospecha.

—Bueno, había que intentarlo.

Lo observé darle la vuelta a la carne con mano experta. Jamás había visto un chuletón tan enorme: tenía el tamaño y el grosor de una Biblia del rey Jacobo. Un instante después levantó la vista y me dedicó una sonrisa.

—Paul tenía toda la razón.

—¿Paul? ¿Sobre qué?

—Me dijo que eras uno de los mejores detectives que había conocido nunca. Ya veo por qué.

No tenía ni idea de cómo responder a algo así, así que me limité a devolverle la sonrisa y a darle un buen trago a la cerveza.

La comida fue excepcional. Empezó con rebanadas del delicioso pan toscano sin sal al que me estaba volviendo adicto. Virgilio las

tostó a la parrilla, luego frotó cada una con ajo crudo y las empapó en aceite de oliva de una botella sin etiqueta. El aceite en sí era espeso y verde, con el aspecto del líquido que se esperaría ver salir de un motor viejo, pero su sabor era maravilloso: tan intenso que hacía cosquillas en la garganta. Untó en otras rebanadas unos tomates picados bañados en aceite y nos servimos lonchas finas de jamón curado, recién cortado de una pata colocada en su soporte metálico. Lina me contó que así se conservaba durante semanas sin necesidad de frigorífico, bastaba con ir cortando unas lonchas de vez en cuando, y yo dije de inmediato que, si de verdad acababa viviendo aquí, lo primero que iba a comprar sería mi propio soporte para jamón. No se ven muchos en Bromley.

Antes de la carne tomamos *pappardelle* alla lepre*,* y resultó que Lina había preparado no solo la salsa oscura y con sabor a caza, sino también las anchas tiras de pasta fresca. Cuando llegó la carne, acompañada de brochetas de verduras a la parrilla —rodajas de berenjena, pimientos rojos, calabacines, cebollas y tomates cherry—, me preocupó seriamente tener que desabrocharme el cinturón, pero estaba todo demasiado bueno como para renunciar. Virgilio cortó el chuletón en vertical y lo sirvió espolvoreado con un puñado de hojas de rúcula, lascas de parmesano y más de ese aceite maravilloso. Aquella bistecca alla fiorentina era, sin sombra de duda, la mejor carne que había probado en mi vida, y así se lo dije. Acompañada por otra botella sin etiqueta —esta vez de un excelente vino tinto elaborado por «un hombrecillo de la colina»—, la comida era digna de un rey.

Tras un helado cremoso de vainilla mezclado con trocitos de merengue y una macedonia de nectarinas y melocotones de pulpa blanca, tenía la sensación de que no iba a querer comer nada en una semana. Había sido otra comida toscana inolvidable. Mientras nos sentábamos a la sombra y sorbíamos los cafés, me di cuenta de que por un momento casi me había olvidado de Helen. Me pregunté cuánto duraría. Virgilio me ofreció un vaso de grappa de, sí, en efecto, otra botella sin etiqueta, pero pensé que lo sensato era rechazarlo. Al fin y al cabo, tenía que conducir, y, aunque había tomado el vino con calma, habría sido como mínimo embarazoso

que un antiguo inspector de policía que acababa de comer con otro inspector fuese detenido por conducir bajo los efectos del alcohol.

Pasamos una tarde perezosa charlando sobre la vida en general y descubrí que compartíamos un interés: el tenis. Me dijo que me invitaría a su club para echar un partido durante la semana si conseguía escaparse, pero le pedí que lo dejara para finales de semana porque las ampollas me seguían doliendo, y le conté la escena en la piscina del primer día, cuando el perro me había empujado al agua. Cuando Lina terminó de reír, salió corriendo y volvió con un tubo de crema que, según me aseguró, me dejaría como nuevo. Como pareja no podían haber sido más hospitalarios y me dio verdadera pena despedirme de ellos y emprender el camino de vuelta a la villa.

Lo primero que hice al llegar fue quitarme los zapatos y embadurnarme los pies doloridos con la pomada. La misteriosa crema funcionó de maravilla y en cuestión de minutos el dolor casi había desaparecido. Después de acostarme tarde anoche leyendo el libro de Serena y después del banquete de hoy, me tumbé en la cama —con los pies descalzos asomando por el borde— y me dormí en cuestión de minutos. Cuando desperté, el reloj me indicó que eran más de las seis. Había estado dormido más de una hora. Me dirigía al baño para un pis urgentísimo cuando llamaron a la puerta. Era Charlotte.

—Has estado echando la siesta, ¿verdad? —Su tono era acusador, pero sonreía—. Hueles a ajo, pero no me importa. ¿Alguien ha tenido una comida abundante?

—Alguien ha tenido una comida enorme. Y excelente.

—¿Puedo pasar?

Me hice a un lado y entró. Llevaba otra vez esa falda corta y, cuando se sentó en el borde de la cama, de pronto se convirtió en una falda muy corta. Procuré sonar despreocupado aunque las ganas de orinar se volvían cada vez más apremiantes. La culpa era, sin duda, de toda la cerveza, el vino y el agua mineral del almuerzo. Hice lo posible por mantener la conversación.

—Espero que hayas pasado una buena tarde.

—Ha estado bien, gracias. No he hecho gran cosa. Me estaba aburriendo, así que he pensado en venir a verte. —Se recostó y echó un vistazo a la habitación con una sonrisa suave en los labios. Durante un segundo o dos me pareció incluso reconocer aquella expresión. Si no hubiera estado en mitad de una investigación por asesinato, quizá me habría preguntado si significaba algún interés por su parte, aunque no lograba entender por qué podría interesarle un expolicía de mediana edad con el pelo encanecido. Sin embargo, cualquier conjetura adicional quedó descartada cuando mi cuerpo me recordó, con mayor urgencia aún, que necesitaba ir al baño pero ya. Me quedé allí de pie, intentando no retorcerme.

—Eh…, ¿querías algo en particular? —me costó incluso articular las palabras.

Ella se limitó a sonreír y a recostarse un poco más.

—Nada especial. ¿Hay algo que quieras tú? —Esa media sonrisa seguía ahí.

Sí, claro que había algo que quería: orinar. Pero difícilmente podía decírselo. En su lugar, me escudé en un supuesto desconcierto:

—Un poco de tiempo para pensar, si te soy sincero. Hoy he recibido un correo de mi mujer y tengo la cabeza como un bombo. —Por no hablar de la vejiga.

Una expresión de comprensión, y quizá también de pesar, cruzó por su rostro. Se puso de pie, alisándose la falda sobre los muslos.

—Lo siento. He elegido un mal momento.

Se encaminó hacia la puerta, pero se volvió al llegar.

—¿Qué ha dicho el inspector? ¿Está más cerca de resolver el misterio?

—Puede ser. Parece que quizá haya encontrado una nueva pista. De hecho, mañana volverá por aquí.

—Parece interesante —dijo ella—. ¿De verdad? ¿Qué clase de pista es o no te está permitido contármelo?

No, no me estaba permitido contárselo, pero no tenía sentido hacer ver que desconfiaba de una mujer que, por lo que yo sabía, quizá había venido incluso con intención de lanzarse a mis brazos. Una vez más, recurrí a una pequeña mentira piadosa.

—No lo dijo. Crucemos los dedos para que funcione.

Pareció decepcionada, pero después se encogió de hombros con resignación.

—Crucemos los dedos, sí. Da yuyu vivir en una casa donde casi con toda seguridad hay un asesino. —Su expresión se iluminó—. Si me asusto por la noche, ya sé adónde puedo venir, ¿verdad?

No respondí y me limité a devolverle una sonrisa bobalicona mientras se daba la vuelta y salía. En cuanto la puerta se cerró tras ella, eché a correr hacia el baño, diciéndome que esa era la única razón por la que la había despedido… aunque sabía que no era así. Sí, necesitaba ir al servicio, pero había algo más. Helen quizá se hubiera olvidado de mí, pero ¿lo había hecho yo de ella?



Cuando llegó la hora de la cena, me sorprendió descubrir que realmente tenía hambre otra vez, a pesar del enorme almuerzo que había devorado unas horas antes. Me senté a la mesa y, a un lado, se acomodó Mikey/Martin; enfrente estaban Rachel y Will, de la DEA. La conversación derivó hacia el hockey*,* y tanto Will como Mikey se animaron. Tardé unos minutos en darme cuenta de que lo que ellos llamaban hockey era lo que yo llamaría hockey sobre hielo y que, por lo que decían, su deporte parecía consistir en muchos hombres enormes y desdentados dándose de puñetazos. Tricia jugaba al *hockey* —el de hierba— en el colegio y, que yo supiera, nunca había pegado a nadie y conservaba toda su dentadura. Estaba dándole vueltas a esta diferencia fundamental entre el comportamiento a ambos lados del Atlántico cuando la profesora Diana se deslizó en el asiento libre a mi derecha.

—Hola, Dan, ¿has tenido un buen fin de semana? —Sonaba alegre, y esta noche el acento caribeño era más marcado que nunca.

—Ha sido estupendo, gracias. No podría haber sido mejor —aparte de aquel correo… Durante un par de segundos me crucé con la mirada de Charlotte, que estaba algo más allá al otro lado de la mesa, y ella me guiñó un ojo, pero apresuradamente volví a centrarme en Diana—. ¿Y tú? ¿Has sido turista o estudiante?

—Un poco de ambas cosas. Ayer volví a Florencia con Gavin y Emily, pero hoy he estado escribiendo.

A continuación se puso a describir para toda la mesa la escena de orgía que había estado elaborando, y me di cuenta de que ya era capaz de escuchar su descripción gráfica de actos sexuales casi sin inmutarme, aunque sí que reaccioné cuando empezó a hablar del emperador y la oveja. Por suerte, para entonces Agatha y Elaine se habían sumado a la conversación y pude volver a prestar atención a los estadounidenses. El *hockey* había sido sustituido por la historia italiana como tema de charla y me resultó más fácil participar.

Antonio y Annarosa aparecieron con bandejas de antipasti*,* pero me limité a un par de rodajas de aromático melón de pulpa anaranjada. Después tomé una ración muy pequeña de risotto con setas *porcini* —supuestamente recogidas en los bosques cercanos—, que estaba excelente. Solo acepté un par de cucharadas del guiso de pollo que vino después, pero, cuando me resultó imposible negarme a una porción de tiramisú, supe que necesitaba salir a caminar antes de estallar. Tras desear buenas noches a mis compañeros de curso, me dirigí a la cocina en busca de mi compañero de paseo de cuatro patas. Llevaba las zapatillas de deporte y la pomada mágica de Lina había obrado maravillas; apenas notaba una ligera sensibilidad en los pies, así que confiaba en que un pequeño paseo no me haría demasiado daño.

Encontré a Antonio en la cocina, abatido, mientras él y Annarosa fregaban los platos. Estaba claro que su fin de semana había sido de todo menos agradable, pero, por el momento, lo único que podía hacer era sonreír y decir «Buona sera*».* Si aparecían las cartas anónimas y lográbamos identificar un origen británico, aquello podría quitar presión al mayordomo, pero aún no podía decirle nada.

El perro me recibió con entusiasmo y echamos a andar en la frescura de la noche. El cielo estaba nublado y me pregunté si aquello significaba que nos esperaba más lluvia. La lluvia de la otra noche había desaparecido en el suelo como si nunca hubiera caído, y las hojas resecas bajo mis pies volvían a crujir. Seguimos mi ruta de carrera matutina cuesta arriba entre viñas y olivos y, aunque no había luz de estrellas, la grava pálida del camino me permitía

orientarme con facilidad hacia el mirador de la cima. Oscar trotaba a mi lado y aquello me recordó lo que había dicho a Tricia por la mañana: necesitaba hacerme con un perro. Era estupendo tener un compañero, sobre todo uno que solo necesitaba comida, un techo y paseos frecuentes para quererte. Con un perro no había riesgo de divorcio.

Como era de esperar, pensar en el divorcio me devolvió a la realidad de golpe. Seguía dándole vueltas al asunto cuando coronamos la loma y apareció ante nosotros un panorama de colinas sombrías. Las colinas estaban salpicadas de diminutos puntos de luz que delataban otras villas y granjas, y al fondo brillaba el resplandor anaranjado de Florencia. Me senté sobre los restos de un muro de piedra seca derrumbado y contemplé las vistas. Y, junto con las vistas, contemplé mi futuro. El perro se acercó, se dejó caer a mi lado con un golpe sordo y apoyó la cabeza en mi rodilla. Le acaricié las orejas y dejé vagar la mente.

Estaba a punto de divorciarme. La realidad de la situación, por fin, había calado del todo.

David era un buen abogado y un buen amigo, así que sabía que podía confiar en él para hacer las cosas bien. La venta de la casa debería generar una buena cantidad de capital —habíamos terminado de pagar la hipoteca justo el año pasado— y suponía que Helen recibiría la mitad. Sin duda también le correspondería una parte de mi pensión, lo que me dejaría con ingresos limitados. Sobre esa base, y recordando los precios de las viviendas que había visto ayer en San Miniato, mudarme a la Toscana probablemente tendría mucho sentido desde el punto de vista financiero. Claro que eso significaría abrir una cuenta bancaria y, seguramente, obtener algún tipo de permiso de residencia, pero incluso después del Brexit no debería ser imposible, sobre todo ahora que tenía un buen amigo que era un pez gordo en la Policía local. Todo el mundo me había dicho que aquí las recomendaciones personales seguían teniendo mucho peso, así que esperaba que Virgilio pudiera echarme una mano llegado el caso.

La siguiente pregunta era si alquilar o comprar. Quizá lo mejor sería alquilar al principio. De ese modo, si me cansaba de la idea,

me resultaría más fácil hacer las maletas y marcharme. Virgilio me había contado que esta parte de Italia podía ser fría y lluviosa en los meses de invierno y yo nunca había vivido en el campo durante un periodo prolongado. Existía la posibilidad de que lo encontrara menos atractivo cuando los días empezaran a acortarse y el tiempo se volviera desagradable, así que tenía sentido no adquirir nada demasiado permanente hasta haber pasado un invierno aquí. No había terminado de pensar esto cuando una gota de lluvia cayó sobre mí. Luego otra, y otra más, y enseguida estaba lloviendo a cántaros, así que me levanté de un salto y regresé a toda prisa. Al menos, me consolé, ahora sabía que mi móvil era impermeable y llevaba las zapatillas de deporte, no mis zapatos nuevos.

Cuando regresamos a la villa, Oscar y yo estábamos empapados. También hacía bastante más fresco, aunque yo no tenía nada de frío. De hecho, resultaba vivificante y decidí no entrar todavía. Me dirigí a los escalones situados sobre el césped de cróquet y me senté allí, disfrutando de la lluvia resbalándome por la cara y del sonido del agua corriendo a mi alrededor mientras discurrían pequeños arroyuelos improvisados y formaban charcos. El perro parecía sentir lo mismo que yo y enseguida estaba revolcándose boca arriba en un charco, resoplando para sí y gruñendo de felicidad, con las cuatro enormes patas agitándose en el aire y la cola levantando olas en el agua.

Pensé que, si Helen pudiera verme ahora, estaría horrorizada… aunque no sorprendida. Para ella, esto sería otra muestra más de que no había conseguido madurar. A menudo me acusaba de comportarme como un crío —¿y qué pasa por lanzar piedras sobre un lago, darle patadas a un balón o reírse con sitcoms absurdas?, ¿quién no lo hace?— y esto habría confirmado sus palabras. Pero… ¿y qué? Por primera vez, me descubrí asimilando de verdad lo que me había ocurrido. Como Virgilio y Lina habían dicho, se me había brindado la oportunidad de empezar de nuevo, vivir la vida a mi manera, y eso era exactamente lo que pensaba hacer. Miré hacia el perro, que había abandonado ya el charco y ahora estaba sentado a mi lado, apoyado contra mi pierna.

—Un nuevo comienzo, Oscar, ¿a que suena bien?

Al oír su nombre levantó la cabeza y me lamió la mano. Lo tomé como un sí.

«Nota para mí mismo: tengo que hacerme con un perro».

Capítulo 10

Segunda semana – lunes

La primera sesión del lunes por la mañana trató sobre las decisiones fundamentales que debe tomar un autor antes de empezar una novela. Cosas como si escribir en primera persona —veo, pienso, espero—, o desde la perspectiva de un solo personaje —ella comió, bebió, se marchó—, o como un autor «omnisciente» que ve lo que ocurre a puerta cerrada y lee la mente de los personajes. Yo ya había decidido usar esta última opción, pero al escuchar a los demás empecé a preguntarme si de verdad era el enfoque adecuado. No cabía duda: incluso dejando de lado la parte erótica, el curso ofrecía muchas cosas interesantes y, a mi pesar, tenía que admitir que mis antiguos colegas habían acertado. Me propuse enviarles una postal para darles las gracias. Tricia habría estado orgullosa de mí.

Tras la pausa del café a media mañana, Millicent anunció que iba a dirigir un debate sobre la mejor manera de escribir acerca de «estimular las partes más sensuales del cuerpo» y decidí borrarme. Si se hubiera tratado de partes sensibles, quizá habría tenido que mencionar mis pies —aunque hoy estaban mucho mejor—, pero la idea de sentarme en una sala con un grupo de señoras a hablar de estimulación sexual me hizo recular a toda velocidad. Los demás volvieron al interior y me quedé solo con Mikey/Martin en la terraza. Se acercó y se apoyó en la balaustrada a mi lado.

—Me alegro de haberte pillado solo, Dan. Necesito hablar contigo. Me caes bien. Eres un buen tipo, y no querría que te pasara nada.

Le miré con más atención. ¿Era aquello una amenaza velada?

—Me alegra oír eso, Martin. A mí también me caes bien, pero ¿qué clase de «nada» no quieres que me pase?

Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie nos oía.

—Resulta que hace media hora estaba aquí fuera, esperando a que Jen saliera de clase, y estaba observando a Antonio, el

mayordomo. Estaba poniendo los cafés y los tés, y no pude evitar fijarme en una cosa. Cuando pasó cerca de donde yo estaba, era imposible no ver que, o bien estaba muy contento de verme, o bien llevaba una pistola en el bolsillo. —Me miró y alzó las manos, como si quisiera dejar claro que era inocente en tales asuntos—. Quiero decir, quién sabe, igual tiene un móvil con una forma rara o un par de rollos de monedas en el bolsillo, pero para un ojo no entrenado me pareció claramente la forma de un arma. No es que yo tenga mucha experiencia en esas cosas.

Teniendo en cuenta lo que me habían contado los dos agentes de la DEA, era bastante probable que Mikey hubiera escrito el manual sobre armas ocultas, pero sus palabras me hicieron pensar. Tanto Antonio como Maria habían indicado que Jonah casi seguro tenía una pistola. ¿Podría habérsela agenciado el mayordomo? Y, de ser así, ¿por qué? ¿Estaría planeando matar a alguien? ¿A quién?

Quizá había oído que el inspector venía esta tarde y temía que aquello significara su detención. ¿Planeaba abrirse paso a tiros? Conociendo a Antonio, aquello parecía poco probable. No: cuanto más lo pensaba, más me inclinaba a creer que la única persona a la que podría querer matar sería a sí mismo; ya fuera para evitar ser condenado por un crimen que había cometido o para ahorrarse la angustia de ser encarcelado por un crimen que no había cometido.

Fuera como fuese, tenía que averiguar qué llevaba en el bolsillo y, si realmente era un arma, quitársela cuanto antes.

—Eso es muy amable por tu parte, Martin. Gracias. Creo que voy a ir a charlar un momento con Antonio. Como dices, quizá no sea nada, pero no está de más comprobarlo.

—Cuídate, ¿eh?

Me dio un puñetazo de ánimo en el hombro que me hizo tambalearme hacia atrás. Una cosa estaba clara: no me gustaría recibir un puñetazo serio de este tipo.

Encontré a Antonio en la cocina, tomando una taza de café en la mesa. En cuanto entré, tanto él como el labrador se pusieron de pie de un salto, pero le hice un gesto para que volviera a sentarse y me senté yo también, mientras intentaba impedir que el perro se me subiera al regazo. Antonio me miró con gesto interrogante.

—¿Otro café, quizá? ¿O un té?

Negué con la cabeza y me tomé unos segundos para pensar. Tenía que decidir cómo manejar aquello. En estos casos, la discreción era sin duda la mejor parte del valor. Solo una vez en mi carrera había tenido que convencer a un hombre armado de que bajara el arma, y la imagen de aquellos dos enormes cañones de escopeta —como la boca del metro— apuntándome directamente todavía volvía a atormentarme de vez en cuando. Aunque en este caso me parecía muy poco probable, no me apetecía demasiado que me pegaran un tiro, así que decidí abordar el asunto de forma indirecta.

—¿Cómo lo llevas, Antonio? He pensado venir a ver cómo estabas.

Dejó la taza en el platillo y comenzó de nuevo con su característico retorcerse las manos.

—Si de verdad quiere saberlo, creo que estoy a punto de perder la cabeza.

No era precisamente lo que uno quiere oír de un hombre que podría estar llevando un arma encima, así que intenté calmarlo.

—No tienes por qué preocuparte. Estuve hablando con el inspector ayer y ninguno de los dos creemos que fueras tú.

Él levantó la vista con verdadero interés.

—¿De verdad? Si es así, ¿significa eso que tienen a un sospechoso?

Había empezado a mostrarse mucho más animado y decidí que casi había llegado el momento de sacar el tema del arma.

—No estoy seguro respecto a otros sospechosos, pero eso es lo que dijo sobre ti. —Miré su taza de café—. Ahora que lo pienso, me vendría bien un espresso, si no te importa.

—Por supuesto, tardará un minuto.

Saltó de la silla y, al hacerlo, algo pesado chocó contra la mesa produciendo un clac metálico. Ahora estaba de lado frente a mí, junto a la cafetera, y me di cuenta de que Mikey tenía razón. Había definitivamente algo en el bolsillo de Antonio y, desde allí, también tenía que admitir que parecía un arma. Alargué la mano y cogí su pesado álbum de sellos. No ofrecería mucha protección contra una

bala, pero si se lo arrojaba con suficiente fuerza quizá me diera tiempo a alcanzar la puerta en caso de que se le ocurriera utilizar el arma.

La cafetera dejó de hacer ruido de repente y él se giró hacia mí con la tacita humeante en la mano derecha. Con suerte, esto dificultaría que intentara lanzarse a por la pistola. Tomé una larga y calmada inspiración antes de hablar.

—¿No crees que deberías darme el arma, Antonio?

El silencio se volvió absoluto de inmediato. Se quedó inmóvil y me miró con los ojos desorbitados. Me incliné hacia delante, apoyando los codos en la mesa, listo para impulsarme y salir corriendo si perdía la cabeza, pero entonces él simplemente suspiró.

—No es lo que piensa, señor.

Sonaba derrotado, aunque el arma seguía en su bolsillo.

—Creo que sé para qué la quieres, Antonio, y los dos sabemos que sería una locura. Hazme caso: el inspector está siguiendo una nueva pista. Viene esta tarde expresamente para comprobar algo. Y no tiene nada que ver contigo. No tienes por qué tener miedo. —Extendí la mano, con la palma hacia arriba—. Dame la pistola, por favor.

Se inclinó ligeramente por la cintura y dejó mi café con cuidado delante de mí, incluso girando el platillo con formalidad para que el asa quedara orientada hacia mí. Luego, muy despacio, llevó la mano derecha al bolsillo del pantalón y sacó el arma. Mis músculos se tensaron aún más, pero él simplemente la depositó junto a la taza y volvió a sentarse. Volví a respirar. Murmuró unas palabras a modo de explicación.

—No habría podido vivir con la vergüenza. Sé que soy inocente, pero ya han condenado antes a hombres inocentes y sé qué efecto tendría en mí y en mi familia. El señor Jonah guardaba este cacharro. —Lanzó una mirada desdeñosa al arma, que seguía allí sobre la mesa—. Lo tenía en la mesilla de noche, a un metro o dos de la signora. Estaba cargada, ¿sabe?, y no tiene seguro. —Levantó la vista hacia mí—. Piénselo: la signora podría haber metido la mano en el cajón para coger cualquier cosa y haberse disparado sin

querer. Es una locura. Llévesela, por favor. Solo de mirarla me entran escalofríos.

Dejé el álbum de sellos a un lado y cogí el arma. Odio las pistolas y entendía perfectamente cómo se sentía él al rozar aquel metal negro y pulido. La reconocí enseguida: era una Glock 19 —habíamos entrenado con ese modelo— y parecía recién salida de fábrica. Me pregunté si alguna vez habría sido disparada.

Localicé el botón de liberación en el lateral y expulsé el cargador. Estaba lleno. Quince balas, si mal no recordaba. Jonah debía de estar absolutamente aterrorizado de algo o de alguien para tener semejante cosa al lado de la cama.

Deslicé el cargador en un bolsillo y la pistola en otro y cogí mi espresso*,* pensando que un brandi o una *grappa* habrían tenido mucho más sentido en aquel momento. Sorbí el café caliente y noté cómo el ritmo del corazón bajaba de «infarto inminente» a «rapidez demencial», y luego empezaba a ralentizarse aún más. Me alegré mucho de no tener que hacer algo así todos los días.

Nos sentamos allí un buen rato, charlando mientras los dos nos tranquilizábamos. Podía ver claramente que Antonio estaba aliviado, tanto por lo que le había dicho como por haberse deshecho del arma. Conseguí que hablara de su colección de sellos y descubrí que la palabra técnica para su afición es filatelia*.* Me inquietó lo parecida que sonaba a algunas de las prácticas que había estado leyendo en las últimas noches, pero preferí no comentárselo. Le pregunté dónde vivía y se mostró sorprendido de que no lo supiera ya.

—Ahí fuera —señaló hacia la puerta trasera—, mi apartamento está encima de las antiguas caballerizas.

—¿Y Annarosa, la cocinera?

—Vive en el pueblo con su marido.

—¿Y lleva aquí tanto tiempo como tú?

—Más. Casi cuarenta años, creo. —Alzó la vista con una expresión de preocupación—. ¿Por qué lo preguntas? No pensarás que Annarosa mató al señor Jonah, ¿verdad? Ella nunca…

Me apresuré a tranquilizarlo:

—No, solo tenía curiosidad. Y no te preocupes, estoy seguro de que ninguno de los dos tuvo nada que ver.

Apuré mi café y miré al perro, que se había tumbado a mis pies.

—Me pregunto qué va a pasar con Oscar ahora que su amo ha muerto. Maria me dijo que es alérgica al pelo de perro.

—Es una pena. Imagino que intentará buscarle un buen hogar. Yo me lo quedaría, pero como paso casi todo el tiempo aquí dentro, tendría que dejarlo solo o traerlo conmigo, y entonces ella no podría entrar en su propia cocina.

—¿Un buen hogar? —Se me ocurrió de pronto una idea—. Estoy pensando seriamente en instalarme por aquí. Si encuentro un sitio adecuado para alquilar, quizá le pregunte a Maria si puedo quedármelo. Es un perro encantador.

—Estoy seguro de que a ella le encantaría, y sé que a él también. Le ha cogido mucho cariño, signor.

—Es Dan, Antonio, no signor. ¿De acuerdo?

—Sí, signor… signor Dan.

Estuve a punto de corregirlo otra vez, pero decidí dejarlo para otro día. Ya habíamos tenido suficiente tensión por la mañana. En lugar de eso, me levanté.

—Y ahora, si no te importa, voy a llevarme a Oscar a dar un paseo.

Antonio se puso en pie de un salto y me tendió la mano.

—Gracias, signor Dan. Le estoy muy agradecido.

—No hay de qué. Voy a deshacerme de esto y vuelvo enseguida.

Dejando al labrador allí unos minutos, subí corriendo a mi habitación, entré en el cuarto de baño y me eché varias veces agua fría a la cara mientras intentaba calmarme del todo. Si Helen hubiera sabido lo que acababa de hacer, habría estado horrorizada. Por un momento, le dediqué un pensamiento compasivo. No debía de ser fácil estar casada con alguien que tenía un trabajo como el mío. Aunque no era tan peligroso como ser policía en Estados Unidos, donde tanta gente va armada, no había forma de negar que el trabajo policial, en cualquier lugar, implicaba un elemento inevitable de riesgo. Pensé en ella con afecto una vez más, pero, por desgracia, ya era demasiado tarde para lamentaciones.

Escondí la pistola entre la ropa sucia y solté el cargador dentro de la cisterna del retrete antes de recuperar mis zapatillas de la repisa

de la ventana, donde se estaban secando al sol. Aunque aún estaban algo húmedas por dentro, eran soportables, así que me las calcé y volví a la cocina para recoger al perro, que, como era de esperar, se mostró encantado con la perspectiva del paseo.

Al rodear la casa, Oscar y yo pasamos junto a la terraza y vi que Mikey/Martin seguía allí. Lo llamé para captar su atención y le hice un gesto de aprobación con el pulgar.

—Gracias otra vez, Martin. Te debo una.

—De nada. Solo quería ayudar. Disfruta del paseo.

Teniendo en cuenta su reputación, no podía haber sido más amable, y no cabía duda de que había ayudado a evitar una situación potencialmente letal. No pude evitar preguntarme si los gemelos Kray habrían sido igual de serviciales.



Tras un paseo agradable con el perro, lo devolví a la cocina y encontré allí a Maria, hablando con Annarosa. Del horno llegaba un olor maravilloso —algo rico y especiado— y me di cuenta con tristeza de que, a pesar de toda la comida que había ingerido ayer, tenía hambre otra vez. El cuerpo humano es asombroso.

—Ciao, Dan. ¿Habéis dado un buen paseo?

Maria hacía todo lo posible por sonar alegre, pero podía ver el esfuerzo que le costaba. Suponiendo que fuera inocente —y cada vez estaba más convencido de ello—, debía de resultarle insoportable vivir en una casa donde sabía que uno de los otros residentes había matado a su marido.

—Oscar y yo hemos dado un paseo estupendo, gracias. Quería preguntarte algo. Estoy pensando seriamente en buscar algún sitio para alquilar o comprar por aquí, con la idea de instalarme en la Toscana. He estado hablando con Antonio y me preguntaba si, por casualidad, estarías pensando en buscarle un buen hogar a Oscar. Estaría encantado de quedármelo. Te pagaría, por supuesto…

Una expresión de alivio se extendió por su rostro.

—Es una idea maravillosa, pero no hace falta que me pagues nada. He estado dándole vueltas a qué hacer con Oscar. Es un perro tan dulce, y la idea de que acabe siendo infeliz es demasiado horrible, así que si te apetece quedártelo, estaría encantada. He visto lo mucho que te quiere y lo feliz que está cuando sale contigo a pasear. Me encanta que estés pensando en establecerte aquí. ¿Has encontrado ya algún sitio?

—Aún no, la verdad es que tomé la decisión ayer —le dije, y le hice un breve resumen de cómo estaban ahora las cosas entre Helen y yo.

Ella extendió una mano y me dio un apretón de simpatía en el brazo.

—Lo siento mucho, Dan. Date tiempo. Lo superarás. —Consiguió esbozar una pequeña sonrisa—. Si quieres, puedo preguntar por ahí a ver si alguien conoce alguna casa de alquiler en la zona.

—Te lo agradecería muchísimo. Gracias.

Aquella tarde decidí no hacer absolutamente nada, y el mejor lugar para hacerlo en un día glorioso y soleado era la piscina. Cuando llegué, vi que otros habían tenido la misma idea. Gavin y su novia, Emily, estaban tumbados en unas hamacas y, por el inconfundible sonido de los ronquidos que venían de Gavin, había hecho justo lo que me había dicho que hacía tan bien: quedarse dormido. Dejé mis cosas en una hamaca algo más apartada y me zambullí agradecido en el agua. Tras un baño maravilloso y refrescante, salí y me acomodé sobre la toalla para secarme al sol.

Una sombra se proyectó sobre mí y abrí un ojo. Era Emily.

—¿Qué tal el baño, Dan? —Estaba de pie entre el sol y yo, así que no conseguía distinguir bien sus rasgos.

—Justo lo que necesitaba. ¿Qué tal vosotros? ¿Todo bien?

Vaciló y luego se sentó en la hamaca de al lado. Ahora podía verla mejor, y en su rostro había una expresión preocupada.

—Estamos bien, gracias, solo intentando sobrellevar tanta incertidumbre. ¿Van a detener a alguien pronto? —Entonces bajó la voz—: Gav y yo creemos que ha podido ser la horrible hermana de Jonah. Es una bruja.

—¿Qué te hace pensar eso? Que sea un poco brusca no la convierte en una asesina.

—¿Brusca? Menuda salvaje está hecha. La oí discutir con Jonah la primera noche, y estoy segurísima de que la oí amenazarle.

Teniendo en cuenta que Jonah medía lo mismo que yo y que Millicent era poco más grande que un duende, había un límite a lo intimidante que podía resultar; aun así, me interesó.

—¿Qué le dijo? ¿Te acuerdas?

—Le llamó cerdo vago y dijo que esperaba que le pasara algo malo.

—Eso no es exactamente una amenaza.

—Sí, pero luego la oí claramente decir: «O lo haré yo misma». Eso es una amenaza, ¿no?

—Sí, supongo que sí. ¿Tienes idea de por qué discutían?

—Por dinero, creo. Ella no paraba de repetir que Serena y ella tenían que hacerlo todo mientras él se sentaba allí pavoneándose. Esa fue la palabra que usó: «pavoneándose».

—¿Y dónde estaban cuando oíste eso?

—En el comedor.

—¿Y tú dónde estabas? No irían a discutir delante de ti.

Por primera vez pareció un poco titubeante.

—Gav y yo estábamos fuera, en el pasillo —vaciló—. Nos habíamos parado a darnos un achuchón, la verdad. En fin, ¿crees que pudo ser ella?

—La verdad es que no lo sé. —No tenía sentido dejar que pensara que estaba demasiado implicado—. El inspector viene esta tarde a echar otro vistazo. Cuando lo vea, le contaré lo que me has dicho.

—¿Echar otro vistazo? ¿Crees que eso significa que ha encontrado algo?

—De nuevo, no lo sé. Ha mencionado una nueva pista.

Nuestra conversación se vio interrumpida por una voz somnolienta un poco más allá.

—Hola, Dan. Perdona, Em, lo he vuelto a hacer. Siempre me quedo dormido. Tendrías que haberme dado una patada.

—Necesitas tu sueño reparador, cariño. Además, estaba teniendo una charla muy agradable con Dan. Me ha dicho que el inspector

vuelve más tarde.

—Bueno, esperemos que sea para anunciar que ha resuelto el caso y que va a detener al asesino. Da escalofríos pensar que hay un asesino entre nosotros.

Pocos minutos después recogieron sus cosas y regresaron a su habitación, posiblemente para otro «achuchón». Me recosté y me relajé, y no pude evitar pensar que un achuchón no me habría venido nada mal.

Virgilio no apareció hasta casi las seis y llegó con aspecto de estar pidiendo disculpas.

—Lo siento, Dan, he estado desbordado hoy. Un desgraciado ha decidido matar a su mujer a martillazos porque pensaba que se acostaba con el vecino. Resulta que estaba ayudando a la hija del vecino con los deberes. A veces me siento en mitad de una tragedia griega, con el sexo y los celos como motivaciones principales de algunas personas.

En todo el trayecto por el pasillo hasta el comedor fui dándole vueltas a la posibilidad de que el asesinato de Jonah también hubiese sido un crimen pasional. ¿Lo habría matado su mujer por sus infidelidades? ¿Una amante despechada por ser abandonada? ¿Un marido celoso buscando venganza por haber sido cornudo? Las posibilidades eran infinitas, pero apenas tuve tiempo para seguir especulando porque, al llegar a la puerta del comedor, nos llevamos un sobresalto. La cinta de plástico que cruzaba la entrada seguía ahí, pero los precintos adhesivos habían sido cortados con precisión. Alguien había entrado. Miré a Virgilio.

—He venido a comprobarlo esta mañana, como hago todos los días, y los precintos estaban intactos. Alguien ha entrado después.

Me pasó unos guantes y, mientras me los ponía, abrió la puerta y entramos esquivando la cinta. La estancia estaba exactamente como la recordaba, salvo porque la copa de vino y la botella habían sido llevadas al laboratorio, y había manchas oscuras alrededor de las ventanas donde había trabajado la científica buscando huellas. Por lo demás, todo igual: incluso las pocas gotas de sangre seca en el suelo junto a la silla de Jonah y la carpeta de cartas delante de ella. Los dos nos dirigimos hacia las cartas y Virgilio me cedió el paso.

—Adelante. Tú eres quien lee inglés.

Abrí la carpeta y estaba a punto de empezar a hojear los folios cuando vi algo de inmediato y me giré hacia Virgilio.

—Me da que no vamos a encontrar nada interesante. La carta que estaba arriba ya no está.

—¿Era importante? ¿Crees que alguien ha entrado aquí para llevársela?

—Eso es lo que no entiendo. Era una carta de una admiradora, llena de elogios. No recuerdo el nombre al final, pero la dirección era Swansea, estoy seguro.

Empecé a pasar las páginas y apenas había hojeado media docena cuando di con la que recordaba. La levanté y se la mostré a Virgilio.

—Aquí está la que vi. Ahora que lo pienso, recuerdo las palabras «escritura exquisita» y la dirección es Swansea. Estoy seguro de que es esta. Quienquiera que haya entrado aquí antes que nosotros debió colocarla en el sitio equivocado por las prisas. Esto significa que alguien hizo exactamente lo que estamos haciendo nosotros. Cortó los precintos de la puerta y entró a buscar algo entre estas cartas y, en mi opinión, ambos estamos buscando lo mismo.

—Las cartas anónimas.

—Exacto. Y si eso es lo que ha pasado, podemos estar casi seguros de que esa persona también escribió las cartas y, con toda probabilidad, es nuestro asesino, o al menos uno de ellos…

Me tomé mi tiempo y examiné cada hoja, pero no había nada allí salvo cartas de admiradores, todas entusiastas. Como era de esperar, Jonah no había conservado ninguna crítica. En cuanto a las cartas anónimas, no había ni rastro. O bien nunca estuvieron aquí o alguien se las había llevado. Le dirigí a Virgilio una mirada impotente.

—Nada. Ni rastro.

—Es una coincidencia extraña que alguien haya decidido entrar aquí solo unas horas antes que nosotros. Si estaban tan preocupados, ¿por qué no lo hicieron días atrás?

Nunca me han gustado las coincidencias. Una y otra vez, a lo largo de mi carrera, me había topado con sucesos aparentemente

casuales que acababan no siendo casuales en absoluto. Hice memoria y la respuesta llegó enseguida. Casi con toda seguridad era culpa mía.

—Como un idiota, le dije a un par de personas que vendrías y que estabas siguiendo una nueva pista. Vale, no dije que estuvieras buscando las cartas, pero aun así…

Me habría dado una patada. Error propio de un novato.

—Se lo dije a Antonio esta mañana y se lo dije a Emily y Gavin esta tarde. Ahora que lo pienso, también se lo dije a Charlotte anoche, así que es muy posible que la noticia se haya difundido entre todos los habitantes de la villa. Cristo, Virgilio, tenía que haberlo sabido.

—No te culpes. De hecho, en cierto modo, esto nos ayuda. Si todavía albergábamos alguna duda sobre la posibilidad de que el culpable viniera de fuera, esto demuestra de forma concluyente que nuestro asesino, o al menos uno de ellos, está aquí mismo.

—Y, una vez más, casi seguro que han conseguido entrar y salir de esta sala sin ser vistos. Supongo que podríamos intentar comprobar los movimientos de todos a lo largo del día, pero dudo que obtengamos sorpresas.

Mientras Virgilio meditaba su siguiente paso, recordé lo del arma y subí corriendo a buscarla. Saqué el cargador de la cisterna, lo sequé y, después de envolverlo junto con la pistola en una página arrancada de mi viejo ejemplar de The Times, lo bajé de nuevo al comedor y se lo entregué.

—¿Puedes encargarte de esto, por favor? Pertenecía a la víctima.

Le conté lo ocurrido esta mañana y se quedó pasmado.

—¿Simplemente se la pediste al mayordomo y te la dio? Estáis locos, vosotros los ingleses. Podría haberte pegado un tiro.

—No creo que sea de ese tipo. Además, estaba bastante seguro de que sus intenciones iban más bien dirigidas a hacerse daño a sí mismo, no a disparar contra nadie más.

Seguía claramente sin estar convencido, pero aceptó el paquete y se lo guardó en el bolsillo.

—Interesante que el americano te avisara. No hubiera esperado que alguien de su calaña ayudara a la policía, ni siquiera a un

exagente.

—Sé a qué te refieres, pero, no sé por qué, me cae bien. Puede que los dos agentes de la DEA tengan razón sobre él, pero desde que está aquí no ha sido más que amabilidad. Me hizo un gran favor, y a Antonio, y se lo debo.

—¿Y qué hay del mayordomo? Podríamos detenerlo por robo, y robar un arma letal nos daría la excusa perfecta para encerrarlo. Así gano tiempo para construir un caso contra él y todos aquí podrían dormir más tranquilos. Mi jefe estaría encantado.

—Los dos sabemos que vas a necesitar algo más que eso para demostrar que es nuestro asesino, y de verdad no creo que lo sea. Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que esas cartas anónimas son vitales. Y si estaban escritas en inglés, cada vez estoy más inclinado a pensar que el asesino podría ser perfectamente británico, casi con toda seguridad alguien que esté aquí ahora mismo. Al fin y al cabo, ¿quién más habría tenido la oportunidad de entrar aquí hoy? Tiene que ser uno de los huéspedes.

—No necesariamente solo los huéspedes. —Virgilio estaba consultando su libreta—. Serena Kempton, la que se viste como una hippy, ha estado en el Reino Unido hasta hace poco, y la beligerante hermana de la víctima, Millicent, también. Las dos trabajan allí, ¿no? Cualquiera de ellas podría haber enviado las cartas.

—Es verdad. Esta tarde estuve hablando con la pareja joven, Gavin y Emily, y Emily está convencida de que Millicent fue la culpable. Por lo visto la oyeron amenazar a Jonah la semana pasada.

—Nada nuevo ahí. Ya sabemos que lo amenazó con un cuchillo antes de que empezara el curso, pero, sin más pruebas, ¿qué podemos hacer?

—Una carta anónima con su letra nos iría de perlas, pero ¿dónde están las cartas si no están aquí?

—O bien la víctima las destruyó o quienquiera que se nos adelantó las cogió y sin duda ya las ha destruido. Ni siquiera tenemos los sobres.

—¡Los sobres! —De pronto se me ocurrió una idea—. Puede que sea una pérdida de tiempo, pero creo que necesito hablar con Antonio.

—¿Crees que él podría saber algo? Creí que decías que no lo veías como nuestro asesino.

—No, pero podría ayudarnos sin querer. —Miré el reloj—. Apuesto a que está en la cocina ayudando a la cocinera a preparar la cena.

Efectivamente, Antonio estaba allí, y la poca sangre que tenía en las mejillas desapareció en cuanto vio a Virgilio.

—Buenas tardes, caballeros. —Tenía la voz ronca.

Decidí ser yo quien hablara.

—Buenas tardes, Antonio. Queríamos saber si podrías ayudarnos en algo.

Oscar se levantó de su cesta y vino a saludar, y me alegró ver cómo movía la cola al reconocer a Virgilio. Estaba claro que aquel perro tenía buen ojo para las personas.

—Cualquier cosa, señor…, signor Dan, lo que quiera.

—Tu afición es la filatelia, ¿verdad? —Puso cara de desconcierto, pero asintió—. Dime, ¿guardas a veces sellos de las cartas que llegan aquí a la villa?

—Sí, pero solo si los sobres van a tirarse. Verá, los pongo a remojo para despegar los sellos.

A mi lado, noté que Virgilio había comprendido adónde quería llegar. Le expliqué a Antonio qué necesitábamos.

—Maria me dijo que desde principios de año Jonah empezó a recibir cartas, casi seguro del Reino Unido. ¿No habrás guardado por casualidad los sellos de alguna de ellas, verdad? Por favor, intenta acordarte.

Para mi alegría, asintió.

—Sé qué sobres dice. Empecé a encontrarlos en la papelera del despacho del signor Jonah. Venían de Inglaterra y tenían unos sellos de Navidad muy bonitos. Estoy seguro de que guardé el primero y el segundo, pero a finales de febrero volvieron a ser sellos ordinarios británicos y de esos ya tengo muchos.

—¿Y sigues teniendo esos dos sellos? —Tuve que contener el impulso de cruzar los dedos.

—Sí, claro. Ahora se los enseño.

Cogió el álbum de una estantería y lo dejó sobre la mesa. Con evidente familiaridad, pasó las hojas con rapidez hasta dar con la

página adecuada y señaló la segunda fila.

—Ahí, *signori,* esos dos son los sellos de esas cartas para el *signor* Jonah.

Levantó la lámina de plástico transparente protectora y estaba a punto de cogerlos cuando le detuve.

—Déjame a mí, Antonio. Llevo guantes.

Por supuesto, sus huellas ya estarían por todas partes, pero valía la pena intentarlo por si el autor de las cartas había dejado alguna propia. No estaba seguro de si poner los sobres a remojo habría borrado todo rastro, pero recordaba un caso en el que los forenses habían logrado obtener huellas de una pistola que alguien había tirado al Támesis. Con sumo cuidado, levanté los dos sellos y los llevé al alféizar de la ventana, donde entraban los últimos rayos de sol de la tarde.

—¿Ves algo? —Virgilio se situó detrás de mí y miró por encima de mi hombro—. En ese de ahí… parece que hay algo escrito.

Yo también los examinaba. Ambos sellos eran escenas navideñas; el de la izquierda solo tenía unas líneas horizontales muy tenues del matasellos, pero el de la derecha tenía las mismas líneas y, además, parte de un círculo tenue en el lateral. Estaba borroso y no significaba nada para mí, pero había cierta posibilidad de que los forenses lograran sacar algo de ahí. Cogí el móvil y tomé un par de fotos en alta resolución antes de volverme hacia Virgilio.

—Pide a los tuyos que intenten levantar huellas de estos sellos y yo enviaré las fotos a Scotland Yard para ver si pueden hacer algo. Nunca se sabe.

Agradecimos a Antonio su ayuda —aliviado él de ver que Virgilio no venía a detenerlo— y lo dejamos con su colección de sellos, ahora menos dos. Miré la hora.

—Las seis y media. ¿Te apetece una cerveza?

Virgilio asintió.

—Por qué no. No parece que estemos avanzando gran cosa con la investigación. A lo mejor el alcohol nos inspira.

Fuimos a la sala del seminario y saqué un par de cervezas frías de la nevera. Las llevamos a la terraza vacía y nos sentamos en una mesa a la sombra. Virgilio alzó su botella hacia la mía.

—Cin cin, Dan.

Tomó un buen trago de cerveza y sonrió con aprobación antes de llevarse la mano al bolsillo del pantalón.

—Dios, llevar una pistola en el bolsillo es de lo más incómodo.

Sacó el paquete y lo dejó con cuidado sobre la mesa.

—A ver si conseguimos algo con los sellos, aunque lo dudo. Y sin ellos, estamos atascados, ¿no crees?

Mientras hablaba, mis ojos se posaron en un artículo al pie de la página de The Times arrancada, la misma con la que había envuelto la pistola. El titular decía:

Estados Unidos impone sanciones al jefe del Ejército de Sri Lanka por crímenes de guerra.

Se me ocurrió una idea.

—Virgilio, ¿podrías hacer algo por mí? ¿Podrías averiguar quién era la novia de Serena, Lihini? Serena dijo que murió de una sobredosis en Sri Lanka el pasado agosto. No tengo apellido, pero espero que no sea muy difícil dar con ella. Y, si puedes, pregunta por qué estuvo en prisión hace un par de años. ¿Fue por drogas, como Serena, o por otra cosa?

—¿Crees que podría estar implicada?

—No lo sé, de verdad. Pero vale la pena intentarlo. Al fin y al cabo, solo tenemos la palabra de Serena de que la mujer está muerta. Quizá entró aquí la semana pasada con ayuda de Serena, mató a Jonah y volvió a escabullirse. La cosa es que, cuando le pregunté a Serena si Lihini había disfrutado de su estancia aquí el verano pasado, negó con la cabeza y dijo que había sido un desastre. Me gustaría saber qué pasó.

—De acuerdo, si crees que podría servir de ayuda.

Sacó el teléfono, llamó a la comisaría y empezó a dar instrucciones. Tras deletrear el nombre de Lihini a su subordinado, dio otra orden:

—Esta mujer, Lihini, estuvo aquí en Montevolpone el pasado julio. Comprobad con Inmigración si hay constancia de su llegada y de su salida. Así podréis obtener su nombre completo y será más fácil para

los de allí. Y, una vez tengáis el nombre completo, comprobad si ha vuelto más recientemente.

Colgó, me miró y asintió.

—Listo. Está en marcha. Te llamaré cuando sepa algo. Mientras tanto, si tienes alguna otra idea brillante, házmelo saber.

—¿Ideas brillantes? Me temo que ahora mismo no me queda ninguna. Estoy a punto de sentarme con el perro y pedirle que me cuente lo que pasó.



Después de cenar aquella noche salí a dar un paseo a la luz de las estrellas con Charlotte. Mientras recorríamos los jardines, ella me cogió del brazo con ambas manos y se aferró con fuerza. La sensación era buena…, distinta, sí, pero buena. Caminamos en silencio durante varios minutos, disfrutando del frescor relativo y del silencio, únicamente interrumpido por el coro lejano de las cigarras. No había rastro de mi amigo de cuatro patas, pero mi amiga de dos patas me hacía una compañía de lo más agradable. Cuando llegamos a la puerta de la piscina, Charlotte alzó la mirada hacia mí y habló en voz suave.

—¿El correo de tu esposa era una mala noticia?

—Más o menos…

Dudé antes de darle la idea general. Su reacción fue de simpatía.

—¿Así que eso pone fin a tu matrimonio? ¿Cómo te sientes?

—Si me lo hubieras preguntado ayer por la mañana, te habría dicho que confundido y triste, pero hoy…, aunque me da pena todavía, de algún modo me siento casi aliviado. Al menos la incertidumbre se ha acabado. Después de meses en tierra de nadie, puedo seguir adelante con mi vida.

Ella abrió la portezuela de mimbre y avanzó por el pasadizo de romeros hasta el agua. Yo me cuidé de cerrar la puerta detrás de nosotros y la seguí. Alguien había encendido las luces bajo el agua, y esto proyectaba un resplandor irregular y fantasmal alrededor de

las paredes de la piscina. Charlotte cruzó hasta el trampolín de la parte honda y se sentó en el extremo que daba a tierra.

—Ven y siéntate conmigo.

Golpeó con la mano el tablero a su lado y me senté. No me había dejado mucho espacio, así que quedé pegado a ella. Volvió a agarrarse a mi brazo y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Si hay algo que pueda hacer para animarte, solo tienes que pedírmelo.

La miré; su rostro estaba iluminado por la luz azulada del agua y estuve a punto, a punto, de dejarme llevar por el impulso de besarla. Me dije a mí mismo que lo que me frenaba era el hecho de que fuese una posible sospechosa de asesinato —suponiendo que había interpretado bien las señales—, pero sabía, muy en el fondo, que no era solo eso.

—Gracias, Charlotte. Lo tendré en cuenta.

Ella se acurrucó más contra mí.

—Espero que lo tengas.

Siguió un silencio, roto unos minutos después por su voz.

—¿Qué quería el inspector esta vez? Os vi a los dos tomando una cerveza.

—Sigue buscando pistas. —A causa de la investigación en curso, evité mencionar las cartas anónimas—. Creo que le cuesta reunir pruebas sólidas contra alguien.

—¿Ni siquiera contra el mayordomo?

—No, ni siquiera contra Antonio.

—¿Pero quién más podría haber sido?

—Buena pregunta.

Volvió el silencio antes de que ella lo rompiera con un tono claramente pícaro en la voz:

—¿Alguna vez has nadado desnudo?

De hecho me había bañado desnudo una vez en mi vida. Fue con Helen, en los primeros años. Estábamos de vacaciones en la isla griega de Hidra y una noche, después de demasiado retsina, nos desnudamos y nos lanzamos al agua. Era muy profunda, así que nuestros intentos de achucharnos —o algo más— se vieron frustrados por el muy real riesgo de ahogarnos. Aun así, habría sido

una experiencia estupenda de no ser porque, al salir del agua, me clavé en la rodilla un erizo de mar particularmente espinoso. Pasé días con dolor e, incluso ahora, treinta años después, todavía me salen de vez en cuando pequeños trozos negros de erizo de la rodilla. En consecuencia —y por otras razones que no estaba dispuesto a analizar con Charlotte—, mi reacción a su sugerencia fue probablemente menos entusiasta de lo que ella habría deseado.

—Después de una comilona, no, gracias. Lo más probable es que nos ahogáramos.

Ella se volvió hacia mí y sonrió.

—¡Ah, pero qué manera de morir!

Capítulo 11

Martes

Me costó un buen rato dormirme el lunes por la noche. Y no fue por el rosbif ni por la imitación bastante lograda del Yorkshire pudding que nos había preparado la cocinera, ni tampoco porque hubiese estado leyendo otra novela erótica. Fue porque llevaba horas intentando comprender por qué estaba mostrando tanta indecisión ante los avances de una mujer tan atractiva. No cabía la menor duda: Charlotte estaba casi con toda seguridad dispuesta —fuese lo que fuese aquello a lo que estuviera dispuesta—, así que ¿por qué seguía yo echándome atrás? Mi esposa, pronto exesposa, había dejado muy claro que la separación no tenía vuelta de hoja, así que ¿a qué venía tanta vacilación? Siempre me había considerado un buen detective, pero estaba teniendo tantas dificultades para aclarar mis emociones como para averiguar quién había matado a Jonah Moore.

El martes por la mañana, Serena nos hizo escribir mil palabras o más sobre el tema de la seducción y me costó lo mío no inspirarme en acontecimientos recientes de mi propia vida. Al final redacté un texto bastante soso sobre la seducción de una de las mujeres Médici por un apuesto cavaliere, sobre la base de que el sexo en aquella época era bastante menos complicado que ahora. Ambientarlo en el pasado tenía la ventaja añadida de permitirme escribirlo entero sin tener que angustiarme buscando la terminología correcta para referirme a la ropa interior. Por lo que yo recordaba, en aquellos tiempos apenas se llevaba nada de eso.

Cuando por fin salí al exterior, estaba en la terraza descansando y recuperándome con un café bien cargado cuando me sonó el teléfono. Era Virgilio.

—*Ciao,* Dan. Tengo información para ti. La mujer Lihini se llama Lihini Devar. Los registros de Inmigración indican que voló a Roma el

2 de julio del año pasado y salió el día 15. Dio como dirección en Italia Villa Volpone, Montevolpone. No hay constancia de que haya vuelto desde entonces, me temo, así que eso probablemente descarta la idea de que entrara a escondidas para matar a Jonah Moore. Hemos enviado una solicitud formal a la Policía de Sri Lanka para obtener información sobre sus antecedentes y su posible fallecimiento, y esperamos respuesta pronto. Te avisaré en cuanto sepa algo. Ahora las malas noticias: no hay huellas en los sellos aparte de las del mayordomo, así que volvemos a la casilla de salida.

Apenas terminó nuestra conversación, mi teléfono emitió un aviso: había llegado un mensaje. Era de Paul, en Londres. La noche anterior le había enviado las fotos de los dos sellos con la petición de ver si podían sacar algo de ellas.

> Hola, jefe. ¿No se suponía que estabas jubilado? Una vez poli, siempre poli. He pasado las fotos al laboratorio. Te avisaré si consiguen sacar algo. Que disfrutes de tus escritos subiditos de tono.

Resistí la tentación de mandarle una réplica ácida y me terminé el café antes de seguir a los demás de vuelta al aula para la puesta en común. Fue tan embarazosa como había temido. Para empezar, Agatha y Elaine habían saltado con enorme rapidez del proceso de seducción al meollo del asunto y tuve que quedarme allí sentado intentando no encogerme mientras aquellas dos septuagenarias describían el acto sexual mucho mejor de lo que yo habría sido capaz. ¿De dónde sacaban la inspiración?

La cosa empeoró cuando Charlotte presentó un relato sobre dos personas sentadas junto a una piscina que luego pasaban a llevar a cabo una serie de actos que a mí ya me habría costado realizar en mis veinte años, por no hablar de mis cincuenta. Lo que lo remató fueron las miradas cómplices de mis compañeros. Resultaba evidente que estaban convencidos de que Charlotte y yo ya éramos una pareja… y una pareja sorprendentemente imaginativa y ágil, además.

La hora de comer fue un alivio muy bienvenido, y tenía toda la intención de salir a dar un buen paseo después cuando Maria me llevó aparte.

—¿Sabes lo que me dijiste de buscarte quizá un sitio por aquí y asentarte? Bueno, he estado haciendo un par de llamadas y la signora Leonardo, una de nuestras vecinas, me ha dicho que tiene una casita que estaría encantada de alquilar o incluso vender. Si quieres verla, puedo darte sus datos.

—Sería estupendo, gracias. ¿Le dijiste que voy a tener un perro?

—Sí, por supuesto, y no tiene ningún problema.

—Magnífico, gracias. Entonces, ¿dónde está exactamente?

—Muy cerca. A diez minutos en coche, o podrías ir andando en menos de media hora. ¿Por qué no te llevas a Oscar? Al fin y al cabo, si decides quedártela, también será su casa. Y me ha dicho que esta tarde está libre, si te viene bien.

Tras una breve llamada, fijamos la cita para las tres. Recogí al perro saltarín poco después de las dos y nos pusimos en marcha siguiendo las indicaciones de Maria. Había que subir por el mismo camino de mis carreras matutinas y luego girar a la derecha en lo alto para bajar al valle contiguo. Era otro día estival espléndido y el paisaje resultaba espectacular: pasábamos junto a viñas ya cubiertas de racimos de uvas verdes del tamaño de un guisante y entre muros de piedra antiquísimos poblados por lagartijas aterrorizadas. Por suerte, no había ni rastro de sus parientes sin patas. Siempre he odiado las serpientes.

La casita estaba situada en un pequeño promontorio con vistas dominantes sobre el valle y se accedía a ella por una strada bianca serpenteante de grava blanca flanqueada por esbeltos cipreses. Parecía sacada de un vídeo promocional de Visita la Toscana y ya estaba enamorándome del lugar antes incluso de llegar.

La casa en sí estaba construida en piedra, con un tejado de tejas sonrosadas por el sol. Había una furgoneta Ducato abollada aparcada fuera y una señora que debía de rondar los ochenta estaba sentada en un banco viejo, a la sombra, esperándome. Oscar trotó hasta ella, moviendo el rabo para saludarla, y tomé aquello como un buen augurio. Lo seguí.

—Buenas tardes, ¿signora Leonardo? Me llamo Dan Armstrong.

Me estrechó la mano y se presentó antes de volverse y señalar la casa con un dedo artrítico.

—Esta solía ser la casa de nuestro capataz, en los tiempos en que mi marido aún llevaba la explotación. Por desgracia, los dos han fallecido ya, y he alquilado las tierras a uno de mis vecinos. Soy demasiado mayor para trabajar en el campo.

—¿Qué cultivaban?

—Lo de siempre: olivos y viñas. —Me echó una mirada y vi un pequeño destello en sus ojos—. Pero me he asegurado de seguir recibiendo un suministro regular de aceite y vino. Mi marido siempre decía que nuestro aceite era el mejor de toda la Toscana.

A esas alturas ya empezaba a acostumbrarme a que casi todo el mundo que conocía por aquí afirmara producir el mejor aceite y el mejor vino de Italia —lo que, por supuesto, significaba el mejor del mundo para un toscano— o conocer a algún «hombrecillo» que los hacía. La buena noticia era que, si acababa quedándome este sitio, parecía que no me iba a faltar producto local.

—¿Y dónde vive usted, signora*?*

Señaló hacia la derecha y vi una casona antigua de piedra, con muy buen aspecto, en medio de un grupo de árboles a mitad de la ladera siguiente.

—De momento sigo en la casa vieja, pero es demasiado grande para mí. Seguramente me iré a Montevolpone uno de estos días. Mi hija vive allí y quiere que vaya a vivir con ellos. —Soltó un suspiro—. La granja ha sido mi hogar durante tantos años… me va a costar muchísimo marcharme, pero así es la vida. Ahora venga, déjeme enseñarle la casa.

Ya había abierto la vieja puerta de madera —no tan elegante como las de Villa Volpone, pero hermosa a su manera rústica— y me condujo al interior. Entré directamente en un salón-cocina enorme que ocupaba prácticamente toda la planta baja. El techo estaba sostenido por vigas de madera maciza, toscamente labradas a mano, y el suelo era de antiguas baldosas de terracota, suavizadas por el paso de incontables pies a lo largo de los siglos. En el centro había una mesa larga con bancos robustos a cada lado, y contra la pared

lateral un fregadero sorprendentemente moderno y un gran frigorífico-congelador.

—En el cuarto de baño, al fondo de la casa, hay una lavadora, y fuera, junto a la puerta trasera, tiene un tendedero. Me temo que la cocina está en las últimas, pero instalaré una nueva si decide venir a vivir aquí. Aquí arriba no hay gas natural, así que funciona con bombonas. ¿Está familiarizado con eso?

La verdad es que no, pero no parecía muy complicado. Junto al viejo fogón había una enorme bombona roja de gas, tan alta como la cabeza del labrador, y un tubo de goma aún más antiguo conectaba la parte superior de la bombona con la trasera del fogón. Me alegré de que pensara sustituirlo. A juzgar por el estado de la manguera, aquello era un accidente a punto de ocurrir. Aun así, aparte de eso, el lugar me parecía maravilloso. Qué habría opinado Helen, no lo sabía, pero me recordé a mí mismo que eso ya no importaba.

Dentro estaba bastante oscuro, pero vi un gran portón acristalado encajado en un arco en la pared del fondo. La signora Leonardo se acercó, abrió las puertas de cristal y empujó hacia fuera las sólidas contraventanas de lamas. La luz inundó la estancia y apareció ante mí una vista espectacular sobre las viñas y el valle más allá. El perro y yo salimos a una terraza cubierta con una mesa rústica y cuatro sillas de madera robustas, todas cubiertas por una gruesa capa de polvo toscano. Corría una ligera brisa allí debajo y sí, pensé, podía imaginarme pasando mucho tiempo aquí.

Arriba había dos dormitorios, ambos con camas dobles de aspecto sólido, y un cuarto de baño sorprendentemente moderno. La signora explicó que la casa tenía su propio sistema de saneamiento y que, aunque allí arriba no llegaba el agua corriente, el pozo no se había secado en trescientos años. Las vistas desde el piso superior eran aún mejores que desde abajo y podría haberme quedado mirando por la ventana eternamente. No había duda: me veía viviendo allí.

Ya de vuelta en la planta baja, la signora me dijo la mensualidad que pedía y tuve que esforzarme para ocultar mi asombro. Era menos de la mitad de lo que pagaba por mi pequeño piso en

Bromley, ¡y esto era una casa entera! Me preguntó cuándo pensaba mudarme y tuve que detenerme a pensar.

—La verdad, signora Leonardo, probablemente me gustaría mudarme casi de inmediato, si fuera posible. Mi curso en la villa termina el sábado, dentro de solo cuatro días. El problema es que todas mis sábanas y toallas y cosas así están en Londres, y tendría que volver a buscarlas o comprar unas nuevas aquí.

—No se preocupe por eso. Como le he dicho, necesito mudarme a algo más pequeño. Puedo dejarle toda la ropa de cama que necesite, y lo mismo vale para ollas, sartenes y cubiertos. Si necesita cualquier otra cosa, dígamelo y seguro que puedo conseguírsela.

Aquello sonaba perfecto, así que me lancé. Le entregué trescientos euros de mi cartera como señal y le pregunté si estaría bien traerle el resto al día siguiente. Le expliqué que tendría que abrir una cuenta bancaria y demás, pero que, si no le importaba que le pagara en efectivo el primer mes o dos, me gustaría quedarme la casa a partir de este mismo fin de semana. No se inmutó y me dijo que ella y su hija se asegurarían de que el lugar estuviera habitable para el sábado por la tarde. Eso resolvía mi dilema sobre el vuelo de vuelta y decidí instalarme aquí directamente el fin de semana —aunque al principio sería poco más que ocupar la casa— e ir organizándome poco a poco a lo largo del verano.

Después de que la signora cerrara y se marchara, Oscar y yo nos sentamos a la sombra de la terraza trasera, que ahora sabía que se llamaba loggia, y nos relajamos. El aire era bastante más fresco aquí debajo, aunque ni mucho menos frío, y me quedé empapándome de las vistas sobre las viñas hasta un revoltijo de árboles al fondo del pequeño valle. La signora Leonardo me había contado que allí abajo el arroyo formaba una poza donde era posible bañarse. Aunque resultara ser poco más que un lugar para que el perro chapoteara, era un extra inesperado. Apoyé la espalda en el antiguo muro de piedra —la signora había revelado que la casa tenía unos trescientos años— y medité sobre este cambio monumental en mi vida.

Menos de un año antes, yo había sido el inspector jefe Armstrong de Scotland Yard, trabajando turnos de doce horas —con suerte— y atravesando los dolorosos últimos días de un matrimonio infeliz. Y

ahora estaba aquí, en una de las zonas más hermosas del mundo, a punto de emprender una fase totalmente nueva de mi vida. Aquí podría relajarme y escribir. Quizá este sería el lugar donde me convertiría en otro Ian Fleming, viviendo con mi fiel perro, recorriendo los senderos y caminos de las colinas toscanas sin preocupaciones, mientras mi cuenta bancaria se iba llenando poco a poco con los generosos derechos de autor de mis libros aclamados por la crítica.

Por otro lado, claro está, también podría ser el lugar donde mis sueños de gloria literaria se vinieran abajo estrepitosamente y me encontrara naufragando en el fracaso. Aquí podría terminar llevando una vida cada vez más solitaria, aislado del resto del mundo por un kilómetro de camino de tierra…, un extraño al que la población local evitaría. Intenté imaginar este lugar en invierno, con la lluvia azotando el tejado y un viento gélido bajando de los Apeninos y penetrándome hasta los huesos. Mi pensión reducida —después de que Helen seguramente se quedara con la mayor parte— quizá no fuera suficiente para permitirme comprar leña. Se me ocurrió que no había visto ninguna señal de calefacción en la casa aparte de la enorme chimenea de piedra en la cocina. En consecuencia, este podría incluso ser el lugar donde el exinspector jefe Armstrong apareciera una mañana invernal, helado como Scott en la Antártida, o devorado por su fiel pero hambriento perro.

Miré a Oscar, que estaba tumbado sobre el viejo suelo de ladrillo, y le froté la tripa con el lateral del pie.

—No te comerías a tu dueño, ¿verdad?

Abrió un ojo y me lamió el tobillo, quizá comprobando a qué podría saber.

Helen siempre me había acusado de ser un optimista irremediable, mientras que ella tendía al lado de la cautela, cuando no al pesimismo más absoluto. Para ella, el vaso no estaba medio vacío: estaba hecho añicos en el suelo. ¿Sería yo un optimista sin remedio? En lo relativo a mis aspiraciones literarias, quizá sí, probablemente, pero ¿y qué? En lo relativo a encajar aquí, estaba menos preocupado. Hasta ahora, casi todas las personas que había conocido me habían recibido con los brazos abiertos: Tommaso en el

bar, la zapatera, la signora Leonardo, Virgilio y Lina —y ahí intuía el comienzo de una amistad auténtica—, y estaban también las personas de la villa. Suponiendo que lográsemos dar con el asesino y demostrar la inocencia de Maria y Antonio, estaba seguro de que ellos también acabarían por convertirse en amistades duraderas. Y luego, quizá, también estaría Charlotte…

Por supuesto, lo primero era atrapar a nuestro asesino.



Regresé a la villa, devolví a un Oscar visiblemente agotado a la cocina y encontré a Maria sentada allí sola. Alzó la vista en cuanto entré y vi de inmediato que había estado llorando. Se secó los ojos con el dorso de la mano y aun así logró esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Qué te ha parecido la casa? ¿Vale la pena?

—¿Vale la pena? Es increíble. De hecho, he dicho que me la quedo. —Me acerqué y le di una palmadita en el hombro—. Muchas gracias. Es exactamente el tipo de sitio con el que llevaba soñando.

—Me alegro mucho. Esta zona es preciosa: muy rural pero a solo media hora de Florencia. Estoy segura de que te encantará vivir aquí.

Parecía contenta por mí, pero seguía con ese aire desolado.

—Bueno, en cuanto me haya instalado, espero que vengas a verla tú misma. —Vacilé un instante y luego pensé: qué demonios—. Y quizá Antonio también quiera venir, en cuanto todo esto termine.

No hacía falta aclarar a qué me refería con «todo esto».

—¿Cuándo crees que terminará, Dan? Me siento completamente perdida ahora mismo. Parece que las cosas van de mal en peor.

Se secó los ojos otra vez y me indicó que tomara asiento. Me senté al otro lado de la mesa y escuché el crujido del mimbre cuando Oscar se dejó caer pesadamente en su cesta junto a la chimenea.

—Pronto, eso espero. —No sabía qué más decir—. El inspector está comprobando algunas cosas. No sé si has pensado algo más

sobre esas cartas anónimas; por ejemplo, aunque no vieras las cartas en sí, ¿recuerdas si la dirección estaba mecanografiada o escrita a mano?

—Mecanografiada, estoy casi segura. El inspector me hizo la misma pregunta. Pero en cuanto a encontrarlas, solo puedo imaginar que Jonah debió de destruirlas. He buscado por todas partes. —Alzó la vista de sus manos y su expresión era de absoluta desolación—. No sé si sirve de algo, pero acabo de descubrir otra cosa que ha sido un *shock* importante.

—¿El qué?

—Me había olvidado por completo de la caja fuerte. No la abría desde hacía siglos y se me ha ocurrido hoy a la hora de comer. Al fondo de la caja siempre ha habido dos carpetas con documentos, una para cada uno. Ya sabes, cosas importantes como certificados de nacimiento, títulos, diplomas, ese tipo de cosas. Nunca había mirado dentro de la carpeta de Jonah y, revisándola hace una hora, encontré esto. Lo había metido en un sobre en blanco y lo había cerrado, supongo que para que yo no lo viera. —Se levantó, fue hasta la parte superior del frigorífico y regresó con una carpeta grande y verde. Extrajo una carta mecanografiada y me la entregó —. No es una carta anónima, pero desde luego no es lo que quería encontrar.

Cogí la carta y la examiné. Estaba en papel con membrete de la Universidad de Exeter y su contenido no dejaba lugar a dudas. En marzo de 1999, Jonah Moore no se había marchado por voluntad propia para dedicarse a su carrera literaria; lo habían despedido. Las circunstancias exactas de sus faltas no se especificaban, pero la redacción era inequívoca.

Como consecuencia de sus repetidas infracciones del código de conducta entre el personal y el alumnado, no nos queda otra alternativa que poner fin de inmediato a su período de empleo en esta institución.

—¿Y él nunca te habló de esto?

—No. De hecho, me dijo que dejó su trabajo tras el éxito de su primer libro para dedicarse por completo a la escritura. Acabo de

comprobarlo. Recurring Lies, su superventas, no salió hasta 2002. Eso es tres años después.

—Así que no sabías nada de esto ni tenías idea de por qué podrían haberlo echado.

—No…, pero… —vaciló— tengo la sensación de que probablemente fue mala conducta con alumnas. —Dejó escapar un suspiro profundo—. No estoy ciega, Dan. Siempre he sabido que Jonah me engañaba. Era cosa de su carácter. No era hombre de casarse, pero aun así, pese a todo, lo quería. —Me miró y pude ver de nuevo las lágrimas acumulándose—. Sabía que no era un santo, pero aun así lo quería…

Sus palabras se disolvieron en un sollozo.

¿Un santo? En absoluto. Aquel texto confirmaba, por si hacía falta, que mi primera impresión de Jonah no había sido errónea. Esperé a que Maria se recompusiera antes de hacer una pregunta importante.

—¿Podría haber alguna mujer con la que hubiera tenido una relación más reciente? ¿Alguna con un marido celoso…, lo bastante celoso como para matarlo?

No levantó la vista de las manos.

—He estado preguntándome lo mismo, pero no lo creo. Ya apenas salía. Estoy segura de que habría sabido si estaba teniendo una aventura. Fue a Inglaterra el otoño pasado para una gira de firma de libros, pero fui con él, así que no, no creo que haya nadie; al menos, no desde hace algunos años. —Alzó la mirada—. Lo siento.

—Gracias de todos modos. Yo también lo siento, pero tenía que preguntar. —Toqué la carta con el dedo—. ¿Te importaría si me la quedo por ahora? Me gustaría que el inspector Pisano la viera y pediré a mis antiguos compañeros de Scotland Yard que investiguen un poco. Creo que todos querríamos saber qué pasó exactamente hace veintitantos años, ¿no?

Decidí que no había tiempo que perder. Subí a mi habitación, fotografié la carta y se la envié a Paul, disculpándome por la carga adicional pero pidiéndole que averiguara por qué exactamente habían despedido a Jonah. Luego miré la hora: las cuatro y media.

Bajé al coche y conduje hasta Florencia, llegando al despacho de Virgilio en menos de tres cuartos de hora.

—*Ciao,* Dan. ¿No deberías estar por ahí divirtiéndote?

Le estreché la mano y lo puse al corriente de lo ocurrido en la villa. Hizo una copia de la carta de la Universidad de Exeter y me agradeció haber pedido a Paul que investigara el asunto. Después me planteó la misma pregunta que me había atormentado durante todo el trayecto desde Montevolpone.

—Suponiendo por un momento que la mala conducta del fallecido que llevó a su destitución tuviera que ver con una mujer, ¿estás sugiriendo que esa mujer, por alguna razón, podría ser la responsable de matarlo después de esperar más de veinte años? Es muy poco probable, por decirlo suavemente.

—Lo sé, pero cosas más raras se han visto. Al menos debería servir como prueba de sus escarceos amorosos. Además, su esposa me ha dicho hoy que siempre ha sabido que era infiel, aunque no se le ocurre ninguna mujer reciente con la que él pudiera haber tenido una relación y que pudiera haber querido vengarse.

—Pero, aunque existiera esa mujer, ¿cómo habría podido entrar una desconocida en la villa sin que nadie la viera?

—A menos que hubiera tenido ayuda desde dentro. Por cierto, ¿alguna noticia de Sri Lanka?

—No, pero probablemente será otro callejón sin salida. —Miró el reloj—. Me muero por una bebida fría. ¿Tienes diez minutos?

—Por supuesto.

Salimos de la *questura* a la luz del atardecer y, mientras caminábamos, le conté mi gran decisión y describí la casita de la colina. Pareció sinceramente encantado y me aseguró que me guiaría por el laberinto burocrático para conseguir el permiso de residencia, una cuenta bancaria y el imprescindible codice fiscale. Al parecer, el código fiscal era esencial aquí en Italia antes de hacer cualquier otra cosa, y me dijo que, en cuanto tuviera un poco de tiempo libre, me acompañaría en persona a todas las oficinas pertinentes. No sabía cómo agradecérselo; era la parte del proceso que más temía. Celebramos con dos botellas heladas de cerveza sin

alcohol y, cuando nos despedimos, empecé a sentir una auténtica emoción ante la idea de echar raíces aquí.

Antes de volver al coche, me detuve en un cajero automático y saqué todo lo que pude para poder darle a la signora Leonardo el resto de la fianza de la casa. Mientras estaba allí, pasé delante de una tienda de menaje de gama alta que vendía de todo, desde abridores eléctricos hasta el último capricho para florentinos con dinero de sobra: tu propio molinillo para producir aceite de oliva casero. Allí, ocupando un lugar de honor en el centro del escaparate, había un soporte metálico de estilo *vintage* equipado con una serie de tornillos y pernos de acero inoxidable, diseñado para sujetar una pata de jamón curado. Un magnífico cuchillo de trinchar con mango de madera sobresalía de un soporte a su lado. Recordando mi promesa del otro día, entré y pregunté el precio. Este tipo de tiendas no se rebajaba a poner precios en los artículos del escaparate. Como era de esperar, no era barato, pero me pareció que representaba de algún modo un símbolo físico de mi gran decisión sobre mi futuro, así que lo compré. El siguiente paso sería comprar una pata de jamón, pero pensé que sería mejor esperar a mudarme. Además, necesitaba preguntar antes para ver qué «hombrecillo» hacía el mejor jamón de la zona.

De camino de vuelta a la villa, me di cuenta de que al coche le vendría bien medio depósito de combustible y, para satisfacer mi curiosidad, esperé hasta llegar a Montevolpone y me detuve frente al destartalado taller con el cartel Autofficina Marinetti. El precio del combustible era bastante más alto que en Florencia, pero esto me daría, con suerte, la oportunidad de conocer a Puppo Marinetti, el íntimo amigo del primer marido de Maria. Por desgracia, me atendió un muchacho de unos dieciséis o diecisiete años y no había rastro del dueño. Aun así, entablé conversación con él y le dije que era un turista que visitaba la Toscana por primera vez. Me preguntó de dónde venía y cuando le dije Londres, pareció mucho más interesado en esa ciudad que en la suya, pero poco a poco conseguí llevarle al tema del taller y descubrí que el chico se llamaba Arturo y que el dueño, Puppo, era su tío. Tras pagar la gasolina, conduje

hasta las puertas de la villa y llamé a Virgilio por teléfono. Contestó enseguida.

—*Ciao,* Dan.

—*Ciao,* Virgilio, quizá no tenga importancia, pero estaba preguntándome una cosa. ¿Tienes a mano la declaración del testigo que proporcionó la coartada para el hombre del garaje de Montevolpone, Puppo Marinetti? Si es así, ¿puedes decirme el nombre del testigo?

—Espera.

Hubo un breve silencio antes de que regresara.

—Arturo Negri… ¿Por qué lo preguntas?

—¿Menciona la declaración que este chico es sobrino de Marinetti?

Otro par de segundos de silencio.

—No, no lo menciona.

Le oí resoplar, frustrado.

—Eso está mal. Mi hombre debería haberlo anotado. ¿Crees que el testigo podría haberse inventado la coartada para hacerle un favor a su tío?

—No lo sé, pero quizá valga la pena comprobarlo de nuevo.

—Nos ocuparemos de eso. Gracias, Dan.

Conduje de vuelta a la villa a tiempo para la cena y me senté al lado de Charlotte. No me sorprendió demasiado —y desde luego no fue una sorpresa desagradable— sentir su mano posarse en mi muslo antes incluso de que hubiéramos terminado los antipasti.

—¿Has tenido un buen día?

—Desde luego. He encontrado una casa para mí.

Esto atrajo la atención de la mayoría de los comensales y les hice una breve descripción de la casita en la colina, contándoles mi decisión de instalarme aquí en la Toscana. Martin/Mikey, de entre todos, fue el primero en responder, y sonaba muy entusiasta.

—Eso es genial, Dan. Te envidio por eso. ¿Quieres saber algo? He soñado con hacer algo así yo también. Nueva York está bien cuando estás allí, pero cuando vienes a un sitio como este te das cuenta de que hay algo más en la vida que ganar dinero.

Esto, para mí, sonó mucho a un gánster en busca y captura dando a entender que estaba pensando en abandonar el negocio. Durante un segundo crucé una mirada con Will y leí asombro en sus ojos. Ojalá Mikey hablara en serio. Con los federales tan empeñados en atraparlo que estaban gastando muchos recursos en seguirlo por todo el mundo, era casi seguro que solo sería cuestión de tiempo. Sería duro que acabara separado de su nueva prometida por unas rejas durante el resto de su vida.

Agatha también me dio su aprobación.

—Ya te veo sentado en la terraza, Dan, con tu portátil, sacando un superventas tras otro.

—No pierdas la fe, Agatha. Necesito todo el apoyo posible.

—¿Alguna novedad en la búsqueda de nuestro asesino?

De pronto cayó un silencio expectante sobre la mesa. Eché una mirada lenta a cada uno de sus rostros. Suponiendo que mis instintos fueran correctos y que ni Maria ni Antonio fueran culpables, el asesino o los asesinos tenían que estar sentados aquí con nosotros esta noche. Era un pensamiento inquietante.

Decidí arriesgarme e intentar sacar a los culpables de su escondite, así que adopté un tono seguro que distaba de lo que realmente sentía.

—Sí, creo que puede haberlas. Vi al inspector hace unas horas y me dijo que está esperando información del extranjero y que espera poder efectuar una detención quizá tan pronto como mañana.

El silencio expectante se transformó en un silencio atónito. Ambos se diferencian en las expresiones de los rostros, que pueden ir de la sorpresa al pánico más absoluto. Observé a los que tenía enfrente, aunque no podía ver a los de mi lado de la mesa. Por la falta de reacción del contingente americano —Mikey, Jen, Will y Rachel— comprendí demasiado tarde que, sin duda, estaba sentado en el lado equivocado de la mesa.

Solo alcanzaba a ver fugazmente la cara de Millicent, y en ella solo leí sorpresa, mientras que los demás estaban fuera de mi campo visual, salvo Emily y Gavin, sentados al fondo. Él parecía sinceramente complacido, mientras que en el rostro de su novia creí distinguir una expresión de alarma. Solo duró una fracción de

segundo y podía haberme equivocado, pero resultaba interesante. ¿Significaba aquello que podía ser ella nuestra asesina? Y, si lo era, ¿por qué?, ¿cuándo y cómo? Resultaba frustrante no poder ver la expresión del resto.

—Bueno, me parece una noticia excelente.

Como era de esperar, Agatha fue la primera en hablar. Un segundo después apareció Antonio en la puerta con una bandeja y ella cambió de tema de inmediato.

—Me alegra que el tiempo vaya a ser tan bueno los próximos días.

No cabía duda de hacia dónde apuntaban sus sospechas.

La conversación fue remontando poco a poco y derivó hacia asuntos menos delicados, y me pregunté si mi pequeño anuncio serviría para espolear al asesino —o asesinos— a cometer algún error. Probablemente era una esperanza vana; al fin y al cabo, no habían dado ni un solo traspié hasta ahora, pero yo había visto funcionar ese truco en el pasado.

Después de la cena salí a la terraza y me quedé mirando el cielo nocturno, preguntándome, otra vez, quién podía ser nuestro culpable. Si de verdad había visto algo raro en la cara de Emily, ¿cómo podía estar implicada? ¿Era ella la mujer celosa? Aunque Jonah había sido un mujeriego consumado, parecía improbable que una mujer tan joven se hubiese liado con un hombre que le duplicaba la edad. Claro que esas cosas pasaban y seguían pasando —sin ir más lejos, ahí estaban Mikey y Jen, sentados frente a mí—, pero la siguiente pregunta era dónde y cómo. Ella había estado supuestamente viajando por el extranjero antes de juntarse con Gavin, mientras que Jonah, por lo que decían, apenas había salido de Italia salvo para viajes cortos.

Estaba absorto en mis pensamientos cuando sentí una mano en mi brazo. Era Charlotte.

—Me prometiste una cita, ¿lo sabes? —adoptó un tono fingidamente severo—. «Llévame a cenar», dijo. «Invito yo», dijo. Promesas, promesas.

Me giré hacia ella y sonreí.

—Tienes razón y lo siento. ¿Qué te parece mañana por la noche? Paso a buscarte a las siete. Vestido informal, como diría Millicent.

—Estaré encantada.

Al cabo de un rato, echamos a andar entre los árboles hasta el banco junto a la valla y nos sentamos. Unos momentos después sentí que su mano atrapaba la mía y le daba un pequeño apretón. Fue una sensación bastante agradable, y no sé adónde habríamos llegado si no fuera por la aparición de un invitado no deseado. De repente, una andanada de ladridos nos interrumpió de manera brusca. Para mi asombro, era Oscar, y estaba armando un escándalo considerable. Y su agresividad estaba claramente dirigida hacia mi acompañante. Me apresuré a reprenderlo. Al fin y al cabo, si iba a convertirse en mi perro, no quería que ladrara a la gente, sobre todo a la gente que me gustaba mucho.

—Oscar, cálmate. Solo somos nosotros. Me conoces a mí y conoces a Charlotte. ¡Para ya!

A regañadientes, el perro permitió que lo tranquilizara y pronto estaba sentado a mi lado, muy claramente al lado opuesto de Charlotte. Sin embargo, en cuanto volví a prestarle atención a ella, se puso en pie y volvió a ladrar como un poseso. Le posé una mano calmante en la cabeza y le revolví las orejas hasta que se calló, antes de volverme hacia Charlotte.

—Es rarísimo. La última vez que te vio estaba encima de ti. ¿Recuerdas que intentó subirse a tu regazo y te empapó el vestido?

—¿Sabes lo que creo, Dan? Creo que tu amigo canino está celoso. Los dos os habéis hecho bastante inseparables estos últimos días. Cada vez que te veo por ahí, siempre tienes una sombra negra pegada al costado.

—Quizá sepa que Maria acaba de dármelo.

Le conté lo de la alergia de Maria y cómo aquello coincidía con mis ganas de tener un perro. Sin embargo, mientras hablaba, me di cuenta de que el momento había pasado. El romanticismo había desaparecido del ambiente.

Al final, ella regresó sola a la villa —porque el perro se negó rotundamente a dejarla caminar conmigo— y yo me quedé allí con Oscar, moviendo un dedo delante de su hocico.

—Escucha, amigo, tú también me caes bien, y te prometo que si traes una amiga perruna a casa no me meteré por medio, pero lo mismo va para mí. ¿Capito?

Ahora que Charlotte había desaparecido de nuestra vista, él me dedicó una amplia sonrisa perruna y movió la cola. Su rival por mis afectos había sido expulsada, así que volvía a ser un perro feliz.

Capítulo 12

Miércoles

El miércoles empezó como cualquier otro día. Me levanté a las siete y media y salí a correr. Los pseudocanadienses no se dejaron ver esa mañana, pero, con su misión/vacaciones a punto de terminar dentro de tres días, probablemente tenían otras cosas en la cabeza, así que me puse en marcha solo.

No había rastro de Oscar y decidí llevarlo a dar un buen paseo por la tarde, cuando tuviera que ir a casa de la signora Leonardo para terminar de pagarle la fianza de mi nuevo hogar. Al pensar en él, me vino a la mente lo de anoche. La intervención de Oscar había sido tan inoportuna como inesperada. ¿Podía de verdad estar celoso? Esta noche, cuando saliera a cenar con Charlotte y, más importante aún, cuando volviéramos, pensaba asegurarme de que mi saboteador de cuatro patas estuviera bien lejos de nosotros.

La temperatura ya era alta y prometía ser otro día abrasador. Al llegar a lo alto de la colina, me detuve un momento para tomar aire, todavía con la cabeza en lo que podría o no ocurrir con Charlotte esta noche. Durante unos instantes me sentí más como un adolescente que como un hombre de mediana edad. Hacía mucho tiempo que no me sentía así y procuré que la carrera de esa mañana no fuera demasiado exigente. Al fin y al cabo, ya no era un jovencito…

La sesión de esa mañana consistió en un ejercicio de comparación y contraste sobre la evolución de la escritura erótica a lo largo de los siglos, repasando a toda clase de autores, desde griegos muy picantes hasta Boccaccio y Chaucer y, después, D. H. Lawrence y escritores del siglo xxi. Mientras hacíamos la pausa de media mañana, recibí un mensaje de Paul desde Londres que resultaba interesante pero no concluyente.

> El informe preliminar del laboratorio dice que han identificado las dos últimas letras de una palabra en el matasellos redondo. Falta la parte con el día y la fecha y lo único que han encontrado son las letras E y R seguidas de un espacio, así que indica un nombre de lugar que termina en -er. Hay muchas localidades en el Reino Unido, desde Chester hasta Leicester, a las que podrían corresponder esas letras, así que me temo que esto no ayuda demasiado. Salud.
> P. D. La Universidad de Exeter ha prometido una respuesta sobre Jonah Moore para mañana como muy tarde.

Me quedé allí sentado, apurando mi cappuccino mientras reflexionaba sobre esta información. Paul tenía razón: la lista de lugares que terminaban en er era larga, pero sí había un nombre que me venía a la cabeza, y Paul acababa de mencionarlo. No tenía ni idea entonces de lo significativo que podía llegar a ser. Jonah había pasado diez años de su vida enseñando en la Universidad de Exeter. ¿Podría ser que las cartas anónimas hubieran salido de Exeter? ¿Había allí alguien que aún le guardase rencor después de tanto tiempo? Con un poco de suerte, el informe que debía llegar más tarde ese día arrojaría algo de luz. Más importante aún: ¿había entre mis compañeros de curso alguien con alguna conexión con la ciudad?

Me fui al extremo de la terraza, donde no pudieran oírme, y llamé a Virgilio. Le conté lo que decía el mensaje de Paul y le hice algunas sugerencias.

—Virgilio, quizá quieras volver a hablar con la gente del Reino Unido que te envió los informes sobre los participantes del curso y pedirles que comprueben cualquier posible conexión con la ciudad de Exeter. Podrían mirar nacimientos y matrimonios, colegios y universidades, además de historiales de empleo. Es posible que alguno de los que están aquí conociera a Jonah en aquella época.

Me di cuenta, claro está, de que eso descartaría a Emily como sospechosa. Entonces debía de ser poco más que un bebé. Aun así, alguno de los demás podía resultar tener alguna conexión.

—Buena idea. Déjamelo a mí. Puede que lleve uno o dos días.

—¿Ninguna noticia de Sri Lanka?

—Nada. Crucemos los dedos. En cuanto sepa algo, lo sabrás tú también.

Pensar en Sri Lanka me hizo acordarme de Serena.

—Por cierto, ¿me dijiste que Serena Kempton ha estado viviendo en Mánchester desde que volvió de Sri Lanka? Si es así, ahí tienes otro nombre que termina en er.

Él consultó el expediente y confirmó que, en efecto, vivía allí. ¿Podría ser ella la autora de las cartas? Como de costumbre, los sospechosos volvían a multiplicarse.



Después de comer, recogí a Oscar y subimos la colina para cruzar la cima en dirección a la fattoria de la signora Leonardo. Cuando apareció ante nosotros la casita que sería mi hogar a partir del sábado, vi que la furgoneta blanca estaba allí de nuevo, esta vez acompañada por una azul con el nombre de una empresa de electrodomésticos en el lateral. Entré para entregarle el resto de la fianza y me encontré a la *signora* en la cocina con dos hombres que acababan de terminar de instalar una cocina nueva, con su manguera y su bombona de gas.

—Buenas tardes, signora Leonardo, vengo a darle el dinero que le debo.

—Muy amable. ¿Ha visto su cocina nueva?

—Sí, tiene muy buena pinta. Gracias.

Uno de los hombres me explicó cómo funcionaba todo y me dio una llave inglesa enorme, diseñada especialmente para conectar y desconectar la bombona. Después sacó una tarjeta y me explicó que, cuando necesitara más gas, solo tenía que llamarlo o llevar la bombona vacía a Montevolpone, donde él me vendería una llena. Cuando él y su compañero se marcharon, la *signora* me enseñó la cantidad de utensilios de cocina, vajilla, vasos, ollas y sartenes que llenaban ahora los armarios y me sacó una botella de vino —

naturalmente sin etiqueta—, asegurando que tenía que probarlo porque procedía de su antiguo viñedo, ahora trabajado por un vecino. Estaba realmente bueno, así que le pregunté si podría comprarle más, y aceptó enseguida.

Mientras hablábamos, oí ruidos en la planta de arriba y la *signora* me lo explicó.

—Es mi hija, Isabella. Está ahí arriba, dándole un repaso a fondo a la casa. ¿Por qué no sube y se presenta? Yo cuidaré de su perro mientras sube a verla. Mis pobres rodillas no se llevan bien con las escaleras, así que me quedaré aquí, si no le importa. Tiene muchas ganas de conocer a un autor inglés famoso.

Decidí no sacarla de su error. Si quería pensar en mí como en un autor famoso, por mí perfecto. Solo esperaba encontrar inspiración aquí arriba y ser capaz de terminar por lo menos un libro para justificar parte de esa descripción. Subí y encontré a una mujer amable, probablemente de mi edad o un poco mayor. Me alegró ver que Isabella no solo había limpiado los dormitorios, sino que había hecho ambas camas con ropa limpia y estaba de rodillas en el cuarto de baño dándole un repaso a fondo. Quedé muy impresionado y enormemente agradecido. Parecía que no iba a limitarme a ocupar la casa sin más.

De vuelta abajo, tras entregarle a la *signora* el resto del dinero pendiente, me explicó cómo llegar hasta la poza del arroyo donde Oscar podía bañarse. Nos dimos la mano y quedamos en que nos veríamos allí el sábado al mediodía, cuando me entregaría las llaves y empezaría mi nueva vida.

El perro y yo seguimos un sendero estrecho que bajaba por la ladera entre más viñedos. Una hilera de árboles y arbustos en el fondo del valle marcaba el curso del arroyo y fue fácil encontrar la poza de la que había hablado la *signora.* Para mi sorpresa y gran satisfacción, la poza, aunque más pequeña que la de la villa, era casi tan ancha como mi dormitorio allí y, por la forma en que Oscar chapoteaba, el agua debía de ser lo bastante profunda como para que yo también pudiera venir en un día de calor. Por un instante me planteé quitarme la ropa y meterme en el agua con él, pero el pudor natural me frenó, así que me limité a sentarme a la sombra y a

lanzarle palos para que los buscara. Aquello pronto se convirtió en un juego de habilidad: no tanto por parte del perro como por la mía. Cada vez que el alegre animal salía del agua con un palo para mí, se sacudía entero y el truco consistía en anticipar la ducha y ponerme a cubierto para no acabar empapado en agua con aroma a labrador. Nos divertimos mucho, hasta que me sonó el teléfono. Era Virgilio.

—*Ciao,* Dan, tengo noticias de Sri Lanka. Acaba de llegar el informe.

—¿Noticias interesantes?

—Lihini Devar está definitivamente muerta. Se quitó la vida el veintiuno de agosto del año pasado en Colombo, Sri Lanka. Solo tenía veintiséis años. No fue una sobredosis. Adivina cómo lo hizo.

—¿Cianuro?

—Exacto. —Sonaba impresionado—. La muerte debió de ser casi instantánea. Un policía encontró el cuerpo en un callejón varias horas después.

—¿Alguna idea de por qué lo hizo?

—No se menciona nada, pero ha surgido un dato. Estuvo en la prisión de Welikada cinco años, desde los veinte hasta los veinticinco, acusada de haber estado asociada con los Tigres Tamiles. ¿Has oído hablar de ellos?

—Vagamente. Hubo una guerra civil allí, ¿no? Si era tamil, me pregunto si por eso se quitó la vida o si podría tener relación con nuestro caso. ¿Hubo autopsia?

—No, su muerte apenas provocó una mínima agitación. Para las autoridades era una exconvicta que se había matado. Entre líneas, el informe policial viene a decir que era una potencial terrorista menos, así que mejor para todos.

—Pobre chica. El suicidio es terrible a cualquier edad, pero ¿a los veintiséis? ¿Quieres que intente hablar con Serena ahora que tenemos esta información? Quizá sea el estímulo que necesita para abrirse, con suerte para contarnos más sobre por qué la visita de su novia a la villa el año pasado fue un desastre.

—Creo que sería una muy buena idea. ¿Quieres que suba yo a Montevolpone o prefieres hablar tú solo con ella?

—Si no te importa, creo que será mejor verla a solas en primera instancia. Está muy estresada. Se nota que la muerte de Jonah le ha afectado mucho y no queremos asustarla. Me aseguraré de hablar con ella esta tarde o esta noche.

—De acuerdo, gracias. Por cierto, seguimos tu idea sobre el dueño del taller y su sobrino y tenías razón: el chico estaba cubriendo a su tío, sobre todo porque, si no lo hacía, nuestro amigo Puppo había amenazado con despedirlo.

—Un encanto de hombre. Entonces, ¿esto lo mete en nuestra lista de sospechosos?

—Por desgracia, no. Con un interrogatorio más a fondo salió que Puppo lleva seis meses liado con la mujer de su vecino y aquella tarde estaba con ella. Ella lo confirma, aunque estaba bastante cabreada por haber sido descubierta. Da la impresión de que esa relación no va a durar. En cualquier caso, hemos dado a Puppo y a su sobrino una advertencia formal por hacernos perder el tiempo, pero la conclusión es que podemos descartarlos.

—Una lástima. Siento haberte hecho perder el tiempo.

—En absoluto, valía la pena comprobarlo. Me temo que tus vacaciones se están convirtiendo en unas vacaciones de trabajo.

—¿Sabes una cosa, Virgilio? No me importa. De hecho, me encanta. Me viene bien mantener la práctica y, si te ayuda, mejor aún. Intentaré hablar con Serena lo antes posible. Te llamaré en cuanto haya hablado con ella.

Para cuando regresamos a la villa, Oscar estaba casi completamente seco y yo tenía ganas de darme un baño, pero antes tenía que hablar con Serena. Después de dejar al perro en la cocina con Antonio, fui al salón de seminarios y salí a la terraza, donde me alegró mucho encontrarla. Estaba sentada sola, como siempre, con la mirada perdida en la distancia. Un poco más allá estaban Agatha y Elaine, y tenía claro que no quería que escucharan nada.

—Serena, ¿podrías dedicarme unos minutos para hablar?

Parpadeó y alzó la vista.

—Sí, claro, Dan. ¿Ha pasado algo?

—Supongo que sí. Como te digo, tenemos que hablar, en un lugar privado.

—¿Por qué no subes a la habitación de la torre? Dame media hora para arreglarme y nos vemos allí. No nos interrumpirán.

—Perfecto.

Me pregunté qué querría decir con arreglarse.



Subí a mi habitación y bebí un largo trago de la botella de agua mineral que tenía junto a la cama antes de darme una ducha fresca. Ya pasaban de las cinco y se suponía que debía encontrarme con Charlotte a las siete, así que, dependiendo de lo que durase mi conversación con Serena, parecía que mi baño tendría que esperar hasta mañana. Aunque había dejado la ventana abierta, en mi habitación hacía un calor sofocante y el aire era aún más denso cuando subí las escaleras hacia la torre unos minutos más tarde. Serena estaba allí, esperándome, como siempre en su propio mundo. Vi que se había cambiado. Ahora llevaba un sari dorado deslumbrante y se había recogido el pelo, como si fuera camino de un baile. De forma incongruente, llevaba un solo pendiente.

—Hola, Dan, siéntate.

Aunque su voz era baja y el tono medido, percibí de inmediato la tensión. Hice lo que me pedía y la observé unos instantes, esperando a que hablase ella primero. El único sonido allí arriba era el arrullo de un par de tórtolas en el tejado, quizá descendientes lejanas de las aves que vivieron aquí cuando esto era un palomar.

—¿De qué querías hablar, Dan? —Seguía con ese tono deliberadamente neutro.

Decidí ir directo al grano.

—¿Por qué no me hablas de Lihini, de su muerte por envenenamiento con cianuro y de lo que ocurrió exactamente aquí en la villa el verano pasado?

—Ya veo.

Había esperado explosiones, quizá indignación, tal vez lágrimas, pero lo único que detecté en su voz fue resignación.

—¿Te apetece contármelo todo?

Asintió lentamente.

—Yo estaba en Colombo cuando lo hizo.

—¿Estabas con ella cuando se quitó la vida?

—No, estaba en la habitación del hotel. Me dijo que iba a la farmacia y no volvió. La policía me contó lo que había pasado a la mañana siguiente.

—¿Y por qué lo hizo? Una mujer joven de veintiséis años, con toda la vida por delante… ¿Por qué suicidarse?

La respuesta tardó en llegar. Cuando lo hizo, fue en una voz tan baja, apenas un susurro, que casi no pude entender las palabras.

—Descubrió que estaba embarazada.

—Ah… —La imagen empezó a perfilarse con claridad—. ¿Y el padre…? —Esperé unos veinte segundos antes de aportar lo que creía que sería la respuesta—. ¿Jonah?

De golpe, levantó la vista de sus manos y me miró fijamente, los ojos ya no vacíos sino llenos de odio.

—¡Jonah!

El veneno en su voz era palpable.

—¿Cómo ocurrió?

—Fue la fiesta de final de curso. Así llamamos a la cena que celebramos aquí en la villa cada año, al terminar el curso de verano, cuando todos los participantes se han marchado a sus casas.

Su tono era sorprendentemente neutro. Podría haber estado describiendo algo cotidiano. Solo una vena latiendo en su sien delataba el torbellino interior.

—Habíamos bebido bastante y al final solo quedábamos Jonah, Lihini y yo. Yo me fui a dormir mientras ellos se tomaban una copa de despedida.

Bajó la mirada y guardó silencio durante un minuto entero, pero no la presioné. Por fin, retomó el hilo, aunque la tensión en su voz resultaba ahora más evidente.

—Me sigo culpando cada día por haberme ido y haberla dejado. Estaba cansada, un poco borracha, y jamás pensé que incluso un animal como Jonah pudiera caer tan bajo. —Alzó de nuevo la cabeza y la angustia en su rostro era más que evidente—. La drogó. No sé qué usó. Rohypnol o algo parecido, supongo. Pero, fuera lo que

fuese, surtió el efecto que él quería. No sé a qué hora subió ella a la habitación, yo debí quedarme frita, pero cuando desperté por la mañana ya había recogido sus cosas, llamado a un taxi y se había marchado.

—¿No te contó lo que había pasado?

—No tuve ocasión de hablar con ella. —Por primera vez vi lágrimas en las comisuras de sus ojos—. Las cosas entre nosotras iban tan bien hasta entonces y, de repente, salió de mi vida.

—¿Y la seguiste hasta Sri Lanka?

Asintió.

—Sí, pero tuve que esperar casi un mes, hasta que Jonah se dignó a pagarme, para poder comprar el billete. Volé a Colombo y conseguí localizarla. Estaba hecha polvo. Tardé unos días, pero al final logré que me contara lo que había pasado en la Toscana y me dijo que tenía un retraso —me miró fugazmente—, ya sabes, que no le venía la regla. Estaba aterrada ante la posibilidad de estar embarazada de Jonah.

A esas alturas ya había sumado dos y dos.

—¿Qué iba a comprar a la farmacia? ¿Una prueba de embarazo?

Serena volvió a asentir.

—Debió de hacerse la prueba antes de volver al hotel y, cuando vio que realmente estaba embarazada, se quitó la vida.

Por primera vez vi lágrimas deslizarse por sus mejillas, así que me aparté y le dejé unos minutos. Me levanté y me acerqué a la ventana que daba al jardín y a la piscina, donde distinguí una figura oscura de cuatro patas paseándose por la hierba tranquilamente. Nada que ver con la mujer atormentada que tenía a mi lado. Me sacó de mis pensamientos el sonido de su voz.

—Entonces supe lo que tenía que hacer. —Me giré y la vi aún con los ojos enrojecidos, pero con un tono más firme—. ¿Has oído hablar alguna vez de los tamiles?

—Sé que Lihini era tamil de nacimiento. Por eso la encarcelaron, ¿no?

—Y la torturaron… —Se secó la cara con el dorso de la mano y tomó aire—. Eso era lo que les pasaba, ¿sabes? Cuando las fuerzas del Gobierno atrapaban a alguien que creían un terrorista tamil, lo

golpeaban, lo torturaban y le hacían cosas indescriptibles. Ella tuvo suerte de acabar en la cárcel y no muerta. Los combatientes, que se llamaban tigres, sabían lo que ocurría si los capturaban, así que muchos llevaban pastillas suicidas.

—¿Cianuro?

—Sí, porque actúa muy deprisa. Algunos llevaban las pequeñas cápsulas llenas de veneno en collares, otros cosidas al cuello de la camisa y algunos en forma de pendientes. Lihini era simpatizante, no terrorista, y no llevaba ninguna encima cuando la detuvieron. —Mientras hablaba, la observé con atención y vi que ya se había quitado el pendiente: tenía las orejas desnudas—. Desde que salió de la cárcel, siempre llevaba pendientes. —Su voz sonó ahora completamente apagada—. Así que, después de su muerte, hablé con su hermano. Sigue escondido de las autoridades, pero yo sabía cómo localizarlo. Él me consiguió un par. Los he llevado puestos desde entonces.

—Pero no hoy.

—Ya no hace falta.

Su voz era totalmente inexpresiva.

—¿Y usaste uno para vengarte de Jonah?

—Sí.

—Y luego también lo apuñalaste.

Alzó la vista de golpe.

—No, eso no lo hice yo. Eso es lo extraño de todo esto. Sí, envenené el vino de su copa, pero no lo apuñalé. —Miraba ahora por la ventana, como si estuviera sola allí arriba—. Fue tan fácil… Salí de la sesión de la tarde diciendo que iba al baño. Sabía que él seguiría en el comedor, emborrachándose, así que entré y me senté en la mesa a su lado. —Se estremeció—. ¿Sabes lo que hizo? Puso su mano en mi muslo y me lanzó una mirada lasciva. Me dio asco. Si tenía alguna duda sobre matarlo, se desvaneció al instante, y vacié el contenido de la cápsula de mi pendiente en su copa de vino. No se dio cuenta de nada y menos de un minuto después la cogió y bebió un gran sorbo.

—Y murió.

—Murió casi de inmediato, pero cuando empezó a tener espasmos, me miró fijamente a los ojos y yo me incliné y le dije que aquello era por lo que le había hecho a Lihini. Estoy segura de que me oyó, aunque ya no podía reaccionar. Lo vi en sus ojos. Lo vi morir y luego salí de la habitación y volví a la sesión. —Su voz sonaba ahora claramente más firme—. Y lo volvería a hacer si pudiera.

—¿Pero niegas haberlo apuñalado? —Necesitaba estar seguro.

—Por supuesto. ¿Por qué iba a apuñalarlo? Sabía que estaba muerto. —Su determinación era ahora evidente—. Mi intención era volver a mi cuarto, enviar un mensaje a mi madre y luego tragar el contenido del otro pendiente. Pero nadie hablaba de veneno. Todo el mundo hablaba de una daga en el corazón, así que esperé, preguntándome si esa otra persona podría librarme.

—¿Y ahora?

—Y ahora sé lo que tengo que hacer. —Sonaba sorprendentemente tranquila, resignada—. Gracias por escucharme, Dan. Me siento mucho mejor. No voy a volver a la cárcel, así que ciao…

Antes de que pudiera reaccionar, se oyó un chasquido seco al romper algo entre los dientes y Serena se echó bruscamente hacia atrás en la silla, los ojos muy abiertos, mirando al vacío. Unos pequeños copos de espuma blanca aparecieron en la comisura de su boca y, casi al mismo tiempo, cayó hacia delante. La sujeté por la cabeza al desplomarse y la sostuve mientras se deslizaba al suelo. Le abrí con cuidado los dedos de la mano izquierda: tenía el otro pendiente agarrado, ya sin la cápsula central. Un leve toque en su pulso me confirmó que todo había terminado.

Serena había muerto.



—¿Por qué iba a apuñalarlo? Sabía que estaba muerto.

Detuve la grabación y miré a Virgilio. Él ya había escuchado toda la entrevista una vez y yo había vuelto a este punto porque quería

que no hubiese ninguna duda sobre lo que ella había dicho. Dos hombres acababan de cerrar con la cremallera la bolsa negra donde habían metido el cuerpo de Serena y se preparaban para bajarlo a pulso por la empinada escalera del palomar. Virgilio negó lentamente con la cabeza, aún intentando asimilar lo que había oído. Se lo dejé claro.

—Lo ha negado dos veces, de manera muy específica. Y teniendo en cuenta que acababa de confesar el asesinato de Jonah y que probablemente ya tenía la cápsula con veneno en la boca cuando me lo dijo, no veo qué motivo tendría para mentir. En mi opinión, si dice que no lo apuñaló, es que no lo apuñaló.

—Estoy de acuerdo. Así que ahora tenemos el suicidio de la mujer que asesinó a Jonah Moore, pero seguimos sin saber quién intentó envenenarlo con la mezcla de adelfa ni quién le clavó la daga en el corazón.

Compartía su frustración.

—Iba a preguntarle por el veneno de adelfa, pero no tuve tiempo. Y, de nuevo, no creo que fuese ella. Dijo muy claramente que puso el veneno en la copa, no en la botella. No hay forma de evitarlo: seguimos buscando al menos a otro asesino, o a un intento de asesino, y tiene que ser alguien de esta casa.

—Y, por supuesto, tampoco has podido preguntarle si era ella quien escribía las cartas anónimas. Quizá fueran suyas, desde Mánchester, como pensabas…

Nos quedamos en silencio mientras los restos mortales de una mujer destrozada eran bajados por la escalera de caracol. Sí, había cometido un asesinato, pero, para mí, la responsabilidad última de este episodio trágico recaía en la víctima original: Jonah Moore. Su conducta egoísta y sin escrúpulos había provocado directamente tres muertes, incluida la suya.

—Lamento muchísimo no haber previsto que iba a suicidarse así. Esto nos deja con muchas preguntas sin respuesta, ¿verdad?

Virgilio esbozó una sonrisa amarga.

—Depende de lo mucho que queramos esas respuestas. He hablado con mi jefe de camino aquí, ¿y sabes qué me ha dicho en cuanto he sacado el tema? Que me olvide. Para él, el caso Jonah

Moore está cerrado. Tenemos a una autora confesa que, además, ha tenido la amabilidad de ahorrarnos el trabajo de detenerla, así que ¿por qué malgastar recursos buscando a alguien más?

—Puedo entender su postura… más o menos. Al fin y al cabo, el patólogo confirmó sin ninguna duda que fue el cianuro de Serena lo que mató a Jonah, así que, dado que ya estaba muerto, a los otros aspirantes a asesinos como mucho se les podría acusar de intento de homicidio o quizá solo de profanar un cadáver o lo que sea que dicte la legislación italiana. —Le sostuve la mirada a Virgilio—. No me malinterpretes. Detesto los casos con cabos sueltos. El hecho es que hay por ahí, al menos, una persona que estuvo dispuesta a matar a otro ser humano y, si lo ha intentado una vez, puede volver a hacerlo.

—Opino exactamente lo mismo. —Le vi tomar una decisión—. Muy bien, ¿sabes qué voy a hacer? Voy a anunciar que el caso está cerrado. Serena Kempton mató a Jonah Moore y asunto concluido. Con eso mi jefe está contento y puedo desmovilizar al equipo de homicidios. Mañana devolveremos los pasaportes y diremos a todos que pueden marcharse cuando quieran. Tú y yo sabemos que, como mínimo, otra persona intentó matarlo y, si estás dispuesto, seguiremos buscando. Quién sabe, quizá tengamos nuevas pistas cuando lleguen las respuestas del Reino Unido sobre posibles conexiones con la víctima de cuando trabajaba allí.

—Cuenta conmigo, Virgilio, pero teniendo en cuenta que todos se marchan el sábado, no nos queda mucho tiempo. Ojalá, al relajarse, quien lo hizo se delate.

Consultó la hora.

—Siete y media. Tus compañeros estarán reuniéndose para cenar, ¿no?

Mierda… ¡Charlotte! Con todo lo que había pasado en las últimas horas, había olvidado por completo nuestra cita para cenar.

—Sí, es justo la hora de la cena.

—Entonces creo que lo mejor será reunir a todos y hacer un anuncio oficial. ¿De acuerdo?

—Desde luego, pero antes tengo que sacarme de un lío.

Ante sus cejas levantadas, le expliqué lo de Charlotte.

—Me alegra saber que estás pasando página, Dan. Bien por ti. Y no te preocupes por llegar un poco tarde: si le gustas, no le importará.

Charlotte se mostró muy comprensiva cuando oyó lo sucedido y entre los dos decidimos abandonar la idea de salir a cenar —al menos hasta mañana— y nos unimos a los demás en la sala de seminarios para escuchar a Virgilio. Ella se colocó a mi lado y se apretó contra mi brazo mientras lo escuchábamos dirigirse a todos los presentes. Antonio y Maria también estaban allí, junto con Annarosa, la cocinera. De hecho, el único habitante de la villa que faltaba era Oscar, pero ya se lo contaría más tarde.

Hubo sentimientos encontrados cuando se hizo público que Serena había matado a Jonah y luego se había quitado la vida. Había sido una de las integrantes más queridas del grupo. Sin entrar en demasiados detalles, Virgilio explicó que la muerte de la novia de Serena había afectado a su estado mental y que ella había buscado vengarse de Jonah por aquello que hubiera hecho y que había llevado a Lihini, y después a la propia Serena, a quitarse la vida. Mantuve los ojos fijos en el rostro de Maria mientras hablaba, pero no vi más que tristeza, no sorpresa. Podía haberme dicho que había amado a su marido, pero estaba claro que no albergaba ninguna ilusión sobre lo atroz de su comportamiento. Sentí lástima por ella, pero también me alegré de que ahora estuviera libre de él. Con suerte, nunca más volvería a ser maltratada verbal o físicamente por ningún hombre.

La reacción general en la sala fue de alivio al conocer que el asesinato se había resuelto y que ya no convivíamos con un asesino. Para mí, lo complicado era intentar discernir si esas expresiones de alivio se debían a saber que ya no había un asesino entre nosotros o a que ellos mismos dejaban de estar bajo sospecha. Hice lo posible por escrutar todos los rostros, pero no obtuve nada. Si la autora o autoras de las cartas de odio, el veneno casero y la puñalada al corazón estaban entre nosotros, no mostraban el más mínimo signo de culpa.

Acompañé a Virgilio hasta la puerta principal. Alguien ya había retirado la cinta de la puerta del comedor y el único rastro de la

presencia policial era el coche de Virgilio y su conductor fuera. Bajamos juntos hacia el aparcamiento. Consciente de que probablemente teníamos muchos ojos encima, nos dimos la mano de modo formal, como si aquello marcara realmente el final del caso, y mientras lo hacía, le lancé una invitación.

—¿Te gustaría venir a cenar el sábado con Lina? Me encantaría enseñaros mi nueva casa. Venid con ropa vieja y no esperéis gran cosa en cuanto a comida, porque me habré mudado justo ese día, pero sería estupendo veros a los dos e intentar devolveros un poco de vuestra hospitalidad.

Le expliqué cómo llegar a la casa y me aseguró que vendrían encantados. Sus palabras de despedida, mientras subía al coche, fueron:

—Nos vemos entonces, pero espero tener noticias de Inglaterra antes de eso. *Ciao* y gracias.

El ambiente en la mesa aquella noche fue variado. Por supuesto que había alivio, pero estaba teñido de una profunda tristeza por el trágico destino de Serena. No me sorprendió oír a Agatha anunciar en voz alta que no tenía ninguna duda sobre lo que le había ocurrido a Lihini.

—Violación, fue una violación, no hay vuelta de hoja.

Lanzó una mirada de soslayo hacia Maria y seguí la dirección de sus ojos. Maria estaba allí sentada, con las manos fuertemente entrelazadas sobre el regazo, mirando fijamente la superficie de la mesa.

—Yo estuve aquí el año pasado y, lamentablemente, para mí y para todos era evidente que Jonah deseaba a la novia de Serena. Fue repugnante. Lo siento, Maria, pero estoy completamente segura de que sus actos, y solo sus actos, fueron la razón de que Lihini se quitara la vida. Y ahora la pobre Serena se ha ido para reunirse con ella.

Su voz se quebró un instante.

—Pobre Serena.

Todas las miradas se dirigieron entonces a Maria. Con lentitud y total deliberación, alzó la vista y miró a Agatha al otro lado de la mesa.

—Estoy segura de que tienes razón, Agatha. Ahora, si me disculpáis, creo que necesito estar sola.

Su voz estaba cuidadosamente controlada, pero todos percibimos la intensa emoción que la atravesaba. Se levantó y salió de la sala, dejándonos sentados en un silencio absoluto que finalmente rompió una voz americana.

—Lady, usted sí que sabe decir lo que no toca en el momento menos oportuno.

Mikey/Martin negaba con la cabeza, incrédulo, mientras miraba a Agatha con un desprecio apenas disimulado.

—Acaba de perder a su marido y a su buena amiga, por el amor de Dios.

Bebió un trago enorme de vino y apartó la mirada.

Por su parte, Agatha tuvo la decencia de reaccionar como correspondía.

—Lo siento… Había que decirlo, pero quizá este no era el momento… —En su favor, se levantó—. Voy a hablar con Maria. Disculpadme.

A los pocos minutos, Agatha reapareció, pero Maria no. Agatha se mantuvo inusualmente apagada durante el resto de la cena y nadie volvió a sacar a colación su denuncia del difunto. Poco a poco, el ambiente alrededor de la mesa mejoró.

Si hubiera tenido que repartir premios al más aliviado de la sala, el primer premio habría ido, sin lugar a dudas, para Antonio. Era otro hombre. De acuerdo, seguía pareciendo el conde Drácula, pero la nube de abatimiento que llevaba tantos días colgada sobre él se había disipado y ahora se movía con una ligereza renovada mientras rodeaba la mesa, sirviéndonos generosas raciones de los ravioli caseros de Annarosa. Estaban rellenos de queso de cabra, espinacas y parmesano, y eran deliciosos.

El vino corrió libremente y las sonrisas volvieron poco a poco. A mi lado, Charlotte mantenía un flujo constante de conversación al que yo intentaba responder lo mejor posible, aunque mi cerebro seguía analizando las reacciones de mis compañeros. Emily, al fondo de la mesa, parecía eufórica. Sobre ella seguía pesando en mi mente un pequeño nubarrón de sospecha después de aquella expresión

momentánea de alarma que le había visto cuando anuncié que Virgilio estaba siguiendo una nueva pista. ¿Se debía su obvia alegría a darse cuenta de que acababa de librarse de una acusación de asesinato?

Millicent no parecía eufórica ni de lejos, pero, siendo justos, tampoco podía imaginármela eufórica por nada. La profesora Diana y la canosa Elaine charlaban animadamente sobre juguetes sexuales y Gavin mantenía una conversación relajada con Will sobre *windsurf.* Hacía tiempo que había descartado a Mikey/Martin como posible sospechoso, así que, a menos que mi corazonada sobre una posible conexión con Exeter por parte de alguno de los británicos de la mesa diera fruto, parecía que el superior de Virgilio iba a salirse con la suya y el caso verdaderamente había quedado cerrado.

La pasta fue seguida por un magnífico guiso de pescado con puré de patatas y, como colofón especial, un tiramisú casero. Cuando Antonio sirvió los cafés y colocó sobre la mesa una botella de *grappa* para celebrarlo, me sentía agradablemente lleno y un poco achispado. La mayoría nos servimos algo de aquel licor transparente, que resultó no ser el aguardiente abrasador que yo esperaba y estaba bastante rico en un sentido seriamente alcohólico. No pude evitar fijarme en que Agatha y Elaine se sirvieron unas tres veces más que los demás. Debían de tener un estómago a prueba de bombas.

Después de la cena, Charlotte y yo salimos al jardín a dar un paseo y estuve atento por si Oscar aparecía dando saltos dispuesto a reanudar su ataque celoso. Para curarme en salud, la conduje por la puertecita de mimbre —que atranqué detrás de nosotros— y nos sentamos juntos en una tumbona al otro lado de la piscina. Allí, al menos, era poco probable que el perro nos molestara. Reinaba un silencio total y, con el brillo de las estrellas reflejándose en el agua, flotaba en el ambiente una sensación de romanticismo. Me pregunté si Charlotte la sentía también.

Apenas nos habíamos acomodado cuando se encendieron las luces de la piscina bajo la superficie y aparecieron los dos agentes de la DEA. Charlotte enseguida empezó a charlar animadamente con Rachel mientras yo me recostaba en la tumbona y, para mi

vergüenza, me quedaba dormido. De acuerdo, imagino que fue una combinación de los acontecimientos del día, la comilona y demasiado alcohol, pero, en lo que respecta a un final romántico para la noche, no era exactamente lo que yo había previsto. Cuando desperté, descubrí que era la una de la madrugada y que estaba completamente solo, salvo por una pequeña nube de mosquitos. Charlotte me había dejado allí dormido.

Adiós al romanticismo.

Alguien había apagado ya las luces y regresé a la villa a tientas, en plena oscuridad. No me sorprendió descubrir que la puerta principal estaba cerrada a esas horas, así que rodeé hasta la cocina y probé la puerta trasera. También estaba cerrada, y mis intentos de forzar el pomo debieron de despertar algún tipo de instinto de perro guardián en el labrador, porque empezó a ladrar con fuerza desde dentro. Me agaché, con los labios pegados a la cerradura, intentando desesperadamente que se callara, cuando una voz sepulcral sonó a mi espalda.

—¿Puedo ayudarle, signor Dan?

—¡Hostias…, Antonio!

No le había oído acercarse y el sobresalto hizo que me incorporase de un brinco, dándome un cabezazo contra el pesado tirador de la puerta. Me puse en pie frotándome la frente mientras él abría la puerta y el perro, entusiasmado, salía disparado. Estaba a punto de disculparme por haber molestado a la casa cuando fue él quien se disculpó conmigo.

—Siento haberle dejado fuera. No me di cuenta de que aún quedaba alguien afuera.

Me fijé en que Drácula llevaba ahora un pijama de rayas azules y blancas y unas zapatillas. De algún modo, en ninguna de las películas de terror que he visto a lo largo de los años aparecía el célebre vampiro vestido así.

—¿Puedo traerle algo, signor Dan?

Negué con la cabeza.

—Es muy amable, pero no, gracias. Siento haberle molestado.

—No se preocupe en absoluto. No estaba dormido. Después de las noticias tan trascendentales de esta noche estoy demasiado feliz

para dormir. Es como si me hubieran devuelto la vida.

—A diferencia de la pobre Serena.

—Sí, la pobre Serena.

Capítulo 13

Jueves

Me desperté a la mañana siguiente con dolor de cabeza, que no tenía nada que ver con el golpe que me había dado en la frente con el tirador de la puerta y sí con el alcohol. Me miré fijamente en el espejo del cuarto de baño y me eché una buena bronca. Ya no era un adolescente y sabía que debía comportarme como un adulto. Tenía un leve moratón en la frente por culpa del tirador de la puerta trasera y un par de picaduras de mosquito en el cuello. Lo único que me consolaba era que Helen no estaba allí para reforzarme el mensaje.

Si me hubiera afeitado probablemente habría parecido un poco más presentable, pero decidí salir directamente a correr muy despacio, esperando no toparme con Charlotte en ese estado. Para mi alegría, mientras trotaba lentamente entre los árboles me encontré con un viejo amigo que me recibió con entusiasmo. Al menos a él no parecía importarle que su futuro amo llevara una resaca de campeonato y el aspecto de alguien que había sido arrastrado por un seto.

—*Ciao,* perro. ¿Vienes a dar un paseo?

No hacía falta respuesta y los dos tomamos el sendero y empezamos a subir la pendiente. Mi trote suave se convirtió en un paseo suave, pero aun así, cuando alcancé el mirador en lo alto, estaba chorreando de sudor. La buena noticia era que el dolor de cabeza había remitido. Me senté en los ya familiares restos del muro de piedra seca y contemplé el paisaje mientras hacía en mi mente una lista de la compra. Antes del sábado, necesitaba provisiones para mi nueva casa, invertir en unos cuantos artículos básicos como jabón, detergente y, por supuesto, comida para perros. Pero antes que nada tenía otras dos tareas pendientes. Eran atrapar al aspirante a asesino armado con un puñal y disculparme con

Charlotte por haberme quedado dormido anoche. Entre las dos, esta última parecía, con diferencia, la más intimidante.

De vuelta en la villa, me di una ducha larga, me limpié los dientes dos veces y me afeité lo más al ras que pude. Luego me puse un polo limpio que ocultaba mis picaduras, encontré mi único par de pantalones cortos decentes y bajé a afrontar las consecuencias. Encontré a Charlotte sentada en la sala del seminario con un cuenco de macedonia delante y a Diana a su lado. Cuando nuestras miradas se cruzaron, me preparé para un gesto helado, pero lo único que vi fue una leve diversión.

—Bueno, bueno, bueno, si es la Bella Durmiente. ¿Te ha besado por fin un príncipe azul para despertarte?

—Mira, Charlotte, lo siento mucho…

—No te preocupes por eso. Ayer fue un día duro para todos, pero para ti en particular. Estar con Serena cuando se quitó la vida tuvo que ser horrible, así que por supuesto estás perdonado. Ven y siéntate a mi lado.

Sentí una oleada de alivio recorrerme.

—Genial, gracias. ¿Seguimos con la cena de esta noche?

—Yo sí, si tú sigues.

—Desde luego. Estaba pensando en probar quizá el restaurante de Montevolpone, en lugar de volver hasta San Miniato. El del bar dice que Da Geppo es el mejor sitio de toda la Toscana para comer carne a la brasa.

—Suena estupendo.

En ese momento apareció Antonio con mi *cappuccino* habitual y unos cruasanes. No lo había visto, pero debió verme él a mí y, como el camarero impecable que era, se había adelantado a mis necesidades. Bebí el café agradecido mientras volvía a pedirle disculpas por haberlo molestado anoche. Él respondió con una sonrisa —una sonrisa de verdad, no una mueca ni un leve temblor de labios. Sonrió de verdad.

—No pasa nada, signor Dan. Como le dije, no estaba dormido.

—Bueno, gracias de todos modos. —Miré alrededor—. ¿Cómo está Maria esta mañana?

—Bien, creo. Ayer por la noche estaba muy afectada, pero hoy parece que está mejor. Puede verlo usted mismo; llegará en un minuto.

Un par de minutos después llegó, acompañada de Millicent. Ninguna sonreía, pero ambas parecían menos tensas que en los últimos días. Maria se sentó a mi otro lado y posó una mano suave en mi brazo.

—Quería darte las gracias, Dan, por todo lo que has hecho por mí…, por nosotros. Al final esto está siendo para ti unas vacaciones con caso policial incluido, ¿verdad? Espero que todo tu trabajo detectivesco no te haya estropeado el curso.

—En absoluto. Como le dije al inspector, he disfrutado volviendo a ser poli unos días. Me alegro de que hayamos descubierto quién mató a Jonah, pero siento muchísimo cómo terminó todo para Serena. Con un buen abogado y un juez comprensivo podría haber alegado que actuó con la mente perturbada por lo ocurrido a su novia y quizá habría recibido una condena más leve.

—Pobre chica —asintió Maria con tristeza—. Agatha tenía razón. Todo esto lo causó Jonah.

—¿Por qué te casaste con él, Maria? —intervino Charlotte, con un tono suave y comprensivo—. ¿No veías qué tipo de hombre era?

Maria incluso consiguió esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Quién fue el que dijo que el amor es ciego? Cuando era más joven, Jonah podía ser muy encantador, incluso considerado. Supongo que la gente cambia al hacerse mayor.

—No estoy tan segura de eso. —Había un filo duro en la voz de Charlotte—. En mi experiencia, una vez infiel, siempre infiel.

—¿Has tenido malas experiencias en tu vida? —preguntó Maria, con un tono compasivo.

—¿Quién no? —Charlotte dejó escapar un pequeño suspiro—. Pero al menos tuve la suerte de conocer a un hombre maravilloso. Es una pena que lo haya perdido.

Para mi sorpresa, y probablemente para la de todos, intervino Millicent, con un tono reflexivo y emotivo:

—Perder a alguien a quien amas es horrible.

Siguió un largo silencio. Me dediqué a mi café y a mis cruasanes y decidí mantenerme al margen. Sabía por experiencia que una ruptura también podía hacer daño, pero si tenía que ordenar los dolores, supongo que pondría en primer lugar la pérdida del marido de Charlotte, seguido muy de cerca por el prometido envenenado de Millicent, y luego mi situación con Helen. La muerte de un tipo rastrero como Jonah quedaba mucho más abajo, al menos para mí…, pero, claro, yo no me había enamorado de él ni me había casado con él. Pobre Maria.

—Me sorprende que ninguno de vosotros sepa que «el amor es ciego» viene de Romeo y Julieta, por cierto. —Fue casi un alivio oír a Millicent volver a su modo habitual, más cáustico—. Bien, esta mañana vamos a hacer una sesión que os obligará a escribir por parejas, así que espero que estéis debidamente creativos. —Sentí cómo sus ojos se deslizaban durante un segundo sobre Charlotte y sobre mí—. Las parejas las decidiré yo, y mi objetivo es separar a cualquier pareja formada para que todos estéis en igualdad de condiciones.

No sabía si alegrarme o sentirme decepcionado.

Cuando empezó la sesión, me encontré emparejado con Agatha. Por suerte, hoy se nos había ordenado expresamente mantener el sexo fuera del ejercicio y centrarnos en crear «atmósfera». La idea de sentarme a escribir una escena subida de tono con Agatha habría sido aterradora, así que acepté encantado su propuesta de escribir sobre un paisaje campestre inglés. Ella sugirió componer nuestro texto sobre un paraíso bucólico impoluto y yo estuve de acuerdo sin dudar, después de haber buscado a escondidas en Google el significado de «bucólico». Mientras escribíamos, charlamos sobre los acontecimientos de las dos últimas semanas y pronto descubrí que su opinión sobre Jonah no había mejorado.

—Sigo pensando que no merecía que lo asesinaran, pero era un hombrecillo desagradable y vengativo.

Decidí no recordarle que Jonah medía casi un metro ochenta, pero sí recogí su elección de adjetivo.

—¿Por qué «vengativo», Agatha? ¿Por qué dices eso?

—Por su blog, claro. Podía ser terriblemente cruel.

—¿Tenía un blog? —Aquello sí que era nuevo.

—Sí, ¿seguro que no lo has visto? Se llama *El evangelio según Jonah* y es la pieza de acoso más cruel y vitriólica de todo internet que he visto en mi vida.

Aquello era interesante. Si Jonah tenía un blog dedicado a acosar y denigrar, ¿quién sabía cuánta gente habría ofendido o herido a lo largo de los años? Puede que incluso a alguien que hubiera llegado a odiarlo lo suficiente como para querer silenciarlo para siempre. Cuando llegó el descanso de media mañana, subí corriendo a mi habitación para echarle un vistazo en el portátil. Efectivamente, incluso con un repaso rápido a las últimas entradas de Jonah se veían ataques feroces a escritores consagrados y críticas despiadadas y desmoralizadoras a autores más modestos. Agatha tenía razón: en realidad había sido un tipo ruin y desagradable.

Estaba a punto de volver a la sala del seminario cuando mi portátil emitió un pitido y vi que tenía un correo de Paul, en Scotland Yard.

> Hola, Dan:
> Acaba de llegar el informe de la Universidad de Exeter. Revela que Jonah Moore fue despedido por sus devaneos con estudiantes, una de ellas de apenas diecisiete años. Algunas abandonaron los estudios a raíz de aquello; una pudo haber intentado suicidarse, aunque nunca se demostró, y en total trece mujeres presentaron quejas formales contra él a lo largo de un periodo de diez años. Si eso hubiera pasado hoy, a alguien le habría rodado la cabeza por no haberlo echado mucho antes. Han prometido enviarme la lista completa de nombres en cuanto puedan, por si alguno te dice algo. Te la mandaré en cuanto la tenga.
> Suerte.
> Paul

Comprobé el informe y, como Paul, me sorprendió que no se hubiese tomado medidas contra Jonah mucho antes. Hoy en día lo

habrían colgado por las pelotas mucho antes de que se acumularan trece denuncias. Sería interesante ver la lista de nombres de las denunciantes, por si alguno correspondía a alguien que estuviera ahora aquí. Todos esos casos habían tenido lugar en los noventa, cuando Jonah rondaría la treintena. Un cálculo rápido me indicó que, si sus víctimas entonces habían estado en la franja de los dieciocho a los veintitantos, esas mismas mujeres tendrían ahora entre cuarenta y cincuenta años, más o menos. Las únicas mujeres presentes aquí que encajaban en ese perfil de edad eran Diana y Charlotte, quizá también Rachel de la DEA si alguna vez había pasado por Exeter. Suponiendo que nunca hubiese estado allí y que quedara descartada, quedaban Diana, que afirmaba haber estado dormida en su cama en el momento del asesinato, y Charlotte, que había estado todo el tiempo en la piscina con Emily y Gavin. De las dos, Diana era la única sospechosa con oportunidad, aunque no había percibido en ella el menor indicio de culpabilidad. Sin embargo, quizá fuese una actriz excelente.

Le envié un correo a Paul para darle las gracias por su trabajo y disculparme de nuevo por las molestias. Después llamé a Virgilio para contarle el contenido del informe y lo del blog, pero su sargento me dijo que estaba en una reunión y no estaría disponible hasta las tres. Como necesitaba ir de compras por la tarde, decidí matar dos pájaros de un tiro y pasar a verle mientras estaba en Florencia.

Abajo, me serví una taza grande de té y, con disimulo, eché un vistazo a Diana. Virgilio había dicho que tenía cuarenta y siete años, así que habría tenido entre diecisiete y veintisiete en la época en que Jonah estuvo en Exeter. Ahora tenía arrugas que no tendría hace veinte o treinta años, pero seguía siendo una mujer atractiva. Con su piel oscura y sus ojos brillantes, sin duda habría llamado la atención de un depredador como Jonah. Fastidiosamente, aún no tenía los detalles de las distintas especialidades académicas de cada una de las mujeres, algo que podría haber acotado el campo. Aunque Diana se dedicaba ahora a la historia, era posible que hubiera estudiado inglés, aunque solo fuera como asignatura complementaria, y así haber coincidido con él. Decidí mantenerla bien vigilada. También

pensaba mantenerme muy cerca de Charlotte, pero eso no necesariamente se debía a que la considerase una posible asesina.

Después de comer, saqué a Oscar a dar un paseo rápido mientras mi mente alternaba entre reflexionar sobre los posibles sospechosos del apuñalamiento y asuntos prácticos más urgentes relacionados con mi traslado a la casita, que tendría lugar en menos de cuarenta y ocho horas. Lo primero que se me ocurrió fue el transporte. Alquilar un coche durante mucho tiempo resultaría demasiado caro, así que iba a necesitar un coche propio. En Bromley —suponiendo que no me lo hubiese robado algún malote— tenía un Ford de trece años comprado en una subasta el año pasado, cuando dejé la casa y el otro coche a Helen. El Ford había sido originalmente un coche policial y llevaba más de doscientos mil kilómetros, así que sería mucho pedirle que llegase entero hasta aquí, sin sufrir una avería. De modo que otro coche era prioritario y, dado que mi nuevo hogar estaba a un kilómetro por un camino de tierra, quizá un 4x4 fuese lo más sensato.

Decidí quedarme con el coche de alquiler una semana más mientras me organizaba y luego volar a casa. Había avisado al casero del Reino Unido hacía dos días, así que disponía de un mes entero para vaciar mis cosas. El plan consistía en deshacerme del coche viejo, comprar uno nuevo, cargar en él todas mis pertenencias y conducir de vuelta a la Toscana. Una mirada a mi amigo de cuatro patas me recordó la responsabilidad que conllevaba. No podía simplemente abandonarlo aquí mientras hacía todo aquello, así que cuando lo devolví a la cocina le expliqué la situación a Maria, quien se mostró encantada de ofrecerse a cuidar de él.

—Por supuesto, déjanoslo. Y lo mismo para cualquier otra ocasión. Antonio estará encantado de cuidarlo si te marchas y a mí me gusta verlo por aquí, aunque no pueda acercarme demasiado.

Localicé un enorme supermercado a las afueras de Florencia y paré para abastecerme de todo, desde papel higiénico hasta sal y pimienta, junto con un par de docenas de botellas de agua de dos litros. Una de las desventajas de vivir en la casita sería la falta de agua corriente, y me parecía prudente beber agua embotellada hasta que tuviese ocasión de analizar la del pozo. Después de

cargarlo todo en el coche, seguí hacia Florencia y pasé a ver a Virgilio. Me saludó con su sonrisa habitual, pero esta vez vino seguida de un movimiento de cabeza.

—*Ciao,* Dan. Nada nuevo por aquí. ¿Algo por tu parte?

Saqué el teléfono y le leí lo que Paul me había contado sobre el libertinaje de Jonah. Asintió con gravedad y no pareció sorprendido. Luego le conté lo que Agatha había dicho sobre el blog de Jonah y negó con la cabeza, resignado.

—Claro, esto abre la lista de posibles culpables a cualquier cantidad de escritores resentidos. ¿Alguna idea de si hablaba mal de alguno de tus compañeros de curso en la villa?

—No me extrañaría, pero no he tenido tiempo de comprobarlo. Lo miraré esta noche y te aviso.

—Así que seguimos sin nada concreto. Al menos la muerte de Serena Kempton significa que mi jefe ha dejado de darme la lata, pero estaría bien dejarlo todo atado antes de que se vaya todo el mundo, y eso es pasado mañana, ¿no? Por cierto, ¿qué tal te va con la pelirroja?

—Bueno, me quedé dormido a su lado anoche, así que no fue un gran comienzo, pero la llevo a cenar esta noche. Va a ser un poco raro, porque sigue siendo sospechosa. Aunque tiene una coartada de hierro, ella y Diana son las dos cuya edad encajaría con haber sido posibles víctimas de Jonah y sus manos largas.

—No pensarás que está implicada, ¿verdad?

—No le veo ni oportunidad ni motivo, pero ninguna de ellas los tiene.

—Creo que la profesora Diana es la candidata más probable. Ella y la alta, la bocazas, Agatha no sé qué, podrían haberlo hecho. Dijeron que estaban en sus habitaciones, pero no pueden demostrarlo. No tienen coartada, esas dos.

—Pero tampoco motivo… todavía.

Antes de salir aquella noche, me senté a revisar el vituperante blog de Jonah con un poco más de detenimiento. En el lateral derecho había una lista de todos los libros que había reseñado y, en la mayoría de los casos, despellejado. Busqué en la lista pero no vi rastro de ningún libro de Felicity Farnborough (alias Agatha) ni de Sabrina Butterfly (alias Serena). Sin embargo, sí encontré reseñas de varios libros de Fanny Lovesit, el alter ego de Elaine.

Había reseñas de tres de sus libros, entre ellos Dying of Love*,* que yo había leído. Decir que eran negativas sería minimizar el tsunami de oprobio y burla que Jonah vertía sobre cada uno de ellos. Vale que el libro que yo había leído no me había entusiasmado, pero sin duda la gente aficionada a ese tipo de lectura lo habría disfrutado. Lo había encontrado bien escrito y me había sentido obligado a pasar página hasta llegar al final. En mi opinión, la reseña de Jonah estaba totalmente desencaminada y reflejaba más su personalidad amarga y arrogante que una crítica literaria seria. Suponiendo que Elaine hubiese visto esas reseñas, tenía todo el derecho del mundo a sentirse molesta, si no directamente indignada. Pero ¿tanto como para bombardearlo con cartas amenazantes o incluso adulterar su vino con veneno? ¿Quizá hasta clavarle un puñal? De repente Diana tenía compañía en la lista de posibles sospechosas.

A las siete llevé a Charlotte al restaurante de Montevolpone. Da Geppo estaba solo a un corto paseo del bar de Tommaso, así que antes paramos bajo un parasol en la piazza para tomar un aperitivo. Ella pidió un Campari con soda y yo mi cerveza sin alcohol de siempre. Y no solo porque conducía: esta noche, desde luego, no pensaba quedarme dormido a su lado otra vez.

Tommaso salió y dejó claro que el telégrafo de Montevolpone funcionaba a las mil maravillas. La noticia de la culpabilidad y el suicidio de Serena ya había llegado de algún modo y el pueblo estaba alborotado.

—Debes de estar aliviado. Yo no habría disfrutado nada viviendo en una casa con un asesino suelto. La Policía de Florencia sabe lo que hace, desde luego.

—Desde luego —dije. Cuando se marchó a atender a otros clientes, traduje para Charlotte—. Tiene razón: da gusto saber que

ya no estamos en presencia de un asesino, ¿verdad?

Charlotte asintió.

—Absolutamente. ¿La atrapaste tú o fue el inspector?

—Buen trabajo policial a la antigua usanza. Comprobar coartadas, comprobar historiales… Ya sabes, todo suma.

—Nunca lo habría imaginado de Serena. Parecía tan callada, tan serena, como su nombre.

—Las apariencias engañan. ¿Quién sabe lo que pasa realmente en la cabeza de los demás?

Bebió un sorbo de Campari. El rojo intenso acentuó el color de su pintalabios y la hizo parecer aún más deseable.

—¿Adivinas en qué estoy pensando ahora mismo?

—¿En que tienes hambre?

—Inténtalo otra vez.

—¿En que estás deseando volver a casa pasado mañana?

—Es algo que estoy deseando, pero es antes que eso.

De pronto deseé que mi cerveza llevara alcohol, pero aun así le di un trago rápido.

—Eh… ¿algo que pasa antes que eso, dices? ¿Algo que pasa hoy, esta noche?

—Bingo. Lo has clavado. —Volvió a beber—. ¿Te ha dicho alguien alguna vez que eres un hombre muy atractivo, Daniel Armstrong?

Di otro sorbo, sintiéndome cada vez más fuera de mi elemento.

—No desde hace mucho, mucho tiempo, y no cuando estaban completamente sobrios.

—Pues yo creo que sí lo eres. Y además eres inteligente.

La cena en Da Geppo estuvo muy bien, pero sigo manteniendo que el bistec que comí en casa de Virgilio ha sido la mejor carne que he probado en mi vida. Esta noche, tras un entrante de ensalada con setas *porcini* crudas y jamón ahumado con huevos de codorniz, elegimos compartir una parrillada mixta. Llegó en una enorme tabla de madera y llevaba chuletitas de cordero crujientes que comimos con los dedos, espirales de salchicha picante y filetes de pechuga de pollo marinados en hierbas locales, todo acompañado de una montaña de diminutas patatas asadas. Después, Charlotte eligió *panna cotta* y yo opté por un sorbete de limón.

Charlamos mientras comíamos y, a medida que hablábamos, empezó a ocurrir algo curioso.

Lo que lo desencadenó fue un comentario que hizo sobre su cutis. Yo, muy galantemente, le estaba diciendo lo mucho que me gustan las pecas cuando ella negó con la cabeza y me explicó el inconveniente de tener una piel como la suya.

—Aunque me embadurne con factor cincuenta, no puedo estar al sol más de unos minutos. ¿Sabes? Incluso puedo quemarme aunque esté debajo de una sombrilla.

Le expresé mis condolencias, pero en mi cabeza solo daba vueltas una idea: ¿cómo era posible que hubiese pasado toda la tarde del día del asesinato junto a la piscina con Emily y Gavin? Primero, por lo que acababa de decirme, aquello era lo último que habría hecho. Y segundo, si realmente había estado allí toda la tarde, ¿por qué no había vuelto roja como un tomate? Recordaba que tenía un ligero tono rosado, sí, pero nada más.

En cuanto empecé a seguir ese hilo, casi pude oír las palabras de Helen resonando en mi cabeza: «No te crees nada sin comprobarlo. Siempre estás preguntando, preguntando, preguntando».

Hice cuanto pude por relegar cualquier sospecha sobre mi encantadora compañera de cena al fondo de mi mente, pero fue un intento inútil. Apenas unos minutos después, cuando el camarero nos trajo los cafés, me asaltó otro pensamiento. Ella me había dicho que trabajaba en una empresa de imprenta en Bridgwater y no pude evitar detenerme en un detalle: las dos últimas letras de ese nombre me resultaban muy familiares. ¿Podía ser ella la autora de las cartas anónimas y, de ser así, por qué? ¿Qué motivo podría haber tenido para algo así? ¿O para algo peor?

Todo aquello se combinó para hacer que, de repente, dudara en llevar nuestra incipiente relación hasta el desenlace que ella parecía insinuar y que yo esperaba —aunque con cierto temblor—. ¿Y si realmente era nuestra envenenadora o incluso nuestra apuñaladora? ¿Y si solo había estado arrimándose a mí todo este tiempo para mantenerme contento y enterarse de cómo avanzaba la investigación? De hecho, eso explicaría bastante bien por qué una mujer tan atractiva había mostrado semejante interés por mí.

Otro fogonazo de lucidez me sacudió: cada vez que se había sentado a mi lado, o se había colocado junto a mí, o me había acompañado a algún sitio, siempre —con tacto y de forma nada evidente— me había preguntado cómo iba el inspector. Este pensamiento vino seguido de otro igual de perturbador: ella había sido la primera persona a la que yo le había contado que el inspector pensaba volver el lunes, y aquello había provocado que alguien cortara las cintas y entrara en la escena del crimen.

¿Estaba sentado frente a una asesina en potencia?

Mi mente iba a mil por hora mientras subíamos en coche hasta la villa. Había salido esta noche sospechando de Diana y de Elaine, pero ¿ahora… Ahora estaba sospechando también de Charlotte? ¿Era esto lo que se sentía al volverse paranoico? No podía ser ella, me repetí con firmeza. Tenía una coartada a prueba de bombas. Había estado en la piscina con dos completos desconocidos: Emily y Gavin. Ambos habían confirmado que habían estado allí durante dos horas seguidas y Emily había ofrecido la coartada antes que nadie aquel martes por la tarde. Casi como si hubiera querido adelantarla. Pero ¿por qué iban a mentir Gavin y Emily por alguien a quien ni siquiera conocían?

Solo había una explicación lógica.

Cuando regresamos a la villa, le propuse dar un paseo por el parque y Charlotte aceptó encantada. Se agarró a mí mientras bajábamos por el césped y nos internábamos entre los árboles, siguiendo el sendero a la luz de las estrellas hasta el banco junto a la valla, donde nos sentamos uno al lado del otro. Yo intentaba decidir cuál era la mejor forma de decir lo que necesitaba decir cuando nos interrumpió un acompañante extraordinariamente ruidoso. Como era de esperar, en cuanto Oscar vio a Charlotte, empezó a ladrar como si el mundo se fuera a acabar.

Mientras conseguía calmarlo poco a poco, tuve mi epifanía. De repente entendí lo que me estaba diciendo. No ladraba por celos. ¿Y si el único testigo vivo de lo sucedido en el comedor el martes pasado me estaba señalando quién era la culpable? Le acaricié la cabeza y miré a Charlotte. De pronto estaba convencido de haber

hecho la conexión lógica. Apenas podía distinguir sus facciones en la penumbra y las estudié con atención mientras lanzaba la pregunta.

—Emily es tu hija, ¿verdad?

Charlotte dio un respingo como si la hubiera picado una avispa, lo que provocó que el perro se pusiera a ladrar de nuevo. Necesité un minuto entero para tranquilizarlo otra vez. Ella todavía no había respondido, así que insistí:

—Todo ocurrió en la Universidad de Exeter hace casi treinta años, ¿no es así? Y por eso decidiste apuñalar a Jonah.

Vi cómo sus ojos brillaban a la luz de las estrellas.

—¿Qué demonios te hace decir eso? —replicó. Estaba farfullando; lo noté enseguida.

—Tengo un testigo que me ha contado lo que realmente ocurrió el martes pasado —dije. El hecho de que aquel testigo fuera un labrador era un detalle que preferí omitir—. Por si albergabas alguna ilusión, he solicitado certificados de nacimiento, matrimonio y expedientes académicos al Reino Unido, junto con la lista de las trece mujeres que presentaron denuncias contra Jonah. Fuiste tú, Charlotte, y los dos lo sabemos.

Ella no respondió, así que di un salto de fe y presioné un poco más.

—Emily nació como resultado de una relación que tuviste con Jonah, ¿verdad?

—¿Relación? No fue una relación. —Su voz empezó a agudizarse —. Fue violación. Me emborrachó. Lo primero que recuerdo es despertarme entre los arbustos, fuera de la residencia universitaria, con la mitad de la ropa arrancada.

—¿Fuiste a la policía?

—Claro que fui a la policía y a las autoridades universitarias, pero era como estrellarse contra un muro. En la universidad ni siquiera quisieron escucharme y ¿qué ayuda me ofrecieron los tuyos? Ninguna. El alcohol en mi sangre les convenció de que yo era la única culpable. ¿Sabes lo que dijeron, esos cabrones? —ahora hablaba con un hilo de voz, pero cargado de emoción—. «Ten más cuidado la próxima vez, cariño». ¡Cariño! El cariño no tuvo nada que ver.

—¿Pero por qué esperar hasta ahora para vengarte?

Siguió una larga pausa y pensé que quizá había ido demasiado lejos, pero al final respondió. Su voz se redujo a poco más que un susurro.

—Cuando descubrí que estaba embarazada, Jonah negó toda implicación y me dejó a mi suerte. Tuve que abandonar la carrera y, si no hubiera sido por el apoyo de mis padres, me habría quedado completamente perdida. —Para entonces tenía la cabeza inclinada hacia el suelo y la voz seguía baja—. Richard, mi marido, conocía toda la historia. Lo conocí cinco años después de que naciera Emily y nos casamos un par de años más tarde. Le conté toda la triste historia antes de casarnos. Al fin y al cabo, ahí estaba yo, con una niña pequeña sin padre. Me dijo que Jonah no merecía la pena y consiguió ayudarme a superarlo. Le debo a Richard todo: mi trabajo, mi felicidad y mi cordura. Cuando me lo arrebataron de forma tan brutal el año pasado, volví a quedarme completamente perdida.

Escuché con atención. Mi intuición había sido cierta, pero no sentí ninguna satisfacción. La tragedia de Charlotte ponía fin, de un plumazo, a cualquier historia que pudiéramos haber empezado ella y yo. Jonah lo había vuelto a hacer.

—¿Cómo acabaste aquí?

—Fue por presión de Emily, en realidad. Le había contado toda la verdad sobre su padre biológico cuando era adolescente, pero nunca había mostrado interés en ponerse en contacto con él. De hecho, después de oír la historia, creo que lo detestaba tanto como yo. Pero un día del otoño pasado, por pura casualidad, vi un anuncio en el periódico de una firma de libros en Bristol para el nuevo libro de Jonah y, por algún motivo, decidí ir a ver cómo era y si se acordaba de mí. Parte de mí quería entrar gritando a pleno pulmón, diciéndole a todo el mundo la escoria que era.

—¿Emily fue contigo?

—No, no le dije nada y fui sola.

—¿Y qué pasó?

Levantó la mirada.

—¿Qué pasó? No pasó nada, eso pasó. No me reconoció y, incluso cuando le dije mi nombre, mi apellido de soltera, siguió sin

reaccionar. ¿Te imaginas cómo me sentí? ¿Cómo te puedes olvidar de la madre de tu hija?

Estaba llorando ya, así que le di tiempo antes de repetir mi pregunta inicial.

—Entonces, ¿cómo decidiste venir aquí? Mencionaste a Emily.

Se sonó y se secó los ojos antes de continuar.

—En la firma de libros repartían folletos anunciando este curso de escritura creativa que iba a impartir Jonah. Emily vino a verme unas semanas después y vio el folleto que me había llevado a casa. Cuando vio quién lo organizaba, me convenció para apuntarme al curso y venir a enfrentarlo, intentar obtener algún tipo de cierre. Dijo que vendría conmigo para darme apoyo.

—Pero ¿por qué no vino simplemente como tu hija? ¿Por qué tanto secreto?

—Fue idea suya. Se notaba que le aterraba conocerlo y quería poder quedarse en un segundo plano si él y yo acabábamos teniendo una bronca monumental. Además, sabía que a Gavin le interesaría hacer el curso.

—¿Y Gavin aceptó sin más mantener la ficción?

—Gavin aún no sabe que soy la madre de Emily. Solo llevan juntos unos meses y han estado mucho tiempo en el extranjero. La primera vez que lo conocí fue aquí, la semana pasada.

—¿Y qué le pareció a Emily su padre cuando lo vio por primera vez?

—Me dijo que le ponía la piel de gallina. Durante un par de segundos recordé la expresión de repulsión que había visto en la cara de Emily cuando vio a su padre por primera vez la noche de nuestra llegada.

—Y la tarde del asesinato, ¿sabía que ibas a hablar con él?

Charlotte negó con firmeza.

—No, no se lo dije. Ella y Gavin estaban profundamente dormidos. Esperé a que los dos se quedasen dormidos y me escabullí. Cuando volví un par de horas más tarde, Gavin seguía roncando.

—Pero Emily estaba despierta, y se dio cuenta de que habías ido a ver a Jonah aquella tarde.

Charlotte asintió y continué.

—Y le contaste lo que habías hecho y le pediste que te proporcionara una coartada.

—Tenía que contárselo a alguien. La aparté a un lado, dejando a Gavin frito, y le confesé todo, y se horrorizó. Yo también, de mí misma. Sabía que tenía intención de encararme con Jonah, pero nada más. Y era verdad, te lo juro. —Levantó la mirada y pude ver el brillo de las lágrimas en sus ojos—. No entré allí para matarlo. Tienes que creerme. Entré para explicarle cómo había destrozado mi vida y que pensaba contárselo todo a su esposa para fastidiarle la vida igual que él me la fastidió a mí.

—Entonces, ¿por qué lo apuñalaste?

Tardó en responder.

—Supongo que por frustración. Cuando entré, vi que ya estaba muerto. Tenía los ojos muy abiertos y no reaccionaba. Ahora sé que Serena lo había envenenado, pero en aquel momento supuse que habría sido un infarto. Cualquiera podía darse cuenta de que era un alcohólico con sobrepeso y algo así había sido casi inevitable. El caso es que llevaba años imaginando ese momento y sentí que me habían robado la oportunidad. Era tan injusto que pudiera morirse así, de un plumazo, sin comprender todo el daño que había dejado a su paso. Por su culpa mi vida cambió para siempre. Perdí la posibilidad de terminar mi carrera y ser profesora. Pasé de ser una estudiante feliz, sin preocupaciones, a ser madre soltera intentando llegar a fin de mes.

Su voz se quebró ligeramente, aunque se negó a romper a llorar.

—¿Así que lo apuñalaste por frustración, aun sabiendo que estaba muerto?

La vi asentir.

—Fue un arrebato de pura estupidez. Cogí su dichoso cuchillo, el símbolo de su engreimiento insoportable, y se lo clavé, pensando que así me liberaría del odio abrasador que llevaba dentro desde hacía tantos años, pero lo único que conseguí fue revolverme el estómago. Salí corriendo a mi habitación y vomité. Luego, cuando empecé a comprender lo que había hecho, de pronto pensé que seguramente habría dejado mis huellas en la empuñadura del puñal,

así que bajé de nuevo deprisa y lo limpié. Eso volvió a revolverme el estómago y tuve que correr otra vez a mi habitación para vomitar. Pasé una eternidad allí arriba llorando a lágrima viva antes de volver finalmente a la piscina.

—¿Y fue entonces cuando pediste a tu hija que mintiera por ti?

Asintió con una tristeza infinita.

—La verdad es que me siento más culpable por eso que por haber clavado el puñal en Jonah.

—¿Y las cartas anónimas?

—¿Qué cartas anónimas? —No había forma de confundir la perplejidad en su voz—. ¿De qué estás hablando?

—Alguien le envió cartas amenazantes antes de que muriera. ¿Me estás diciendo que no fuiste tú?

—Por supuesto que no. ¿Quizá fuese Serena?

—Puede que sí.

De algo estaba ya casi seguro: por su reacción, Charlotte no era la autora de las cartas.

—¿Y puedo dar por hecho que no tuviste nada que ver con ningún intento de envenenarlo?

Ahora parecía completamente desconcertada.

—No, claro que no. ¿No fue Serena? Como te he dicho, yo no tenía ninguna intención de matarlo. Quería que sufriera, igual que tuve que sufrir yo: por dentro. Ese hombre era una bestia despiadada, sin corazón.

—Desde luego, no era un buen hombre.

—Y ahora ¿qué va a pasar conmigo? —Se detuvo un buen rato—. Supongo que no puedes… olvidar esta conversación, ¿verdad?

Llevaba haciéndome esa misma pregunta desde que había empezado a contarme su historia. Sentía lástima por ella y una rabia creciente hacia la crueldad del muerto, pero a fin de cuentas había clavado un cuchillo en el corazón de otro ser humano. Hay ciertas líneas que no se deben cruzar y, para mí, esta era una de ellas. El hecho de que esto cortase de raíz cualquier vínculo romántico que hubiese podido surgir entre nosotros no se me escapaba, pero no tenía alternativa. No podría vivir sabiendo que había consentido en

silencio semejante acto brutal, por muy comprensible que fuese su origen.

Sabía que tenía que contárselo a Virgilio, aunque me prometí hacer todo lo posible por pedir clemencia para ella.

—Me temo que no puedo hacer eso. Pero sí le diré que viniste a mí y me ofreciste esta confesión por tu propia voluntad y que te creo, te creo, cuando dices que sabías que Jonah ya estaba muerto cuando lo apuñalaste, y el informe del patólogo lo confirma. Busca un buen abogado y estoy casi seguro de que lo peor a lo que podrías enfrentarte sería a un cargo de ultraje a un cadáver, o comoquiera que lo llamen aquí. Me sorprendería mucho que no salieras con poco más que una pena suspendida.

Ella dejó escapar un suspiro profundo.

—Gracias, Dan. —Vi la luz de las estrellas reflejarse en la humedad de sus ojos—. Por cierto, por si empiezas a darle vueltas, lo decía en serio cuando te dije que me gustabas. Podría haber visto cómo esta relación iba a más, ¿sabes? Harás muy feliz a alguna mujer un día de estos.

—Lo dudo mucho. Mi historial en ese terreno no es precisamente bueno.

Capítulo 14

Viernes

Charlotte fue llevada para ser interrogada, pero más tarde quedó en libertad bajo fianza. No volvió a la villa. Emily recogió las cosas de su madre el viernes y ella y Gavin se marcharon a un hotel. Bajé al coche para despedirme. Gavin, para quien todo aquello era claramente una enorme sorpresa, me dedicó una sonrisa aturdida cuando me vio.

—¡Vaya lío!

Asentí en respuesta y miré a Emily.

—Intenta no preocuparte demasiado. Estará bien, estoy seguro. Le dije al inspector que estoy convencido de que no tenía intención de matar a Jonah.

—Me lo ha dicho. Gracias, Dan, no sé cómo disculparme. —Estaba a punto de llorar—. Traerla aquí fue idea mía. Pensé que quizá podría darle algún tipo de cierre después de tantos años. Si hubiera imaginado por un momento que podía acabar así, jamás se me habría ocurrido hacerlo.

—Estoy seguro de que no. —Podía estar diciendo la verdad o podía ser una elaborada actuación, pero no había nada que ganar llevándolo más lejos. Al fin y al cabo, su vida ya había quedado bastante marcada por Jonah y por su comportamiento despiadado—. Prométeme que a partir de ahora cuidarás mucho de tu madre, ¿de acuerdo? Me cae bien y se merece todo el apoyo que puedas darle.

—Lo prometo. Y gracias, Dan.

Posteriormente supe por Virgilio que el fiscal seguía rastreando los códigos legales para ver qué cargo, si es que alguno, podía imputarse a Charlotte. Desde luego, parecía que algo tan grave como intento de asesinato no estaba sobre la mesa. Al fin y al cabo, ya teníamos el informe del patólogo diciendo que Jonah había muerto hasta una hora antes, y no puedes asesinar a alguien que ya

está muerto. Esperaba que saliera adelante sin una pena de cárcel. Cómo retomaría su vida cuando todo aquello terminase estaba en manos de los dioses, y le deseaba lo mejor pese a todo lo ocurrido.

El viernes marcó la conclusión de nuestro curso y reinó un ambiente apagado durante el almuerzo. En comparación con solo unos días antes, ahora había cuatro sitios vacíos en la mesa, y pronto se supo que por la noche habría cuatro más.

Mientras comíamos una ensalada fría de marisco y espárragos frescos del huerto, Mikey/Martin anunció que él y Jen se marcharían aquella misma tarde. Tenían intención de poner rumbo al sur para continuar sus vacaciones, aunque no dieron detalles de adónde pensaban ir. Para mí estaba claro que, fuese donde fuese, Rachel y Will de la DEA irían también, así que para la noche solo quedaríamos unos pocos.

Al final de la comida, mientras estaba de pie en la terraza con un café, sentí una gran mano sobre mi hombro y me giré para encontrar a Mikey/Martin allí.

—He venido a despedirme, Dan. Ha sido un placer conocerte.

—Igualmente. Por cierto, he estado pensando en algo que dijiste. Cuando te conté que iba a establecerme aquí, parecías bastante serio respecto a hacer un cambio en tu vida.

—Es muy tentador. Te admiro por tener el valor de hacer algo tan radical.

Eché un vistazo alrededor, pero estábamos solos.

—Me hiciste un favor con lo de Antonio y aquella pistola, y te dije que te lo debía. Déjame intentar saldar esa deuda ahora. Probablemente no quieras mi consejo, pero ahí va igualmente. He visto cómo sois tú y Jen juntos, y está claro lo felices que os hacéis. Prométeme que dedicarás unos minutos a imaginar cómo sería vuestra vida si os separaran durante años y años. —Lo miré directamente a los ojos—. Por lo que oigo, estás viviendo de prestado. Van a por ti, y lo conseguirán…, Mikey.

Entrecerró los ojos y me preparé para un puñetazo que nunca llegó. En lugar de eso, me vi envuelto en un abrazo de oso que casi me levantó del suelo, antes de que se apartara de nuevo, todavía sujetándome por los hombros.

—Eres un buen tipo, Dan. Gracias.

Su rostro duro se quebró en una sonrisa.

—Los agentes de la DEA se reconocen a kilómetros, ya lo había deducido. Rachel y Will hasta me han caído bien, pero estoy harto de tenerlos pegados a los talones. Quizá tengas razón. Prometo que le daré una vuelta. Cuídate, Dan, y gracias otra vez.

Bajé a la piscina una hora más tarde, intentando recordar cuánto tiempo insistía siempre Helen en que Tricia y yo esperáramos antes de meternos en el agua después de comer, cuando aparecieron los dos agentes de la DEA. Ellos también se marchaban, como había supuesto.

—Michael Cornish y su chica han seguido su camino y nosotros iremos justo detrás. —Sonrió Will—. Siempre que no encuentre el rastreador que le pusimos al coche. Enhorabuena por resolver el caso.

—¿Y vosotros dos? ¿Vais a comunicarles a vuestros jefes que sois pareja?

Rachel asintió.

—Lo primero en cuanto volvamos.

—Bueno, mucha suerte con todo. Disfrutad de la vida juntos y, si pasáis por aquí, venid a verme.

—Disfruta de tu nueva vida en la Toscana.

Como quedábamos tan pocos para cenar aquella noche, Annarosa nos dio un verdadero capricho: ostras, seguidas de una tortilla de corazones de alcachofa y jamón ahumado y, después, un guiso de jabalí, supuestamente cocinado con un jabalí merodeador al que el agricultor vecino había abatido el otro día después de que destruyera la mitad de su viñedo arrancando las cepas con los colmillos. La pérdida del jabalí fue nuestra ganancia. Estaba delicioso, acompañado de setas porcini fritas y patatas asadas. Para beber, Antonio descorchó botellas del espumoso blanco local y un caro Villa Antinori tinto, y Annarosa remató la comida con helado casero y fresas frescas servidas en una preciosa base de merengue.

Al final de la cena, mientras nos recostábamos para saborear el café y mientras Agatha y Elaine se atizaban cantidades letales de *grappa,* hice un último intento de averiguar la identidad de la

persona que había puesto veneno de adelfa en la botella de vino. Al fin y al cabo, cualquiera de los que estaban ahora en la mesa podía haber sido. Tanto Agatha como Diana habían escrito sobre venenos vegetales similares y las demoledoras críticas de Jonah a los libros de Elaine proporcionaban un posible móvil. Suponiendo que Maria y Antonio quedaban fuera —y así lo creía— solo quedaba Millicent, que posiblemente tenía no solo móvil y oportunidad, sino también experiencia con plantas venenosas. Empecé con una pregunta sencilla.

—¿Alguno de vosotros ha experimentado alguna vez con venenos caseros?

Diana fue la primera en responder, con una expresión ligeramente avergonzada.

—Para ser sincera, sí, una vez lo hice. Seguí una receta…, ¿se puede decir *receta* para un veneno?…, de internet y conseguí producir un líquido pegajoso potencialmente letal hecho con bayas de tejo trituradas. Me sorprendió lo fácil que fue. —Me lanzó una sonrisa—. Era para mi libro, ¿sabes? Siempre me gusta probar las cosas antes de escribir sobre ellas.

Teniendo en cuenta que nos había dicho que su libro también contenía un sinfín de prácticas sexuales estrafalarias, me pregunté hasta dónde estaba dispuesta a llegar en su afán por la autenticidad, pero no comenté nada mientras ella seguía.

—El problema fue qué hacer con ello una vez que lo hube hecho. Como no iba a envenenar a nadie ni a nada, no tenía ni idea de cómo deshacerme del veneno. Pensé en tirarlo por el váter, pero luego imaginé que quizá acabaría en el suministro de agua. Consideré lanzarlo al mar, pero entonces me vino a la cabeza que los peces podían comérselo y luego la gente comería esos peces y moriría. Estaba empezando a alterarme bastante, me temo.

—¿Y qué hiciste al final? ¿Todavía lo tienes? —Agatha parecía fascinada, y pronto supe por qué—. ¿No sería una idea estupenda para una novela de misterio? Una escritora prepara su propio veneno y luego cae en manos equivocadas y la culpan a ella.

Diana asintió con entusiasmo.

—Todos esos pensamientos me rondaban por la cabeza, así que al final lo quemé.

—¿Quemaste el veneno?

—Sí, encendí una hoguera y vertí el veneno en una de esas bandejas de plástico donde vienen las pechugas de pollo. La puse sobre el fuego, el veneno se evaporó poco a poco ante mis ojos y luego la bandeja de plástico acabó por prenderse. Y *voilà.* Desaparecido.

Volví a lanzar la pregunta al resto, por si acaso.

—¿Alguna de vosotras ha intentado preparar veneno casero?

—Por supuesto que no. —Agatha me clavó su mirada de águila—. ¿A qué vienen las preguntas, inspector jefe? Creí que todo eso estaba ya más que resuelto.

Decidí que una pequeña mentira piadosa no haría daño.

—No, es para mi libro. He estado leyendo sobre los Médici y en aquella época aquí se envenenaba a mucha gente. Solo siento curiosidad.

—Lo importante con los venenos… —todas las miradas se volvieron hacia la apacible Elaine, que aún no había intervenido— es asegurarse de conocer la dosis correcta. No tiene sentido darle a alguien un litro de veneno cuando bastarían unas gotas. Además… —me miró muy deliberadamente desde el otro lado de la mesa, y juraría que había un brillo malicioso en sus ojos—, no todo envenenador pretende matar. Hay gente que no merece morir, pero sí merece encontrarse muy mal, para que aprenda la lección.

Correspondí a su mirada.

—¿Y qué clase de lección sería esa?

—Humildad, amabilidad, humanidad…, ese tipo de cosas. —Hizo una pausa—. Algunas personas pueden ser terriblemente crueles.

—Desde luego que pueden. Por supuesto, un método más sencillo de enseñar una lección es enfrentarse a ellas, cara a cara o por carta —recalqué deliberadamente la última palabra, pero no mordió el anzuelo. Simplemente se quedó allí sentada, con una sonrisilla enigmática.

Esperé unos minutos más y luego lancé una sugerencia en apariencia inocente.

—Sabéis que voy a instalarme aquí, ¿verdad? Bien, pensé en daros mi dirección para que podamos mantener el contacto. Si alguna vuelve por la zona, estaría encantado de recibiros. De hecho… —intenté sonar lo más casual posible, como si se me acabara de ocurrir—, ¿por qué no intercambiamos direcciones?

La propuesta fue recibida con aprobación general y Millicent sacó un bloc A4 que hizo circular antes de ir a sacar copias para todos. Mientras apuraba el último sorbo de la *grappa* que Agatha había insistido en servirme, dejé que mis ojos recorrieran la lista de direcciones, fijándome en las dos últimas letras de cada topónimo. Millicent era Warwick; Diana, Bristol; Agatha, Littlehampton, y, o eso pensé al principio, también Elaine. Pero al mirar más de cerca vi que su dirección no estaba en Littlehampton, sino en un pueblo cercano llamado Lyminster, y las dos últimas letras del nombre saltaron a la vista. ¿Podía ser? Después de su pequeña homilía sobre las dosis de veneno, no me habría sorprendido, pero no tenía ni una sola prueba.

El día anterior, Agatha había organizado una colecta y había comprado regalos para Millicent y Maria con lo recaudado. Era una lástima que quedaran tan pocos participantes del curso, pero eso no impidió que se levantara y pronunciara un discurso de agradecimiento digno de un orador griego ante la sala medio vacía, dando las gracias a ambas por lo que había sido un curso de escritura muy provechoso. Yo me uní a los aplausos. Habían sido dos semanas interesantes. No mencionó ni a Jonah ni a Serena y pasó a agradecer también a Antonio y a Annarosa por su magnífica hospitalidad, antes de que Elaine me sorprendiera con un paquete voluminoso, envuelto en papel y adornado con un lazo. Era, al parecer, un regalo para estrenar mi nueva casa, de parte de ella, y me emocionó de veras.

Me deslizó el paquete por la mesa y sonrió con benevolencia.

—Cada vez que lo veas, podrás pensar en mí, Dan.

Y me guiñó un ojo.

El regalo era un frondoso arbusto de adelfa en una maceta.

Agradecimientos

Gracias a mi encantadora editora, Emily Ruston, y a todo el equipo de Boldwood Books por su confianza en mí y en mis novelas policíacas. Y mi agradecimiento más cálido a mis amigos que dedicaron tiempo a leer y comentar el manuscrito original y que, sin duda, ayudaron a mejorar el libro: Elaine Brent, John Dearden, Judy Hands y Tricia Willey. Gracias a todos.

Sobre el autor



T. A. Williams es autor de más de veinte novelas *best seller* y ahora se adentra en el género del *cozy crime*, con historias ambientadas en la Italia que tanto ama. Su nueva serie, que comienza con *Asesinato en la Toscana*, nos presenta al inspector jefe de la policía retirado Armstrong y a su labrador Oscar. Trevor vive en Devon con su esposa italiana.

Lira Ediciones le agradece la atención dedicada a *Asesinato en la Toscana*, de T.A Williams. Esperamos que haya disfrutado de la lectura y le invitamos a visitarnos en www.liraediciones.com, donde encontrará más información sobre nuestras publicaciones.

Si lo desea, también puede seguirnos a través de Facebook, Twitter, Instagram, o TikTok, utilizando su teléfono móvil para leer los siguientes códigos QR:

Primera edición: abril de 2026
Título original: *Murder In Tuscany*
Publicado originalmente en inglés por Bolwood Books Ltd.

© T. A. Williams, 2022
© de la traducción, Isabel Fuentes García, 2026
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026
Esta traducción se ha publicado mediante acuerdo con The Agency srl di Vicki Satlow.
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño e imagen de cubierta: CC Book Design
Ilustraciones de cubierta: Shutterstock: StevanZZ, TrapezaStudio

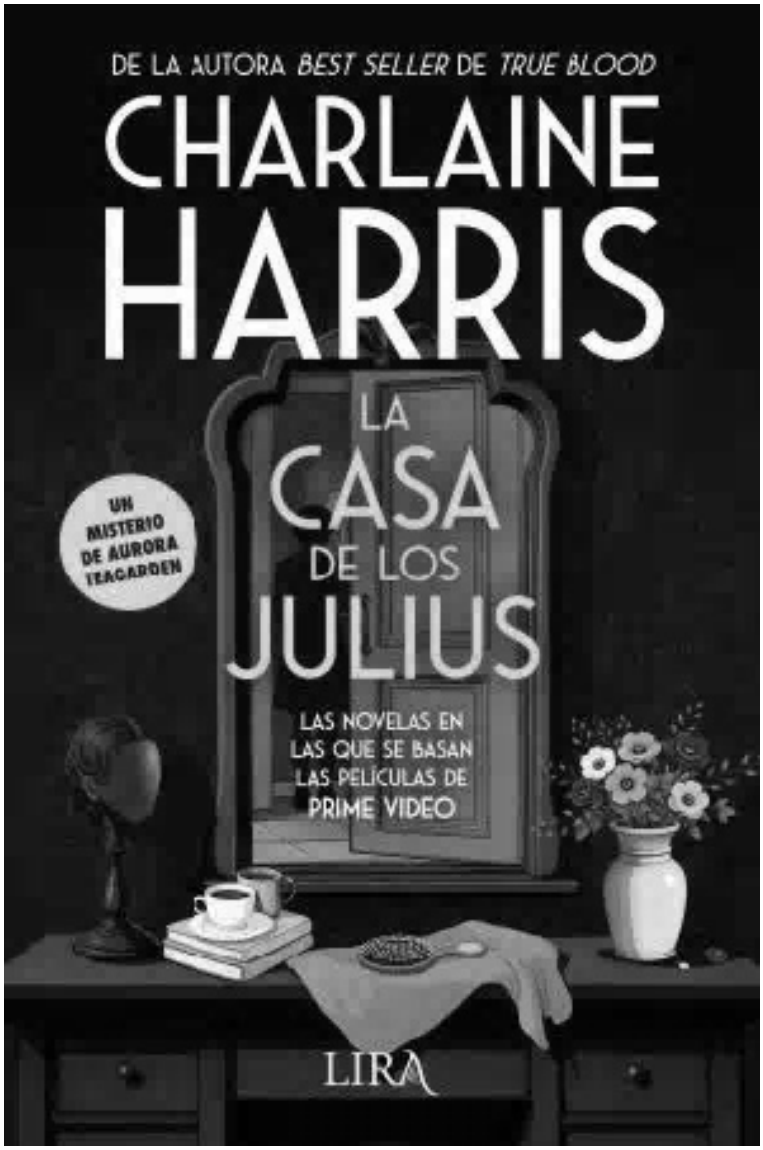
Publicado por Lira Ediciones
Calle Roger de Flor, 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013 Barcelona
info@liraediciones.com
www.liraediciones.com

ISBN: 978-84-19235-55-8
THEMA: FFJ
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Agradecimientos
Sobre el autor



La casa de los Julius

Harris, Charlene
9788419235237
288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El crimen perfecto no necesita cadáveres…

La bibliotecaria Aurora Teagarden está a punto de comenzar una nueva vida: se casa con el enigmático Martin Bartell y se muda a la misteriosa casa de los Julius, donde una familia entera desapareció seis años atrás sin dejar rastro.

Pero lo que empieza como una idílica luna de miel se transforma en una inquietante investigación cuando Aurora, incapaz de ignorar su instinto detectivesco, empieza a hurgar en el pasado de la familia Julius. A medida que explora cada rincón de la casa y hace preguntas incómodas, Aurora descubre que el peligro podría estar bajo su propio techo.

Charlaine Harris, autora superventas de *True Blood,* presenta la serie *Los misterios de Aurora Teagarden,* ahora también en películas en Prime Video

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Unos asesinatos muy reales

Harris, Charlene
9788419235152
272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En el club Real Murders les gustaba hablar de asesinatos, hasta que se volvieron reales...

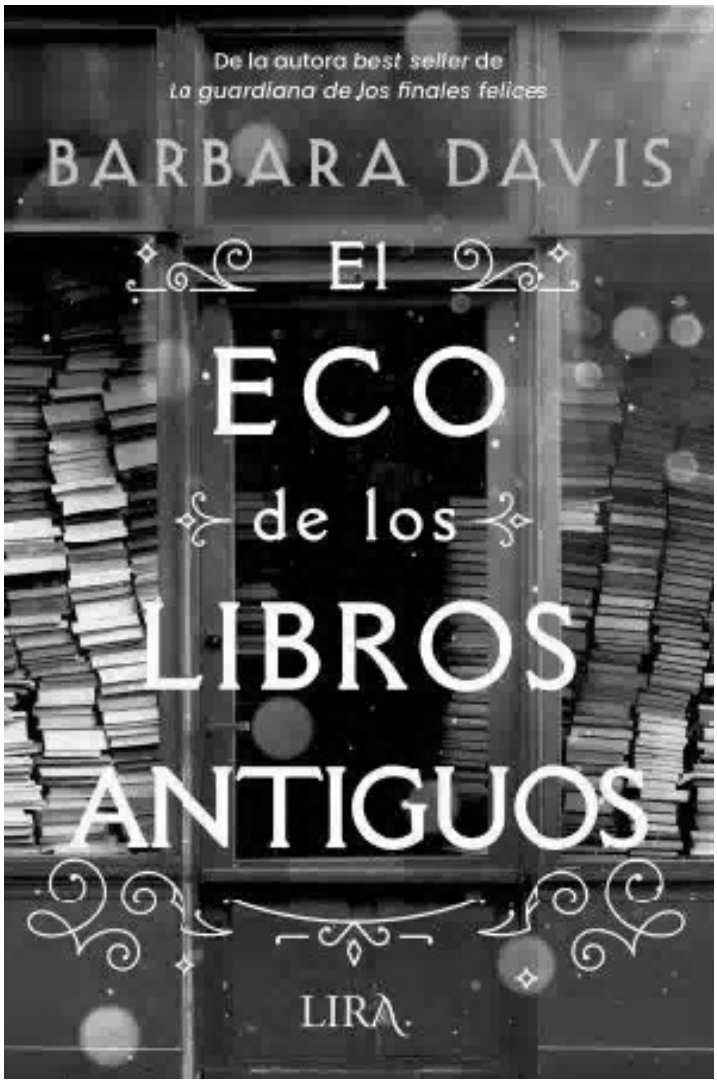
La bibliotecaria Aurora Teagarden pertenece al club Real Murders, que se reúne una vez al mes para charlar sobre asesinatos famosos.

Parece un pasatiempo inofensivo, hasta que uno de los miembros es asesinado de una manera sospechosamente parecida al crimen del que iban a hablar esa misma noche. Y no será el único cadáver?

Aurora aunará fuerzas con el apuesto detective Arthur Smith y el galante novelista de misterio Robin Crusoe para cazar al asesino. Un asesino que bien podría ser uno de sus propios amigos?

Charlaine Harris, autora superventas de *True Blood,* presenta la serie *Los misterios de Aurora Teagarden,* ahora también en películas en Prime Video

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El eco de los libros antiguos

Davis, Barbara
9788419235138
432

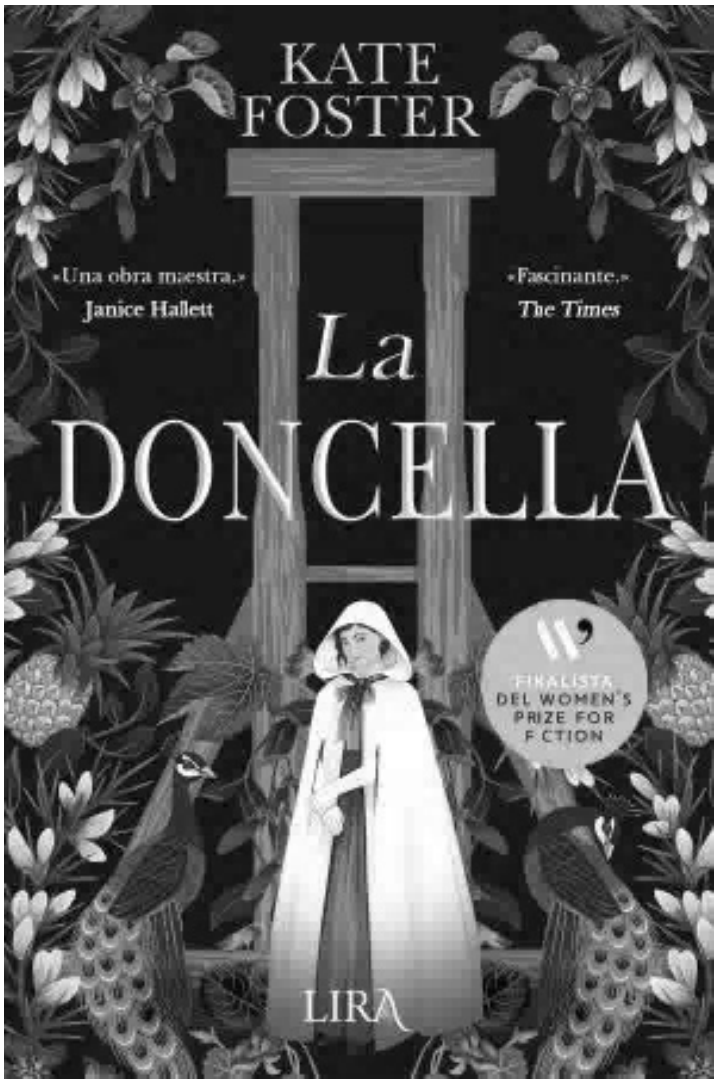
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Dos misteriosos libros y un amor infeliz. ¿Te atreverás a leer y reescribir tu propia historia?

Cuando Ashlyn, una librera enamorada de los libros antiguos, descubre un par de hermosísimos volúmenes que parecen no haberse publicado nunca, su fabuloso hallazgo se convierte enseguida en una obsesión. Cada uno de ellos contiene una asombrosa acusación, y sus autores, Hemi y Belle, narran lados opuestos de un trágico romance.

Decidida a descubrir la verdad tras esta historia de amor desdichado, Ashlyn se embarca en un misterio literario hecho de traiciones aparentemente imperdonables y que tiene sorprendentes ecos en su propia vida y en su propia historia de amor.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La doncella

Foster, Kate
9788419235190
384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Si eres mujer, no importa la verdad, no importa lo que digas

Edimburgo, octubre de 1679. Lady Christian Nimmo es arrestada y acusada del asesinato de su amante, James Forrester. La noticia de su encarcelamiento y posterior juicio corre como la pólvora, los titulares de los panfletos sobre el crimen arrastran su nombre por el barro: adúltera, meretriz, asesina.

Tan solo un año antes, lady Christian llevaba una vida privilegiada y respetable. Así pues, ¿qué la impulsó a arriesgarlo todo por una aventura? ¿Cometió realmente ella el asesinato? Sin duda, no era la única mujer en la vida de Forrester, y, desde luego, tampoco la única con motivos para desearle la muerte…

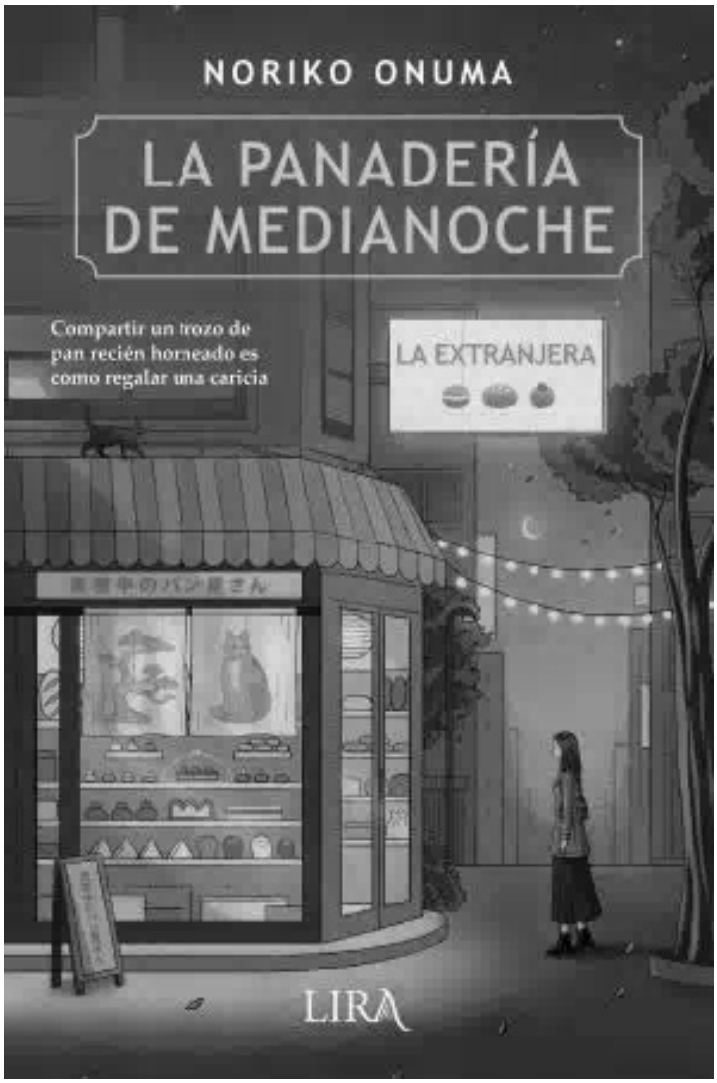
Una novela histórica llena de intriga y basada en un crimen real

Ganadora del Bloody Scotland Crime Debut of the Year

Finalista del CWA New Blood Dagger

Finalista del Women's Prize for Fiction

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La panadería de medianoche

Onuma, Noriko
9788419235275
240

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Bienvenido a la panadería de medianoche

Una hora antes de medianoche, una panadería se ilumina en una pequeña calle de Tokio. Para algunos, el aroma de sus pasteles huele a infancia; para otros, al primer beso o a una amistad perdida. En el interior de la panadería, Yosuke y Kanjiro, el dueño y el panadero, tienen una misión: consolar a los que sufren. Basta un bocado de pan recién horneado o un macaron a la luz de la luna para retroceder en el tiempo o revivir un recuerdo feliz. Algunos incluso dicen que esta panadería es mágica…

Cinco cosas que debes saber antes de entrar:

1. La panadería abre entre las 11 de la noche y las 5 de la mañana.

2. Si buscas un refugio, este es tu lugar.

3. No pidas nada: te ofrecerán lo que realmente necesitas.

4. Déjate guiar por el olor a pan recién horneado.

5. No dejes que la noche termine sin abrir tu corazón.

Más de un millón de ejemplares vendidos

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)
